
3 1761 09545061 5





EL HOMBRE NUEVO

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/elhombrenuevonov00lenr

5
L5795h

RICARDO LEON
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

COLECCIÓN DE OBRAS COMPLETAS

XIV

EL HOMBRE NUEVO

NOVELA



21,697
27. 4. 27

RENACIMIENTO
San Marcos, 42
MADRID

OBRAS DE RICARDO LEON

I.—LIRA DE BRONCE. (Poesías.) (3.ª edición.)
II.—CASTA DE HIDALGOS. (Novela.) (8.ª ídem.)
III.—COMEDIA SENTIMENTAL. (Novela.) (8.ª ídem.)
IV.—ALCALA DE LOS ZEGRIES. (Novela.) (8.ª ídem.)
V.—EL AMOR DE LOS AMORES. (Novela.) (Décima edición.)
VI.—ALIVIO DE CAMINANTES. (Poesías.) (4.ª ídem.)
VII.—LOS CENTAUROS. (Novela.) (5.ª ídem.)
VIII.—LOS CABALLEROS DE LA CRUZ. (Ensayos españoles.) (5.ª ídem.)
IX.—EUROPA TRAGICA. (Crónicas de un testigo de la guerra.) (Tres tomos, 4.ª ídem.)
X.—LA ESCUELA DE LOS SOFISTAS. (Diálogos de apacible entretenimiento.) (6.ª ídem.)
XI.—LA VOZ DE LA SANGRE. (Nuevos ensayos españoles.) (2.ª ídem.)
XII.—AMOR DE CARIDAD. (Novela.) (3.ª ídem.)
XIII.—HUMOS DE REY. (Novela.) (2.ª ídem.)
XIV.—EL HOMBRE NUEVO. (Novela.) (1.ª ídem.)

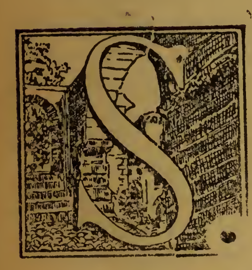
IMPRENTA LATINA. RODRIGUEZ SAN PEDRO, 19. TELEF. 11-26 J.

PRIMERA PARTE



I

Valle de lágrimas.



Si aquel famoso Diablo Cojuelo, que tenía la pícara virtud de levantar los techos de las casas y descubrir las vidas de los hombres, hiciera pie, a la sazón de esta novela, en las alturas de la Moncloa, tal vez hallase mayor interés y gusto en lo que viese aquí, para el cabal conocimiento de la vida humana, que en todo cuanto pudo ver desde la torre de San Salvador, atalaya eminente del Madrid antiguo.

Porque el ancho valle donde se juntan los cerros ponentinos de la Moncloa y los bosques nuevos del Parque del Oeste, sitio de los más claros y deleitosos del moderno Madrid, es a la par cifra y resumen del valle universal, teatro de la historia,

en que hacemos los hombres, unos llorando, otros riendo, todos camino de la Muerte, la gran tragicomedia de la Vida.

Llegando a la glorieta melancólica donde yace, fuera del seno de Madrid y al cabo de innoble peregrinación, la estatua de Daoiz y Velarde—las villas heroicas ya se avergüenzan de sus héroes—, salen como al encuentro del apacible transeunte, no bien disimuladas por las frondas, las tétricas mansiones del Dolor. Frente por frente, señoreando las alturas, se avecindan allí, en contraste con la hermosura y esplendidez de tan alegres horizontes, los tres clásicos paraderos de la miseria humana: el Asilo, la Cárcel y el Hospital.

¿Qué mejor espectáculo se pudiera ofrecer a la agudeza filosófica, al espíritu socarrón de aquel astuto demonio, doctor sutil entre los ángeles del Mal, que descubrir, bajo los techos del Asilo de María Cristina, el drama social de la pobreza en sus dos más tristes desamparos: los niños y los viejos, la invalidez y la orfandad, y bajo los techos contiguos, en las clínicas del Instituto Rubio, en las salas de cancerosos del Príncipe de Asturias, el drama, todavía más cruel, de la naturaleza, las podredumbres de la carne, las lúgubres visiones del terror, la enfermedad, la agonía y, por último, para henchir las angustias de este valle de lágrimas, la tragedia moral, presente en el adusto cautiverio, en la terrible cárcel donde a veces una bandera negra pone, por cima de la ley de Cristo, la infame ley del Talión?

Y porque no le falte ni una tilde a la siniestra curiosidad de los diablos y de los hombres, aún se ven desde las cumbres de la Moncloa, en los términos luminosos del paisaje—paisaje velazqueño con truculencias de Valdés Leal—los fúnebres ci-

preses de los antiguos camposantos. Pronto el empuje urbanizador de nuestro siglo arrancará esos cipreses como arrancó los huesos de las viejas sepulturas. Un día no quedarán ni las señales de lo que hubo allí. Pero, ¿qué otra cosa es toda la tierra sino el vasto cementerio de toda la humanidad?

En el punto más elevado de este simbólico paisaje, donde el pincel o el buril de un gran artista moderno pudiera emular con ventaja los cuadros del Bosco, las aguas fuertes de Goya, había también otra notable institución, famosa en Madrid y en toda España: el Sanatorio Valdés.

Casa de salud, asilo de incurables, clínica y hospital, laboratorio, cátedra abierta generosamente al dolor y enseñanza de los hombres, era la obra de uno solo—don Augusto Valdés—, en cuyo noble corazón hervían con extremados ímpetus la fe en la Ciencia y el amor a la Humanidad.

Blanco, ligero, alegre, de muy graciosa arquitectura, en medio de un parque florentísimo dilatado por los alcores y vallejuelos de la Moncloa, resplandecía el Sanatorio al sol como una finca de placer, sin sombra de ese ambiente frío, ceñudo y hostil con que suelen embozarse, en las instituciones públicas, la caridad y la ciencia. Eran cinco pabellones edificados separadamente en forma de un abanico abierto, y unidos al través del jardín por unas galerías acristaladas, a guisa de varillaje, con el pabellón central, mucho más alto y espacioso. Todos estos edificios, cuyo plan había diseñado el propio fundador, modelos de pulcritud, de sencillez y elegancia, respondían en cuanto fué posible al ideal científico de estas modernas instalaciones. A lo largo de las fachadas de levante, mediodía y poniente, no había sino cristal: una serie de ventanales corridos que, con las naves de

comunicación, daban al Sanatorio el aspecto de una vitrina gigantesca. Y el pabellón principal, que era el de ingreso al Instituto, de espaldas a Madrid, tenía por remate una magnífica azotea que dominaba todo el espléndido horizonte: los últimos suburbios madrileños, el Parque del Oeste, la Moncloa, la vega del Manzanares, la Dehesa de la Villa, los montes del Pardo, la grave sierra carpetana, casi siempre azul, bruñida como el acero, perfilada en un ambiente purísimo, en un aire tónico, delgado y espiritual.

Un día, no hace muchos, tal vez por inspiración del propio Diablo Cojuelo, grande amigo de paradojas y sarcasmos, abrió sus puertas aquí, a la vera del Hospital de cancerosos, frente a la estatua de Daoiz y Velarde—no se pudo elegir sitio mejor—un célebre hotel, casa de juego, casino y parque de orgías, centro de placeres nocturnos, propicio a todos los pecados capitales. Para mayor afrenta del lugar, y como un inri a los héroes del Dos de Mayo, pusieron al hotel, con letras muy visibles, el nombre de *Parisiana.*

A media noche, singularmente en el estío, cuando en estas oscuras vecindades el sueño, blanda nodriza de los tristes, acunaba en sus brazos a los pobres, a los cautivos, a los enfermos, a los huéspedes infelices del Asilo, de la Cárcel y el Hospital, *Parisiana* relucía en las tinieblas de la Moncloa como un ascua de oro. Quebraban el alto silencio del paisaje las bocinas de los automóviles, las risas de las hembras, los taponazos del Champaña, los gritos agudos del *jazz-band.* En los jardines, en los salones del hotel, en los lugares discretamente prevenidos para la gula, para el juego, el baile, el amor y toda suerte de embriagueces y licencias, bullía, como ruidosa mascarada, la turba

de los alegres nocherniegos, damas de mundo y de placer, tahures, caballeros de industria, viejos verdes, señoritos viciosos, la espuma de la corte mezclada con la hez cosmopolita que las salpicaduras de la guerra echaron sobre el rostro de Madrid. Y no era raro ver por la noche, a las puertas del peregrino Hotel, cuando subían de punto la libertad y el desenfreno, alguno que otro coche blasonado, y en la chirlata, en el baile, en las cenas y regodeos a deshora, tal cual varón de muchas campanillas, prócer amigo de holgorios o damisela de sangre azul.

Entre los clientes más pintorescos y famosos de aquel pequeño *Paris la nuit*, traído por las melenas al castizo Madrid del Dos de Mayo, figuraba entonces don Juan de Monterrey, un buen mozo—cuerpo de gladiador, cabeza de medalla, perfil de ave de rapiña—, maduro de edad, mas no de juicio, hidalgo andaluz, pícaro español, viajero universal, insigne dentro y fuera de Madrid por sus extraordinarias aventuras. Ingeniero con humos de inventor, hombre de empresas y negocios, apasionado de las mujeres, de todos los peligros y deportes, pródigo de la vida y del dinero, automovilista audaz, aviador temerario, sensible como una veleta a las inquietudes del siglo, a todos sus vientos y sus modas, acababa de llegar a Madrid, ausente muchos años, en compañía de una rusa a quien unos tenían por princesa, otros por delegada bolchevique, y otros, en fin, por domadora de leones.

Con esta pareja internacional solían hacer mesa redonda, en las noches de *Parisiana*, unos cuantos bohemios, más o menos artistas, lanzados por la guerra desde el barrio Latino a la villa del oso y del madroño, y una dama gentil, una moza goyesca,

medio virgen, de sangre ilustre y fogosa: la de los Siete Linajes, célebre por sus dichos y sus hechos, por el heroico desenfado con que se ponía el mundo por montera y sus siete linajes a los pies.

Más recatadamente, pero también a deshora, y en buen humor y compañía, se aparecía allí de cuando en cuando el excelentísimo señor don Dimas Arráez, gerente de la casa de su nombre—Madrid, Bilbao, Sevilla—, hombre de mundo y de finanzas, grave y discreto varón, caballero gran Cruz, sociólogo a sus horas, llamado, por la solidez de su fortuna, de su carácter, de sus ideas y convicciones, a obtener una senaduría vitalicia o una cartera de ministro. Quien le viese allí, o en otros sitios peores, quizás achacara su presencia—tal era su reputación—a un motivo económico, benéfico o social, antes que al solapado bureo en que el sesudo prócer solía echar, de vez en vez, algunas canas al aire.

Su flaco principal, pues tenía tantos como canas, eran las «estrellas» del baile y de la copla, los toneletes de azogues y de luces, las hembras duchas en todos los quiebros y alegrías, temblores y desmayos que inventó el Diablo Cojuelo, desde la zarabanda y la chacona al tango argentino, la rumba y el *fox-trot*.

Compañero suyo en estas danzas y trotes era el ilustre *Don Magnífico*, grave sociólogo también, académico de Ciencias Morales y Políticas, senador del reino, árcade romano, socio del Círculo Partenopeo de Nápoles, del Consejo heráldico de Francia, de la Escuela Dantesca de Milán, de la Dáfnica de Aci-Reale, de la Colombaria de Florencia, caballero hospitalario de Africa y de la Gironda, coleccionista, en fin, como se ve por estos entre sus largos títulos, de medallas, cruces, collares, placas y botones de todo jaez.

Retaco y panzudo Arráez, cara de luna llena con unas gafas azules; alto, esbelto y solemne *Don Magnífico*, muy pagado de su estatura y de sus barbas de Faraón, ambos muy serios, muy orondos, cursis con presunciones de elegantes, hacían la más ridícula pareja que se puede imaginar.

A la hora cálida de la orgía, cuando el vaho de las cenas apetitosas, el ardor de las muchas libaciones, los estímulos del tabaco y del café, la atracción sexual, el vivo roce de todos los gustos, enardecían la sangre, desataban los nervios y las lenguas, hombres y mujeres, viejos y mozos, truhanes y caballeros—si alguno quedaba allí a tal hora—, juntos en la fácil intimidad de la embriaguez, movidos de cómico frenesí, como figuras trágicas y grotescas de un teatro Guiñol, lanzábanse a todas las locuras, mientras la orquesta salvaje, con estruendos metálicos y socarrones aúllos, despertaba en la alegre muchecumbre los bárbaros instintos de la horda que hay en el fondo de la más culta humanidad.

Pasados los meses invernizos, cuando la templanza del ambiente convidaba a salir al aire libre, la turba elegante y nocherniega se desbordaba por el jardín. Y era más peregrino entonces oir, en el alto silencio de este valle, en el reposo mudo de la tierra, bajo las pupilas misteriosas de la noche, el eco de los festines y las danzas, los sones agrios del *jazz-band*, las risas y los gritos de la horda.

¿Quién de entre aquellos locos empeñados en matar la sed, la sed de la carne y del espíritu, en los odres turbios de una grosera felicidad, se acordaría entonces de los huérfanos, de los inválidos y cautivos, de los enfermos y moribundos que allí a la vera, en las mansiones del dolor, alzaban sus ojos tristes a las estrellas de la noche o los cerra-

ban, más tristes aún, a la pesadumbre del sueño o de la muerte?

Y, sin embargo, como todos en la vida humana somos eslabones de una sola cadena; como hay un vínculo misterioso entre el placer y la angustía—¿cuántas veces no se confunden en una misma sensación?—había entre aquel espléndido jardín y sus lúgubres vecindades una profunda relación moral.

Febril, insomne, herida de muerte, rota en gemidos y sollozos su garganta de ruiseñor, yacía, en un lecho del Sanatorio cercano, *Friné,* la célebre cancionista y danzadora, trasunto de la hetaira griega por su triunfal hermosura, sacrificada al amor de los hombres, y hasta por su marmórea palidez. Amiga un tiempo de Arráez, de Monterrey, de *Don Magnífico;* famosa por el boato, el arte y elegancia de sus vestidos y desnudos, brilló con lascivos resplandores en Europa y América; fué atractivo supremo en los jardines de *Parisiana,* hasta caer un día, tronchada como una flor, en la mesa de operaciones del Sanatorio, bajo el acero del bisturí.

No lejos de *Friné,* cierta señora cuya belleza singular tenía los más nobles realces de la virtud y el sufrimiento, padecía en la noche, después de otra cruel operación, los solaces y francachelas con que su ilustre marido alegró sus horas en todos los jardines del deleite.

Y en la oscura prisión, en el siniestro *Abanico,* un pobre mozo a quien llevaron allí el vicio elegante, la sed de lujo y de dinero, el hambre de placer, desfallecía de terror, puesto en capilla, esperando con la del alba la hora del último suplicio.

Reos de muerte, víctimas y verdugos a la par, frágiles vasos de miseria todos los hombres en el mundo; nacidos para sufrir y, lo que es peor, para

hacer sufrir a los demás, en vano edificar moradas de placer entre las frondas melancólicas de este valle de lágrimas. Tributarios de las mansiones de los tristes, no hay voluptuosidad en la tierra, dichas ni goces de la carne que no se vinculen al dolor, al propio y al ajeno, que no arguyan pesadumbre ni traigan dejos de hiel. Ni hay jardín de delicias bajo el sol que no tenga al lado la orfandad, la invalidez, la esclavitud, la pobreza, el odio, la desesperación, el miedo y la sepultura.

Ya el lindo hotel de *Parisiana* cerró sus puertas para siempre. Aquellos jardines y salones donde bulleron las alegres musas de la orgía, los tahures, los calaveras, las hetairas y los sátiros, hoy se disponen a ampliar el Instituto del Príncipe de Asturias, la nueva clínica del Cáncer.

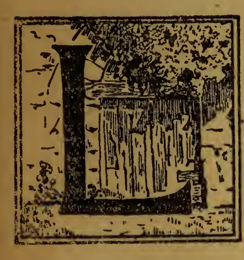
Huyó de allí la turba festiva y placentera; se apagaron las luces, las músicas, los gritos, las coplas, las carcajadas; volvieron los héroes del Dos de Mayo a recogerse en la soledad y el silencio bajo las pupilas misteriosas de la noche.

Pero como es condición de la vida hurtarse al dolor y olvidar la muerte, y es tan humano perseguir el placer y hacerse la ilusión de un paraíso en la tierra, en cuanto el tiempo abonanza y se renuevan los nidos, las frondas y las flores, por todos los caminos de este valle van del brazo el amor y la juventud, ambos felices tal vez porque los dos son ciegos; se oye el áspero son de las bocinas y motores, el jubiloso trajín de los autos que corren desaforadamente hacia la Cuesta de las Perdices, a los pinares de la Villa, a los montes del Pardo, al espléndido y señoril Guadarrama, que en los días de sol descuella en el fondo del paisaje, lleno de majestad y de alegría, como un telón inmenso, blanco y azul, sobre la escena del mundo...



II

La doctora Cruz.



ORETO Cruz, doctora interna en el Sanatorio Valdés, hacía la última visita, la de la noche, al pabellón de niños encomendado a su tierna y hábil solicitud.

Nada más bello, más limpio, más gracioso que aquellas dos hileras de cunitas blancas, de cabecitas infantiles, como de ángeles dormidos, en la azulada penumbra del vasto salón, también muy blanco, lustroso y apacible, semejante, con sus paredes casi todas de cristal, en medio del jardín, a un magnífico invernadero por cuyos anchos y corridos ventanales se filtraba a la sazón la claridad de las estrellas.

Una serie de ingeniosos bastidores, de hierro y

vidrio policromado, aislaba las cunas cuando era menester, encerrándolas automáticamente como en un estuche, en una alegre vitrina, en un pequeño escenario, entre flores y mariposas. De esta suerte cada enfermito, cercado de imágenes risueñas, de blandos arbitrios tutelares, de bosque, de jardín, de aire puro, con todas las ventajas del aislamiento y de la vida en común, podía creerse en un mundo de maravilla donde hasta el dolor parece un precioso privilegio, algo semejante a la perla que es una enfermedad de la ostra. Y cuando venía la Muerte, piadosa a veces coma una Madre, a besar a los niños en las cunas, aquellas vitrinas se cerraban del todo, como lindos ataúdes de cristal, y sólo se veían por fuera las alegres pinturas, las flores y las mariposas, como un símbolo de la tragedia humana oculta bajo los disfraces y engañadoras apariencias de la vida exterior.

Tales arrequives y otros muchos con que resplandecían en aquel Sanatorio las más modernas previsiones de la Ciencia, siempre del brazo de la imaginación y la ternura; la elegante sencillez, la perfecta comodidad, el dulce temple, la suave aireación, el reposado silencio de la sala, donde no se oía, cuando entró Loreto Cruz, ni una tos, ni un balbuceo, ni un plañido; todo evocaba allí, lejos de las ideas lúgubres de hospital y de clínica, el sueño y la quietud de un Limbo que trascendiese a Edén.

Y, sin embargo, allí estaban, como gusanos escondidos en cálices de azucenas, las sutiles ponzoñas, los estigmas crueles del Dolor y del Mal, todos los cienos de esa patología infantil con que se enturbia la vida en sus sagrados manantiales; allí estaban las tristes herencias repercutiendo, como el castigo de las viejas Escrituras, de generación en generación; allí el misterioso virus del plasma

original en la carne inocente de los hijos del Hombre; allí los más terribles y monstruosos frutos de su deformación y miseria, de su brutalidad o desventura.

Calladamente, con blandos pasos y delicada atención, iba Loreto Cruz, envuelta en su blusa blanca habitual, que le caía como una túnica griega sobre el cuerpo esbeltísimo y elegante (no era hermosa de rostro, pero sí de cuerpo), inclinando su flexible busto de cuna en cuna para auscultar un pechuelo oprimido, sosegar una carita angustiada, practicar una cura urgente, rehacer un vendaje, acudir a una nueva indicación, espiar una curva febril, sorprender un síntoma, comprobar un pronóstico, repartir consuelos y caricias, a la par que apuntaba en su *carnet* los datos más interesantes y prevenía a las enfermeras para el régimen y vigilancia de la noche.

Era la dulce doctora, insigne ya en la cumbre de sus treinta y cinco años, una de las pocas mujeres que supieron arribar desde las sirtes universitarias a la entera y gloriosa plenitud de una carrera científica. Entendimiento plástico y sutil, honda y aguda sensibilidad, privilegiada intuición, más parecía destinada a las libres imaginaciones del Arte que al ejercicio riguroso de la Ciencia. Pero, como al fin y al cabo, la Medicina, la Medicina ideal, la que no es un puro automatismo, tiene tanto de ciencia como de arte, y en no pocos de sus aspectos y perfiles (la técnica, el laboratorio, la investigación, muchas especialidades de la patología y aun de las artes operatorias), viene como anillo al dedo a las aptitudes más prácticas y minuciosas de la mujer, Loreto Cruz, asistida de muy temprana vocación y empujada también por el puño de hierro de la adversidad, pudo «hombrearse», dentro y fuera del

Instituto Valdés, con los más claros varones de la moderna ciencia española, con los pediatras y ginecólogos más ilustres de Madrid.

Ni las mayores crudezas de la fisiología humana, ni el áspero roce viril en aulas y hospitales, ni las sangrientas anatomías del anfiteatro, ni todas las crueles vivisecciones del propio corazón, lograron nunca embotar los finos aceros de su nerviosa y delicada naturaleza, la perspicacia de sus órganos receptores, la agudeza de la imaginación, las cualidades de su extremada feminidad, aquel temperamento suyo, exaltado, impetuoso, hecho para sentir y padecer, aquella inmensa ternura siempre en enérgica radiación, como la onda magnética, sobre el misterio impenetrable del mundo, sobre el destino trágico del hombre.

Sus manos pálidas y fuertes, delgadas manos señoriles, de mujer de ciencia y de hermana de la caridad, eran tan hábiles para las mutilaciones del quirófano como para las suavidades de la caricia; expertas servidoras de unos sentidos maravillosamente refinados, de una organización física y moral susceptible a las más tenues percepciones hasta un punto inefable y doloroso, igual sabían, esgrimiendo el bisturí, operar en las más finas texturas anatómicas y hacer en el laboratorio las más difíciles preparaciones micrográficas, como sedar las almas y las frentes con su roce amoroso y protector.

Había en sus entrañas, precozmente enfermas y mutiladas en lo más profundo y misterioso de la matriz de la vida, junto a la humillación y la tristeza de la mujer estéril, un sentimiento, rebosante a la vez de caridad, de envidia y desolación, un sentimiento maternal, tanto más vivo cuanto más burlado, más insaciable y rencoroso por la imposibilidad absoluta de poderlo satisfacer.

Nacida Loreto Cruz para el amor, hecha para ser muy feliz o infinitamente desgraciada, pagó al duro precio de un sacrificio sin resignación, de una renuncia llena de hiel, los caros privilegios de la inteligencia, de la sensibilidad y la ternura.

Sola en el mundo muy temprano; muy pronto también curiosa y apasionada de los misterios de la vida, del dolor y del destino; envidiada por las mujeres; atraída y menospreciada por los hombres, refugió en la ciencia, como en un claustro, su pobre juventud solitaria, su anhelo de sentir y comprender, su enorme vacío de amor y maternidad.

Hosca en el trato con el mundo, cerrada con siete llaves la oscura fuente de sus amores y ternezas, sólo al pie de las cunas, clavados los ojos tristes, que tanto sabían de lágrimas y horrores, sus ojos zarcos y feos de color de agua turbia, sobre los ojos, también tristes, de aquellas criaturitas miserables, sólo entonces abría el dique al escondido raudal. Y cuando nadie la observaba, cuando podía hallarse sin testigos en medio de aquella zupia infantil y arrodillarse junto a un lecho o tomar en sus brazos a un inválido y discurrir a solas por el jardín de convalecientes con alguno de aquellos ángeles heridos, eran para ver y oir los transportes, las roncerías, las cabriolas y remoquetes con que la doctora Cruz, tan ceñuda y esquiva y antipática (por tal la tenían muchos, aun entre los ingratos rapazuelos), se aniñaba y derretía para alegrar y divertir y embebecer a aquella pobre turba de redrojos sellados por el dolor o elegidos para la muerte.

—Estate quieto, *Chavito;* cállate tú, *Renacuajo;* no me des guerra, *Cocolín;* a ver, *Mariposa, Gitanillo, Cascabel,* escuchadme todos, que voy a contaros un cuento...

Y les contaba cuentos y les cantaba coplas de cuna, con una voz muy dulce, a veces empapada de lágrimas, y les daba, a la par, medicinas y besos y les estrechaba en sus brazos con un ardor, en ocasiones calenturiento y enfermizo, que trascendía a dolorosa obsesión. Iba y venía de aquella primera sala, donde estaban los párvulos, a la de enfermos de la segunda infancia y, por último, al lejano pabellón de infecciosos, y dondequiera, siempre tenía en la boca y en las entrañas ese *hijo mío* tan dulce en los labios de las madres, tan triste en los labios de las que quisieron y no pudieron serlo...

Mujer al fin, tenía para chicos y grandes, fuera de la piedad igualitaria de la Ciencia y del régimen democrático del Sanatorio, donde sólo había pobres y ricos a la hora de pagar; tenía Loreto, aunque lo procuraba esconder, sus grados y matices de predilección o repugnancia, cuyos motivos ni aun ella misma fuera capaz de discernir. ¡Grave misterio, entre los muchos del corazón humano, este misterio que nos ase o nos repele de los otros corazones, que nos fuerza a elegir de un modo casi siempre irrazonable y oscuro, entre la muchedumbre de las criaturas que nos rodean! Precisamente el niño predilecto de la doctora Cruz, su favorito a la sazón, no era el príncipe rubio de los ojos verdes—Federico Alejandro—, pálida Alteza venida al mundo en el destierro, bajo las tocas de la viudez, bajo las alas imponentes de un meteoro universal que derribó con ímpetu los más formidables imperios; no era tampoco Angel Ozores, de hidalga familia castellana, rubio y angelical como su nombre, atenazado por una parálisis infantil; ni era Paquito Pizarro, en cuya dulce y triste personilla, tan agraciada en el semblante como ruin y

consunta en lo demás, el férreo nombre histórico parecía una mueca del destino; ni era Laura Barquín, la monstruosa flor, cuerpecillo inerte, fragilísimo tallo de una cabeza enorme que crecía, crecía sin cesar, espantosamente dilatada por una encefalitis; ni era el gracioso renco Polo Bances, un gitanillo de la piel de Lucifer, presa de una coxalgia tuberculosa; ni Luz, la jorobadita; ni el epiléptico Lazarín, ni otro ninguno de los rapaces más guapos, dóciles, finos, inteligentes o sensibles de aquel pequeño mundo de dolor, sino la criatura más vil y fea y repulsiva del pabellón de infecciosos, el ser más arisco, más ingrato y salvaje que se puede imaginar.

Era un golfillo, un ladronzuelo, criado entre hampones, vagabundos y facinerosos de toda especie, con las hordas del barrio de la China en uno de esos suburbios, adheridos como tumores igual en Madrid que en Londres, en París, a la carne áspera y rugosa de nuestra vieja Civilización. *Borde* llamaban al tal. No tenía padres, ni parientes conocidos, ni otro nombre, ni otro rastro civil que aquel afrentoso remoquete. Como tantas otras infelices larvas de humanidad caídas en el fango de su origen, aquella criatura no era nadie, no era más que un mote. Para la sociedad no existía; como no fuese en algún registro policíaco, en ninguna parte constaba que semejante ser hubiera nacido. Ni aun era posible conocer su edad, pues ni él la sabía ni de ella daban claro indicio la cara cobriza y chupada, toda ojos y tufos negros, el cuerpecillo miserable y enclenque, el aire desgarrado y melancólico, la impresión impúber y a la par senil: lo mismo podía tener siete años que diez.

Lo recogió ella misma del arroyo, a viva fuerza, muerto de hambre, podrido de avariosis, en los

puros huesos. Iba Loreto Cruz una mañana por la calle de Atocha, cuando sintió que la tiraban con ímpetu del bolso de mano que llevaba en la diestra. Apercibióse a tiempo para coger al randa por un brazo y meterlo a trompicones en un portal. Ya se disponía a obrar en él mayor castigo, cuando le vió todo lleno de pupas y de andrajos, la cabezota gacha, dispuesto a recibir los golpes, harto convencido de que los desdichados como él vienen al mundo a robar lo que puedan y a sufrir del más fuerte estacazos y bofetadas, mientras llega la hora del desquite. Y al verle así, feo y encogido como un gusano, sintió Loreto una vivísima compasión.

—¡Tan ruin y ya tan granuja!—se limitó a decirle.

El golfo seguía sin levantar la cabeza, aguardando con los brazos en alto los pescozones de rigor, no sin atisbar de reojo la manera de escabullirse entre el gentío.

—¿Cuántos años tienes?—le preguntó la dama con voz más dulce.

—No sé—respondió el pilluelo, sorprendido y receloso.

—¿Cómo te llamas?

—No sé. Me llaman *Borde.*

—¿Quiénes son tus padres?

—Yo no tengo padres.

—¿Eres inclusero?

—No.

—¿Tampoco tienes parientes?

—Tampoco.

—¿Estás solo en el mundo?

—Sí.

—¿Dónde naciste?

—No sé: cuando nací me echaron al arroyo en una espuerta.

—¿Y quién te recogió?

—El *Pedernal.*
—¿Quién es el *Pedernal?*
—Era un pistolero.
—¿Un pistolero?
—Sí, de esos que andan a tiros con la Guardia civil.
—¿Y a dónde te llevó?
—A su choza.
—¿Y allí te criaste?
—Me crió su mujer.
—Por lo visto, no es tan mala gente...
—Aunque me pegaban mucho, eran muy buenos los dos.
—¿Eran? ¿Se han muerto?
—Al *Pedernal* lo mataron.
—¿Y su mujer?
—Está en la galera de Alcalá.
—¡Buena gente! ¿Qué hicieron?
—Nada; les achacaron no sé qué... ¡Cosas de los ricos para reventar a los pobres!
—¿Odias a los ricos?
—Sí.
—¿Todos te parecen malos?
—Todos.
—¿A todos los matarías de buena gana?
—Si pudiera, sí.
—Y ya que no puedes matar, robas.
—¡Tengo hambre!
—¿Por qué no trabajas?
—No sé trabajar.
—¿Por qué no vas a un asilo?
—Allí no me quieren, porque tengo *chiflis.*
—Entonces, a un hospital.
—Hay que tener empeños...
—Yo te llevaré.
—¡No!

—¿Por qué no?

—Porque no quiero... ¡reconcho! Prefiero estar en la calle.

—Vente conmigo, zarramplín. Yo te curaré, yo te enseñaré a trabajara y vivir como un hombre...

—¡No quiero!--gritó el redrojo pugnando por huir.

Fué menester llevarlo por puños al Sanatorio, y reducirlo allí como a un lobezno, pues a cada paso se quería escapar y morder, entre alaridos y blasfemias, las piadosas manos que le amparaban... A fuerza de salvarsán, de nutritivos manjares, de higiene del cuerpo y del espíritu, empezó a curarse y a moderar en apariencia sus pujos de indómita y salvaje libertad. Fué Loreto misma, llena de amor y misericordia, quien le enseñó a leer y escribir, quien se propuso hacer un hombre útil y bueno de aquella bestiezuela enferma, ya destinada, desde el punto y hora de nacer, a morir en el hospital, en la cárcel o en la horca. Tal vez contribuyó no poco a la rara predilección de Loreto la negra fatalidad de semejante destino. Los problemas de la miseria, el espectáculo de las criaturas que han hambre y sed de pan y de justicia, eran para Loreto Cruz como obsesiones trágicas; le producían a la vez piedad y cólera...

Mas el ingrato cachorro guardaba en su alma oscura llena de sombras y de hieles, en sus ojazos negros y torvos, surcados a veces de relámpagos, allá en lo profundo de su carne vil y de su impura sangre, un esquivo recelo, una sorda desconfianza, las semillas del odio bebidas con la leche, la voluntad emponzoñada y envidiosa del que se sabe mal nacido, del que se siente débil, enfermo, cobarde y afrentado, del que ve que no inspira más que lástima o repulsión.

—Hijo mío—le decía Loreto, sin asco alguno de

su fealdad y de sus llagas—, ¿no estás contento? ¿no querrías vivir siempre a mi lado?

—No—respondía *Borde* con la cabeza gacha, hurtando a las piadosas caricias el gitanesco semblante, donde los ojos turnios, la chata nariz y el labio leporino repelían tanto como el color de cobre y las feas cicatrices—, no, señora: yo quiero irme pronto del hospital.

—Esto no es un hospital.

Borde se replegaba en obstinado silencio.

—¡Ingrato!, ¿quieres volver a revolcarte en el arroyo, en vez de estar aquí limpio y decente, en vías de salud, en estos jardines, como agua clara entre flores, bien mantenido y regalado, a cubierto del hambre, de la miseria, de todas las injurias del mundo? ¿Prefieres ser un desperdicio de la vida, una criatura sin nombre, sin honra, sin salud, sin hogar, un golfo, un ladrón, carne de muladar o de presidio, a ser un hombre de bien, un hombre libre, redimido por el amor y la ciencia?

Borde no respondía, clavados en el suelo los pensamientos y los ojos.

—Vamos a ver, criatura—porfiaba la dama sin darse por vencida—, ¿no me contestas? ¿no me quieres?

—Sí, señora—dijo el pilluelo en voz muy baja, sin levantar la cabeza, entre avergonzado y esquivo.

—No me llames señora—pronunció ella con ímpetu de amor—, llámame madre.

Borde no respondió. Seguía con la mirada en la tierra.

—No, no me quieres...—concluyó Loreto—. Pero no importa... yo sí te quiero a tí... ¿lo oyes bien?... Es mi sino: querer con toda el alma y sin que nadie me quiera...

Borde tampoco respondió.



III

Un hogar de hombres de ciencia.



Cuando Loreto acabó su visita aquella noche, se encaminó al edificio principal del Instituto, allí donde tenía su habitación, no lejos de las que ocupaban el director del Sanatorio, don Augusto Valdés y sus hijos, en un pabellón independiente de todos los servicios de la Clínica.

La hermosura de la noche abrileña, toda estrellada y esclarecida por el creciente de la luna, detuvo a la doctora en uno de los altos ventanales abiertos al jardín.

Al apacible resplandor se destacaban sobre las frondas del parque, tendido en suaves declives por el cerro de la Moncloa, los pabellones del Sanato-

rio, con sus diáfanas galerías, como un inmenso abanico de cristal; más abajo, las azoteas de *Parisiana,* desiertas y oscuras a la sazón; enfrente, las luces de Madrid, la Cárcel Modelo sumida en la sombra de los árboles, y al norte, al fondo de la llanura espaciosa, las cumbres todavía nevadas de la Sierra, los picos del Guadarrama señorial cuyos blancos bullones relucían al semblante amoroso de la luna.

Penetrada en lo más hondo del corazón por la dulzura y mansedumbre de la noche (Loreto amaba la Naturaleza con un ardor sensual y panteísta) se estuvo allí un buen espacio, hasta que oyó la campana con que llamaban a cenar.

Llegando al vestíbulo, para ir al tocador, le salió al paso una señora joven, muy acicalada y gentil. Era Eugenia Roldán, la nuera del director del Sanatorio, una donosa granadina cuya hermosura gitanesca sirvió de modelo a su hermano, el gran escultor Julio Roldán, para su famoso bronce *La Reina del Albaicín.*

—Date prisa, Loreto—pronunció con vivo acento meridional—, que ya está don Augusto en el comedor... ¡Siempre esperando a la doctoral—añadió con fisga—. ¿Duermen ya tus chavales?... ¿Qué hacías mirando a las estrellas? Hija, ¡como eres tan romántica!...

Loreto respondió con un gesto despectivo. Entre las dos mujeres se cruzó una mirada fulminante, una de esas miradas que descubren, como breve luz de centella, un abismo de hostilidad y acritud.

Con todo, unos minutos después entraron juntas en el comedor.

Amén de Loreto, eran cuatro a la mesa: el viejo y arrogante doctor Valdés; su hijo Leonardo, hombre ya maduro, lleno de canas y de arrugas preco-

ces; Eugenia Roldán, esposa de Leonardo, y el unigénito de este matrimonio, Enrique, un muy juncal adolescente, ya a punto de concluir sus estudios de bachiller.

Era un hogar de hombres de ciencia, un hogar apacible y bienhechor, bajo el mismo techo de aquel Instituto glorioso, fundado y regido por el ilustre clínico don Augusto Valdés. Un poco al margen de este hogar, por muchas y complejas razones, aunque en antigua y diaria convivencia, Loreto Cruz amaba respetuosamente a don Augusto, su protector y maestro; sentía por Leonardo una ternura fraternal; aborrecía a Eugenia con toda su alma, impetuosa para el amor y el odio, y detestaba a Enrique por la única razón de ser el retrato de su madre. La cual, pagando a Loreto en la misma moneda, teníala por «la mujer más sabihonda, desaborida y antipática del orbe». Nada de esto salía a la superficie, y menos delante del doctor Valdés, sino con esos relámpagos de ojos, sonrisas irónicas y medias palabras en que tan diestras son las mujeres para subrayar sus sentimientos.

Presidía la mesa, con la imponente majestad de su figura de apóstol, don Augusto Valdés—ancho y vigoroso busto, semblante fresco y juvenil, de singular nobleza y gravedad, fina y recta nariz, espaciosa frente, barbas y cabellos blancos, ojos vivaces y negrísimos.

A su derecha se sentaba Eugenia, y a su izquierda Loreto. Para que todo fuera incompatible y dispar en ambas mujeres, la una era muy morena, con dos rosas de sangre en las mejillas, los dientes muy blancos y los cabos negros; la otra, pálida y rubia; Eugenia muy guapa, desde los remos largos, incitadores y garbosos, a los ojazos árabes puestos a la sombra de una cabellera opulentísi-

ma; Loreto, hermosa de cuerpo, fina y elástica de talle, con una elegancia muy moderna, pero de rostro vulgar, feas la boca y la nariz, el pelo escaso, las pupilas grises. Y en punto al carácter las diferencias eran todavía más profundas: Eugenia, trivial, irreflexiva, parladora y chancera, muy pagada de todo lo exterior, llena de júbilo, de salud, de felicidad física; Loreto, grave y adusta, muy orgullosa de su linaje intelectual, quebradizos el genio y el color, pocas y breves las razones, siempre despiertas y vigilantes la sensibilidad y la reflexión...

Eugenia y don Augusto llevaban en la mesa el peso de las conversaciones. La palabra recia, magistral y sentenciosa del doctor y la vocecita caliente y aguda, con muchas risas y trinos, de Eugenia Roldán, que parecía un gorjeo de pájaros, alternaban en el ancho comedor abierto a los rosales del jardín.

Leonardo Valdés no hablaba casi nunca. Reconcentrado y absorto, con esa especial melancolía de los hombres muy altos y enjutos, prematuramente abatidos y encorvados, escuchaba sin oir, muy abiertos y distraídos sus ojos de color de caoba, desde su juventud habituados a pasar las horas muertas sobre los libros o sobre el microscopio, avizorando los mundos misteriosos de lo infinitamente grande o lo infinitamente pequeño. Jefe del Laboratorio en el Instituto Valdés, investigador oscuro, al que dejaban más en la sombra las luces de la gloria de su padre, tenía un carácter huraño y retraído, una cabeza rubia ya casi gris, un rostro hirsuto, pálido y seco y una sonrisa triste, sólo animada y ardiente cuando miraba a su mujer.

Enrique, muy espigado y garboso, era también morenote y alegre. Viva estampa de Eugenia, no

tenía de Leonardo más que la sangre y el apellido.

—¿«Sabéis ustedes» quién acaba de llegar a Madrid?—dijo la andaluza, que así viviera cien años en Castilla no perdiera un rasgo de su naturaleza ni de su origen plebeyo—. ¿A que no lo adivináis? Yo lo sé por una casualidad: me lo ha dicho mi hermano, encargándome mucho que no se lo diga a nadie..., porque el tal viene de incógnito... Parece ser que se trae no sé qué historia con una dama rusa que con motivo de la guerra... Como aquello está que arde en un candil...

—Pero, mujer—interrumpió don Augusto, impaciente—, ¿acabarás de decirnos quién es el que ha venido de incógnito?... Por más que si te encargaron el secreto...

—¿Y para qué son los secretos sino para contárselos a todo el mundo? Lo que todo el mundo sabe ya no tiene gracia... Pues ha venido a Madrid... su ahijado, su propio ahijado, el propio don Juan de Monterrey.

Loreto palideció. Aquel nombre se le clavó en el alma como el acero de un bisturí cuando se hunde en la carne viva.

—Pero, ¿Juan no estaba en América?—preguntó Valdés—. ¿No tenía allí un gran negocio industrial? Como ese picarón no escribe casi nunca...

—Según dice mi hermano—repuso Eugenia—viene de París... Dejó el negocio de motores que tenía, y le ha dado... ¿por qué diréis? ¡Si ese hombre tiene más gracia que la campana de la Vela!... Pues le ha dado por meterse a aviador... Y es que eso de volar debe de ser lo más hermoso del mundo... A mi hermano también le dió por ahí una temporada, pero lo dejó para volver a sus muñecos... Y a propósito de los muñecos: Julio está preparando una exposición en su estudio del paseo

del Cisne... Va a ser la *chipén*... Y ya tiene en molde las estatuas para el jardín del Sanatorio... Pero ¿qué te pasa, Loreto? ¡*Josú* y qué malita cara tienes esta noche!

Loreto quiso disimular su enojo y turbación con unas palabras irónicas y una sonrisa de hiel.

—Enrique—dijo don Augusto a su nieto, cambiando la conversación—no comas tan de prisa. El comer es un arte de exquisita urbanidad y un acto fisiológico de extremada delicadeza.

El estudiante, que era el ojito derecho del doctor Valdés, su orgullo y su esperanza familiar, alzó el rostro que sobre el plato tenía, con la boca llena y los ojos muy burlones.

—Que no se diga—añadió Valdés—que un discípulo mío, y nieto por añadidura, desconoce las reglas más elementales de la higiene y del arte de vivir. En la mesa es donde más se conoce al hombre grosero y al hombre espiritual. Precisamente, uno de los rasgos de la Cultura es el de ennoblecer la fisiología humana depurándola y ennobleciéndola en sus funciones más elevadas y vitales. El hombre bárbaro y agreste vivía para comer, disputando su pitanza a las fieras como la más cruel y carnívora de todas. Al hombre civilizado repugna cuando recuerda su origen animal; come para vivir y reviste sus refacciones y todos sus actos fisiológicos de moderación y alegría, pues únicamente así son útiles y bellos, y constituyen una fuente de longevidad y saludables deleites.

Don Augusto, insigne como médico y más popular aún como «apóstol de la ciencia», no perdía ocasión de predicar, dondequiera que fuese, desvelado hasta en su lecho por una fiebre humanitaria, racionalista y soñadora, por un ímpetu pedagógico y reformador, mezclado paradójicamente de escepti-

cismo, de fanatismo, de piedad y no pocas veces de cólera.

—Si este chiquillo traga más que *er Tostao*—interrumpió su madre, la cual solía, irreverente y charlotera, entreverar las predicaciones del apóstol (a quien ella le hacía mucha gracia) con su palique meridional, pródigo y revuelto como gazpacho andaluz. —¡Naturalmente! Como que está en la edad del pavo...—y al decir así estaba Eugenia también a qué más quieres, boca—. ¡Anda, hijo mío, a ver si sabes con la misma gracia digerir la ciencia!... En cambio usted, don Augusto, come como un colorín... Por la mañana, un racimo de uvas; al mediodía, legumbres y pescados; en vez de vino, agua del Lozoya, y por la noche, colación...

—La sobriedad—repuso Valdés—. He aquí el secreto de la salud, de la vida feliz y dilatada. Si supieran los pobres que la mayoría de los ricos sufren y mueren por razón de su misma opulencia; que el ocio sedentario, la vida muelle y regalona, las enervantes delicias, la pasión del lujo, el despilfarro de la sensibilidad, los excesos de la gula, los copiosos y refinados manjares...

—Por la boca muere el pez...—volvió a interrumpir Eugenia, sin darse por aludida en su regalado yantar—. Pero hay personas a quienes nada les luce. Aquí tiene usted a Leonardo, que no ayuna precisamente, y está que parece Don Quijote... Yo creo que come sin saber lo que hace, de puro distraído... Y lo que usted dice: hay que poner los cinco sentidos en el plato y saber lo que se come y darle cien vueltas en la boca para que manen bien esas tres clases de salivilla que dice usted que tenemos... Pues, señor: ¡apenas hay que trabajar para comer! Y, por contera, se debe estar callando, sin decir ni pío... Yo no puedo, la verdad..., ni usted

tampoco, don Augusto... A mí, que no me quiten la conversación... Una hora de silencio, y me pongo mala... Necesito charlar por los codos, reirme, expansionarme, decir todo lo que se me viene a la lengua... ¿Para qué vive una si no...? Yo no nací para trapense...

—Nada más lejos de mi terapéutica—dijo don Augusto, riendo—que prescribir el régimen de la Trapa... Un moderado apetito, una sabrosa conversación, una templada alegría, son los mejores ingredientes del manjar y de la salud... En lo futuro, cuando la vida sea buena, cuando los hombres sean felices, la higiene física y moral, incorporada instintivamente a las costumbres, dominará en la tierra sin necesidad de coacción... Algún día el espíritu científico será tan natural y común a los hombres como el instinto de vivir y procrear...

—¡Ay, qué bien!—exclamó la del Albaicín—¿y cuándo va a ser eso, don Augusto?

—El reino de la Ciencia—respondió el apóstol con místico fervor—se acerca a pasos de gigante... Yo, como voy para viejo, no lo veré..., pero vosotros...; tú—dijo señalando a Enrique—, tú verás el hermoso amanecer de la nueva Humanidad... Tú, que eres casi un niño, has de ver cosas al lado de las cuales la grande higiene, la inmunidad específica, la transmutación de los elementos, la cirugía restauradora, la actividad radiante, los submarinos, la perifonía, la aviación, serán como juguetes infantiles... Tú verás al hombre en su plena hermosura y felicidad, en toda su fuerza y señorío, sin sombra de esclavitud, hambre ni dolor... Verás cómo despliega las alas de su genio, cómo descubre y doma las energías misteriosas del mundo, cómo edifica ciudades mucho más nobles y suntuosas que las antiguas metrópolis... ¡En qué

paraíso más espléndido viviréis los hombres de mañana!

Abrió Enrique sus grandes ojos negros, con el asombro y la codicia del próximo edén; sonrió Leonardo con irónica tristeza, y suspiró Loreto, nada propicia tampoco a adormecer sus angustias presentes al blando arrullo de las canciones del porvenir...

—¡*Josú* y qué lástima—dijo «la reina del Albaicín»—, que *háyamos* nacido tan temprano! ¡Lo que será vivir en esos tiempos que usté dice, talmente como en Jauja, y ver los jamones de Trevélez colgando de los árboles, y la manzanilla de Sanlúcar saliendo a borbotones de las fuentes, y todas las frutas del mundo naciendo ya confitadas, y las florecicas del campo unas destilando miel y otras agua de rosas, y las perdices y los faisanes viniendo ellos mismos a meterse en la cazuela, y los boquerones y las *pescaiyas* saliendo de la mar, corre que te corre, para venir a la sartén, y los lobos jugando con los cordericos, y los milanos con las palomas, igual que en los tiempos de San Francisco de Asís, y los gusanos de seda labrándonos la ropa interior, y los hombres y las mujeres lo mismo que Adán y Eva..., quiero decir, en el Paraíso..., y sin tener que hacer más que pasear y charlar y divertirse y darle gracias a Dios..., quiero decir, a la Ciencia. Pero oiga usté, padre: ¿está usté seguro de que eso puede ser algún día?

Reíanse todos, y más que nadie don Augusto, de las «salidas» de Eugenia, la cual hablaba siempre al estilo pintoresco de su país y sin la menor intención (aunque ello así resultaba) de poner en solfa las doctrinas del apóstol.

—Porque es lo que yo me digo...—continuaba Eugenia con su verbosidad exuberante—. El día

en que todos *séamos* ricos... ¿quién va a trabajar ni hacer las cosas de la casa, ni las del campo, ni todas las que hay que hacer en el mundo? El día en que todos revienten de salud... están de más los sanatorios y los médicos... El día en que todos *séamos* felices... ¿qué mérito tendrá ser buenos, ser santos, ni ser sabios, ni aprender ninguna ciencia...? Con ser felices, todo lo tenemos *aprendío*...

—La Ciencia—repuso don Augusto muy solemne—será en todo tiempo necesaria. Cuanto más felicidad, salud y riqueza haya en el mundo, con más ahinco procurarán los hombres el supremo deleite del trabajo, de la sabiduría y del bien...

—El trabajo nunca les gustará a los gandules... y yo me temo que en Jauja se vuelva la gente muy holgazana... a fuerza de tenerlo todo a pedir de boca...

—El trabajar sin esfuerzo, moderadamente, en condiciones higiénicas de comodidad y salud, conforme a la vocación de cada cual, será un placer... hasta para los gandules. Una humanidad sin luchas, sin malas pasiones, sin dolencias incurables, sin el mal que producen el fanatismo, la ignorancia, la miseria, la esclavitud...; unos hombres que lleguen a la vejez alegremente, cargados de días y de obras, y mueran de muerte natural, a los cien años, con la dulzura de quien se entrega al sueño...

—*¡Ajolá!*—interrumpió la andaluza—, ¡cuadro más encantador! Pero diga usté, don Augusto, ¿no vendrán otros hombres a meter la pata, como ha sucedido siempre, a conquistar ese país y no dejar en él títere con cabeza?

—¿Otros hombres?

—Sí, los bárbaros, los moros, esos otros salvajes que matan a la gente para comérsela como si fueran *bistés*...

—¡No, hija, no!—repuso el apóstol riendo—. Si entonces todo el mundo estará civilizado y no habrá guerras y todas las razas unidas por la ciencia, por el amor...

—¡Ay! ¿los negros también? ¿y los chinos? Porque a mí los chinos me dan mucho asco... más todavía que los negros...

—Todos son hijos de la Naturaleza...

—Más parecen hijos del demonio.

—¡Calla, mujer!—intervino Loreto impaciente—. No dices más que tonterías...

—En cambio, tú te las callas... para hacerlas después. Ya sabes aquello: ¿En qué se diferencian los tontos de los listos? En que los tontos dicen tonterías y los listos las hacen... Aplíquese el cuento la doctora... Pero, volviendo a lo de Jauja, dígame usté, don Augusto, ¿y entonces todos los hombres serán como los ángeles? ¿no habrá algún *renegao* qne meta cizaña y concluya por fastidiar a los otros?

—Siempre habrá algún enfermo (que enfermos son los malvados); pero el mal será una excepción, fácilmente curable en una sociedad de hombres sanos y dichosos encaminados por las vías del progreso infinito.

Para el apóstol de la ciencia no había dificultad. El *veía,* con el mismo relieve y certidumbre con que se ve un camino real desde la cumbre de un monte, el camino del progreso por donde los hombres, según el viejo y pueril esquema de la historia, van caminando desde las edades rupestres a la Edad de Oro.

—Pensad—decía con igual persuasión y majestuosa elocuencia que el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuando las bellotas pastoriles trajeron a su memoria la feliz edad en que no había *tuyo y*

mío...—, pensad en el hombre apenas desprendido del animal, esclavo de las fuerzas naturales, errabundo por los desiertos, luchando con las fieras y, lo que es peor, con los otros hombres, bajo los yugos crueles de la necesidad y del terror... Vedle temblando en el fondo de las oscuras cavernas, rugiendo de frío, de hambre y de cólera, como el león en su cubil... Miradle pasar lentamente, de siglo en siglo, de milenario en milenario, de la horda al pueblo, de la barbarie a la vida civilizada; recorred las dolorosas etapas de su historia, del instinto al sentimiento, del sentimiento a la razón, de la superstición religiosa a la ilusión metafísica y, por último, a la claridad y al orden de la Ciencia, y decidme si no hay motivos para la fe en el Progreso... Todavía, ciertamente, padecemos servidumbres innumerables; aún quedan, en el mundo y en el hombre, densas zonas oscuras de esclavitud moral y material, muchos misterios que esclarecer y descubrir... Mas llegará día en que no quede un rincón del universo ni de la naturaleza humana donde no se proyecte a raudales la luz del conocimiento experimental. Y entonces, desvanecidos para siempre todos los mitos y las sombras, surgirán espontáneamente nuevas disciplinas, una ética más pura, derechos y deberes científicos, que serán la atmósfera natural del individuo armónico felizmente adaptado a sus condiciones de vida. Un esplendor intelectual, una alegría interior, una longevidad majestuosa, una vejez serena y dulce, una muerte natural y apacible, serán el fruto de semejante plenitud...

Leonardo sonrió. Mientras oía, como entre sueños, a su padre, sin atreverse a contradecirle, juzgaba en su fuero íntimo que un mundo a nivel, excesivamente ordenado por la ciencia, despótica-

mente gobernado por la razón, sin más allá, sin perspectivas, sin claroscuros ni misterios, sería de todo punto insoportable...

—Imaginad la vida de los hombres—siguió diciendo el apóstol—sin las angustias de la necesidad, del amor y de la muerte...

—¿Sin las angustias del amor?—repuso Loreto con extrañeza.

—Sí. Porque todas las causas de la tragedia de los sexos, causas religiosas, morales, de orden social o de carácter fisiológico, serán al cabo eliminadas.

—¿Y la muerte?—preguntó Leonardo.

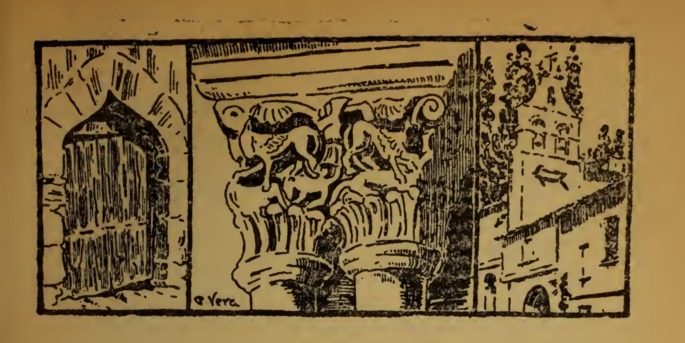
—Saciado el instinto de la vida en una existencia colmada y secular, fácil será desenvolver el instinto de la muerte, hermano del sueño. Cuanto más y mejor se ha gozado de la vida, mejor se dobla la voluntad al último reposo, el cual, después de una vejez sana y robusta, de una misión cumplida holgadamente, es el último bien... Porque el terror de la muerte lo traen por lo común la brevedad y miseria de una vida sin goces, la vejez prematura y patológica, la subversión habitual de todas las leyes naturales... La Ciencia—concluyó don Augusto en un rapto de hervorosa fe—, la Ciencia omnipotente acabará por rehacer a los hombres, iluminar sus vidas, suprimir el dolor, imponer la felicidad en el mundo, convertir la tierra en un espléndido paraíso...

Iba Leonardo a responder cuando Eugenia se adelantó con ímpetu.

—¡Esto es ciencia, señores!—dijo, abriendo de par en par sus ojazos árabes, más rasgados aún por el ingenuo asombro—. ¡Esto es ciencia, señores, y hablar como los propios ángeles y tener un corazón como la torre de la Vela y *diquelar* el por-

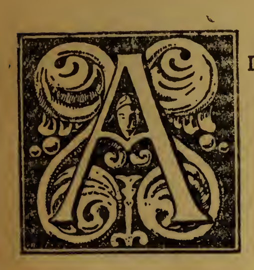
venir y decirle la buenaventura a la humanidad con todita la gracia y el conocimiento del mundo!... ¡Aprende, hijo, aprende—advirtió a Enrique dándole un fuerte codazo—, apriétate los calzones y abre los cinco sentidos y mete bien en la cabeza las doctrinas de tu abuelo!... Mira que tú, como eres un chavalico, tienes tiempo de sobra para ver todas esas maravillas... ¡Esto es ciencia—repitió, dándole a su marido otro codazo más fuerte—y no las cavilaciones y los flatos que a tí te están consumiendo! ¡Esto es ciencia, y todo lo demás, silbidos en ayunas!





IV

La que no pudo ser madre.



LZADOS los manteles, y después de una corta sobremesa, todos salieron del comedor. El apóstol se fué a su despacho donde, sumido en el estudio, solía esperar a los médicos de guardia; Leonardo al laboratorio; su mujer y su hijo a dar un paseo por el jardín, y Loreto a sus habitaciones: un gabinete, una alcoba y un cuarto de baño, todo ello muy sencillo, pero cómodo y elegante.

La educación intelectual, la independencia económica, las profesiones científicas y varoniles, nunca embotaron, por lo menos en España, el sentimiento de la mujer, los donaires, perfiles y agudezas de su profunda y delicada feminidad. En los

más leves pormenores de aquellos tres aposentos había un no sé qué dulce, fino y gracioso que descubría al punto, como el estuche deja adivinar la joya, que allí posaba una dama joven, coqueta, sensible, muy mujer por muy doctora en medicina que fuese.

Para desgracia suya, tampoco su recia disciplina, ni el ejercicio intelectual, ni el medio científico en que anduvo desde la primera juventud, le habían embotado el corazón; antes bien contribuyeron a exaltarle, con las espuelas de la libertad, el trato viril y los estudios técnicos, más la doble curiosidad de una mujer metida en tan duros trotes.

Hija de Madrid y de un hogar sin fortuna (en todos los sentidos de la palabra), quiso su padre conjurar el porvenir oscuro dándole a Loreto una carrera, cosa para él muy fácil (como bedel que era de la Universidad) y no difícil para la chica por las felices disposiciones que mostraba.

Casi a la par recibió Loreto las flores de la pubertad y el título de bachiller. Su padre quería que estudiase farmacia, mirando a un tiempo a lo científico y lo económico; pero la mocita, con tan resuelta vocación como ambiciosas ilusiones, las puso al fin en el claustro sombrío y conventual de San Carlos.

Por aquel entonces tenía allí la cátedra de Cirugía el doctor Valdés, clínico eminente y hombre ya famoso por su mucha caridad. Apenas vió don Augusto, entre la multitud de sus discípulos, aquella figura femenil, tan ágil y graciosa, cuya sola presencia en semejante sitio era en aquellos años todo un poema de intrepidez y vocación, llamóla junto a sí, con paternal y conmovida ternura, temiendo que tan fina inteligencia pudiera malograrse y no dar sus frutos en sazón si unas manos pia-

dosas no la amparaban y conducían por los caminos de la Ciencia.

Mas era en otros caminos, en los más trillados, pero menos seguros del amor, donde había mayores riesgos para la aguda sensibilidad de la muchacha.

El amor no podía ser para ella el sigilo turbador que fascina a las doncellas inocentes o poco enteradas de los secretos fisiológicos; pero desde el punto de vista moral, todo amor es un misterio impenetrable, y este misterio la desvelaba y encendía con más apasionado estímulo que su ambición intelectual. Por mucho que la mujer quiera evadirse de sus más íntimas misiones, que son las fundamentales aunque no sean las únicas, allá en el fondo del alma prevalece el sentimiento de la mujer, y Loreto lo era como pocas. Desde los primeros años de su mocedad amaba a los niños con ardorosa ternura; cuando veía por las calles uno de esos angelotes que son como un pedazo de cielo caído en los purgatorios de la tierra, Loreto se le quedaba mirando y se le iban tras él los ojos y el corazón. Y se ponía a soñar con una criatura así nacida de sus entrañas, y acunada en sus brazos, dentro de un hogar venturoso donde el amor y la ciencia floreciesen y fructificasen juntos. ¿Quién imaginara que aquella intrépida mozuela de genio independiente y varonil, de esforzado brío intelectual, con fama de marimacho entre la alegre y licenciosa turba de estudiantes, soñara de tal suerte bajo la ley del instinto que empuja a la hembra a ser esposa y madre?

Pero Loreto Cruz era una de esas mujeres que inspiran admiración, respeto, simpatía, cariño fraternal: todo, menos amor. ¿Por qué? Sin ser hermosa, nadie podía decir que fuese fea; si la cara no

tenía atractivo, sí lo tenía su cuerpo, de una finura y elegancia singulares, y más aún el espíritu, lleno de ternuras y delicadezas recónditas. Pero el amor es independiente de la hermosura o la fealdad; es un complejo misterioso que, como la vida, escapa a todo análisis. Y sin saber por qué abundan las mujeres como Loreto Cruz, harto más sugestivas que otras muy adoradas y, sin embargo, incapaces de suscitar en los hombres el amor.

Loreto lo conocía, pero no se resignaba: le era el amor más necesario que la ciencia; tanto como vivir le era preciso querer y que la quisiesen. Criatura sensible y ardorosa, amaba la Ciencia, la Humanidad, con una fe casi tan visionaria como la de su maestro Valdés; pero ella, como toda mujer creyente, necesitaba una imagen concreta en que adorar aquellas puras abstracciones, tan frías para su sentimiento, y que la tal imagen fuese la de un hombre que la quisiera con verdadero amor.

Cada vez más preocupada y deseosa, procuró a todo trance esgrimir y refinar las naturales coqueterías de su sexo, vestirse con mayor elegancia y pulcritud, componer el rostro, ensayar movimientos y sonrisas, llamar un poco la atención, ser cada día «más mujer», disimulando como delitos sus aptitudes intelectuales.

Tan a lo vivo lo hizo, de tal suerte dejó entender cuánto deseaba agradar a los hombres, que algunos de ellos, nada melindrosos ni habituados a reparar en gustos ni a distinguir de colores, la requirieron brutalmente, con grande enojo y decepción de Loreto, que era sensible, pero también honesta y aspiraba no a una torpe aventura, sino a un hogar.

Desposeída de otra más alta fe, de otra pasión menos terrera y humilde, aquellos desengaños, si

no la hicieron mala, porque tenía un fondo de ternura a prueba de ásperas decepciones, contribuyeron no poco a ensombrecer su espíritu y amargar los dulces sentimientos de su juventud.

Un día, próxima ya su licenciatura, conoció en casa del doctor Valdés a un mozo ahijado suyo, que hacía estudios de ingeniería. Contemporáneo de Loreto, la cual frisaba entonces en los veinte abriles, se llamaba Juan de Monterrey y era un arrogantísimo varón, ya famoso por sus gentiles prendas y sus muchas calaveradas. Aquel muchacho de acción y de vida, guapo, rico, galante y amoroso, produjo a la mujer de ciencia una impresión singular.

Loreto, que hasta entonces sólo amaba el amor, con un deseo vivísimo, angustioso a veces, de concretarlo en un hombre digno de sus ternuras heroicas, se enamoró perdidamente de aquel don Juan en sus primeros vuelos, y puso en amarle cuanta pasión y vehemencia tenía en lo más recóndito del alma.

Pero al garboso Monterrey, como a todos los hombres, para desgracia de Loreto, la futura médica le pareció una mujer insignificante, un virote con faldas, una conquista vulgar que «no merecía la pena». Él picaba más alto; había ya en su cartel no sé cuántas vírgenes locas y aun algunas mucho más prudentes y apetecibles que «aquella rubia descolorida, tan poco agradable para el amor como diestra en las porquerías del hospital y el anfiteatro»...

El desdén ofensivo del mozo, lejos de traerla a razón, más cruelmente avivó su apasionada locura, al punto de abatir en ella todas las virtudes y orgullos de que hasta entonces había hecho gala. Sin freno moral que detuviese, ya que no los senti-

mientos, las acciones; rota en sorda explosión su impetuosa y libre juventud menos reprimida que exaltada con el estudio y el trabajo, en las crudezas del oficio, llegó a parecerle, por virtud de su pasión, la primera y única de su vida, lícito y hasta deseable en Monterrey lo que en los otros hombres le pareció enojoso y brutal. Acostumbrada a no percibir de los fenómenos vitales, en el ambiente positivista de la ciencia sin Dios, más que fenómenos físicos, hechos y experiencias sensibles, sin otra ley que las leyes naturales, vino a pensar que era inútil el sacrificio de su mocedad, que tenía derecho a cumplir holgadamente la misión que cumplen todos los seres en el mundo, misión y derecho sólo negados, por añejas preocupaciones sociales y religiosas, a la mujer que no halla marido...

Una tan encendida pasión, resuelta a jugarse el todo hasta por nada, llegó a la postre a conmover al galán y a parecerle interesante... mientras no se terciara otra aventura más apetitosa. Como quien hace una merced dignóse arrancar la flor de aquella pobre juventud menospreciada. Y al cabo se consumó la tragedia, pues tragedia fué para Loreto lo que un entremés para el galán.

Presto desamparada por él, creyó la triste a lo menos hallar dulce, ya que no honrosa compensación a su abandono en el fruto de vida que se cuajó en sus entrañas. Mas todavía le vedó el destino lo que a voces le pedía su corazón de madre. Llegada la hora de alumbrar a un tiempo su ilusión y su deshonra, vióse a las puertas de la muerte.

Fué el propio Valdés, para mayor vergüenza de Loreto, quien la salvó la vida, mas a costa del fruto y también a costa de una terrible operación que secó para siempre las raíces de su maternidad. Así acabó, sobre la mesa de operaciones (pálida carne

de hospital, insensible al acero del bisturí, derribada la mustia cabeza, turbios los ojos, las entrañas abiertas y vacías) la breve historia de amor de aquella pobre apasionada...

Para colmo de infortunios, pues hay en los dolores humanos, como en las afinidades químicas, una misteriosa fuerza de atracción, murióse a poco el padre de Loreto y quedó la infeliz sola en el mundo, sin otro amparo que el doctor Valdés. Bajo sus auspicios pudo concluir la carrera y dar en el Sanatorio puerto de refugio a su fracasada juventud.

Monterrey fué el único amor, pero no la última aventura de Loreto. Burlados tan implacablemente los sentimientos de su corazón, buscaba en la ciencia derivativos al ansia espiritual volviendo con disciplina heroica a sus estudios, cuando, también en casa de Valdés, tropezó, para nueva pesadumbre suya, con Julio Roldán, el escultor.

Recién casada Eugenia con Leonardo, vivía entonces Roldán a la bohemia, con incipiente gloria pero muy pobre todavía, en un enorme guardillón, casa y taller a un tiempo, allá por los altos de Amaniel. Decían sus enemigos que el escultor venía de casta de gitanos alpujarreños, y aunque fuera dudosa la especie, la abonaban de juro el color cetrino de su piel, la rebelde y negrísima pelambrera, el rostro patilludo, los ojos rasgados y magníficos, la mirada torva, el cuerpo enjuto y elástico, el aire garboso, ladino y montaraz de su persona juntamente plebeya y señoril, hermosa y formidable, socarrona y altiva.

En cuanto vió a Loreto la flechó con sus ojos penetrantes, mirándola de arriba abajo, con el frunce de cejas peculiar de quien miró mucho las cosas a la luz del sol.

—Señorita—la dijo de buenas a primeras, des-

nudándola con los ojos agresivos—. Tiene usted un cuerpo maravilloso. No he visto nunca otro semejante. ¡Qué figura, qué elegancia natural—y diciendo así la mirada torva se le ponía muy dulce—, qué líneas, qué proporciones y, sobre todo, qué ritmo interior, qué elasticidad, qué dinámica tan moderna!

Oyendo al escultor, Loreto se sentía menos avergonzada que dichosa. Era la primera vez que un hombre, un gran artista por añadidura, la celebraba así, juzgándola hermosa y apetecible. Todo el semblante se iluminó con una sonrisa de gratitud y fruición.

—Lástima—continuó el alpujarreño, con la franqueza brutal que tenía para todo el mundo—que a ese cuerpo maravilloso no le acompañe otra cara... Porque la cara es del montón..., la cara no dice *ná*..., parece un mentís de tan hermoso y expresivo cuerpo... Hay personas—concluyó—que debían ir con el cuerpo desnudo y con la cara cubierta.

Aquel jarro de agua fría cayó como una ducha inesperada en el corazón de Loreto. ¿Para qué le servía su belleza corporal si lo que ve la gente, lo que inspira amor es el rostro, y su rostro era feo, es decir, no era feo precisamente, sino lo que es peor, insignificante, inexpresivo y horro de toda sal? Feas hay a montones, pero tan graciosas que son preferibles a las guapas. Ella, tan española por su cuerpo, era en cambio por su rostro una de esas rubias pelirojas dignas de haber nacido en Berlín.

—Si Fidias resucitara—concluyó el granadino paliando el efecto de la ducha—y quisiera cincelar la Venus del siglo XX, no le sería posible si usted no le sirviera de modelo...

Desde aquel punto y hora, Julio Roldán, cuya

pasión por el arte—la única pasión que a él le interesaba y encendía—no reparaba en escrúpulos, encaminó la firme voluntad a servirse de la pobre Loreto para modelar a su talante y sabor la Venus moderna que traía en las mientes. Y un día, con cautelosa maña, consiguió atraerla al pintoresco guardillón de la calle de Amaniel, y cuando la tuvo allí, como pez en el garlito, acabó de hechizarla con gitanescas roncerías; y así que puso a la infeliz a punto de caramelo, fríamente, socarronamente, con manos hábiles y presurosas, le arrancó entre agasajos los vestidos hasta dejarla toda tal como su madre la parió. Y levantándola después por la cintura, a pulso, con sus nervudos brazos de jayán, la colocó de pie sobre un plinto y se fué embelesado a contemplarla desde el extremo de la habitación, y así se estuvo largamente, con mucho frunce de cejas, absorto en su modelo y sin dársele un ardite de la mujer...

Llena de confusión y de bochorno, mezclados de orgullo, pues aún creía que el salvaje escultor, enamorado de su arte, lo estaba también de ella, Loreto aguantó a pie firme, aquel día y otros muchos, su nuevo papel, tan diferente de los que pródigamente imaginara como mujer de ciencia, y sobre todo, como mujer de corazón.

—¡Magnífico, perfecto!—decía entusiasmado el del Albaicín, mientras reproducía en el barro el cuerpo de la triste—Es de carne y parece de mármol en su fría palidez... A un pintor quizá le pareciera enfermizo, pobre de tono..., pero la forma, las proporciones, la euritmia... Es un cuerpo maravilloso de mujer con toda la gracia de la feminidad y el ímpetu varonil de un mancebo... No, nada de androginismo; las ambigüedades... allá para los decadentes... y yo soy un tío con toda la barba...

Flexibilidad, esbeltez, movimiento puro... Es la fémina del siglo XX, la mujer de acción, la mujer emancipada, fina y ágil en los deportes, para quien ya la vida no tiene secretos, pero sí nuevas inquietudes, horizontes infinitos... Es el cuerpo nervioso y elegante que huye de la plasticidad de la matrona, que ejercita el músculo y abre la rosa de la inteligencia con ansias de correr el mundo en automóvil y subir al cielo con las alas del aeroplano... Esta es carne de espíritu, carne de ingravidez y "pajolera" expresión, todo lo opuesto a la escultura antigua, somática, impersonal, en estático reposo... tal como la imitan ahora los escultores académicos... Pero esa cara, esa cara...—dijo de pronto, piafando como un corcel, ante el rostro mudo y desconsolado de Loreto—. ¡Mujer, tápate la cara!—gritó con furia, brutalmente—; esa cara me distrae, me pone nervioso, me confunde las líneas, me espanta las ideas!—Y al gritar así, colérico, salvaje, agarró un paño antiguo que tenía sobre la mesa, y acercándose a Loreto se lo arrojó a la cara.

Cubrió el paño la torpe y dolorosa mueca de Loreto, mas por debajo del paño se la oyó romper en un vivo sollozo.

Convencida al fin, desesperadamente, de que ningún hombre la amaría jamás, devorada de angustias y despechos se consagró a la Ciencia en su refugio del Sanatorio, mal contenidas aún allí las agitaciones de su corazón, lleno de hieles, de rencores... y de piedades también.

Pero la Ciencia no le dió la paz. Su fama de doctora ilustre, sus éxitos profesionales no la envanecían, ni aquellas piadosas misiones con que andaba engañando su sed de maternidad bastaban a satisfacerla. Para un alma como la suya, tan de mujer y tan caída en el mundo, sin ideales eternos con

que batir y remontar las alas, ¿qué podían valer la ciencia, la libertad, la gloria ni otra alguna de las cosas exteriores, como no fuesen para hacer más duro el contraste de su vacío y soledad interior?





V

Leonardo Valdés.



IENTRAS Loreto lloraba sus melancolías en la noche, no lejos de su habitación, en el Laboratorio estábase Leonardo Valdés, como tenía por costumbre, hasta el primer canto del gallo.

No trabajaba a tales horas; leía un poco, discurría un mucho, escondiendo en la soledad las íntimas pesadumbres de su alma.

Hallábase aquella noche en una de sus crisis frecuentes de laxitud nerviosa y moral en que, oprimido el corazón de angustia, a punto de brotar las lágrimas, la vida le parecía insoportable, como un tormento bárbaro y oscuro sin otro sentido que el dolor ni más objeto que la muerte.

Sentíase entonces desfallecido, inútil, frustrado en su vocación, en su hogar, en sus ambiciones intelectuales. Ni siquiera bastaban a sacudir el tedio de aquellas horas los brazos amorosos de su mujer, que muchas veces venían, tendidos, a buscarle, ni las razones alentadoras de su hijo, que también solía venir a entretenerle, tan llenos, los brazos y las razones, de optimismo juvenil, de confianza vital, de exuberante alegría. Porque aquellos dos seres tan suyos, a quienes amaba cuanto puede amar sus dichas humildes y domésticas un hombre caviloso y aprensivo, tocado de la inquietud metafísica, estaban tan lejos de las murrias intelectuales de Leonardo como el ama y la sobrina de Don Quijote de los sueños heroicos de su tío y señor.

Más que un intelectual era Leonardo un terrible sensitivo que hubiese hallado en el arte, en un arte profundamente interior como la música, las entrañables fruiciones que no hallaba en la ciencia, ni en cosa alguna del mundo de la razón. La fatalidad del nacimiento que le trajo a vivir en un ambiente científico, y por añadidura hostil a toda fe religiosa, contribuyó a oprimir angustiosamente su aguda sensibilidad, ya dolorosa de suyo por lo exaltada y susceptible.

Alma indefensa, tan «en carne viva» para los latigazos y los choques del mundo exterior, se recogía dentro de sí, habitualmente, con una ansiedad inefable, con una avidez sin objeto, con un sentido trágico de la vida, de su miseria y fugacidad, estrechamente ligado a la preocupación de la vejez y la muerte. Ya traspuestos los umbrales de los cuarenta años, cubierto de canas prematuras, seco de carnes y abatido de espaldas y de rostro, mirábase al espejo, no sin zozobra, al ver cómo las uñas invisibles del tiempo comenzaban a insinuar en la piel sus

trazos devastadores. Y al punto percibía, con espantosa claridad, la visión anatómica de su carne, el sordo trabajo de la vida que huye, el frío dibujo de la muerte en la escondida arquitectura de los huesos...

Con ideas tan lúgubres y ociosas oyó aquella noche el canto de los gallos y cerró los libros que tenía abiertos sobre la mesa, junto a los útiles biológicos, poco menos que inútiles para él, y abrió las ventanas y alzó los ojos y el pensamiento vacilantes, y los clavó en la noche primaveral, harto más clara y dulce que la noche de su espíritu.

Pero la mansedumbre del espacio, todo rutilante de estrellas, poblado de misteriosos orbes, inmenso y terrible en su grandeza enigmática, en su augusto silencio, en su infinita profundidad, lejos de apaciguarle el espíritu, con nueva inquietud y pavor lo hundía en el océano cósmico, más imponente que los más hondos piélagos de la tierra, negro a su parecer como el abismo trágico donde se hunden todos los seres. Lleno de terror y angustia, volvió la espalda a la noche, y corriendo por la oscura galería, perseguido aún por las estrellas, fué a refugiarse, como un niño medroso, en los brazos de su mujer...

Tímido adolescente, bajo la férula de hierro de su padre, sintió un día, ante el hermoso y frío alabastro de su madre muerta, la revelación de este sentimiento metafísico, fruto natural de las almas sensibles y reflexivas cuando se asoman por primera vez a los abismos del dolor y a las tinieblas del sepulcro. Rebelde a la pedagogía del apóstol, empeñado en disciplinar la niñez melancólica de su hijo a fuerza de matemáticas, de física, de quí-

mica, de rigurosa higiene corporal, con duros deportes y heroicas hidroterapias, Leonardo se escondía, como se esconden otros para sus travesuras moceriles, para saciar su avidez en textos muy diferentes de aquella pedagogía espartana.

Traían estos Valdés su abolengo, no por desdeñado menos ilustre, de aquella gloriosa primavera española de la conquista de Granada y el alumbramiento de las Indias, en que un Alonso de Valdés, de hidalga familia conquense, doncel predilecto de la Reina Católica, levantó su nombre heroicamente en el cerco de Guadix y en los adarves granadinos. Otro Valdés acompañó en el Perú a Francisco Pizarro como uno de los «Doscientos de la Entrada». Valdeses del mismo tronco fueron aquel clarísimo autor del «Diálogo de las Lenguas», varón grave y sesudo mas con sus puntas y ribetes de heterodoxo, y otro Juan de Valdés, que en la batalla de Pavía «él sólo derribó un centenar de franceses»; y, por encima de todos, aquel don Gonzalo de Valdés, caballero de Cristo, que dejando las armas para seguir su vocación apostólica fué discípulo predilecto de San Francisco Javier y murió en tierras de Oriente en olor de santidad...

Llegando al siglo XVIII la casta degeneró no poco hasta dar en don Isidro Valdés, amigo de Mirabeau, del abate Marchena y de los terroristas franceses del 93; luego sectario, ¿cómo no?, del Rey Intruso, con quien huyó a París; liberal más tarde, sublevado con Riego y a punto de ser preso con él, fusilado al fin por las tropas de Zumalacárregui. De aquel don Isidro fué hijo don Martín, catedrático de Metafísica, después de una estudiosa juventud en el extranjero. Discípulo de Krause, luego de Hegel, a quienes trajo de Alemania traducidos por él en

una prosa que era una pura algarabía, dióse con tenacidad, con tudesca obsesión, a la filosofía de lo absoluto, y escribió, como fruto de sus batallas en la sombra, un librejo que intitulaba: *El mundo corpóreo no existe...* Varón iluso, candoroso y benéfico, tenido en olor de santo laico, vino a chiflarse en la vejez, a dar en el budismo y diz también que hasta en las ciencias ocultas.

Hijo de este don Martín germanizante y nieto de aquel don Isidro afrancesado, quiso don Augusto Valdés cerrar su casa para siempre a las hueras ideologías de su padre y de su abuelo, perseguir, como a microbios patógenos las ideas y hasta los recuerdos de sus más ilustres antepasados, temeroso de que inficionasen los rincones de su hogar consagrado al culto de la Ciencia Positiva...

Pero ni él se libró de aquellos microbios, para los cuales no hay asepsia ni inmunidad posibles, ni su hijo Leonardo, presa del morbo familiar, el del filósofo tudesco, mas sin la fe de Cristo que tenían el doncel de Granada, el caballero del Perú y el apóstol de Oriente, dióse desde muchacho a cavilar quién tenía razón: si su abuelo al escribir que *no existe el mundo corpóreo,* o su padre al suponer que *no existe el mundo espiritual...*

¡Ruda batalla, y en las sombras también!

De la existencia corporal y sensible sólo puede dudar un idealista absoluto, esto es, un chiflado como don Martín u otro dichoso mortal que no haya padecido en este mundo ni un dolor de muelas. «Sufro, luego existo», se podría decir a imitación del axioma cartesiano. Que le digan que no existe el cuerpo al que lo tiene roído por un cáncer, a quien se pudre en úlceras y lepras, a quien los males físicos le muerden como un manojo de víboras en las entrañas. Precisamente había en el Sa-

natorio un tabético, al cual acompañaba su madre, un pobre mozo que en ocasiones, presa de un dolor indecible, se revolcaba frenéticamente, dando alaridos como una fiera, hasta que la morfina le daba unas horas de quietud.

Horrible dolor el de aquel mozo, pero... ¿y el dolor de su madre? ¿Dónde le dolía a la infortunada mujer el mal de su hijo? ¿Quién se atreviera a decir cuando su sentimiento maternal sufría con las angustias morales más atroces, que sólo la carne duele, que sólo la carne vive?

No hay argumento como el dolor. —Sufro, luego existo—repetía Leonardo—. El dolor físico es una prueba formidable de que mi cuerpo no es una sombra, una apariencia. Y el dolor moral... ¿Qué tienen que ver mis nervios, ni mi sangre, ni mis tejidos anatómicos, ni todo el complejo misterioso de mi fisiología en acción, con esta pena desgarradora, más viva y fuerte que una dolencia material, incurable por medios físicos y exteriores, que me produce, no ya el mal sea el que fuere, sino la ausencia y privación del bien? ¿Qué es *esto* que me empuja a desear y sufrir cosas que exceden a mi propia naturaleza, a mi propio mundo, colocándome en pugna y oposición con él, forzándome a superarlo, a vencerlo, a desbordarlo, con ímpetus y codicias de infinitud y eternidad? ¿Es *esto,* como juzga mi padre, atavismo, neuropatía, demencia, sinrazón?

Todo hombre ingenuo, si tiene además inteligencia y sensibilidad, se hace en la aurora de la vida, cuando aún está libre de prejuicios filosóficos, las mismas consideraciones que se hacía Leonardo. Y ese hombre ingenuo, si ha recibido una educación religiosa, reconoce que hay en él dos factores perfectamente distintos: cuerpo y alma; que por el

cuerpo está ligado al mundo exterior y visible, por el alma a otro mundo interior y espiritual, y por encima de ambos mundos hay un Ser supremo, absoluto, necesario, infinito, creador, fuente inagotable de la verdad, de la hermosura, del amor y del bien. De esta suerte se llega a la única conclusión (razonable y sentimental, adecuada a la doble naturaleza del hombre), que puede satisfacerle y reposarle, la sola capaz de abrirle caminos claros, derechos y seguros para todas las jornadas de su vida sensible y de su vida moral.

Para quien no llegue a esta solución no resta más que precipitarse, como el vulgo, en el torrente ciego de la vida, en el disfrute codicioso de los bienes temporales, tan quebradizos y engañadores, sin otro fin que el hartazgo sensual de los placeres del mundo exterior, o, como los hombres menos vulgares, vivir en perpetuo conflicto, en áspera lucha entre dos fuerzas antagónicas (la sensible y la espiritual), encadenados a la roca de Prometeo, bajo las garras del buitre, despedazados la inteligencia y el corazón.

Esta última fué la tragedia moral de Leonardo, desde su primera juventud.

El buen don Augusto, que era un ingenuo también, pero muy pagado de su recia salud, de su macizo carácter, de su robusta voluntad, había resuelto el problema bajo los auspicios de la razón y de la ciencia, y merced a ese naturalismo paradójico, tan del gusto de los positivistas de antaño, que al erigir el culto de la Naturaleza pura, tal como se ofrece al hombre moderno, pujante, victoriosa, henchida de tesoros y promesas, de claridad y esplendor, roba solapadamente sus ideales, sus emociones, sus formas y hasta sus símbolos al viejo mundo espiritual y religioso que se propone

destruir. Con semejante «naturalismo» no hay lucha ni tragedia posible para el buen soñador que cierra los ojos a tales amaños y violentas contradicciones. Así se vive en el mejor de los mundos, porque se toma holgada y arbitrariamente de cada uno de ellos lo que parezca mejor...

Mas para vivir así hay que cerrar los ojos; hay que ser «hombre de fe» por mucho que se blasone ser «hombre de razón y de ciencia». Y Leonardo, que carecía de toda fe, que abrió mucho los ojos desde niño en la soledad de su carácter oscuro y caviloso; Leonardo, que *vió* y *sintió* aquellas paradojas y violentas contradicciones, repudió en el fondo de su alma el naturalismo paternal y se arrojó de cabeza al abismo sin fondo de la Metafísica.

No bien cumplidos los diez y ocho años, y a medio hacer sus estudios de Medicina, hurtóse a la autoridad de su padre, y con la resolución de que son capaces la poca edad y la mucha timidez cuando se las hostiga demasiado, marchóse a Alemania, lo mismo que su abuelo don Martín...

Aquel viaje fué para el apóstol como un hachazo en la raíz de su orgullo de padre y de maestro; para Leonardo una terrible decepción. En el antiguo y nebuloso Olimpo de la filosofía trascendental se vió el pobre mozo desconcertado y sin oriente, puesto a plagiar los alambicados discursos de don Florisel de Niquea y a enflaquecer su juicio, como aquel desatinado caballero, a fuerza de razonar la sinrazón de la razón humana. Porque lo único que sacó en limpio entre las ruinas de los viejos alcázares, presuntuosas torres de Babel del siglo XIX, fué, según las deducciones modernas de la Crítica de la Razón, la imposibilidad de todo conocimiento metafísico...

—Iluso—le dijeron—, ¿qué vienes a buscar aquí? La Filosofía no existe; la Filosofía murió. Descanse en paz por todos los siglos de los siglos. Era una vieja embaidora que merecía morir. Sus fines eran ilusorios; sus métodos, arbitrarios; sus problemas, ficticios y, por lo tanto, irresolubles. La inteligencia es impotente para llegar al fondo de las cosas, para comprender lo inefable: encerrada en sus moldes inflexibles, el espacio y el tiempo, como el gusano de seda en su capullo, sólo conoce, y esto de un modo provisional, lo relativo. Cuantos esfuerzos lúgubres hace la reflexión humana por abstraer lo esencial y lo absoluto, son paradójicos y estériles; toda afirmación que supere al tiempo y al espacio, es vanidad de vanidades; toda ciencia que subrepuje a los fenómenos sensibles, gira sobre sus propias deducciones como una serpiente que se muerde la cola. No hay otro conocimiento que el de las ciencias positivas. No hay otra verdad que la Técnica. Si quieres saber un poco de tí mismo, del mundo, de la vida universal, no vayas a oir el canto de cigarra de los sofistas: vete a un laboratorio...

Y a Madrid se volvió Leonardo Valdés, más triste y desorientado que antes, como si hubiera asistido, con el alma llena de luto, al entierro de la pobre Filosofía. Y en llegando a Madrid pidió perdón a su padre y acabó los estudios de Medicina y se propuso enterrar también en su corazón todo pensamiento ocioso que trascendiera a metafísico.

Y sin embargo... al llegar la noche, al poner los ojos en la bóveda del cielo, todo cuajado de estrellas, poblado de misteriosos orbes, inmenso y terrible en su majestad enigmática, sentía abrirse la fuente de su oprimida juventud, la fuente de las lágrimas, el manantial inextinguible de los deseos

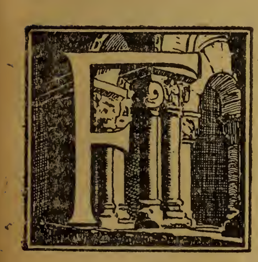
infinitos y puros, una melancolía religiosa, un ansia metafísica, una sed de eternidad, el íntimo dolor de un Bien ausente, de un Amor presentido, de una Hermosura inefable, de una Verdad absoluta, inaccesibles para él...





VI

Sigue la historia de una tragedia interior.



Física, líbrame de la Metafísica!—gritó al fin Leonardo con angustia, lo mismo que Newton. Y fervorosa, esperanzadamente, con harto gozo suyo y de su padre, abandonó toda disciplina abstracta y se dió al estudio de las ciencias de la Naturaleza.

Pero aquí le aguardaban nuevas decepciones. Físicos y químicos, en su propósito común de limpiar el mundo exterior de toda niebla subjetiva, no logran sino destruir el mundo, arrancándole todas sus cualidades intuibles, aniquilando precisamente toda su espléndida objetividad, convirtiéndolo en una suma perenne de imaginarios y misteriosos elementos, en una danza universal de áto-

mos, en perpetua vibración, regidos por las leyes mecánicas de una Energía más misteriosa aún.

La Naturaleza, para estas ciencias «naturales», para estos sabios «objetivos», no tiene formas ni colores, ni sonidos, ni armonías, ni aromas, ni suavidades, ni sabores, ni otra «realidad» que esas partículas materiales, inaccesibles a toda percepción (¡como que son puras abstracciones lo mismo que los conceptos filosóficos!), ni más «vida» que un monstruoso movimiento, ni más objetividad que la fuerza, ni más sentido que los números.

Números y conceptos. ¿Merecía la pena de pedir a la Física regazo al ansia de amor y de verdad, socorro al tedio metafísico, para caer nuevamente en ese tajo de tinieblas, en ese círculo vicioso, terrible como los círculos del infierno, en esa formidable abstracción del espacio matemático, que es el vacío absoluto, que es la negación de la vida y la muerte de la Sensibilidad? ¿No era profundamente desconsolador y paradójico rechazar por absurdos todo misterio religioso, toda concepción filosófica, todo elemento abstracto y subjetivo, para hundirse otra vez en una trágica infinitud más llena todavía de subjetividad y terror, donde la Materia, enroscada como otra serpiente que se muerde la cola, vibrante al roce misterioso de la Energía, no es más que un símbolo místico de la ciencia sin Dios? ¿Valía más esa nueva fe naturalista, poblada de sombras mitológicas, de símbolos religiosos, de oscuras potencias invisibles, de iones y electrones peregrinos; era más cierto el «dogma de la mecánica pura» que el dogma y la fe de un San Francisco de Asís, de una Santa Teresa de Jesús? ¿Podía recusarse a Platón ni Aristóteles, ni siquiera a Hegel, en nombre de unas ciencias naturales que han acabado por desbordar la Na-

turaleza para cabalgar en una nueva Metafísica?

Presa Leonardo de profunda desolación al sentirse más solo y desamparado que nunca en la infinita soledad del Universo, de ese universo contradictorio, abstracto y materialista a la vez, donde la realidad se deshace en símbolos numéricos, donde el hombre se convierte en un complejo de átomos movidos por fuerzas mecánicas, se lanzó, sediento de objetividad, hambriento de vida y certidumbre, a la Naturaleza sensible, al mundo animado de los seres, pidiéndole a la Biología, con nuevas ansias, que le librase de la Física.

Don Augusto Valdés, inmune a semejantes cavilaciones por su genio equilibrado y armonioso, por su rotunda fe prácticamente arraigada al dogma del hombre redimido por la Ciencia, no sospechaba las sordas luchas interiores que consumían el alma y el tiempo de su hijo. Muy afanado siempre el buen doctor en las rudas tareas profesionales, absorto en sus magníficos sueños de humana felicidad, puestos los ojos en la tierra con la mirada alegre y luminosa de un griego de la edad de oro, achacaba las inquietudes de Leonardo, aquel ir y venir de ceca en meca, de vocación en vocación, mudando de estudios y orientaciones sin cesar, a vehemencias juveniles, a inconstancias de carácter y aun a ciertos estigmas neuropáticos, herencia sin duda del abuelo, aquel don Martín Valdés, famoso en vida tanto por su altruismo como por sus chifladuras krausistas y teosóficas.

Y cuando vió don Augusto que Leonardo se encaminaba al fin por las nuevas y espaciosas rutas de la Biología experimental, sintió un júbilo inmenso y puso a disposición de su hijo el Laboratorio, proveyéndole de cuanto había menester para sus estudios e investigaciones.

—He aquí—le dijo—la Reina de todas las Ciencias, a donde convergen, como en ancho mar, todos los ríos del saber humano. La Biología es la dueña del porvenir, la diosa Minerva de los hombres futuros, la que, armada de todas las armas y llena la frente de luz, matará las viejas supersticiones, limpiará de sombras y de vestiglos el mundo, descubrirá el origen de la Vida y alumbrará al Hombre nuevo en toda su plenitud y hermosura... ¡Ninguna alegría podías darme, hijo mío, como esta de resolverte a venir al templo sereno de los Haeckel, Pasteur, Cajal y tantos otros gloriosos investigadores de la Naturaleza... Ahí—añadió, señalando majestuosamente al microscopio—, ahí está el secreto de la Verdad, buscado con infatigable ardor por tantas generaciones sedientas de sacudir el yugo de la servidumbre teológica; de ahí saldrá definitivamente la claridad que barra las tinieblas de los misterios religiosos y metafísicos; ahí se verá cómo, sin milagros ni intervenciones sobrenaturales, brota «naturalmente» la vida de una estructura material, lo mismo que de la piedra la luz, y cómo del mundo físicoquímico se eleva el mundo de lo orgánico desde la amiba hasta el hombre... en esta Evolución creadora, en esta espléndida Unidad y soberano concierto de la materia eterna, de la infinita energía, mucho más hermosas, resplandecientes y sublimes que todas aquellas fábulas del Génesis y del dualismo eclesiástico, tan eficaces para poner al hombre (con su alma y su cuerpo paradójicos), en guerra consigo mismo y a la vez en hostil oposición al mundo en que vive y que es su única patria natural, su verdadero paraíso, su tálamo de amores y su trono de rey...

Con la emoción de estas palabras, dichas por don Augusto con la majestad y elocuencia que le

eran peculiares, entró Leonardo en el «templo», y durante muchos años de infatigable estudio y labor, esperó, encorvado sobre la naturaleza viva, sobre el mundo misterioso de los gérmenes, en la secreta urdimbre citológica, el feliz alumbramiento de aquellas maravillosas novedades que su padre le había largamente prometido. *Y halló sobre su frente las estrellas;* es decir, lo único que halló fué otra vez la... Metafísica.

Porque de la Metafísica no se redime nadie, como no sea un darwinista puro o un alma de cántaro.

Desde sus primeros estudios de bachiller Leonardo había leído a Darwin y Haeckel y tenía por cierto, como un dogma científico (tal era también la convicción de don Augusto), que entre lo inorgánico y lo orgánico, entre la naturaleza muerta y la viva no hay diferencia esencial. El mundo es una máquina formidable de átomos que con sus múltiples combinaciones y movimientos producen todas las sustancias de la Naturaleza, una de las cuales, el *protoplasma,* contiene en sí el impulso vital de todos los organismos. La vida, pues, desde la mónera hasta el hombre, surge de la materia, gradualmente, por un proceso natural, regido por las fuerzas físicoquímicas y por las leyes biológicas de la Evolución.

A Leonardo, como a su padre, aquello le parecía entonces de perlas, maravilloso de claridad, de sencillez, de lógica y armonía. Quedaba así eliminado de la Naturaleza todo lo sobrenatural, contradictorio, problemático y oscuro. Fué como un dogma de su primera juventud; creía en él como otros en el Catecismo.

Pero así que empezó a pensar por su propia cuenta, menos fanático, menos ingenuo que su padre, y a hacer experiencia personal en el Labora-

torio, comprobó por fin que «aquello», lejos de ser una verdad científica, un engranaje de «hechos positivos», demostrados experimentalmente, era, a la postre, un artificio intelectual, un sistema «lógico» tan lleno de falacias y de sombras como el de cualquier filosofastro con humos de naturalista.

¿Qué son los átomos? Una pura abstracción. ¿Qué es la energía que los mueve? Un misterio. ¿Dónde está la estructura por cuyo plan, de un grumito de albúmina, surgen como de milagro las formas articuladas? Se ignora. ¿Cómo la Naturaleza que *non facit saltus,* da el salto formidable desde la roca inerte a la amiba, el ser más simple de la creación, pero capaz de construirse por sí mismo su estómago y sus pies y aniquilarlos cuando no los usa? Otro misterio. ¿Y cómo ya dentro de la vida más compleja y orgánica se da ese otro salto, más formidable aún, desde el más perfecto mamífero hasta el hombre, desde el mono más sabio hasta el divino Platón? Mayor misterio todavía. ¡Y con tales misterios y abstracciones se ha inventado un sistema, con ínfulas de científico y experimental, que ha hecho irrupción, como las hordas de Atila, en todas las ciencias naturales y ha dominado un siglo hasta convertirse en filosofía y religión de muchos hombres de buena fe!

¿Cuál es la naturaleza de la vida? ¿De dónde le viene al *protoplasma* esa recóndita virtud merced a la cual un pedacito de materia muestra de súbito la capacidad asombrosa de recibir en sí otra materia, conjugarse, crecer, dividirse y subdividirse en una muchedumbre celular, imprimiéndole un orden, un movimiento, una aptitud, y fabricarse por sí misma sus aparatos micromecánicos de construcción, máquinas sutilísimas para atraer y distribuir los materiales, palancas y grúas invisibles con

que edificar tejidos y órganos nuevos, diferenciados y permanentes de muy gentil arquitectura, y obrar sin reposo hasta concluir una forma perfecta, un ser espléndido y cabal, apto a su vez para otras maravillosas creaciones, enriquecido en nuestra especie con los tesoros inefables del pensamiento, del sentimiento, de la conciencia, de la voluntad y de la palabra? ¿Dónde están en el germen, cuáles son la inteligencia ordenadora, el plan conforme a un fin de esa construcción admirable? Ahí están la masa y la fuerza, con todas sus leyes mecánicas, pero no la estructura; se ven los materiales, hasta los albañiles si se quiere, pero no al arquitecto. ¿Es que la estructura ya está preformada en el germen? ¿Es que el orden, la sabia distribución, la razón discursiva, la virtud creadora, la aspiración a un fin, son propiedades de la materia y de la energía? ¿Crean, como suele decirse, el huevo la gallina y el órgano la función?

Durante mucho tiempo, no pocas noches en claro, no pocos días en turbio, dióse Leonardo a cavilar y hacer experiencias de tan altos y tan oscuros enigmas. Absorto, a ejemplo de muchos investigadores, en perseguir sobre el porta-objetos esa «máquina» misteriosa de la célula germinal, acabó por descubrir que no hay tal máquina; que en la célula no se ve ni rastro de estructura perfecta y acabada; es una obra de vida, incomparable a todas las demás y radicalmente opuesta a la formación de un cuerpo albuminoso, un cristal de roca o una piedra de sal.

Referir la estructura del mundo—pensaba Leonardo— a un mecanismo ciego y azaroso, como lo hace la Física; afirmar que del seno del caos hubieron de nacer el sol y las estrellas, tan concertada y armoniosamente, por su propia virtud, ya es

erigir más que un sistema científico, una cosmogonía a base de un arcano, de igual manera que en las religiones. Ahí, la ciencia no ofrece mucho peligro a la contradición, por aquello de que *el mentir de las estrellas...* Pero referir la vida, también, a lo mecánico; asimilar lógicamente, falazmente, el protoplasma con la primitiva nebulosa del mundo, es un juego infantil e intolerable a los ojos de la Biología experimental.

Los factores materiales son de todo punto insuficientes para explicar la vida: he aquí la conclusión que, a la par de los nuevos investigadores, dedujo Leonardo Valdés.

Pero, entonces—meditó con tristeza—¿todo conocimiento es ilusorio? Pues los factores inmateriales son inaccesibles a la Ciencia Natural, ¿la ciencia es impotente? ¿La biología es inútil?... Para el conocimiento práctico y relativo, para las verdades útiles al hombre, *no;* para el conocimiento puro y esencial, para la verdad absoluta, *sí...* Pero ¿es posible contentarse cuando el Misterio nos acosa, cuando se lucha en las tinieblas, cuando se siente el hambre de la Vida, la sed de lo infinito, la pasión de la ciencia, el vértigo del más allá... es posible satisfacerse con esas verdades relativas, útiles y aun hermosas a veces, pero que sólo sirven para engañar y divertir nuestro deseo, porque dejan intacto el problema esencial, el único que al hombre, no al de ayer ni al de hoy, sino al Hombre eterno le importa resolver: el problema de su origen y destino?... Para esa clase de problemas la ciencia natural tiene también muy relativas soluciones: quien no se contente con menos que con lo Infinito debe cerrar las puertas de los laboratorios y asomarse a las ventanas de la Metafísica, o más bien subir a las cumbres por donde fueron

Raimundo Lulio, Ignacio de Loyola y Juan de la Cruz...

Por dondequiera que caminaba Leonardo, siempre, luego de ahondar, atravesando el mundo, *hallaba sobre su frente las estrellas...*



VII

La sal del diablo.



EDIABA la noche, la noche lúgubre y misteriosa que aguza los deseos, las pesadumbres, las quimeras, las ansias infinitas de los hombres, el enojo de los tristes, la sed de los fuertes y los ávidos, la sorda inquietud del más allá, el hervor de la vida subconsciente, las dolencias del alma y de la carne...

Puesta en los montes la luna, sumida ya en las gargantas de la sierra que recibieron su amorosa comunión, abría el cielo sus ojos, sus enigmáticas pupilas, sus temblorosas luces que insinúan sobre las tinieblas del mundo, sobre la noche oscura del corazón, sobre los abismos del espacio y del tiem-

po, el abismo todavía más formidable y vertiginoso de la eternidad.

Y entre las sombras del valle, rendido al sueño en apariencia, tañían los gallos sus clarines, velaba el dolor, insomne a todas horas, oculto bajo los techos del Asilo, de la Cárcel y el Hospital; velaba el placer, menos recatado y silencioso, en las orgías de *Parisiana*, con ecos de músicas alegres, y, en los caminos de la Moncloa, los faros de un automóvil, el ronco son de una bocina, el gemido de una copla errante, la quieta luz de un aposento, daban razón de otras vidas, no menos ansiosas y despiertas, cada cual con su zozobra o su trajín, que es condición de la avidez humana que no le baste al día con su propio afán.

Así, bajo los techos del Sanatorio, en el hogar de los Valdés, a la misma hora en que Leonardo, perseguido por las estrellas, cobarde al terror de la noche, sensible al roce doloroso del Misterio, corría como un niño a refugiarse en los brazos de su mujer; cuando Loreto Cruz, presa también del áspero conflicto entre la ciencia y la vida, lloraba a solas, siempre despierto el corazón y en pugna con su orgullo intelectual; mientras el buen don Augusto soñaba sobre los libros, a la luz de su lámpara apacible, con un cercano porvenir, exento de dolor, libre de guerras y de males, lleno de beatitud y hermosura, su nieto Enrique, a solas también y desvelado, entretenía sus ocios en lo más peregrino que se podía imaginar allí, en aquel templo sereno de la razón, de la piedad y la ciencia.

Recogido en su cuarto de estudiante, absorto sobre un mapa del mundo todo erizado de diminutas banderas de colores, clavadas en el papel con un agudo instinto del arte militar, Enrique Valdés

iba siguiendo, día por día, paso a paso, el curso de la tragedia universal que, a la sazón, más bárbara que nunca, lanzaba al hombre, eternamente lobo para el hombre, a hundir en ríos de sangre todas las ideas y las luces de su orgullosa civilización.

El genio de la guerra, los númenes heroicos, los ángeles del dolor y la muerte, batiendo sus alas invisibles como espíritus de la noche y coronados en la fantasía juvenil con relumbres de gloria, poblaban la habitación del estudiante. Y en el ancho planisferio tendido sobre la mesa, breve teatro de la historia, perpetuo campo de batalla, las banderitas multicolores, puestas allí con minuciosa delectación y exactitud, eran cifra y señal de las ingentes muchedumbres, de los ejércitos formidables que, a la misma hora, por todos los caminos del orbe, se disputaban palmo a palmo la tierra de sus propias sepulturas.

Con los ojos de su vehemente imaginación, todavía más grandes y abiertos que los de su cara, veía el mozo sobre los rasos horizontes del mundo surgir con entera realidad, plásticos y vivos, de entre las líneas y los colores del mapa, los continentes de la tierra, sus graciosas ínsulas, las verdes ondas de los mares, los senos dorados de las playas, los agudos perfiles de los montes, las corrientes azules de los ríos, las oscuras selvas, la parda faz de los desiertos, las regiones salvajes y remotas, los pueblos ilustres de occidente, las grandes metrópolis humanas, los alegres jardines, las vías de afanoso tráfico, los avernos de la industria del siglo, minas, hornos, talleres, fundiciones, yunques de cíclopes, fábricas encendidas como cráteres, los abismos del hierro y del carbón, y allí, las razas más cultas, la ciencia, el trabajo, el

arte y el oro de los hombres, pujando a todas horas por dominar la materia y la energía para sacar a luz cañones y explosivos, máquinas infernales y toda suerte de ingenios con que matar y destruir... Y sobre la triste Europa, desde las dunas de Flandes a las áureas cumbres por donde nace el sol, desde los témpanos del Norte al claro azur donde Italia tiende su pierna de mujer, calzada con la bota militar, la guerra, la guerra en los aires, en las aguas, el fuego en los campos, en las urbes, el odio en la escuela, en el hogar, en el templo, rotas las aras y los tronos, las ciudades ardiendo como antorchas, millones de seres precipitados a la matanza bajo un huracán de hierro y de lumbre, juntos el hombre y la naturaleza en una misma y terrible convulsión.

Clavados los ojos, igual que las banderas, sobre el mapa, como si viese con toda su realidad y magnitud los anchos términos del mundo, sentía Enrique Valdés dentro de sí una copiosa vena de emoción histórica, de poesía geográfica, un ímpetu marcial, un deseo vivísimo de acción que le empujaban en la noche, lejos de su alcoba estudiantil, a todas las rutas de la tierra y de la mar.

Porque es muy de advertir que aquel garboso adolescente, hijo y nieto de hombres de ciencia, nacido y criado entre los cristales del Sanatorio, en una atmósfera intelectual, bajo los nobles auspicios de un apóstol del porvenir, sentía en lo más espontáneo de su ser la vocación de las armas, la embriaguez del heroísmo, la pasión de la gloria militar.

Contra todas las previsiones del doctor Valdés, que tenía cifrados sus ideales eugenésicos, así como el honor de su apellido, en la fogosa pubertad del mozo, amanecía en él un varón de voluntad

y de fuerza, duro de corazón y de carácter, extraño al ambiente de su hogar, hostil a las ideas de sus deudos.

Reconcentrado y silencioso, lo mismo que su padre; instintivo y vehemente como Eugenia, muy agudo también de fantasía, pero astuto y precoz, disimulaba sus inclinaciones resuelto a defender su libertad cuando llegase la hora de tender el vuelo, seguro de la firmeza de sus alas, seguro a la vez de que los horizontes de su gloria no eran los hospitales, ni las clínicas, ni los templos serenos de la ciencia, sino las luchas del mundo, los campos de batalla, las épicas lides, los ásperos caminos de la muerte por donde suben los hombres valerosos al asiento de la inmortalidad.

Y a hurto de sus padres, y, sobre todo, de su abuelo, cuya repulsa temía no sin razón, se encerraba el muchacho es su apacible dormitorio para leer las historias de los héroes, los cides y quijotes de su raza, las aventuras y proezas de los antiguos capitanes, de los famosos campeadores, Navarros y Garcías de Paredes, Córdobas y Toledos, Ercillas, Corteses y Pizarros, Leivas, Urbinas y Contreras, Céspedes y Mendozas, Quijadas y Alarcones, Garcilasos y Ponces de León, y en las altas horas de la noche, al recogerse en el lecho, llena la fantasía de imágenes valientes, aguzaba el oído creyendo sentir en la puerta un sonoro aldabonazo, un vivo clangor, una voz recia y belicosa llamándole a ejercer alguna misión caballeresca y romántica, un alto empeño varonil.

Era la voz del destino, era el misterio de las vocaciones enérgicas, de los impulsos vitales, de las tendencias profundas que surgen de las entrañas del ser, más poderosos que el medio ambiente, más que la herencia paternal, indómitos y hostiles a

toda coacción, a toda pedagogía. Era tal vez que, por natural atavismo, resucitaban en los adentros del mozo las virtudes heroicas de su casta, el empuje aguileño de los antiguos Valdés, los que en Italia y Flandes, en las conquistas de Granada y el Perú, abrieron con sus puños victoriosos ancho camino a las banderas españolas.

Ajeno a las cavilaciones de Leonardo, le bastaban a Enrique para ser feliz el temple de su robusta naturaleza, el sentimiento impetuoso de la vida, los pocos años y la mucha imaginación; despreocupado y jovial, lo mismo que su madre, tan infantil e imprevisor como ella, tenía el mozo, además, las ilusiones de su florido amanecer, el entusiasmo poético de la gloria, los firmes aceros de un carácter voluntarioso y torcaz, presto a la acción y a la lucha.

El mundo para él era un magnífico escenario donde la tragedia humana se revestía de hermosura, de emoción y de pompa teatral. Intrépido y curioso ante el peligro y la muerte, sospechaba, en contra de los ideales utópicos de su abuelo, que una sociedad bajo la dictadura de la Ciencia, sin otro fin que los bienes materiales, sin otra aspiración que una longevidad apacible, conforme a los preceptos de la Higiene; una humanidad sustraída a la ley del esfuerzo, jubilada de sus eternas ambiciones, dichosa por el ocio y la quietud; una vida consagrada a tasar la vida, a contener su libre actividad, a reprimir la juventud en pro de la vejez, serían lo más estúpido, lo más cobarde y fastidioso que se puede imaginar.

El conocimiento de la historia, a la que era singularmente aficionado, su propio y viril instinto, le decían cuán imposible es suprimir el dolor, evitar la batalla, el choque perpetuo de los seres. Desde

muy niño supo—¿quién no lo sabe como no se obstine en cerrar los ojos?—las infinitas angustias que acompañan al hombre sobre la tierra. Pero lejos de rebelarse contra la dura ley del sufrimiento, la ponía, inconscientemente, por regla de conducta y norma de vocación, tomando la vida al modo trágico y heroico, en un sentido alegre y militar...

Cantaban por segunda vez los gallos en la noche, cuando el mozo estudiante, embelesado todavía en mover sus banderas sobre el mapa, comenzó a sentir una dulce modorra que, poco a poco, le anubló la conciencia y los sentidos. Restregóse los párpados, sacudió la frente, llena de graciosos bucles y de bizarras fantasías; pero rendido al fin a la pesadumbre del sueño, cerró los ojos y dobló la cabeza sobre el ancho panorama del mundo.

Y apenas se quedó dormido, con la facilidad y blandura de la niñez y la juventud, empezó a soñar y vió delante de sí, como si aún estuviera despierto, el mapa sobre el cual dormía a la sazón, y encima del mapa un hombrecillo, semejante a un gnomo, poco más alto de dos pies, cabezudo, taheño, la piel hirsuta, la color cetrina, los ojos como dos ascuas, la boca de oreja a oreja, erizados los bigotes, chato de frente y de nariz. Renco y giboso, pero muy alegre y jarifo, traía su gentil persona envuelta en una especie de alquicel, con todos los colores del arco iris, y la cabeza en un turbante carmesí empenachado con plumas de pavo real.

—¿Quién eres tú?—le preguntó el estudiante, menos sorprendido que curioso y valiente.

—Yo soy el Diablo—repuso el monstruo con una voz profunda y cavernosa.

El mozo se le rió en las narices.

—*¡Vade retro!*—le dijo—¿qué vienes a buscar aquí?

—Vengo a instruirte en el conocimiento de la vida humana.

—Tarde llegas, amigo. ¿Qué pueden enseñar los diablos a los hombres? Un simple estudiante de bachiller sabe hoy más que vosotros. Hogaño vivimos en el mundo por encima del bien y del mal. Eres un pobre diablo, un infeliz. Ya hasta los niños y los viejos se ríen de Lucifer y de Astarot, de Satanás y Belcebú...

—Esos son diablos del antiguo régimen, que ya no tienen voz ni autoridad ni aun en las moradas infernales. Yo soy el Diablo Cojuelo, el más culto, lince y sutil de los espíritus de la Noche; el más humano, sociable y universal de todos los demonios de la Tierra. Porque has de saber, joven amigo, que el Infierno, contra la opinión común, no está en esos profundos tártaros que imaginaban los antiguos vates, en abismos plutónicos ni en espeluncas fabulosas: es aquí, en la haz de la tierra y a la luz del sol, en las casas, en los cuerpos, en los espíritus de los hombres, donde andan sueltos los demonios; donde reinan perpetuamente el Hambre, la Sed, la Guerra, la Peste, el Odio y el Dolor; donde las almas y las carnes, encandecidas y achicharradas por el fuego, padecen, bajo la espantosa coyunda del Mal, la ausencia y privación del Bien. ¡Y hay, todavía, quien tiene la ilusión del Paraíso en la tierra!... Hermanos somos y compañeros inseparables, en este pícaro mundo, los diablos y los hombres, y todos, salvo rara excepción, unos grandísimos bellacos en quienes la doblez, la envidia, la soberbia, la cólera, la lujuria y toda suerte de apetitos y pasiones mortales tienen su asiento natural...

—¡Demonio!—repuso el estudiante—Hablas como un hombre de pró, como un perfecto moralista.

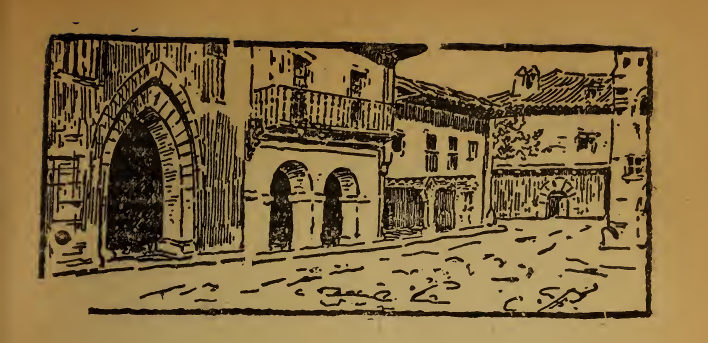
—¿Lo ves? Entre los hombres y los diablos no hay diferencia alguna sino en sueños. Aunque les plugo a los poetas imaginarme así, como un pequeño monstruo de la noche, soy, a la luz del día, un ilustre y gentil caballero, un hombre muy de pró, ducho y sagaz en todos los oficios, artes y ciencias, estados y jerarquías del globo. Sé ceñir con la misma dignidad y elegancia las prendas militares y civiles, la toga del magistrado, el manteo del sacerdote, el frac del hombre de mundo, la casaca del ministro, el fajín del general y hasta la corona del rey. Por mucho que te extrañe, soy caballero gran cruz, título nobiliario y, lo que más me seduce: Príncipe de todas las milicias de la Tierra.

Al oir tal el mozo se cuadró como un cadete. La ruin botarga del Cojuelo flameó a sus ojos como un manto de púrpura lleno de vivos tornasoles.

—Yo fuí el primero—continuó el demonio—que levantó bandera entre los ángeles y movió los ejércitos rebeldes sobre la Vía Láctea y campeó en las alturas, desde el lucero del Norte a la Cruz del Sur, y convirtió en carros de asalto la Osa mayor y la menor, e hizo proyectiles de las estrellas y constelaciones. Yo fuí el primero, también, que cayó, por culpa de Satán (¡aquél sí que era un pobre diablo, a pesar de su mucha fama!), despeñándome de la cumbre de los cielos a este bajo mundo, el más cursi, angustioso, ridículo y miserable de todos los mundos posibles. Cojuelo yo desde entonces, descalabrado y sin armas, rotos los cuernos y los dientes, pues la caída fué de latiguillo, me arrastré como pude por la tierra hasta cobrar razonable salud. Condenado a vivir perpetuamente con los hombres (¿cabe mayor castigo?), pronto

advertí que no eran de mejor condición que los demonios y sí mucho más bárbaros e incultos. En vista de lo cual, me convertí en su príncipe y maestro; tomé sobre mí la ardua misión de instruirlos y civilizarlos. Yo traje al mundo la Ciencia; organicé las discordias de los hombres; les enseñé a batirse, a matar y morir según las reglas del arte militar; inventé la pólvora, la dinamita, los gases asfixiantes y todos los ingenios castrenses, la catapulta, los cañones y los morteros del 42. Yo introduje aquí la política, la diplomacia, la razón de Estado, la abogacía, los parlamentos, la prensa, los principios sociales y economicos, los ejércitos permanentes, la industria, el lujo, las modas, el arte culinario, las costumbres del gran mundo, el *flirt*, el opio, la morfina, los refinamientos de la Civilización. Sin mí los hombres andarían peor que los brutos, en salvaje inocencia, en cueros vivos y a la intemperie, como andaban vuestros primeros padres antes de probar la deliciosa fruta del pecado. Yo, artista y alarife, tejí las sedas, los oros y las púrpuras, labré la plata, cincelé los mármoles, os di vestido y habitación, la joya, el mueble y el manjar, las ilusiones del placer, los vinos generosos y los deleites del amor, que os embriagan más todavía que los vinos. Mi obra predilecta es la Ciudad, la Urbe moderna y artificiosa, materialista y febril, abrasada por la sed del dinero y de los goces. Mías son las ciudades; yo construí los muros de Troya, los circos romanos y los rascacielos de Nueva York. Mías son también las artes mercantiles y crematísticas: ducho en finanzas y negocios, promoví la riqueza, merced a la sabia explotación del hombre por el hombre, desde los tiempos de los judíos y genoveses hasta la era del sindicato y del *trust*. Músico y danzante, literato y

filósofo, inventé el pragmatismo, el ultraísmo, la filosofía del superhombre, la novela erótica, el *cabaret*, el tango y el *jazz-band*. A fuer de diablo progresista y científico me debe el mundo moderno sus más preciosas novedades: el automóvil, el cinematógrafo, el aeroplano, el submarino, la radiotransmisión, el rejuvenecimiento artificial... Y ahora, en clase de repúblico y príncipe de las milicias de la tierra, estoy ensayando la dictadura, la roja, la blanca, la verde, la azul, porque las hay de todos los colores y para todos los gustos... Ya ves que soy un Diablo tutelar y benéfico, digno de admiración y de perpetua fama, mucho más que Ariel y Mefistófeles y esotros diablos tan familiares a los poetas. Español castizo (merced al ingenio andaluz de aquel Luis Vélez de Guevara, sabroso narrador de diabólicas aventuras), enamorado de la villa y corte de Madrid y amigo de estudiantes y nocherniegos, suelo en mis ratos de vagar, que no son muchos, porque los hombres dan harto que hacer a los demonios, visitar a los mozos noveles como tú y aleccionarles con mi sabiduría y experiencia. Y pues conozco tu vocación, tus heroicos alientos juveniles, yo te invito a salir por esos mundos a contemplar el espectáculo de la vida humana, siempre nuevo, interesante y curioso cuando se ve desde afuera, no en calidad de actor, sino de expectador que tenga un poco de la sal del Diablo. Agárrate, pues, a la punta de mi capa, y...



VIII

Film.



No bien llegado al final de su aguda y socarrona peroración aquel ingenioso taumaturgo, sintióse el estudiante ligero como una pluma, con los pies en vilo más de dos cuartas sobre el suelo y arrebatado por una fuerza sutil, por un ímpetu sobrenatural, que le empujó hacia la ventana y le lanzó por los aires lo mismo que una saeta.

Hendiendo, a la par del diablo, la oscuridad profunda de la noche, se sintió con alas, con unas alas membranosas, luciferinas y potentes, capaces de aventajar a los albatros y los cóndores, y seguir en su vuelo al Príncipe de las tinieblas.

Puestos los dos en las nubes, de unos pocos y

fuertes aletazos, advirtió el estudiante que el cielo se iluminaba con una claridad fosforescente a cuya luz, como a la luz de un vivo reflector, se descubría el mundo, dilatado a sus pies en vastísimo horizonte, como si toda la haz de la tierra se desplegara de súbito, al modo de un inmenso planisferio, asequible en toda su extensión. Y vió después, con más asombro todavía, sobre aquel prodigioso mapamundi, tomar relieve, forma, color y movimiento las tierras y los mares, las montañas, las selvas y los ríos, bullir la humanidad, como una multitud de hormigas, torpe, minúscula, rahez, que así aparece a los ojos de quien la ve desde las cumbres. Y percibió más tarde, y aquí subió de punto su sorpresa, que le eran visibles en el mundo no solamente sus más recónditos espacios, sino el correr de los siglos y los tiempos; que se le ofrecían a la par una visión geográfica y una visión histórica, un maravilloso *film* de la vida del hombre sobre la tierra.

El gran escenario del mundo se iluminó todo entero con aquella luz extraña y artificial, más cruda y fuerte que la luz del sol, y allí, como en la inmensa pantalla de un Cine que tuviera por ámbito la Noche y por bóveda la del Cielo, se apareció una muchedumbre de seres, humanos por la forma, bestiales por su fealdad y desnudez, que salían de las cavernas, de las umbrías de los árboles, y armados de hachas y arpones de tosco pedernal se lanzaban en feroz tumulto, con bárbaros y alegres alaridos, unos contra otros, hasta teñir de sangre la superficie de la tierra y las corrientes de las aguas. En lo más recio de aquella salvaje lucha sobresalía entre todos un terrible hombrachón, membrudo como un hércules, chato y velloso como un simio, con garras y dientes de animal

de presa que, esgrimiendo una clava formidable, esparcía en torno suyo el terror y la muerte. A la par de los hombres, los brutos se disputaban también, acaso con menos ferocidad, la vida y la pitanza, la hembra y el cubil, la tierra y su posesión. Y hasta los elementos naturales, los más terribles meteoros, añadían su horror al espectáculo de aquella matanza universal.

Cubierta la tierra de cadáveres, nuevas y furibundas hordas, inagotables como las arenas del desierto, venían a ocupar el sitio de las hordas segadas por la muerte. Y cada una de aquellas nuevas multitudes era distinta de las otras; distinta por el color de la piel, por las facciones del rostro, por la calidad de las armas; pero iguales por su fiereza, por su ímpetu devastador. A los hombrones primigenios, desnudos y errantes por las selvas, sin otras armas que sus hojas y puntas de sílex, ni más defensa que sus propios cuerpos tostados y peludos, sucedieron los de las piedras talladas y los recios pellicos, los penachos de plumas y los collares de marfil. Llegaron después las tribus de las espadas de bronce y más tarde las gentes de las espadas de hierro.

Amanecía la historia. La tierra se poblaba de ciudades, el mar de lonas y bajeles; los hombres se vestían de corazas y de hermosas túnicas, guerreaban con arte, en carros veloces, con escudos broncíneos y armados de robustas picas y voladoras flechas. Porque, al través de las edades, cambiaban sin cesar los hombres y los pueblos, corrían unos tras otros, sin detenerse nunca, como las ondas de los ríos, siempre iguales y, sin embargo, diferentes; pero la universal batalla no concluía jamás. En pos de las inmensas muchedumbres de bárbaros apareció una raza de hermosos y magní-

ficos guerreros, semejantes a las estatuas de los héroes que en los antiguos mármoles obró el cincel de los primeros artífices del mundo. Venían en corvas y veleras naves y saltaban a tierra dando gritos de júbilo, y corrían veloces en derechura de una ciudad que relumbraba a lo lejos como si fuese de oro. Igual que los copos de la nieve movidos por el cierzo, se les veía bullir saltando de las naves y esparciéndose por el monte y la llanura. El brillo de las lanzas, de los escudos y los cascos llegaba hasta el cenit; toda la tierra centelleaba con los rayos que el bronce despedía; el rítmico andar de las falanges, el correr de los carros y corceles, eran más recios y sonoros que los retumbos del mar. Señalábase entre todos un gentilísimo varón esbelto y hercúleo, de crespa cabellera y de semblante hermoso y juvenil. Más que un hombre parecía un dios.

Traía rutilante armadura, fornido yelmo de áurea cimera y largas crines, elegantes grebas, poderosa lanza y un repujado escudo que a lo lejos resplandecía como la luna. —Yo soy Aquiles—decía, con voz a un tiempo dulce y varonil y con razones medidas y concertadas como versos—, yo soy el primero de los hombres, el corazón de león, el rayo de la guerra, destructor de ciudades y de ejércitos. El Destino me dió a elegir entre una vida larga, apacible y oscura, según la desean los cobardes, y una vida breve, fulgurante y gloriosa, conforme al sino de los héroes. Y preferí la última. Yo sé que voy a perecer aquí; mas cuando caiga el golpe de la flecha homicida, mi nombre vivirá en los siglos, al son de las cítaras cantarán los poetas mi valor, mi hermosa muerte, mis ilustres hazañas, y me abrirán los dioses las puertas de la inmortalidad.

Dijo, y subiendo a su carro, se encaminó a los

muros de Ilión, seguido de los otros capitanes y de la muchedumbre de sus huestes, alzando gran polvareda en la llanura. Junto a las puertas de la ciudad persigue a su enemigo, el paladín de los teucros, el matador de hombres, el domador de caballos, y, en singular combate, al primer bote de su pica, le hace morder el polvo. —Por aquella que te tuvo en su vientre—le suplica el vencido, desangrándose—, no permitas que los perros me devoren a la vista de tus navíos y tus tropas. Da mi cadáver para que tenga honrada sepultura. —Ni a peso de oro—contesta el vencedor—rescatarán tu cuerpo. Ni la madre que te parió podrá llorar sobre tus míseros despojos. ¡Plugiera a los dioses irritar mi cólera al punto de rebanar tus carnes y comérmelas crudas!—No bien muerto el vencido, todos los aqueos le golpearon con sus lanzas, y el «divino Aquiles» le despojó de sus ropas, le horadó los talones, y le ató a su carro, y picó a los corceles, y arrastró por la tierra el cuerpo desnudo del infeliz campeón, a los ojos de su propia madre...

Nuevas y turbulentas olas de humanidad, innúmeras como las olas del océano, se derramaban por el mundo. Los pueblos se sucedían semejantes a inmensas manadas de lobos hambrientos conducidos por terribles pastores ávidos de matanza y de botín. E igual que las aguas torrenciales que se despeñan de las cumbres cuando chocan en lo cóncavo de los tajos con sonoroso estruendo, chocaban entre sí las muchedumbres bajo los cetros de sus príncipes.

—Yo soy el Faraón—decía una voz poderosa, capaz de hacerse oir sobre aquel hervidero de razas y de siglos—, yo soy el predilecto de los dioses, aquel que sujetó en su puño a todos los reyes

del Oriente y estremeció con su grito de guerra las basas del mundo y las columnas del cielo. El brillo de mi corona deslumbra a mis enemigos, ciega sus ojos y les hace caer de bruces a mis pies. Con alegre y valeroso corazón hinqué mi planta en los países jamás hollados por los antiguos conquistadores. Llevé al cabo quince campañas victoriosas; tantas ciudades cayeron en mis manos, tantas cabezas abatí, tantos prisioneros hice, que ni siquiera los conté...

Sobre el fondo de las viejas Pirámides, de los templos de Menfis y de Tebas, pasaron como las ondas del Nilo, hacia la mar, las dinastías, las generaciones, las faces milenarias, las gentes de los cascos de cuero y los faldellines de colores, los carros de oro, los corceles empenachados de plumas, los símbolos de la realeza, los buitres y los áspides, los discos refulgentes del sol... Y allende el mar, al otro lado de los desiertos y las cumbres, pasaron también, veloces como las tolvaneras al ímpetu del simún, otras abigarradas muchedumbres, todas en pugna, las vidas a merced de las armas. Allí los medos y los persas, con sus sables corvos, sus espadones de dos filos, sus máquinas de combate, sus carros erizados de cortantes hoces; allí los jinetes babilónicos, los arqueros y los honderos asirios, los hombres de las montañas, los que tiemblan bajo el azote de la nieve allá en el «techo del mundo» y los que curten su bronceada piel con el sol implacable de la estepa; los hombres, oscuros como la noche, que hay en las fuentes del Nilo y aquellos otros, de amarilla tez, que rebosan de la Gran Muralla esperando para inundar la tierra la espada invencible del Mogol; allí los claros varones de Israel, majestuosos como los cedros del Líbano; allí los de la «sangre azul», los

árabes libres y señeros, con sus caballos y sus tiendas; allí los nautas, los peregrinos de las costas y de las islas de la mar...

De cuando en cuando, una voz imperativa y tonante, la voz de los pastores, de los caudillos, de los héroes, se elevaba sobre el estruendo del rabión humano. Al oirla juntábanse los pueblos en rebañegos haces y corrían con nueva intrepidez a la batalla.

—Yo soy el rey del Todo, el de los oídos abiertos, el de los ojos claros—decía con imponente majestad uno de aquellos pastores de hombres, luciendo, al frente de su grey, manto morado con estrellas de oro, un yelmo en forma de mitra y luenga barba rizada—. Yo soy el que hizo suyas todas las tierras, desde las cumbres de la aurora hasta los mares donde se hunde el sol. Puse mis pies en sitios inaccesibles a las águilas, en cúspides erguidas en los cielos como la punta de un puñal; entré en lo interior de las sagradas selvas, remonté el curso de los ríos, arrasé las ciudades, corté las cabezas de los príncipes enemigos y con las pieles de sus cuerpos vestí las murallas de Nínive. Nadie se atreva a escribir su nombre junto al mío: destruyan los cielos a quien ose tal y maldigan su nombre y su simiente. Porque yo soy el Unico en la tierra...

—El Unico soy yo—repuso como un eco formidable, detrás de las montañas y los siglos, el héroe y el poeta de los hombres libres, de los guerreros del Yemen—. Yo soy el Antar—dijo parando su corcel e irguiendo la hermosa cabeza tocada con el turbante primitivo—, yo soy el valeroso, el león de la tierra, siempre dispuesto a la batalla. Yo amo la guerra como quien ama a una mujer, y sufro cuando estoy sin combatir. Pelear y morir como

valientes es la gloria suprema de la vida. Mi túnica es más blanca que la nieve; mi espada de oro y azul, y mi caballo, alazán; pero al salir de la pelea, yo, mi caballo y mi espada somos del mismo color: del hermoso y vivo color de la sangre. Mi brazo basta para exterminar a todos los hombres; el mundo entero me teme y hasta la muerte me respeta, porque sabe que es menos fuerte que yo...

Por el grandioso escenario del mundo desfilaban sin cesar, con cinemática rapidez, los más extraños paisajes, las marinas hirvientes, los hombres y los siglos, las viejas indumentarias, las ciudades históricas, los cuadros maravillosos de todo aquello que fué... tal como lo pudo concebir la imaginación de un estudiante dormido en la noche de los tiempos.

Sobre las ruinas de los antiguos milenarios, amontonadas en la tierra con los huesos de cien generaciones (nunca hombre alguno tuvo más grande pedestal), se irguió de repente, como la estatua de un dios, una figura esbelta y juvenil, un mozo de poca estatura y pálido semblante, pero de hermoso y aguileño parecer, con unos ojos rútilos y fascinadores cuya mirada nadie podía soportar. Era el césar Augusto, aquel divino histrión que a los veinte años se alzó en la comedia de la vida con el papel de emperador de Roma, y en su lecho de muerte dijo, mirando a la posteridad: —Si lo hice bien, aplaudid—. (Al cabo de veinte siglos la posteridad aplaude todavía). Señor de los señores del mundo, cruel carnicero en la batalla, dulce y sagaz en lo civil, tendió su toga como un manto protector sobre las gentes, su toga teñida de púrpura con la sangre de amigos y enemigos.

Por un instante pareció que la paz reinaba ya para siempre bajo el sol, que todas las razas jun-

tas y felices en un glorioso imperio universal habían llegado a la plenitud de su destino en la tierra. Yermos y ruinas se convirtieron en ciudades de mármol; hasta las naciones más oscuras y remotas se llenaron de espaciosas vías, elegantes urbes y monumentos perennes; la humanidad entera parecía un espléndido organismo cuyo cerebro y corazón fuese Roma.

Pero la Humanidad no existe; sólo existen los hombres y los pueblos. Y los pueblos, lo mismo que los hombres, igual que las plantas de la tierra, nacen, se desarrollan y maduran, y se marchitan y se mueren. Y aquel gran pueblo soberano ya comenzaba a envejecer, a gusto en los blandos cenagales de la civilización y de la paz, mientras llamaban a sus puertas las hordas vestidas de pieles, los bárbaros jóvenes y puros que invaden la escena de la historia—es ley fatal, inexorable—al comenzar y al extinguirse toda cultura superior.

Las hordas peludas del Norte cayeron al fin sobre las tierras de Poniente; las inundaron como una pleamar. Durante muchos siglos, todo fué campo de batalla, yunque de esfuerzo y de aflicción, sombra de cárcel y de muerte. De las entrañas del mundo antiguo surgía una vida nueva, mas con sangre y angustia—como también es ley—, con bárbaro dolor de las entrañas. Pero ya en las tinieblas, levantado sobre la Cruz, resplandecía el Sol de la Justicia, y a su eterna claridad cobraban alto sentido la batalla, la miseria, el dolor y la muerte de los hombres...

En este amanecer sobre la escena del mundo, se dibujó una espaciosa llanura, y al través de la llanura un río cercado de copudos olmos, y a la orilla del río una pequeña hueste como de quinientas lanzas. En un caballo corredor venía delante de la

hueste un caballero de singular nobleza y majestad, fiero y hermoso el rostro, la barba luenga y bellida, recia la cota, firme el escudo, la espada formidable y un capillo de hierro que relucía como el sol. Y al lado suyo, un alférez con una enseña caudal, y en la enseña la Cruz.

Por las cumbres del horizonte se apareció una gran muchedumbre de guerreros que se lanzaban como un torrente al espacioso llano.

Traían dos banderas reales con dos rojas medias lunas sobre campo verde y una selva de lanzas, cuyos pendones no se podrían contar. Venían con gran estruendo y griterío, veloces en sus corceles, tañendo sus cajas con belicoso furor. La tierra parecía quebrarse al ruido de los atambores.

Adelantóse también la pequeña hueste, y por encima del ronco tañer y del salvaje vocerío se oyó una voz sobrehumana, la voz del caballero de la Cruz: ¡Yo soy Ruy Díaz, el Cid Campeador de Vivar!

Y todos los suyos, espoleando sus caballos, responden a la vez: ¡Nuestra es la victoria!

Y es el alférez quien se mete el primero en la batalla, con la enseña caudal de su Señor. Caen sobre el rudo abanderado, furiosos, los enemigos; ya le rodean por todas partes, pero los otros caballeros del Cid embrazan los escudos delante de los corazones, bajan las lanzas, inclinan los rostros sobre el arzón de las sillas y pujan sobre el lugar donde la enseña tremola. Se ve, se siente el choque magnífico y terrible: las lorigas y los yelmos que relucen con los primeros rayos del sol; las lanzas, con sus banderolas ondeantes; las adargas rotas al filo de las espadas; el caer los cuerpos a tierra; el huir los caballos sin jinete, y los pendones blancos salir bermejos en sangre.

Descabalgado el alférez, mete mano a la brava tajadora. Otro mesnadero acomete a uno de los reyes enemigos, y de un golpe que le da traspasa el yelmo y le hunde el hierro en la carne. Pero ninguno, como el de la barba bellida, se yergue sobre el arzón de la montura con tan severa majestad: le relumbran los ojos debajo de la visera; de un sólo y tremendo tajo parte en dos por el talle a un campeón; se revuelve luego contra el otro rey; la sangre del moro chorrea por la espada y la loriga del Cid...

Las últimas voces del combate sonaron lejanas y profundas; cristianos y moros se desvanecieron al fin en una niebla rojiza, y allá a lo lejos, siguiendo la ruta del sol, por el océano misterioso de Poniente, se aparecieron tres naves—fe, esperanza y caridad—y ante las proas de las naves, en el dorado alborecer de un nuevo mundo, se levantaron unas selvas de maravillosa hermosura, y en aquellas salvas, trasunto del paraíso, unos hombres que ya, en calidad de tales, sabían cazar a los hombres, buscándoles con sus arcos y sus flechas el camino del corazón.

Aquel dorado alborear cambióse pronto en noche oscura y lluviosa. La selva se convirtió en un lago y en sus aguas umbrías se alzó una extraña ciudad de formidables muros, y en los muros se abrió un ancho portón, y un gran tropel de soldados, vestidos de tristeza y de hierro, se deslizó sigilosamente desde el portón a una calzada que sobre la haz de las ondas comunicaba con la tierra firme. Traían los soldados sus corceles, sus bastimentos, sus arcabuces y cañones, todo con rigurosa disciplina, con admirable silencio, bajo el azote de la lluvia y al amparo de las tinieblas; mas de repente se oyó en los adarves un ronco tañer

de caracolas, el fiero redoble de un tambor, un bárbaro alalá, que resonaban en la noche oscura con pavoroso estruendo. Todo el lago se cubrió de canoas y el aire de saetas. Por ambos lados de la calzada unos hombres desnudos y feroces, en inmensa y terrible multitud, cayeron con agudos filos sobre los tristes hombres de hierro. En el angosto paso, cortado a trechos y sin puentes, entre las aguas y las sombras, se riñó un combate singular, tal como aquellos que riñen los espíritus de la Noche en la laguna Estigia, frente a los muros de la Ciudad sin esperanza. Luchando cuerpo a cuerpo, batidos por todas partes, los hombres de las lorigas hicieron brecha con las puntas de sus espadas; mas al llegar a las cortaduras del siniestro dique, infantes y caballos se precipitaban en el abismo cuando no en las picas de los hombres de las canoas.

Toda la noche duró aquel angustioso batallar en las tinieblas. A las luces turbias de una aurora sin sol, descubrióse la tierra firme, y en la tierra un ciprés, y junto al ciprés un caballero de hermosa y formidable traza—noble y severa la faz, los ojos oscuros y rasgados, fina y curva la nariz, los bigotes caídos, la barba espesa y redonda—, que veía con imponente majestad y tristeza, llenos los ojos de lágrimas, desfilar su destrozado ejército, reducido a unos centenares de hombres con las corazas y los vestidos rotos, empapados de sangre y de agua, perdidos los bastimentos, los arcabuces, la artillería y casi todos los caballos. ¡Quién dijera entonces que siete días después aquel triste caballero que no se avergonzaba de llorar derrotas, había de ganar, a dos mil leguas de su patria, cercado de enemigos y con su rota hueste, un eterno laurel, y antes de un año rendir el corazón de un

poderoso y rico imperio militar, trayendo contra él desde la orilla de la mar y por las hoces de la Sierra Madre los soldados, las máquinas y hasta los navíos de guerra!

Cayó de nuevo la noche sobre los anchos términos del mundo, una noche de siglos en que se oía sin descanso, como el rezumbo de una tempestad en las tinieblas, el estruendo de las armas. Porque de todas las cosas apetecibles se hartan pronto los hombres: del sueño, del amor, del vino, de los manjares y deleites; pero de la guerra no se sacian jamás. Así la Historia se repite con salvaje monotonía: cambian los instrumentos de agresión, los uniformes, las banderas, la ley, la costumbre, el arreo militar o civil, pero no cambia el corazón de los hombres...

La luz de un nuevo amanecer—nunca hubo sol que no alumbrase en la tierra un campo de batalla—iluminó la más terrible y universal discordia que vieron los siglos pasados y presentes, anuncio tal vez de las catástrofes que han de sufrir los venideros.

Esclarecido por un extraño fulgor de misteriosa lividez y crudeza, más frío y fuerte que toda brasa estelar, se abrió a los ojos mortales un horizonte sin límites, un inmenso páramo de infinita desolación, lleno de truenos y de lumbres, algo así como un bárbaro paisaje de los primeros días del mundo, cuando temblaban sus entrañas, sacudidas y abiertas por las fuerzas telúricas, por el fuego de los volcanes y el ímpetu de los terremotos. Érase un campo de batalla en lo más florido de la culta Europa y en el siglo xx.

Un bombardeo incesante de artillería gruesa, un estruendo infernal de breves pausas, desgranado a veces e[illegible] isócronos estampidos, cubría todo el ho-

rizonte. Densas humaredas, blancas y redondas como vellones de algodón; finos y bruscos centelleos, chispas errantes como fuegos fatuos; altas columnas de tierra y de humo, señalaban el vivo contorno de las posiciones avanzadas. Como en la muchedumbre orquestal percibe el oído la voz de cada instrumento, sentíase allí, en aquella tremenda sinfonía de la muerte, el ancho rugir de los obuses, el sordo rechinar de las granadas en el aire, el martilleo agudo y veloz de las ametralladoras, las secas descargas de los fusiles, la ronca explosión de las minas en lo cóncavo de la tierra. De cuando en cuando enmudecían los cañones cual si estuviesen rendidos, y en un corto silencio se oía blandamente la fusilería lejana, vibrando en las ondas sonoras como el tremor de un redoblante, como el festivo repique de un tamboril.

Nada más opuesto a la imagen clásica y teatral de una batalla—vivo clamor de multitudes, claro brillar de espadas y banderas, choques heroicos de la carne y el hierro, abrazos sublimes de la gloria y la muerte—que aquella infinita y áspera soledad, llena de estruendos y de humos, donde unos hombres invisibles, metidos en las entrañas de la tierra, lo mismo que los topos, y armados de rayos fulminantes, lo mismo que los dioses, fríamente, automáticamente, días y días, meses y meses, años y años, se exterminaban a distancia, ocultos en sus profundas madrigueras, envueltos en un ciclón de fuego.

El espectáculo, con todo, era de una grandeza monstruosa. Las cumbres de unas montañas, llaves de hierro de otras tantas posiciones, yacían a la sazón rotas, convulsas, acribilladas bajo los rayos convergentes de un bombardeo indescriptible. Rocas, troncos, baluartes, miembros humanos salta-

ban al cielo en torbellinos, en hórridos haces de tierra y de lumbre, como las erupciones de un volcán. El cañoneo arreciaba de minuto en minuto: las detonaciones de los gruesos calibres, que antes sonaban claras y distintas, como notas profundas y graves de un trémolo infernal, se juntaron al cabo en un solo y único bramido, atronador y sempiterno, que se oía retumbar, con ecos cavernosos, en muchas leguas a la redonda. Todas las cumbres, proyectadas al cielo en masas verticales, en una nube de proyectiles y cascotes, acabaron por desaparecer envueltas en espeso vaho. El polvo de la tierra, los gases de las bombas, una atmósfera turbia, enrarecida, una niebla parda y sofocante ensombrecía en una gran extensión el horizonte. Y al disiparse la niebla el campo de batalla era como el campo de un planeta muerto. Bosques, montañas, fuertes y trincheras; todo estaba arrasado, pulverizado, hecho trizas, como esos paisajes de la Luna, donde sólo se ve su yerta faz llena de cráteres vacíos...

Mas toda aquella devastación sólo era el prólogo del drama. Después de un iracundo martilleo de muchos días y de muchas noches, vino el asalto general, el ataque a fondo sobre las líneas deshechas. Los hombres invisibles surgieron en imponentes oleadas de sus cubiles tenebrosos. Eran millones de seres de todas la razas y religiones del mundo: cristianos y moros, judíos y brahmanes, tribus de la remota Oceanía, gentes del Asia germinal, negros del Africa ulterior, hombres civilizados y agrestes, hordas sin patrias ni dioses, hijos del sol y del desierto, de la nieve y la niebla, muchedumbres de oscura tez o de cabellos blondos, faces nobles y altivas, rostros greñudos y feroces de la chusma universal, con todos los estigmas de

la bestia humana... Luego de infestar el campo enemigo con nubes asfixiantes, las tropas de choque se pusieron en movimiento; sobre las densas muchedumbres se cernían miles de aeroplanos que avanzaban también, muy cerca de la tierra, guiando sus raudales para romper y desbordar las líneas. Jinetes, artilleros, infantes y aviadores cayeron como una tromba irresistible sobre las trincheras, batidas por el fuego y emponzoñadas por el gas...

Pero en llegando a las primeras posiciones, de los barrancos y agujeros de aquella espantosa criba surgió otra formidable multitud que recibió al invasor con un diluvio de metralla. Pugnóse allí cuerpo a cuerpo—¡en el siglo de los gigantes cañones!—, revolcáronse los combatientes en el fango y la sangre, el hierro y los despojos, mientras los aviadores, luego de señalar el blanco a las baterías, volaban casi al ras del suelo y arrojaban sus bombas sobre aquel vasto campo de carnicería y de horror. No parecía sino que en aquellos antros infernales peleaban los hombres de todos los reinos y los siglos: allí el escudo y la pica, la catapulta y la coraza, el yelmo y la saeta, el carro de asalto, el cañón automóvil, los cables eléctricos, los gases tóxicos, la dinamita y el avión; la lucha cuerpo a cuerpo, el triunfo del brazo y la gloria del músculo, la caza a tiro de carabina y de fusil, el clásico duelo de tizona, la guerra de topos en los profundos soterraños, el libre vuelo de las águilas, el correr de la jauría, el ímpetu del tigre y el arrastrarse del reptil; la cólera de los dioses en esas máquinas infernales, donde apuró su fantasía el genio del mal, amancebado con la ciencia bajo la tercería de la muerte...

¿A dónde no llevará el genio sombrío de la gue-

rra su actividad, su impulso a la vez devastador y creador? Ya no le bastan los blindajes de acero, los monstruosos cañones, los ingentes navíos, ni el ferrocarril, el teléfono, la electricidad, la dinamita ni la pólvora; necesita meterse en las honduras del planeta, zapar sus entrañas, robar las artes y las lumbres plutónicas; perseguir al hombre desde las nubes del cielo, bajo las ondas del mar y destruirle a distancia, misteriosamente, con nuevos rayos diabólicos... Ya no se trata de gentes que luchan por la pasión de la gloria; son razas enteras, naciones en masa, continentes que pugnan por el instinto de vivir; son pueblos contra pueblos, culturas contra culturas, que se convierten de pronto en órganos gigantes de agresión. ¿Qué será la guerra en lo futuro, bajo la cruda exaltación de los medios mecánicos, así que centuplique su energía la potencia industrial y llegue a su colmo la obsesión del número, de la materia y de la masa?

Mientras sobre las tierras de Occidente, al resplandor de sangre del ocaso, se hundían los tronos y los imperios y las cumbres en un formidable apocalipsis, allá en las tierras por donde amanece el sol, en las entrañas del Asia generadora, sentíase el poderoso renacer de las razas antiguas, un despertar de pueblos y de gentes, el sordo galope de los bárbaros que llaman a las puertas de la historia en el crepúsculo de toda civilización.

Como vanguardia de las inmensas muchedumbres que de las islas del Sol Naciente al Cuerno de Oro, desde la Estepa al mar Indio, comenzaban a bullir, aparecióse, junto a las aguas cenicientas del Volga, un grande ejército que, a marchas forzadas, venía sobre las rutas de Occidente. Era el Ejército Rojo, debelador de los zares, la terrible hueste de la Revolución Social. Llenaban sus filas,

densas como las hordas que ha dos mil años cayeron sobre el mundo de los Césares, hombres de muchas castas y pueblos, rusos, alemanes, judíos, turcos, fineses, tártaros, mogoles, tribus de la montaña, del páramo y de la selva, gentes del agro y de la mar, de la *stanitsa* y de la urbe, campesinos, obreros, soldados, intelectuales, jirones de diversa humanidad, desde el dulce *mujick* al escita cruel, desde el rufián al prócer, desde el hampón hasta el místico; pero todos ebrios de un ideal oscuro y paradójico, un ideal de amor que trae por *ultima ratio* los cañones, la guerra, el odio y la muerte. La tierra parecía quebrarse al paso rotundo y militar de aquellas muchedumbres. Eran, acaso, el porvenir...

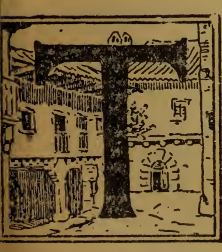


SEGUNDA PARTE



I

El Apóstol.



ODAVÍA no apuntaba el sol cuando abrió los ojos don Augusto, después de un sueño muy dulce de seis horas, y saltando de su cama de hierro con diligencia, se encaminó al cuarto de baño, único lujo que había en aquel dormitorio, grande y austero como una celda prioral, blanco, desnudo, reluciente como una sala de operaciones. Era una habitación que estrictamente servía para dormir o, a lo sumo, para reflexionar en caso de insomnio: jamás ninguna tristeza irrazonable, ningún ensueño metafísico, ningún antojo perturbador de la «loca de la casa», tuvieron asilo en aquella celda de sabio, en aquella cama de hierro, en aquella

frente serena de hombre de ciencia y de razón, práctico y optimista, siempre saludable y vivaz, erguido como la torre de un faro sobre los oleajes del mundo.

Limpio, esponjado, animoso, peinadas las barbas y los cabellos todos de nieve sobre la tez sonrosada, fresca y juvenil; vestido con sencillez no exenta de pulcritud; altiva la estatura, convexo el ancho tórax, muy levantada la cabeza, su noble y hermosa cabeza de legislador ateniense o de sabio alejandrino; toda su espléndida vejez (pasaba ya de los sesenta) en un perfecto equilibrio de fortaleza y de euforia, salió del baño y abrió de par en par los cristales de la habitación.

Un rubio sol de primavera prendía sus vivas llamaradas en el magnífico horizonte, rútilo y caliente, severo y luminoso, con la tersura y elegancia de los fondos de Velázquez, tan clara y finamente madrileños. Desde el oscuro pinar de la Moncloa hasta los picos del Guadarrama, de un pálido color violeta salpicado de manchas de nieve, todo era como una inmensa urna de luz, como una fabulosa pátera de oro que se derritiese al fuego del sacrificio solar. Y el finísimo cierzo, que nacía de las cumbres, henchido de las fragancias monteses, pasaba rozando la llanura, los bosques aledaños, recién vestidos de las hojas nuevas, y venía a batir en los cristales, blando y amoroso a los pulmones.

Inclinado un momento el doctor Valdés ante el ancho paisaje familiar, donde las cinco galerías del Sanatorio, tendidas sobre el tapiz del parque como los dedos de una mano abierta, y los airosos pabellones, resplandecían al sol, con sus rotondas ligeras, diáfanas, alegres, como campanas de cristal, sintió desatársele por las venas, en toda su

plenitud, la vida fisiológica, y entrarle por los sentidos, con ímpetu generoso, la hermosura y el júbilo de la vida exterior, únicas vidas, únicas fuentes, a su juicio, de verdadera y positiva felicidad.

Porque el doctor Valdés era—valga la paradoja—un idealista del materialismo. Como su tocayo Comte, más expeditamente, con mayor desembarazo todavía, don Augusto consideraba en la evolución de la humanidad tres únicas edades: la del instinto, la del sentimiento, la de la razón, o sean la edad prehistórica, la edad de las religiones y la «definitiva» de la Ciencia. Esta última edad la subdividía en dos períodos: el de las ciencias metafísicas, herencia ya casi agotada del sobrenaturalismo religioso, y el de las ciencias experimentales, reinas y señoras del universo.

Muy amigo de gráficos y esquemas, también solía hacer estos otros, partiendo por gala en dos el mundo y la humanidad. Trazaba unas líneas ideales y se decía después: de un lado, la sombra; del otro lado, la luz; de aquella parte, la fe; de estotra, la razón; allí, las tinieblas del mito; enfrente, las claridades de la ciencia; allá, *el hombre viejo*, «triste, pesimista, cruel, esclavo de lo invisible, de lo irracional y misterioso; el hombre de la superstición religiosa y metafísica, preso, como en unas tenazas, en el dilema fatal, en el dualismo bárbaro y hostil del alma y el cuerpo; el hombre de la mala vida, de la mala muerte, de la vejez prematura y patológica, angustiada por el terror del más allá...»; y aquí, *el hombre nuevo*, «el hombre feliz redimido por la ciencia, libre de toda esclavitud, consciente de su destino natural, cultivado como flor exquisita en jardines de selección, hermoso y tranquilo como una estatua helénica; el hombre de la vida sana, fecunda y alegre, dilatada en espaciosa lon-

gevidad, en mayestática vejez, inclinándose al fin, poco a poco, sin miedo y sin dolor, al descansado sueño de una muerte fisiológica, dulce y apetecible...»

Ponía don Augusto Valdés en estos ideales (paradoja muy frecuente en los ingenuos de su casta) una fe ciega, absoluta, profundamente *religiosa*, incapaz de admitir dudas ni contradicciones; fanático de la incredulidad en punto a toda noción suprasensible, había hecho de la Ciencia una religión, una teología, un dogma, un culto, llenos de fe, de esperanza, de caridad... Castellano viejo, descendiente de cristianísimos varones, famosos antaño en las empresas heroicas de la Cruz, Valdés guardaba incólumes, aunque él creía lo contrario, los sentimientos de su raza; sólo habían cambiado en él de nombre y dirección. De suerte que aquel bonísimo sabio, profeta del «hombre nuevo», que aspiraba, como tantos otros, con sacrílega ingenuidad, «a desahuciar a Dios y a todos sus ministros del templo de la Naturaleza», era un sacerdote laico, un ateo fervoroso, un místico naturalista que amaba a los hombres y creía en Dios cuanto con más empeño le negaba.

Como el sacerdote al pie del altar, en el confesionario, en el púlpito, a la cabecera del agonizante, al borde de la sepultura, Valdés ejercía su ministerio (el único que consideraba sagrado) en los altares de la Ciencia, en la consulta, en la clínica, en el aula, junto a los lechos de los hospitales, sobre la mesa de disección en el anfiteatro. Erguíase allí encendido de persuasión y elocuencia, como un apóstol de las gentes, como el ministro de una nueva religión (la religión de la Humanidad) y sobre el detalle más nimio de una autopsia, de una operación, de un caso patológico, se lanzaba con voz

potente a predicar su «buena nueva» a la no siempre convencida ni respetuosa muchedumbre de sus discípulos, compañeros, admiradores o adversarios...

Desde que murió su esposa, a quien amaba con ternura, a quien vió morir en plena juventud sin poderla salvar, humillada su ciencia, impotente como todo lo humano ante lo irreparable, vivía don Augusto consagrado en absoluto a su misión, como un asceta de la Medicina, con una misericordia universal, haciendo todo el bien que podía, y era mucho, en aquel Sanatorio erigido como un templo a la cura y consolación de las dolencias humanas. E innumerables gentes que le debían la salud, la vida y la felicidad, le miraban como a un santo...

Apenas salió de su celda lanzóse a la vehemente y minuciosa actividad que, desde las primeras horas de la mañana, le poseía hasta la noche. Lejos de limitarse, como otros colegas suyos pagados de su eminencia y de su fama, al gobierno y dirección de la Clínica, al examen no pocas veces sucinto y presuntuoso en los casos de novedad e interés, a las operaciones magistrales, a los clientes que pudieran añadirle honra y provecho, Valdés sabía descender de su cumbre, abarcar el conjunto y los pormenores, acudir a todas partes, mantener a pulso el Sanatorio, acrecentando cada día su eficacia y modernidad. Como aquella empresa no era para él una industria ni la Medicina un oficio, sino misiones y apostolados de una nueva religión, imponíase como deber inexcusable no perdonar esfuerzo alguno de su ciencia, de su ternura, de su incansable actividad.

Así, luego de relevar a los médicos de guardia, compulsando escrupulosamente las novedades de

la noche; después de hacer menuda inspección de todos los servicios, imprimiendo, con disciplina militar, la misma diligencia y pulcritud a todo el personal de la Casa, internos, practicantes, enfermeras y servidumbre, visitaba los pabellones, uno por uno, y revestido de la blusa blanca, plegada a su noble figura como un paño estatuario, hacía él mismo las curas, operaba cuando era menester, y departía con sus enfermos amorosamente, arrullándoles, como a los niños en las cunas, con el ensueño de la Edad de Oro, de un futuro cercano y felicísimo en que no habrá miserias ni dolores, angustias ni esclavitudes; en que los hombres, sanos y fuertes, libres y razonables, unidos en el trabajo y en la dicha común, vivirán alegres y centenarios y no morirán sino de vejez, con la majestad y la hermosura de una puesta de sol. Y los enfermos, los tristes, aun los más graves y desprendidos de la tierra, se erguían entonces, galvanizados y risueños, abrían los ojos y el espíritu, olvidaban las fiebres, las úlceras y ponzoñas de su carne, como si viesen allí, al pie de sus lechos, aquella felicidad paradisíaca, tan dulcemente prometida por el sabio y benéfico doctor...

Después de las visitas y operaciones—era tan ducho en la patología interna como eminente cirujano—soportaba el peso de una consulta diaria y abrumadora, no daba de mano a los libros, siempre afanoso de conocer y estudiar las novedades forasteras, y aun le quedaba tiempo—milagro parecía—de hacer algún ejercicio físico al aire libre, compartir la vida familiar y reunir todas las tardes, a última hora, en el salón del Instituto, a sus colegas y ayudantes, amén de algunos camaradas y discípulos predilectos, para dar y oir conferencias, hacer un poco de música y dedicar

un comentario ingenioso a los sucesos del día.

Aquella mañana, después de la visita general, esperaba el doctor la de don Dimas Arráez, el ilustre financiero. Valdés, que había empleado pródigamente su patrimonio y sus ganancias profesionales en construir y sostener el Instituto, quería ampliarlo mediante la adquisición de *Parisiana*, el «parque de recreos», sito a la vera del Sanatorio. Para ello había requerido la cooperación económica de Arráez, cuya opulencia y filantropía eran proverbiales en Madrid.

—La ocasión la pintan calva—dijo el prócer, muy sonriente, cuando, al llegar al Sanatorio, Valdés se brindó a enseñárselo—. Yo no conocía esta magnífica institución, de la que se hacen lenguas por ahí... Y, en efecto, esto es maravilloso, verdaderamente maravilloso...

Arráez, que apenas le llegaba al hombro, en estatura y en todo lo demás, a don Augusto Valdés, era un viejo retaco, panzudo, jovial y socarrón. Vestido con mucho atildamiento, rasurado a la americana, con unos lentes azules sobre la corva nariz, tenía a gala usar con todo el mundo de una llaneza y amabilidad protectoras.

—Verdaderamente—repetía con los tópicos y estribillos que son la moneda intelectual y filológica del vulgo de levita—, verdaderamente dan ganas de estar enfermo para venir a este Sanatorio... —Y reía, reía muy satisfecho de su salud, de su afabilidad y de sus millones, paseando la astuta y azulenca mirada por los ámbitos luminosos y resplandecientes de aquella mansión de la Ciencia.

—Aquí—decía Valdés, mostrándole el pabellón principal—están la dirección, los cuartos de guardia, los salones de visitas y conferencias, mis habitaciones particulares, la administración, el Mu-

seo y el Laboratorio. Como usted ve, todo ello necesita mayor amplitud. Si se adquiriese *Parisiana*, podríamos tener espacio, holgadamente, para doscientas plazas, y al Instituto se le daría cómodo ingreso por la carretera de la Moncloa...

—Verdaderamente, amigo mío; sería una solución...

Arráez hallábase encantado del buen orden, severidad, limpieza y pulcritud de todo cuanto veía. El Instituto Valdés era—según su frase—«una máquina perfecta de trabajo científico y un alarde también de organización económica...»

—Esto último—repuso Valdés, presentando a Eugenia, que andaba a la sazón al frente del personal femenino, moviendo con primorosa actividad el complicado engranaje de las faenas interiores—, todo ello se debe a mi hija—siempre la llamaba así—, que es la gobernadora de la Casa...

Pero lo que más aguzó la curiosidad de don Dimas fué el Laboratorio. Aquellas salas apacibles, iluminadas por los altos ventanales; aquellos instrumentos para él desconocidos, aparatos y vitrinas resplandecientes, llenas de frascos y tubos de cristal; aquellos hombres misteriosos, abstraídos con profundo silencio en cosas enigmáticas, inclinados sobre los microscopios y alambiques, parecían a su corto magín «verdaderamente» como estampas de antiguos Alquimistas.

Leonardo Valdés y sus ayudantes, que trabajaban allí, ni siquiera levantaron la cabeza.

Desde el Laboratorio se descendía, por un postigo lateral, a un espacioso terrario donde bullían, en sus jaulas mal olientes, los conejos de Indias, cobayas, ratones y demás *animae viles* de la experimentación biológica. Más allá, al pálido resplandor de un acuario, se agitaba un pequeño mundo

crepuscular, un trémulo pedazo de vida arrancado al inagotable vivero submarino.

Las salas de operaciones, instaladas en las rotondas del Sanatorio, herméticas al aire exterior, bañadas de fulgurante luz, produjeron al no muy valeroso Arráez un «verdadero escalofrío». Por un instante se imaginó yaciendo sobre la cama giratoria, cubierto el rostro por la lúgubre mascarilla, y sintió sobre su carne obesa y regalada todas las puntas y los filos del instrumental quirúrgico, rutilante al sol en las diáfanas vitrinas.

—Esto es magnífico y atroz..., «verdaderamente» atroz...—dijo por todo comentario.

Cuando salió a las galerías exteriores respiró gozoso como quien despierta de una pesadilla. En los abiertos tránsitos, la frescura del jardín, todo henchido del aura primaveral, se mezclaba al olor apagado de los antisépticos.

—Aquí—señaló Valdés—están los departamentos de cirugía; allí los de patología médica... Los de infecciosos, naturalmente, se hallan aparte, al último confín del sanatorio, junto al pinar...

En las galerías interiores, anchas, desnudas y sonoras como claustros monacales, se abrían simétricamente las puertas de los aposentos. Uno de ellos estaba libre a la sazón. Era espacioso y alegre, todo blanquísimo y charolado, muros, suelos, techumbre, de un estuco lavable, con un sistema ingenioso de ventilación para expulsar el aire viciado y henchir la alcoba con un ambiente purísimo de graduada temperatura.

Supongo—dijo Arráez—que estos serán los departamentos de lujo, los de primera clase...

—No, señor—repuso Valdés con cierta ironía—. Aquí no hay clases. Mejor dicho, no hay más que una: todas las habitaciones son de primera...

—Pues, ¿y los pobres?

—Para la Ciencia, señor Arráez, no hay pobres ni ricos. Todos son hijos de la Naturaleza, todos merecen igual respeto, igual amor y solicitud... Vea usted: en esa habitación hay un grande de España, recién operado de una angina de pecho. En la habitación frontera tenemos a un pobre ruso, que fué rico y poderoso, muy amigo del zar, y hoy yace en la doble miseria de su infortunio y de una cirrosis que pronto acabará con él. Y al otro lado hay un obrero andaluz, un sindicalista de acción, a quien habrá que amputarle un brazo a consecuencia de una vieja herida mal curada...

—¡Demonio!—exclamó Arráez con cara de pasmo—¡vaya una clientela pintoresça...!

—Esto es un mundo en pequeño, un mundo de dolor en que la vida, la mala vida de los hombres, rebeldes aún a la razón y a la ciencia, suscita a cada paso, amén de los problemas clínicos, una multitud de problemas éticos y psicológicos... En aquel pabellón, que es el de ginecología, entró ayer una dama de calidad con un tumor gravísimo en el vientre; la infeliz ignora que es una de las víctimas innumerables de esos crímenes sin castigo, perpetrados a la sombra del misterio nupcial. Y junto a esa dama, una pobre artista, *Friné* (todo el mundo lo sabe), paga sus deudas de amor y de hermosura a costa de una cruel operación... Y aquí, en el departamento de pediatría, no andan lejos golfillos sin nombre, arrancados por la doctora Cruz a la miseria del arroyo, de un pequeño príncipe extranjero, que aún lleva en sus ropas bordada una corona imperial.

No bien dijo así el doctor Valdés, aparecióse al fondo de la blanca galería una señora de luto, hermosa y triste bajo la pesadumbre de un dolor su-

premo. La acompañaban unos señores graves que hablaban en exótico idioma. Al pasar la extraña comitiva, médicos y enfermeros se inclinaron con muda reverencia.

El doctor Valdés salió al encuentro de la dama y habló con ella un instante, en su propio idioma extranjero.

—Gracias, muchas gracias, doctor—dijo la señora en torpe castellano—Dios se lo pague... Y sonrió triste y dulcemente, y le tendió la mano con majestad, mientras se le asomaban a los ojos, mal contenidas, las lágrimas...

—Es la Emperatriz—dijo don Augusto a su amigo, cuando la noble dama salió—El huracán de la guerra hizo pedazos su poderoso imperio, la arrebató su marido, su corona, su patrimonio familiar y la trajo a España con sus hijos, uno de los cuales tengo aquí para intentar una operación a vida o muerte...

—¿Qué enfermedad tiene el príncipe?—murmuró Arráez profundamente impresionado ante la lúgubre majestad de aquel heroico infortunio.

—Una cardiopatía precoz, un aorteurisma...

—Pero ¿es posible operar esas cosas?—preguntó don Dimas estupefacto.

—Aquí—repuso Valdés con orgullo—sí. Precisamente mi especialidad, si es que tengo alguna, es la cirugía del corazón. Mi ilustre colega Ortiz de la Torre, justo es decirlo, me señaló gallardamente la ruta ya hace muchos años. Y hoy, fuimos aquí tan adelante, que hemos llegado a operar la angina de pecho con igual felicísima fortuna que en las clínicas vienesas y norteamericanas...

Volviendo al salón de visitas, luego de dar un vistazo a las instalaciones de hidroterapia, radiografía y otros servicios, sin perdonar la granja que

abastecía al Sanatorio, los almacenes, las dependencias accesorias, las cocinas y el dilatado parque, vino al encuentro del doctor con muchos hipos y lloros, una humilde mujer, una pobre serrana, que era el rigor de las desdichas, la mayor de las cuales consistía para ella en tener enfermo de gravedad a su único hijo, recién operado en el Sanatorio.

—Señora—le dijo Valdés a la triste campesina, con la misma afabilidad y reverencia que a la Emperatriz—. No desespere. Dentro de poco yo le prometo devolverle a su hijo como una rosa de mayo...

Y despidióla cariñosamente, dándole al marchar un buen porqué para alivio del camino y de las penas.

—¡Admirable, «verdaderamente» admirable!—ponderó Arráez—. Y a propósito, doctor—añadió después muy sorprendido—¿no hay aquí oratorio?

—Sí, mire usted. —Y asomándole a un ventanal señaló don Augusto el magnífico horizonte—¿Le parece a usted pequeño oratorio ese templo vivo de la Naturaleza abierto a todos los hombres?

—Sí... ¡menuda basílica!... Pero... También he observado que no hay aquí hermanas de la Caridad...

—Aquí todos somos hermanos de la caridad y de la ciencia...

—Sí... verdaderamente... pero...

—Por lo visto, el señor Arráez—advirtió Valdés con ironía—es un hombre muy devoto.

—Le diré a usted—repuso el filántropo. —Yo, la verdad, soy un espíritu fuerte, un hombre de mi siglo... y como estoy siempre en mis negocios, no me queda tiempo para pensar en las cosas de tejas arriba... Pero ¡qué diablo! la sociedad impone ciertos deberes, ciertos respetos... Mi mujer es muy

piadosa; mis hijos se han educado en la Compañía, y yo, al fin y a la postre, me tengo por católico, apostólico, romano; oigo misa los domingos, doy limosnas a los pobres, gasto una fortuna en asilos y obras de beneficencia... Hay que vivir, amigo mío, y vivir es transigir con los demás. Hay que adaptarse a la opinión de la mayoría en vez de ir contra la corriente... hay que ser prácticos... Después de todo, eso de creer cuesta tan poco... es tan consolador en las horas desgraciadas... Los negocios de la tierra, y más en los tiempos que corren, son tan inestables, que, «verdaderamente», hay que tener un buen seguro en el cielo... Por otra parte, la Religión es el más firme sostén de la sociedad... el único freno «verdaderamente» para «los de abajo»... ¿Qué sería de los pobres si no creyeran en un mundo mejor donde nos aguardan la recompensa o el castigo? ¿Quién podrá resistir el ímpetu de la «chusma» cuando sus falsos apóstoles la acaben de persuadir de que el paraíso no hay que buscarlo en el cielo, sino aquí en la tierra... y a costa de los que más tenemos que perder?

No hay que decir la repugnancia, la impaciencia y la cólera con que el buen don Augusto, tan noble y desinteresado en sus ideas, por erradas que fueren, tan «religioso» en el fondo de su corazón, oía las razones de aquel fariseo.

— Desengáñese usted, amigo mío — continuó Arráez—, «verdaderamente», aun los que somos más incrédulos, estamos obligados, si tenemos «ropa limpia» y conciencia de nuestra responsabilidad, a mantener la fe de nuestros mayores, a defender los sagrados intereses... de la sociedad... Yo ya sabía, querido doctor, que usted, como la mayoría de los médicos, es de la cáscara amarga; pero sé también que tiene mucho talento y sabe hacerse

cargo de las cosas... Este Sanatorio es una institución admirable, «verdaderamente» admirable, y puede ser un órgano magnífico de acción social si se le orienta bien... Por lo pronto, yo le ofrezco no solamente mi cooperación económica, sin tasa alguna, en las condiciones que usted señale, para ampliarlo y sostenerlo al nivel de los mejores del mundo, sino además... Pero es menester, amigo mío, introducir en él ciertas reformas de orden moral... y estético. Porque «verdaderamente», una institución de esta clase, no se concibe sin un buen capellán, unas tocas blancas, una capilla preciosa... «Verdaderamente», se lo repito: aunque sólo sea por estética, por el bien parecer, porque eso «viste mucho», y es «cotizable» hasta en un hospital...

A don Augusto Valdés, herido tan torpe y «verdaderamente» en lo más hondo de su laicismo, de su apostolado civil, y hasta de su amor propio como científico insigne y fundador del Instituto, le faltó la paciencia al llegar aquí.

—Sepa usted, señor Arráez—le dijo con arrogancia—que no se le pide su cooperación en clase de misionero y catequista, sino simplemente en calidad de hombre de negocios... Usted es muy dueño de mezclar en su casa, como dice, los negocios de la tierra con los del cielo y hacer todos los seguros y cotizaciones que guste sobre su fortuna presente y sobre el paraíso celestial.., aunque dados los fundamentos y razones de su fe y de sus obras benéficas, permítame usted que le diga que eso es meterse el diablo a predicador... Pero también soy yo muy dueño de hacer en mi casa lo que guste, sin necesidad alguna de que nadie me la arregle, por buena que sea la intención, ni en lo moral... ni en lo estético.

Altivo y desdeñoso, erguidas la panza y la cabe-

za, puestas las manos en las sisas del chaleco, recibió don Dimas el chaparrón.

—Señor Valdés—repuso con voz tranquila y protectora, aunque el opulento prócer estaba más acostumbrado a escuchar lisonjas y finezas que a sufrir tales sofiones—, me agravia usted injustamente» pero yo soy un hombre de mundo y además un admirador de usted, orgullo y honor de la Medicina española... Yo no pretendo «verdaderamente» disponer en los asuntos de esta Casa, pero tengo costumbre y estoy en mi derecho, cuando se me requiere para un negocio, para una obra benéfica, de imponer ciertas condiciones antes de dar el dinero...

—Y yo de rechazarlo cuando esas condiciones van contra mi libre conciencia.

—Perfectamente: los dos estamos en el mismo caso; estamos en paz,.. y tan amigos como antes. —Despidióse al decir así, pero al llegar a la puerta, dijo, muy socarrón: —Amigo Valdés, en este pícaro mundo no conviene ser tan Quijote...

—De sobra sé—le replicó don Augusto, con un deseo mal refrenado de despedir al prócer a empellones—, de sobra sé que la mayor conveniencia, a juicio de muchos, está en un perfecto pancismo... Pero es un gravísimo error, muy perjudicial hasta para los mismos pancistas. Y sé también que, por lo común, los hombres de negocios son los que más ignoran que el cultivo sincero y desinteresado del ideal es el mejor negocio que puede haber en la tierra.

Diciendo así le dió con la puerta en las narices.

—He aquí—pensó Valdés encaminándose a la sala de consultas, donde ya le esperaban impacientes —he aquí el peor enemigo de la sociedad, de la razón, de la ciencia y del progreso humano. He aquí

no ya *el hombre viejo*, sino *el rico nuevo*, con todas las novedades ramplonas de un pragmatismo de ocasión y todas las vejeces y supersticiones del pretérito. Siquiera el fanático de ley tiene cierta grandeza y gallardía en medio de su furor e intolerancia, pero estos fariseos de nuevo cuño, incrédulos de lo divino y de lo humano, que afectan religión porque «viste bien», porque «cuesta poco», porque les parece un buen «seguro de vida»; estos mercaderes del templo que hacen lonja del atrio, que edifican asilos y altares para contener a la «chusma» y defender los millones, son la más fea y triste parodia que se puede concebir del *homo mysticus*, del hombre irracional e instintivo de las edades muertas...

Y el apóstol de «la edad científica», el profeta de los siglos de oro, el precursor de la era feliz del hombre nuevo, juró por todos los santos del calendario positivista—¡él, tan Quijote a la antigua española!—no volver jamás a recibir en el Sanatorio a don Dimas Arráez, aunque lo trajesen a operar de una angina de pecho o de la estrangulación de una... quiebra.



II

Dos almas, dos mundos.



QUEL mismo día, cuando más enfrascado estaba Leonardo Valdés en sus lecturas y experimentos, entró don Augusto en el Laboratorio.

—¿Qué haces?—le preguntó a su hijo con viva curiosidad.

—Estoy comprobando las observaciones de Mendel y Braus sobre la formación de estructuras...

Al oir el nombre de Mendel frunció las cejas don Augusto.

—Podías hacer algo más útil—replicó de mal talante.

—¿Más útil? La morfogénesis constituye el problema capital de la Biología.

—Pero hay otras cosas más prácticas, de mayor urgencia, en que debías ocuparte aquí.

—Todas las cosas son urgentes y prácticas, según se las mire—repuso Leonardo con cierta aspereza.

—Por ejemplo: en bacteriología tienes un horizonte magnífico, una labor cada vez más dispuesta a los hallazgos felices. Y eso es más útil a la humanidad y menos propenso a enturbiar la pura experimentación con fantasías psicológicas...

—A mí lo útil no me preocupa, no me seduce; ya lo sabes hace mucho tiempo.

—Entonces, ¿qué te seduce? ¿Lo inútil?

—No hay cosas útiles o inútiles: la medida de su valor está en nosotros...

—¿Filosofías tenemos?

—Cada cual tiene la suya, hasta los mismos que la niegan. Eso de *primero vivir, luego filosofar,* es una sandez. Ambas son cosas simultáneas.

—¡Bien por el biólogo!—exclamó don Augusto, ya impaciente, tomándolo a chacota—. No me extraña; con esos amigotes que te traes... Mendel, aquel frailuco alemán, que entretenía el ocio del convento mascullando oraciones y cultivando guisantes...

—¡No hay derecho—protestó Leonardo, que en este punto no admitía chungas—, no hay derecho a ignorar. ni a presumir que se ignora, que el mendelismo ha renovado todos los estudios biológicos! Precisamente, la existencia de factores sobremecánicos...

—¿Vitalista además?—prorrumpió don Augusto furioso—. ¿Para caer en tales aberraciones te pasas las horas muertas metido aquí, mientras aguardan la Ciencia y el dolor de los hombres el fruto sagrado de la experimentación? ¡Esto se llama per-

der el tiempo y los estribos y hacérmelos perder a mí también, juntos con la paciencia!

—¡Padre—dijo Leonardo con ímpetu—, es la vida, es la vida lo que a mí me importa!

—La vida está en todas partes, dentro de la Naturaleza maternal. Reducir la vida exclusivamente a las células, me parece un error.

—Y a mí también. Hay algo más en el mundo de lo que se ve en el microscopio, algo inaccesible a los más potentes objetivos.

—Toda estructura vital—añadió el doctor Valdés, sin sospechar el alcance de las palabras de Leonardo—se debe referir, como todas las de la Naturaleza, a las vibraciones atómicas y quizás al impulso de materiales más sutiles que los átomos: las manifestaciones de la vida, todas sus estructuras y sus formas, son fenómenos transitorios de esa Energía universal, indestructible y eterna, único principio creador, que rige los mundos y los soles en el espacio sideral y se revela también, cada día más patente, en las ondas electromecánicas, en los fenómenos radioactivos, en la trasmutación maravillosa de los elementos...

—Sí, sí, la Alquimia que vuelve, con sus artes mágicas y sus piedras filosofales... Las cosas viejas, pero con nombres nuevos...

—¡Mentecato!—replicó don Augusto iracundo—. ¿Te atreverás a decir y en mi presencia...?

—La energía, los átomos, las micelas, los electrones...: mitos, «fichas» intelectuales, conjetura, misterio...

—La Química y la Biología—interrumpió el apóstol, refrenando su cólera—rasgarán muy pronto los velos del misterio y purificarán la Naturaleza de todas las sombras y los humos de la vieja Superstición.

—Misterio, misterio—repitió Leonardo, sin mirar a su padre, triste y absorto en sí mismo—, misterio en el mundo y en el hombre, en la vida y en la ciencia... Misterio allá arriba y aquí abajo; misterio en la carne y en el alma...

—¡No!—vociferó don Augusto, que *veía* la Naturaleza con sus ojos de anatómico, plástica, luminosa, coherente, palpable hasta en sus últimos secretos, llena de luz, de certidumbre, de seguridad y armonía—. Todo en el mundo es claro, intuíble, conforme a la razón, perfectamente accesible al experimento, sometido a fuerzas y leyes de matemática exactitud que nada dejan al azar ni en sombra. Aquello que nos parece incomprensible y oscuro es porque todavía no fué conocido ni observado. He aquí la misión incomparable de la Ciencia: eliminar cada día un poco de ese misterio; hacer retroceder lo arcano; inundar el mundo de conocimiento y claridad; hacer a los hombres cada vez más conscientes, más razonables y dichosos; incendiar la tierra de alegría...

Dijo así el doctor Valdés, tendiendo los brazos hacia los grandes ventanales abiertos, clavados los ojos en el magnífico horizonte lleno de sol, y toda su persona, en cuerpo y espíritu, encandecida de fe.

—No, no existe el misterio—continuó—sino en la mente huera de los ignorantes, en el corazón abatido de los enfermos y los débiles, en las vanas especulaciones de los teólogos y metafísicos... Lo que unos llaman azar y otros milagro, lo que parece fruto de causas sobrenaturales, no es sino el efecto de una causa física invisible, desconocida por los hombres, pero susceptible siempre a los descubrimientos de la Ciencia... ¡No te rindas, hijo mío—agregó con voz más dulce—, no te acobar-

des a los primeros asaltos de esas viejas quimeras con que tenemos que luchar los que hicimos profesión del heroísmo científico...! La vida es hoy (no lo será en el porvenir) áspera y corta; el trabajo, duro; la tarea, larga; pero sigue el ejemplo de tu padre. Toda mi vida, mi salud, mi fuerza, me parecen sacrificio escaso para eliminar del mundo un poco de sombra, de misterio, de ignorancia y dolor... Lo que no conozco, lo que no veo claro, lejos de infundirme una mística tristeza, me empuja con ímpetu y alegría a esclarecerlo y descubrirlo: ante un hecho misterioso, todos mis sentidos se aguzan como lebreles que olfatean para cobrar la pieza... ¡Soy tan feliz con sólo alumbrar una fuentecilla en los caminos de la nueva humanidad!

—Padre—dijo Leonardo conmovido—, tú eres un sabio, y estoy por decir que un santo... pero tienes la ingenuidad, la candidez de todos los hombres embriagados por la dicha de los hombres, e ilusos por la fe del porvenir. Yo admiro esa actitud maravillosa del soñador, del apóstol, cualquiera que sea su religión, esa capacidad de sacrificio para crear morales y fervores nuevos. Yo soy de los desventurados que perdieron toda fe...

—¡Tú sí que eres un iluso! ¿No comprendes que en la edad de la Ciencia no hay otra fe que la razón?

—¡La razón! ¿Qué sería del mundo si no le empujase la locura, la sagrada locura de la fe? ¡Pobre razón! Un día, ya lejano, en la carne de una mujer medio desnuda, ebria de sangre y de vino, diéronle culto como a diosa, encumbrada sobre el pavés de los cadalsos, por las calles de París, al mismo tiempo que un solitario pensador, en una humilde casita de Koenisberg, fulminaba silenciosamente la crítica más implacable que se hizo jamás de aque-

lla Razón desnuda y endiosada, falso icono de un día, caído poco después bajo la burla y el ultraje de sus mismos adoradores...

Pasmado escuchaba el apóstol las réplicas de su hijo, tan silencioso, tan reservado y taciturno casi siempre, como fuera de quicio, continencia y respeto en aquella ocasión.

—¿Te atreverás también—le dijo con imponente severidad—a hacer burla y escarnio de las ideas de tu padre?

—No es burla—contestó Leonardo, melancólico—, es decepción y pesadumbre. Yo tuve, como tú, la fe de la razón y de la ciencia; con entusiasmo juvenil, apasionadamente, comencé mis estudios. No me guiaba, harto lo sabes, el propósito vulgar de «hacer una carrera», de «aprender un oficio», de «trabajar para vivir». Yo sentía entonces una curiosidad insaciable, un ansia viva de conocer, una profunda vocación intelectual. Quería vivir para saber, para comprender, para hartar mi sed de ciencia, mi abrasadora pasión por la verdad. Tenía un deseo angustioso de claridad y de lógica, de convicción y certidumbre, de seguridad y plenitud. Mas donde quiera que fuí no hallé sino misterio, abismo, inseguridad y tiniebla... ¿Cuáles son los caminos de la verdad? La inteligencia es un grosero cedazo por donde se escapa el eterno flujo de la vida; la tosca razón sólo percibe lo sólido, lo inorgánico, lo inmóvil, lo divisible; le son ajenos lo interior, lo inédito, lo inefable; desconoce las cosas orgánicas, sus cualidades íntimas, su aliento puro, su realidad en sí; nada sabe de esencias, sólo conoce fenómenos, sólo apura conceptos; prefiere a la miel la cera, la carne al espíritu y a la almendra la cáscara; en vez de penetrar las cosas las encierra en símbolos; en vez de crear,

destruye; cuando enseña, desmenuza; jamás su fruto es una obra de arte, sino una lección de anatomía. No intuye, abstrae; no aprehende, relaciona; no comprende, discurre; no abraza, aisla; no revive, diseca; no ve, palpa; es como el ciego, que sólo sabe de las cosas por el tacto; es como el sordo, que entiende las notas, pero no oye la música...

—¿Es posible—clamó don Augusto con entrañable dolor, herido en lo más hondo de su fe racionalista—, es posible que un hijo mío diga semejantes blasfemias?

—¿Qué culpa tengo yo, padre, de lo que, tanto como a tí, me duele y me acongoja? ¿No es una tragedia horrible buscar en la ciencia la verdad y sólo encontrar la duda y el vacío?

—¡Concluye, bárbaro, concluye!—tronó el doctor Valdés—. ¡Acaba de decir que la Ciencia no sirve para nada...!

—¡No sirve, no—repuso Leonardo con una viva descarga emocional, sacudido y tembloroso, irguiendo penosamente su flaca y triste figura—, no sirve para los hombres como yo, abrasados por la fiebre de la Vida, por el hambre de lo Absoluto, por la sed de la Eternidad! Las ciencias, son puras matemáticas, idiomas convencionales de la razón, símbolos del discurso con que ciframós los fenómenos, sus relaciones y sus leyes. Pero esas leyes no son realidades puras, sino abstracciones y metáforas, sustituciones de las cosas para hacerlas asimilables a nuestro rudo percibir; conocer científicamente no es descubrir la verdad, el *por qué* de las cosas, sino saber el *cómo* las concibe nuestra razón; ni siquiera es conocernos a nosotros mismos de una manera profunda, sino abstracta, en relación y cotejo de todo lo demás, dentro de un implacable círculo vicioso, como esa Física trági-

ca, sedienta de Metafísica, donde yo me hundí hasta los ojos, cómo esta Serpiente de la ciencia natural que llevo enroscada en mi corazón y acabará por ahogarme...

—Neurosis, hijo mío, neurosis—diagnosticó don Augusto al advertir la exaltación de Leonardo—. Ansiedad melancólica, obsesión de la duda, predominio de las ideas lúgubres... sindromes afectivos y mentales... Neurosis de angustia, según la denominación de Freud...

—No es eso, padre, no es eso. Es algo que tú no puedes comprender porque trasciende de tu sabiduría y de tu lógica, de tu pequeño mundo de razón sin arcanos ni misterios... Es la tristeza de sentirme solo, solo y extraño en mi hogar, con el vacío y el tedio de una vida empeñada en sofocar la noble preocupación de la Vida, en negar el Misterio y disimular el terror, ese terror del tiempo y del espacio, que es a la par anhelo de inmortalidad e infinitud...

—Agorafobia—interrumpió Valdés—, terror del espacio; es típico...

—Desolación de un hombre que se consume de nostalgia y de avidez en un mundo mecánico, todo fuerzas, relaciones y leyes, opuesto a la realidad que le ofrecen los sentidos y más opuesto aún a las supremas realidades del mundo espiritual...

—Leonardo, tú estás enfermo—sentenció don Augusto con viva y dolorosa persuasión—. Es menester que abandones el trabajo, que descanses una temporada y sigas el plan que yo te dé para ponerte en cura. Tú, desgraciadamente, sobre la base de un temperamento neuro-artrítico, de una emotividad perenne y difusa, recibiste la herencia de tu pobre abuelo, extraviado también por psicosis religiosas y metafísicas... En cambio, afortuna-

damente, como yo me salvé de esas taras y luego acerté a casarte con una mujer equilibrada y robusta, libre por su abolengo, por su buen sentido, por su espléndida salud, de estigmas neuropáticos, nació Enrique más hermoso y gentil que el dios Apolo. El cumplirá, yo lo espero, la bella misión humana en que yo le inicio y en que tú desfalleces...

—¿Quién puede adivinar el porvenir?—repuso Leonardo meditabundo—. ¿Quién sabe los caminos por donde irán las vidas nuevas?

—No hay otro camino—pronunció el apóstol— que este de claridad, de perfección y hermosura que nos ofrece la propia Naturaleza humana, libre de misterios, imperfecciones y desarmonías, merced al trabajo de la Ciencia y al cultivo de la Especie. Todos los demás son caminos de locura, de enfermedad y fracaso. Hay una sola vida: la vida natural; un sólo paraíso: el que nosotros edifiquemos en la tierra; un sólo fin: la felicidad humana; un sólo medio: el progreso científico. Lograr una misión de amor y de belleza, una longevidad fecunda y venturosa, una vejez normal, una muerte apacible, cumplir, en suma, el ciclo fisiológico de la vida: he aquí el único y racional objeto de la existencia. ¿Te parece poco? Pues aquí está la fe para quien no le baste la razón; aquí la salud, limpia de preocupaciones y tristezas; aquí la inmortalidad, en la eterna evolución de los seres; aquí lo infinito, porque el progreso no tiene fin... Ni hay otra patria que la patria hermosísima de la Naturaleza. El hombre y el mundo constituyen, no un dualismo abismático siempre en hostil oposición, como creen las religiones y las filosofías, sino una maravillosa unidad nada difícil de comprender y más fácil todavía de sentir... Cada ser vive en un medio holga-

damente prevenido para su estructura y acción, capaz de ofrecerle con los oportunos problemas las adecuadas soluciones. Así el mundo que nos circuye nos es tan idóneo como el agua a las branquias del pez, como el aire a las alas de los pájaros. Unicamente al «animal metafísico», al hombre enfermo, al hombre intoxicado por ideas de ultratumba, se le ocurre negar la validez de su magnífico universo y plantearse la propia vida como un problema angustioso a la par de otras cuestiones irresolubles e insanas, propias de necios y dementes, porque son contra natura, van contra el orden del mundo y el equilibrio de la razón. ¿Qué sería de la abeja si en vez de fabricar sus panales se diese a volar por esas cumbres, desamparando la colmena para volar con las águilas?

—Lo que sería del águila si la metiesen dentro de una colmena... Amar lo que se posee, no desear sino lo accesible, es la suprema sabiduría... para las abejas y aun para las águilas... ¡Nunca para los hombres, que tienen más que aguileñas la aspiración, la voluntad y las alas! Pero ¿no es la Ciencia la que ha forzado los términos de la Naturaleza perceptible con sus telescopios, sus microscopios, radiofonías y aeroplanos? ¿Quién sino la Ciencia, al ensanchar el mundo, hizo más grande el Misterio y suscitó problemas insolubles y quebrantó la primitiva Unidad y hundió a los hombres en esos trágicos abismos de la tercera dimensión?

—¿Y ello no te demuestra, insensato, que el genio científico tiene alas y luces para toda suerte de aspiraciones? Pero la Ciencia, al abrir las inmensas perspectivas del espacio y del tiempo, al superar los límites de la vieja matemática y esclarecer la noche de los antiguos misterios cósmicos, no se sale, sino que toma posesión del mundo físico en

provecho del hombre (no por vana curiosidad ni ociosa fantasía) para ensanchar a la vez los horizontes del universo visible y los horizontes intelectuales, unos y otros ilimitados y recíprocos; para enriquecer los dos, enseñándonos a conocerlos cada día más compleja y delicadamente merced a la observación de los fenómenos. He aquí la misión de la ciencia natural, y singularmente de la Biología, y aun de todos los hombres, pues nadie es ajeno al mundo exterior que nos circunda. ¡Déjame concluir!—gritó imperiosamente al advertir que Leonardo iba a replicarle—. Ningún hombre en plena razón y salud se obstina en romper ese armonioso vínculo universal, el único indestructible y sagrado que reconoce la Ciencia. Sólo un enfermo como tú, pobre hijo mío, víctima dolorosa de las obsesiones atávicas, susceptible a la esclavitud y miseria del hombre viejo, puede hallar motivos de inquietud y angustia en la contemplación de la Naturaleza y de la Vida, en esa unidad soberana cuya certidumbre es felicidad, cuyo sentimiento es belleza...

Iba Leonardo a responder cuando se abrió la puerta del Laboratorio y entró de súbito Eugenia con gran revuelo de faldas y alegrías, el vestido blanco, dócil a su garbosísima escultura, muy peripuesta de corales y claveles rojos sobre el pelo gitano y la cara morena, más encendida y jubilosa que el sol de junio en los abiertos ventanales...



III

Eugenesia.



o sabéis la noticia?—dijo impetuosamente la Reina del Albaicín mientras desplegaba un periódico que traía en la mano—. Pues, entonces, ¿qué diantre sabéis? ¡No hay nada como los sabios para ignorarlo todo! Pero, de veras, de verísimas, ¿no habéis oído decir...?

—¡Acaba, mujer!—exclamó Leonardo impaciente, mientras su padre, sonriendo, arrebataba el periódico de la mano de Eugenia.

—Pues ahí es nada... ¡cuando yo digo que «sois ustedes» unos ignorantes!... ¡Menuda noticia! ¡y que no van a rabiar muchos así que se enteren!... ¡y tú el primero, infeliz! Yo, en cambio, estoy más con-

tenta... Como que Juan, que es el as de los ases, lo que fué Joselito con los toros, lo que fué Carpentier en el boxeo... Juan de Monterrey... acaba de ganar... ahí, ahí lo dice con letras muy gordas..., el gran premio París-Madrid en el *raid* de velocidad... y ha llegado esta mañana y va a venir a vernos... Esto último no lo dice el periódico, pero lo digo yo...

—¡Bah!—pronunció Leonardo desdeñosamente— ¿Y eso es todo?

—¿Te parece grano de anís? ¿te parece una bicoca eso de tener alas y volar por los aires, lo mismo que los pájaros del cielo, con la velocidad de una golondrina... ¿qué digo de una golondrina...? casi, casi de una estrella de rabo... para venir corre que te corre, vuela que te volarás, sin posarse en la tierra ni un minuto, desde el bulevar de las Capuchinas hasta la Puerta del Sol? ¡Estar, como quien dice, almorzando *chez monsieur Poincaré* y despedirse con un ¡hasta luego! para cenar en el Casino de Madrid! ¿No es eso mejor que pasarse ahí las horas muertas para averiguar si es que venimos del mono, si el huevo fué antes que la gallina, o si la rana es sensible a la música del acordeón?

—A mí no me gusta hacer títeres...—repuso Leonardo en tono de broma, pero, en el fondo, con el desdén y la secreta envidia que suelen inspirar a los soñadores pasivos las proezas de los hombres de acción. —Yo no necesito andar por las nubes para ver las estrellas...

—Sobre todo, cuando te das un coscorrón... ¡habrá mal ángel! —Y Eugenia se echó a reir a carcajadas, con una risa infantil que era un retozo de todo su cuerpo florentísimo. —¡Cuando yo decía que ibas a rabiar!—continuó gorjeando—. Porque

no me lo niegues: a Juan todos le tenéis una miajita de envidia...

—¿Envidia de qué?—replicó Leonardo, ya de mal talante—. ¿De ser un derrochador que hoy está en la opulencia y mañana no tiene donde caerse muerto?, ¿de ser un pillo con gracia, un jugador de mucha suerte, un rufo elegante, un Periquito entre todas...?

—¡Vamos, guasón: qué más quisieras tú!

—¿Envidia yo de un calvatrueno, ansioso de aventuras y placeres, de un fanfarrón mezcla de pícaro y de prócer, tan ávido de notoriedad que el mejor día se estrella para que al otro día le pongan por las nubes los periódicos?

—¡Para estrellar a la gente no hay nadie como tú, hijo mío!—replicó Eugenia, volviendo a reir, hecha un puro azogue—¡no dejas un hueso ni una tira de piel para reliquia!

—La verdad—intervino don Augusto, luego de leer la hazaña de su ahijado—, no hay que regatear los laureles... Juan es un hombre de pelo en pecho, de una audacia sin límites, apasionado de todos los deportes y gallardías de la nueva civilización... El progreso científico también ha menester de hombres así... Lástima que este mozo, al lado de sus bellas cualidades, tenga tantos peros..., nacidos de sus pasiones varoniles, de su vitalidad desenfrenada... amén de ciertos estigmas neuropáticos de herencia familiar, que tan pronto le empujan a empresas gloriosas como a caer en abominables tonterías...

—Con todo ello—repuso Leonardo, como dolido —tú sientes por Monterrey una predilección capaz de disculparle hasta...

—Le quiero, ¿cómo no?—interrumpió don Augusto—. Fuí su padrino, le amparé cuando, muy mozo

todavía, me lo recomendó su madre al morir... aquella triste señora, más noble aún por sus virtudes que por sus muchos blasones...

—Y a quien mató a disgustos su marido—repuso Leonardo—, un *sportmann* también (la viva estampa de Juan), pródigo, aventurero, simpático, un gran señor ingerto en malandrín, y tan duro y desleal para su mujer como blando y sensible para todas las demás mujeres... Un tipo que abunda como la mala yerba...

—Pero que está llamado a desaparecer—afirmó el apóstol con absoluta convicción—. Social y biológicamente, el «donjuanismo» es incompatible con una humanidad regenerada por la Ciencia. El tipo del seductor (y conste que no me refiero a Monterrey, tan hidalgo y caballeroso a pesar de sus audacias juveniles), el tipo del seductor es una de las más curiosas variedades, próximas a extinguirse, de la raza del «hombre viejo». Su característica: el desenfreno de la pasión amorosa, el predominio de las tendencias sexuales sobre la voluntad y la razón, está en pugna con la salud del individuo y de la Especie. El erotismo es una enfermedad de tiempos bárbaros: en lo futuro, parecerá tan inconcebible como la viruela. ¿Se puede concebir en un mundo científico ese *pathos* que enturbia las fuentes de la maternidad, corrompe la vida y destruye el amor, el verdadero amor, que no es incendio que devora, sino fuego apacible que nos alumbra y nos calienta a la par?

—Amén—repuso Eugenia con un burlesco mohín—. Lo que es por ahora, Don Juan Tenorio no tiene trazas de morirse aunque lo maten todos los años con más o menos alevosía, en verso y en prosa, el día de los difuntos... ¿No? Donde menos se piensa... Ahí tiene usted al señor Arráez, ese filán-

tropo que vino al Sanatorio el otro día, que no es un Don Juan precisamente, y sin embargo me han dicho que también se las trae... Dentro de su casa, mucho obsequiar a su mujer y no mirar a las doncellas ni a las mecanógrafas..., pero en saliendo a la calle el buen señor es un «feminista» universal que no deja rubia ni castaña como no se tercie una morena... Es terrible: ni sus criados ni sus dependientes ni obreros, le pueden sufrir; es un Nerón, un Gargantúa, un *to pa mí,* lo cual no le impide meterse en todas las Ligas benéficas y hasta en la Protectora de animales y plantas... ¡sin duda por aquello de las *ligas!*... Este pícaro mundo es un manicomio suelto... A ver si lo «arregláis ustedes» los sabios... *Pa* mí que nones. Si no hubiese hombres y mujeres, el mundo iría sobre ruedas... Pero en habiendo un hombre y una mujer... ¡adiós, Paraíso!... ¡Qué lástima! Tiene usted razón, don Augusto: con lo preciosa que es la vida, y lo ancho que es el mundo, y lo espléndido que es el sol y la luna y las estrellas..., con lo dulce que es tener salud y alegría, y comer con gusto y dormir en paz y en gracia de Dios... (digo, de la Naturaleza) y levantarse con unas ganas atroces de vivir y de gozar, y ser buenos y ser felices, y quererse mucho como Dios manda... (quiero decir, como lo manda la Ciencia)... y a todo esto los hombres empeñados, por idiotas, por ignorantes, por sinvergüenzas y guasones, en aborrecerse los unos a los otros y pelearse y destruirse, lo mismo que los brutos, y ver quién engaña a quién, y andar siempre a la greña, como los salvajes, y perder la felicidad y la salud, y vivir en una pura congoja, tristes, enfermos y consumidos, dejados de la mano de... la Razón... (¡digo! ¿pero la razón tiene manos?) ¡Vaya, que no doy pie con bola en estos trotes de la filosofía y de la ciencia!...

Porque a mí, que me hablen en cristiano... quiero decir, en castellano, en *granaíno,* en el idioma del Zacatín, de la Puerta Real y de la calle de los Reyes Católicos...

Hablaba Eugenia con una verbosidad inagotable, poniendo en vibración todo su cuerpo, todas sus potencias y sentidos, riéndose a cada dos por tres, a borbotones, con una alegría vehemente y espumosa como un chorro de vino de champaña..

Las cosas más menudas y baladíes crecían en su imaginación como al través de una lupa, y eran motivo a desatar su charla, trivial y pintoresca, a flor de fantasía y de labio, muy semejante a la de un niño, y eran ocasión también para «esgrimir» con una coquetería ingenua y sin fondo la luz de sus ojos andaluces, el clavel de fuego de su boca, los piños de su preciosa dentadura, la gracia y lustre de sus cabos negros, la exuberancia de su carne, fina de molde y oscura de tono, moreno caliente como de corteza de pan.

Pedazo vivísimo, hermoso y rozagante de la Naturaleza, espléndido y sazonado fruto de la Especie; magnífico ejemplar, hembra de pura sangre y vigorosa casta, henchida en todo su empuje y madurez del júbilo eufórico y sensual de una fisiología perfecta, Eugenia Roldán era feliz, como sólo puede serlo en este mundo quien, sano, fuerte y egoísta, se abandona al goce de los sentidos, a la embriaguez de la vida sensible, a la despreocupación de toda trascendencia, con la alegría desbordante de las criaturas inferiores ante el disfrute de un sabroso yantar, de un apetito satisfecho.

La Naturaleza obraba en sus órganos como una fuerza inmediata y exaltadora; sentía en su carne la dulzura profunda de la vida, la pasión de la luz, de los colores, de las formas, de los sabores, de

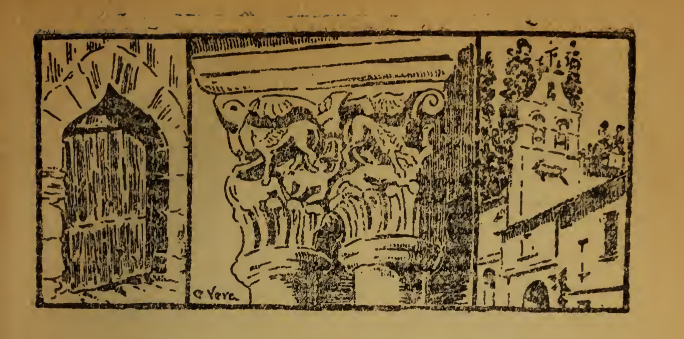
los sonidos y los perfumes y todos los deleites de la sensibilidad... Para la suya, tan despierta y ágil, las cosas concretas aparecían con valor y relieve extraordinarios y eran como prolongaciones y naturales dominios de su persona: el mundo entero tenía a sus ojos la misma próxima y dulce realidad que para el pez el agua y para el pájaro el nido.

Esta preponderancia de la vida física era a la vez satisfacción de sus sentidos y defensa contra toda inquietud metafísica o moral. Sobre lo bueno y lo malo, sobre lo justo y lo injusto, sobre la vida y la muerte, poseía un criterio infantil, unas ideas triviales y absurdas, un baturrillo, un gazpachuelo andaluz en que se mezclaban, contradictoriamente, sentimientos católicos, agudezas plebeyas, tropos meridionales y hasta supersticiones gitanas, todo ello mal disimulado por el ligero barniz científico de su roce con los Valdés. No había nada personal, nada de su propio magín que alguna vez le produjese tristeza o cavilación. Vivía en lo moral, como en lo positivo, enteramente «al día», pegada a lo inmediato, sin la menor melancolía del ayer ni otra visión del porvenir que la felicidad que le prometía lo presente: su hogar dichoso y rico, su salud, su alborozo, su propia inconsciencia...

—¿A qué romperse los cascos—le decía a su marido—y estrujarse el meollo como haces tú, infelizote, rumia que rumia, cavila que te cavila, pensando en que la vida es así y debiera ser asá; que el hombre no es bueno y podría ser mejor; que si el más aquí, que si el más allá, y el cómo y el cuándo y el por qué y el vaya usté con Dios... o con la Naturaleza o con el Diablo Mundo? ¿A qué ponerse a contar las estrellicas del cielo y los bichitos que hay en una gota de agua y en una gota

de sangre, con un espejuelo de cristal, o los cachitos que tiene una *cédula* y las telicas que tiene una fárfara, y otras cosas así, chalándose por saberlas, si son más bonitas las cosas cnando no se sabe lo que son? ¿A qué apurarse cavilando que somos un capachito de miseria y que nos tenemos que morir?... ¡Naturalmente! ¿Nos íbamos a quedar en el mundo para semilla de alcauciles? ¡Pues no cabríamos en el mundo!... Todavía... si nos muriésemos nosotros solos... pero como todo el mundo se muere... allá penas... Mal de muchos, siempre es un consuelo; mal de todos... pues ya no es un mal... La cuestión es vivir lo más que se pueda y pasarlo lo mejor posible, y... ole con ole y viva la alegría... ¿Qué, que de pronto se nos quiebra el cantarico, se nos derrama la sal y entra zumbando un abejorro y se nos pone de espaldas *Undivé?* Pues, con las mismas, se reza un Padrenuestro, un Avemaría... o se encomienda uno a la Ciencia, o se trae a casa un gato negro, o se clava detrás del portón una herradura... y santas pascuas, y a beber unas cañitas de la Pastora, que esta vida hay que pasarla a tragos...

Porque Eugenia, como ella misma ponderaba con su natural ingenio andaluz, tenía también su «mijita de filosofía», su «cachito de ciencia del mundo» y su «gramática de color de rosa»; pues, a pesar de ser tan cabeza de pájaro, tan frívola, ignorante, cascabelera y sensual, no le faltaba su «corazoncito», su «poquito de sentimiento» y su «muchito de imaginación», con algo de las virtudes y casi todos los defectos de la plebe medio moruna y gitanesca de que había nacido, no lejos del Albaicín...



IV

El hombre viejo.



CÓMO un hombre apasionado de la ciencia pura desde su primera mocedad, oscuro, retraído, melancólico, tan de vida interior, lleno de incertidum bres y zozobras, de preocupaciones intelectuales, absorto en los misterios de nuestro origen y destino, se había casado con semejante mujer? ¿Podría imaginarse otra más disímil, más a cien leguas de Leonardo que aquella fogosa granadina, flor tan extraña en los jardines del Sanatorio Valdés, como propia, vestida a lo morisco, en una tarbea de la Alhambra o, con muchos y vivos faralares, en una zambra cañí?

Aparte de que toda elección es un misterio, sin-

gularmente en punto a lo sexual, no es raro ver unidos el ejercicio de la inteligencia, las preocupaciones científicas y aun las más hondas inquietudes del espíritu, con las sensualidades más desaforadas, como si el fuego con que se enciende el espíritu comunicase a la carne su abrasadora avidez. Algo, y aun algos de esta doble pasión y encendimiento, fueron parte a la boda del joven intelectual con la moza del Albaicín, allá por los tiempos en que su hermano Julio, el escultor, recién venido de Granada a la corte, empezaba a ganar sus primeros laureles. Tenía entonces Eugenia diez y siete años en flor.

Fueron también no poca parte al casorio los consejos del propio don Augusto, afanoso de hurtar su hijo a los riesgos moceriles, a las cavilaciones mentales y aun al influjo de la psicopatía familiar (era Leonardo la viva estampa de su abuelo, aquel don Martín, apóstol del Krausismo), emparejándole con una hembra robusta, sanota, equilibrada y alegre, de pura y roja sangre popular, que templase los nervios y el espíritu del mozo y trajese al hogar de los Valdés alegría, belleza, fecundidad y salud.

En el sabio cultivo de la Especie, bajo el imperio de la Ciencia, estaba, al parecer de don Augusto, la única solución a todos los problemas y conflictos materiales, éticos y filosóficos de la Humanidad. El día en que las fuentes de la generación manen claras y puras—afirmaba con «mística» fe—, cuando a la unión sagrada de los sexos presidan, no las leyes absurdas y las costumbres bárbaras de antaño, todavía vigentes, sino los imperativos racionales de la Biología experimental, ese día verán los hombres amanecer la aurora de la nueva Vida, del verdadero Paraíso, la felicidad en la tierra...

Con estos ideales, ocioso es decir que Eugenia le parecía al doctor Valdés pintiparada y única para empezar a realizarlos, como nuncio y promesa del «gran día». Hasta el nombre de Eugenia, por su sabor helénico, por su significación etimológica, le parecía a don Augusto como un símbolo del buen cultivo de la Especie que él preconizaba. A tal punto que, en más de una ocasión, como el apóstol era muy distraído, en vez de llamarla Eugenia la llamó *Eugenesia*...

El doctor Albarracín, médico del Instituto y hombre deslenguado, maldiciente y misógino, decía, *sotto voce*, que la nuera de Valdés era «una yegua andaluza, un espléndido animal de selección», y aunque en la frase hubiera hostilidad, ordinariez y exageración evidentes, señalaba de un modo gráfico y mordaz aquellos aspectos de fisiología amorosa.

Porque el apóstol de la *Eugenética* sentía un desdén furibundo por el amor entendido a la manera romántica, exaltado hasta la locura por las religiones, por las filosofías, por el lirismo de los poetas. La pasión sexual, desbordada de sus anchos y naturales cauces biológicos, producíale a don Augusto igual repulsión que las aberraciones de la gula, de la embriaguez o el morfinismo. ¡Convertir en una enfermedad lo que es, cabalmente, origen y fin de toda salud!

A pesar de los peligros psicológicos y morales que había en aquel matrimonio, la fisiología se impuso en él dando la razón a don Augusto y dándole también un nieto, uno solo, pero de tantos bríos, tan saludable, inteligente, guapetón y cabal, que valía por una docena. Además, la del Albaicín, como buena andaluza, era limpia como los chorros del oro, salada, hacendosa, infatigable en el hogar,

llena de encantos naturales, de optimismo, de simpatía, con un don de gentes como para meterse en el bolsillo a todo el mundo, «un estuche» y, por remate, «una virtud», capaz de repetir la hazaña de Lucrecia antes que faltar a su señor y marido. Así lo decía el apóstol, más entusiasmado aún por las «positivas dotes» de Eugenia que el propio Leonardo Valdés. ¿Querían, además—pensaba don Augusto, como si respondiera in mente al doctor Albarracín y demás ocultos detractores del «estuche»—, querían también que tuviese una inteligencia superior, una sensibilidad refinada, un juicio agudo, una cultura selecta? ¿Qué falta le hacen a la mujer (el apóstol era muy poco feminista, a pesar de sus ideas radicales) otras excelencias que las que sirven para la dicha del hogar y para el cultivo de la Especie? Ahí está Loreto Cruz, que posee de sobra todos los refinamientos y los daría todos con tal de casarse y, más todavía, por tener un hijo...

Ello era que aquel matrimonio parecía feliz: la felicidad o la desgracia no son consecuencias lógicas, no son fenómenos científicos. Eugenia se juzgaba dichosa enteramente y él cuanto se lo consentían el humor y las cavilaciones. Leonardo amaba el contraste de su mundo interior, lleno de trágicas sombras, con las luces y los vivos alegres de aquella plebeya criatura, toda exterior, semejante a la hembra elemental, a la esposa agreste de las viejas tribus rurales, a la pastora, criada entre las viñas y los manzanos en el monte, morena del aire y del sol, henchida de sensuales perfumes, cuyos besos ardientes embriagaban como el vino al sabio Rey... Ebrio también Leonardo del sabor de su morena, placíale adormecer las zozobras, el mal misterioso de la vida, el terror todavía más oscuro

de la muerte, a la sombra de aquella salvaje y hermosísima cabellera que, al soltar sus ramales, se le tendía a Eugenia por la espalda, hasta las corvas, caudalosamente, como el manto natural de una reina de países bárbaros o siglos primitivos...

El ya mentado Albarracín, capaz de hacer un epigrama con la propia sangre y en una tira de su misma piel, dijo de Eugenia en cierta ocasión:

—Ahora me explico la frase del tudesco; «la mujer es un animal de ideas cortas y cabellos largos». Mas, pese a Schopenhauer y al doctor Albarracín, la mujer es mucho más apta y flexible que el hombre para todo: bastaron la influencia de Julio Roldán y de los Valdés, para que aquella moza medio moruna del Albaicín tomase en poco tiempo el hábito exterior, el empaque y elegancia de una señora burguesa sin perder atractivos de su selvática hermosura.

Amábala su dueño vivamente. La alegría de su trato, la dulce convivencia, el hechizo material, encubrían la oposición de caracteres y aspiraciones. Y cuando el roce de lo Invisible, la angustiosa presencia del Misterio, la avidez, la inquietud del porvenir, el terror de la vejez y de la muerte, la infinita soledad de su espiritu, ponían a Leonardo a punto de caer, presa de un vértigo, corría entonces a refugiarse en los brazos de la mujer, y allí, como quien pide al alcohol o la morfina dogales para matar una pena, se entregaba al amor con un ímpetu enfermizo y sensual que acababa de consumirle, igual que una tea encendida por los dos extremos. Y poco a poco iba encorvándose más (arco de vida en doble tensión y a riesgo de romperse), hasta que su padre le llamó a capítulo y le instó con severidad en nombre de sus altos ideales humanos.

—Estás viviendo—le dijo—en un espantoso desorden, absolutamente indigno de tu madurez y experiencia. La vida es un trabajo universal de organización: traiciona a la vida quien no vive para el orden.

—No hay orden sin ley—repuso Leonardo, y levantó en rebelde actitud la melancólica frente.

—La ley natural...

—Esa no basta—interrumpió—. No obliga, no sanciona. Es algo que nace con nosotros y con nosotros muere.

—No hay mejor ley que la que nace de nosotros mismos—arguyó don Augusto con grande solemnidad—. No tiene sanción; por eso es más pura y desinteresada, pero sí obligación imperativa en la conciencia.

—¡La conciencia! ¿y el que no la tiene? Pero aun teniéndola, ¿en nombre de qué nos puede obligar?

—En nombre de la vida, que es un derecho, pero también un deber. En nombre del deber propio y del derecho ajeno.

—¿Qué puede impedirme que yo me quite la vida si con matarme destruyo mi propia ley? ¿Qué puede obligarme al amor del prójimo si también obedezco a mi propia ley al no tener otra que mi egoísmo?

—Esa no es ley de razón.

—¿Otra vez la razón? La inteligencia pura vive en las cárceles del espacio y del tiempo. La razón práctica, el imperativo moral de la conciencia puede valer para tí, no para mí... y menos todavía para la muchedumbre.

—¿Y el progreso?

—El progreso no existe en la Naturaleza. El darvinismo, la evolución natural, es una antigualla del siglo XIX, en pugna con las realidades biológicas.

—¡Insensato! ¿No crees tampoco en el progreso de la naturaleza humana?

—Seis mil años de historia lo desmienten.

—¡Lo afirman!—vociferó don Augusto indignado y con ganas de abofetear a su hijo—. Una prueba: el incesto. Lo que fué lícito ayer hoy nos repugna, gracias al progreso moral de la Especie. El instinto evoluciona hasta la razón, y la razón imprime sus leyes en la naturaleza, asegurando su cumplimiento, inexorable, por medio del propio instinto. Llegará un día en que el progreso humano, a la luz de la Ciencia, asegure con igual eficacia todos los derechos y todos los deberes, el amor al orden, el respeto al prójimo, la clemencia, la justicia, la salud, la felicidad...

—El paraíso en la tierra—murmuró Leonardo con una triste sonrisa—. El dulce sueño de los lobos convertidos en corderos... He aquí el error invencible: soñar que puede ser un paraíso lo que será perpetuamente un valle de lágrimas, cuando no un circo de fieras...

Miró el apóstol a su hijo con menos cólera que tristeza.

—Estás enfermo—le repitió compasivamente—. Necesitas un absoluto reposo, abandonar el trabajo, los libros, la familia en último trance; curar esa profunda neurastenia... Ya conoces el plan; no lo has querido seguir...

—Lo que yo padezco—replicó Leonardo con dolorosa ironía—no se cura con reposo, con duchas, baños de sol, ni con ninguna de esas terapéuticas... Sólo se cura con algo que tú no puedes darme, porque no lo tienes... porque además lo niegas.

—Necesitas un régimen de hierro—contestó Valdés, a punto ya de perder los estribos—. Yo no puedo consentir que dentro de mi casa, con men-

gua de este Sanatorio, mi propio hijo se empeñe en vivir contra lo que pide la higiene más elemental. Si aquí no obedeces mi autoridad de padre y de maestro, irás a una casa de salud...

—Contra los males de la vida—replicó Leonardo absorto como si hablara para sí—no hay más que una higiene: la inconsciencia.

—¡Esa higiene es la tuya, desventurado!—clamó Valdés iracundo.

—Pero todavía—rectificó Leonardo muy abiertos los ojos, pero sin mirar a su padre—hay otra higiene más alta que suelen despreciar los médicos: la Fe.

—¿Cabe otra fe, miserable—repuso el doctor yendo hacia su hijo con los puños amenazadores—que esta fe de la Humanidad y de la Ciencia, la única posible para quien no tenga el juicio perturbado por las sombras de la superstición o la locura?

—Eso me hiciste creer—dijo Leonardo, mirando a don Augusto frente a frente—y eso creí, con hambres vivas del bien y la verdad... Hoy no creo en nada, ni siquiera en los hombres ni en la ciencia creo... ¿Los hombres?, ¡qué asco! ¿La ciencia?, ¡qué presunción! Perdí toda fe, todo optimismo. Hasta el amor es para mí como la dosis de morfina que se busca con ansia y se aumenta cada vez más para hurtarse al dolor y al tedio de la vida... Ya no creo en nada ni en nadie: ni aun creo en tí, mi padre y mi maestro...

Bajó Leonardo la frente para esconder su pesadumbre y las lágrimas que le subían a los ojos. Mirábale don Augusto con ira mezclada de compasión, juzgándole perdido miserablemente por el fatal influjo de los estigmas heredados; veíale allí, caído en las sombras del pretérito, bajo el agobio

del atavismo familiar, vivo retrato del abuelo, de aquel pobre don Martín Valdés, prematuramente senil, absorto en las sinrazones del Krausismo y de las manías esotéricas.

—¡He aquí el hombre viejo—concluyó el apóstol cruzando los brazos ssbre el henchido y vigoroso tórax—he aquí el ruin y desazonado fruto de veinte siglos de coacción moral! ¡He aquí el hombre triste, irrazonable, abúlico, sin fe en la ciencia ni en la vida, lleno de lágrimas, de incertidumbre y pesimismo, incapaz de ventura y de salud! ¡He aquí, señores—repitió distraídamente, pero con profunda emoción, como si estuviese en la clínica delante de sus colegas y discípulos—. ¡He aquí el hombre de antaño, el de la vida mala, el de la vejez prematura, el de la muerte patológica! Un doloroso azar nos ofrece aquí—añadió señalando a su hijo, como si señalase un cuerpo yacente en la cama de un hospital o en la mesa de disección—una amarga experiencia, un caso típico de la mentalidad mística propia del hombre antiguo con rasgos neuropáticos señaladamente modernos... He aquí...

Leonardo permanecía silencioso, ajeno a las palabras de su padre, como fuera del mundo. Y era penoso y lúgubre aquel cuerpo a cuerpo de ambos hombres, los dos de la propia carne y sangre, juntos en el mismo hogar, y sin embargo tan diferentes en lo moral y en lo físico, tales como si viviesen (y es cierto que vivían) en orbes separados por un abismo infranqueable...



V

La flor de la casta.



ÁS arrogante que el Cid, más alegre que el sol de aquella clara tarde madrileña, venía Enrique Valdés, gentileando en su caballo tordo por los caminos de la Moncloa.

Muy parecido al del poema de Céspedes, era el corcel fogoso y elegante, derecho y enjuto de cabeza, vivo y eminente de ojos, dócil de boca, muy enarcado el cuello, muy alta la cruz, firmes y carnosos los músculos, redonda y caída la grupa, largo de cañas y de crines, fino y ágil de remos, doblando mucho las rodillas y campaneando al andar, como los potros andaluces.

A tal caballo tal jinete. No parecía sino que am-

bos eran un sólo cuerpo y un sólo impulso: de tal manera se ajustaban y conducían a compás los aires y contoneos del bridón, gracioso, fino y sensible como una mujer, y los miembros elásticos del mozo, duchos en toda suerte de ejercicios y deportes.

A los quince años Enrique Valdés tenía ya la estatura, el talle garboso y hecho, las arrogancias y los bríos varoniles de la más plena juventud. Jinete en su tordo sevillano, con la cabeza altiva, los hombros derechos y flexibles, erguido el tronco robusto, suelto de brazos y de bridas, firme de muslos y de piernas, bien encajado en el borrén, no había picadero, campo de polo ni *match* donde no compitiera, no pocas veces vencedor, con quienes más ventaja le llevasen en años, en presunción o autoridad.

Menos dado a los libros que a los deportes, sin ser un mal estudiante, la biblioteca y el aula, los recintos severos de la ciencia oprimían su fervorosa mocedad. Amaba el campo, el aire libre, el juego, la palestra, los horizontes del estadio, las multitudes apasionadas del circo, las luchas y los triunfos bajo el sol.

Alegre y hermoso como un griego, educados los sentidos y los músculos en el gimnasio, en la sala de esgrima, en los lances atléticos del *futbol*, sintió desde niño la fiebre moderna de este magnífico deporte que ha dos mil años apasionaba también a la más noble juventud de Roma. Era Enrique Valdés, en el equipo del Real Madrid, el más veloz, resistente y fogoso delantero que, con su doble juego de ataque y defensa, pudo hacer proverbial la frase de la *furia española* en las primeras Olimpiadas de París.

Su desarrollo físico, su pasión por las armas, le

llevaron después a campear en la esgrima con el ímpetu y la destreza de un príncipe del florete. Osado y personal, en cuantas cosas emprendía, hecho a imponer su voluntad y su brazo, se reveló como un formidable espadachín, no exento de elegancias académicas, pero temible sobre todo por su nerviosa intuición, por su muñeca de acero, por su elasticidad en el despliegue, por la rapidez de sus golpes, por sus estocadas a la antigua española. Discípulo de un famoso esgrimidor de Nápoles, pudo Enrique Valdés, en más de un asalto, repetir con orgullo la frase de «al maestro, cuchillada».

Pero todos estos simulacros juveniles no eran sino centellas y desfogues de su temperamento impetuoso, de su profunda vocación marcial. Templando con tales ejercicios la aridez de los estudios, quería «entrenarse» para seguir la carrera de las armas. Y apenas se graduó de bachiller, se dispuso al ingreso en una Academia militar.

Primeramente, comunicó el propósito a su madre. Eugenia, que sólo percibía de las cosas, como el vulgo, la gentil apariencia, la pura imagen exterior, mostróse muy alborozada. Veía en sueños a Enrique vestido ya con el uniforme de alférez —¿qué digo de alférez?—, de capitán general, más garboso, más orgulloso que aquel Don Rodrigo legendario

> ... el que corría los moros
> por la vega de Granada,
> con trescientos caballeros,
> todos con cruz colorada,
> desde la Puerta de Elvira
> hasta la Sierra Nevada...

según el romance que la propia Eugenia oyó cantar más de una vez en los corros infantiles del Albaicín...

Pero así que Leonardo supo los vericuetos por donde iban las ilusiones de su mujer y de su hijo, protestó con vehemencia.

—¿Tú militar, muchacho? ¿qué estás diciendo?

—Esa es mi vocación—repuso el mozo muy terne.

—¿Qué sabes tú, criatura?

—Ya soy un hombre—galleó Enrique—y sé de sobra lo que quiero.

—Sí, lo que deslumbra a tu edad: el brillo de las espadas, los colorines, las banderas...

—¡Que te crees tú eso! Yo tengo un ideal, una misión muy alta que cumplir...

—Pero en este siglo—como en todos—las misiones más altas son las espirituales. El temple heroico de los hombres se prueba mejor en las misiones de paz, en las empresas civiles.

—El mundo es un campo de batalla. Tú mismo dijiste ayer, discutiendo con el abuelo, que todo en la vida es lucha, que hasta en el mundo de los microbios los fuertes se comen a los débiles.

—Razón de más, hijo mío, para que los hombres, en vez de imitar a los microbios...

—¡Padre!—interrumpió el muchacho con vehemencia—. Yo no he nacido para vivir en un hospital, para encerrarme en un laboratorio... Yo no soy como tú... Yo tengo otras ambiciones... Ni médico, ni boticario... ¡antes me metía a torero! ¿Yo ponerme una blusa blanca? ¡mejor el traje de luces!

—¡Imbécil!—replicó Leonardo, sintiendo en las palabras de su hijo un sordo menosprecio—. ¿Trato yo de imponerte una carrera? ¿Puedes dudar de la intención de tu padre? ¡Todas las ambiciones y felicidades del mundo me parecen poco para ti! Precisamente por eso no quiero que seas militar...

—Pues quieras o no quieras, he de seguir mi

vocación. Echada está la suerte... O militar, o... torero.

Y Enrique se echó a reir con el aire insolente y jaquetón de muchos mozos de hogaño en quienes la dureza sentimental parece condición indispensable de la dureza de los músculos...

—¿Pero es que tú te figuras—espetó Eugenia con súbito desdén a su marido—que yo he criado a este real mozo para vivir como tú vives, metido entre cacharros y librotes, quemándose las cejas para averiguar las cosas que no le importan a nadie? Mi Enrique no es como tú...—repitió despectiva—. Mi Enrique ha nacido para triunfar en el mundo, para lucir el garbo, para ser el hombre por quien se vuelvan locas las mujeres... No hay más que ver, siendo todavía un chavalico, el ángel que tiene para todo, y el corazón, y el talento, y la finura, y la fuerza, y cómo tira al florete, y cómo monta a caballo, y cómo *chuta* en el *futbol*... Pues habrá que verle con su uniforme de gala y sus estrellas de oro y su charrasco más reluciente que el sol. ¡Ni el Gran Capitán, el del paseo de Córdoba, ni el que corría los moros por la vega de *Graná!*

Cantando así, más que diciendo, Eugenia remató la «copla» con una de aquellas carcajadas suyas, vivas y musicales como falsetas de guitarra, como duendes y tiples de ruiseñor. Enrique, riéndose también, la estrechó en sus brazos, y como dos chiquillos (que no otra cosa eran los dos) ambos se pusieron a bailar desaforadamente, en son de retozo y de chacota, con muchos brincos y alegrías, tarareando un pasodoble, de esos que suenan a corrida de toros, a danza verbenera, a organillo o charanga militar. Y luego, asidos del talle, a paso de *fox trot*, saliéronse por la galería buscando más libre horizonte en que agitar los

cascabeles de su regocijo, siempre en pugna y contraste con el silencio y la quietud de aquel apacible Sanatorio.

Leonardo, inmóvil, taciturno, tras la ventana de su aposento, los vió alejarse, los vió correr por el jardín, ébrios de gozo, de libertad y de luz, ébrios también de esa dulce inconsciencia, de esa feliz imprevisión que hacen tan semejantes a los pájaros a las mujeres y a los niños. De pronto aquellos dos seres se le revelaron como dos extraños, como criaturas indiferentes, desdeñosas u hostiles, igual que su padre, a muchas leguas de distancia moral, todos ajenos a su inteligencia y a su corazón, incapaces todos de comprenderle y amarle. Por primera vez en su vida Leonardo apartó los ojos de sus altas cavilaciones y los puso llenos de lágrimas en el vacío de su hogar. Bastaron aquellos dos episodios familiares—su disputa con don Augusto, la actitud de Eugenia y Enrique—a poner de relieve la poca estimación en que sus propios deudos le tenían. —¿Qué soy yo—pensaba Leonardo—aquí donde refugié mis aspiraciones, mis ansias de vida, de verdad y de bien? Para mi padre, un enfermo; un pobre hombre para mi mujer y mi hijo...

Nunca hasta ahora vió tan triste y profundo su aislamiento, su drama espiritual. Sintióse infeliz, inútil, fracasado en la vida y en la ciencia, solo en el mundo, solo y cobarde frente a la noche del Tiempo, no más oscura que la lúgubre noche de las almas.

Riendo todavía, Eugenia y Enrique, las dos criaturas exteriores, retozaban alegres por el jardín. Leonardo, el hombre interior y melancólico, los vió perderse entre las frondas, muy orgullosos ambos de su hermosura y fortaleza física, ambos

felices en su pueril regocijo, en su natural insensatez.

Pegada la ardorosa frente a los cristales, absorto en el ventanal de su aposento, Leonardo vió después a don Augusto. La noble figura del apóstol se destacó entre los árboles del jardín con la blancura, la rigidez majestuosa de una estatua. Parado un momento al sol, ceñida la blusa de lino, al aire los cabellos de nieve, todo él parecía de mármol. Y en su actitud, en su semblante, se retrataban el reposo y la paz.

—También mi padre es feliz—pensó Leonardo, mirándole con curiosidad y extrañeza—, completamente feliz en su hospital, en medio del dolor, de la angustia y de la muerte... Curtido en todos los riesgos, inmune a todos los horrores, acorazado de salud, de fuerza, de sencillez y optimismo, ha resuelto el problema aniquilando toda emoción, toda inquietud, todo interés personal, en el vasto seno de una pura abstracción. Por muchas y diversas vías se hurtan los seres a la tragedia del Destino; pero acaso la vía más llana es ésta en que, merced a un sacrificio abstracto, en aras del culto de la Especie, se logra arrancar del corazón hasta las últimas raíces de las tristezas y compasiones individuales. El amor fanático a la Humanidad, a la Multitud, nos cura del amor al individuo, que es el amor que duele. A fuerza de abstraer nos hacemos insensibles. Consagrarse a la Miseria Humana es, en cierto modo, endurecerse, desinteresarse de las miserias de los hombres. En todo caso, para ser feliz—concluía Leonardo con acritud, viendo a su padre, oyendo las voces de su mujer y de su hijo—hay que embotar el corazón, la inteligencia o ambos a la vez. Los extremos se tocan. Por tan opuestas vías los sabios y los simples suelen llegar a la

misma solución... Pero esquivar un problema no es resolverlo. Y una solución provisional, puramente humana, la que ofrecen la ciencia o la inconsciencia, no logra sino dejar en pie los problemas eternos, los trágicos enigmas del Destino...

A esta sazón, aparecióse Loreto Cruz en el jardín. Iba la doctora en compañía de sus párvulos, de sus pequeños monstruos, toda de blanco también, airosa y flexible como un junco, pero teñido el semblante de una tristeza maternal.

—¡Pobre mujer!—pensó Leonardo, movido a un tiempo de lástima y zozobra—¡ésta sí que no es feliz! Por mucho que lo quiera, no logrará jamás adormecer con la morfina de un ideal abstracto el amor y el dolor individuales. Para una sensibilidad como la suya, como la mía, cada sufrimiento humano, por ajeno que sea, se convierte en propio y hace vibrar, todas juntas, las fibras de la inteligencia y las raíces del corazón. No hay sacrificio como el suyo. Frustradas en ella la madre y la mujer, siente como mujer y como madre la desventura propia y, encima, el dolor de los demás... El sacrificio del creyente es dulce, y explicable por la fe. ¿Pero cómo explicar el sacrificio donde no hay fe ni hay esperanza ni tiene la caridad otras compensaciones que la ingratitud? ¿Es esto también, como dice mi padre, neurastenia, psicopatía, sinrazón? Misterio, misterio allá arriba y aquí abajo, misterio en la carne y en el alma...

Loreto Cruz fué siempre para Leonardo una sombra inquietante. Juntos desde mozos en el mismo hogar, espíritus gemelos, ella sentía por él una gran ternura, a prueba de humillaciones y esquiveces. El admiraba a la doctora, compadecía a la mujer, pero de lejos; huía su trato, su presencia con instintiva repulsión. Sensible la infeliz al más

leve choque, no tardó en conocerlo y soportarlo. Su triste sino de *mujer antipática* se cumplía de un modo inexorable, cuanto mayores eran la simpatía, la comprensión y la ternura de su ser moral. Así, bajo el mismo techo, vivían durante muchos años, ajenas e incompatibles, dos criaturas hermanas, sufriendo las dos del mismo mal—vacío y soledad de corazón—, sin que sus vidas paralelas pudiesen encontrarse nunca. ¿Mas quién podría reprocharlo en un hogar como aquél donde eran tan divergentes las vidas de los padres y los hijos?

Con estas y otras reflexiones, Leonardo salió de su aposento y, aburrido y triste, se dispuso a tomar el tranvía de Madrid.

Harto menguada la ilusión del trabajo, perdida la fe de la ciencia, mal comprendido en su hogar, el ambiente del Sanatorio le oprimía como el de una cárcel. Desde muy mozo, las salas del Hospital, las crudezas de la Clínica le inspiraban una profunda aversión. Menos valiente que Loreto, el espectáculo de la carne patológica, sujeta al potro de tortura, abrasada por la fiebre, consumida por la caquexia, agarrotada por el dolor; tierra sembrada de microbios, de horribles vegetaciones, podrida de tubérculos y gomas, labrada en tajos y surcos, abierta en espantosos cánceres, roída de pústulas y lepras, mutilada, ulcerada, trémula, convulsa, disuelta en fétidos humores, rezumando pus, entregada por fin a los gusanos, a los voraces *trabajadores de la muerte*, se le hacía de todo punto insoportable.

En el fondo de su corazón, Leonardo aplaudía que Enrique no fuese médico. —Que cada cual siga su camino—acabó por decir, evocando el doloroso drama de sus torcidas vocaciones—. Pero

al cruzar el vestíbulo, al ver de nuevo a su padre en la escalinata del jardín, Leonardo imaginó qué golpe tan rudo había de ser para el apóstol la rebeldía de su nieto después del fracaso de su hijo.

Saliendo a la carretera, Leonardo oyó el trote de un caballo y una voz recia y juvenil que le llamaba desde lejos. Era Enrique, otra vez en su caballo tordo, gentileando por los caminos de la Moncloa, más arrogante que el Cid, más alegre que el sol de aquella tarde madrileña.





VI

La cadena de los muertos.



NDABA Loreto Cruz por los jardines soleados del Sanatorio, junto al pabellón de los niños, paseándose al aire libre de la Moncloa en compañía de su menuda parva infantil.

Bajo el sol generoso de la primavera, en los senderos florecientes, al través de los bojes y los macizos ya cuajados de rosas, aquellas pobres criaturas sentían germinar sobre la tierra de su carne triste la alegre ilusión de la vida y la salud.

Los rapazuelos ya convalecientes, los menos tímidos o más ágiles, corrían y saltaban fuera del jardín, entre las frondas del pinar, como una bandada de gorriones. Los enfermos y melancólicos

se apiñaban alrededor de Loreto buscando instintivamente su amparo maternal. Aquellos otros, cuya total invalidez les impedía moverse, iban en cochecitos descubiertos, muy acicalados, como los que se ven por las alamedas del Retiro, de la Castellana o de Rosales. En las terrazas abiertas al mediodía algunos redrojos éncuerines tomaban baños de sol. Y los enfermos graves, los infecciosos, los heridos de muerte, aislados y ocultos a los ojos de los demás, yacían en el último pabellón, en sus camitas blancas, entre cristales herméticos, pálidas flores de invernadero y de ataúd.

De allí salieron, pocos días antes, para yacer debajo de la tierra, dos fétidos lirios del lodazal humano: Lazarín, un vagabundo, un mancer, aborto miserable de epilépticos, y Angel Ozores, la rubia y dulce criatura de agusanada estirpe aristocrática.

Devuelto en cambio a la salud, ya que no al señorío de su Imperio, salió el príncipe de los ojos verdes, la Alteza melancólica venida al mundo bajo el manto de la viudez, entre el fragor de la catástrofe universal que derribó en el polvo las más orgullosas dinastías de la tierra...

Iba Loreto a la sazón llevando de la mano a Luz, la pobre jorobadita, y a *Cascabel*, un rapaz ayer alegre y risotero y hoy taciturno y ruin, señalado por los estigmas de un raquitismo deformante. Caminaban a la par, en otro grupo delantero, hasta una docena de chavaletes algo mayores, entre ellos Polo Bances, el renco gracioso y peleador, ya libre de sus muletas, y Paquito Pizarro, cada vez más torpe en las suyas, con una pierna anquilosada y retorcida por la parálisis.

Más allá una enfermera conducía en un cochecillo a Laura Barquín, la monstruosa flor, inerte sobre las almohadas, con el rostro pálido y enorme,

contraído por una mueca fugaz que parecía un gesto de dolor y era una sonrisa.

Pizarro y Bances, ambos de la misma edad y de la misma condición diabólica, siempre estaban juntos y casi siempre riñendo. El uno blasonaba de más rico; el otro de más fuerte. Pizarro, como les suele acontecer a los hombres, no menos que a los niños, cuanto más flaco y ruín se veía más se esforzaba en alentar de superior y valeroso.

—Cuando me ponga bueno como tú—le decía a su rival, irguiéndose con ridículo orgullo sobre las muletas—mi padre me comprará un caballo para salir a paseo. En casa hay dos automóviles, pero yo prefiero montar a caballo. Porque cuando sea mayor quiero ser como mi tío Marcial, que es coronel de húsares...

Polo Bances, cuyos parientes de más fuste eran unos pelantrines de Alcobendas, miró a Pizarro con sorna.

—¿Y con esa pata que tienes—dijo, aludiendo a la mísera pierna anquilosada—vas a montar a caballo? Ya te contentarás con las muletas...

—¡Idiota!—replicó el húsar en cierne—¿no las llevaste tú también... y ahora andas ya sin ellas?

—¿Vas tú a compararte conmigo?—repuso el plebeyuelo muy arrogante—. A mí, cuando me quiten la escayola... ¡que me vengan con húsares!... Yo no tengo la pata seca, como tú..., ni estoy podrido como esos...

Decía así con desdeñosa crueldad, con el feroz egoísmo de su buena suerte. Llegado al Sanatorio con una coxalgia incurable, calificada de tuberculosa, cayó en las buenas manos de un discípulo de Valdés, Eusebio de Oyarzábal, quien apenas reconoció al chaval, rectificó el diagnóstico, señalando la presencia, no del bacilo de Koch, sino de los es-

poros de Beumann, con lo que el pobre muchacho, sin más que saturarse de yoduro, tiró las muletas a los pocos meses.

—¡A mí me curarán también!—repuso Pizarro con lágrimas de cólera y de envidia—. Yo valgo más que tú y que todos esos juntos... Yo no estoy podrido ni tengo la pata seca... Dice mi madre que toda mi familia es de sangre azul...

—¡Vale más la sangre colorada!—replicó el de Alcobendas—. Y si no, ya lo ves... La sangre azul es de pulpos...

Levantó Pizarro una muleta para castigar al plebeyote, cuando se interpuso Loreto, que oía la conversación.

—Temprano empezáis a ser crueles—dijo—. Todavía no sois hombres y ya os estorba la piedad...

A este punto se oyó al extremo del jardín un gran rumor de voces y plañidos.

Corrió Loreto a ver lo que pasaba y hallóse con dos enfermeras que conducían a un muchacho (dijérase mejor un animal rabioso), que a coces, regates y bramidos pugnaba por desasirse y escapar.

—¿Que ocurre?—les preguntó la doctora.

—Lo de siempre—repuso una de las enfermeras—. Hazañas de este salvaje... No hay quien pueda con él... En cuanto me descuido, huye, salta al jardín, destroza las flores, roba los nidos de los árboles, persigue a los otros chicos a pedrada limpia... Le agarré yo ahora, y mire usted... el muy perro... ¡me ha clavado los dientes en el brazo!

Aquel salvaje era *Borde*, el triste fruto del azar, el hijo anónimo de la horda, rescatado por Loreto Cruz.

—Yo le castigaré—dijo ella severamente, hurtándole así a los golpes que de seguro le aguardaban.

El golfo, que la oyó, vino a sus pies y se alebró,

como solía, manso, hipócrita y mudo, puesto de bruces en la tierra.

—¡Levántate, desgraciado!—repuso la doctora alzándolo del suelo—. ¿Qué hay en el fondo de tu ser, irredimible y oscuro, que no se ablanda ni se reduce a golpes ni con caricias? ¿Pueden el amor y la ciencia curar las llagas de tu cuerpo y han de ser impotentes para sanarte el alma?

Decía así Loreto como si hablase a su propio corazón, abierto siempre a las tristezas y los enigmas de los otros corazones. Callaba en tanto el rapaz, humilde la fea cabezota, fijos en la tierra sus ojos negros y cobardes, todo él replegado y latiente como el can a la voz y al castigo de su dueño.

—¿Qué hacer contigo, fierecilla?—repuso Loreto Cruz, observándole con curiosidad y amarga compasión, sacudiendo su cuerpecillo ruin, como si quisiera despertarle la conciencia—. ¿Qué dices tú? ¿No respondes? ¡Mírame frente a rente! ¡Mírame bien a los ojos! ¡Habla!

Pero el cachorro se encogía, sin responder, sin levantar la cabeza, clavados los ojos traidores en el suelo, pendiente su alma turbia de la ocasión en que poder huir. Como al preso en la cárcel le dominaba la obsesión de la fuga, el pujo invencible de su salvaje libertad, el sentimiento de la horda, rebelde a toda ley, a todo beneficio y gratitud.

El régimen del Sanatorio, el orden, la vigilancia, las prescripciones científicas y morales, la educación, la higiene, la limpieza, eran para *Borde* como otros tantos cautiverios. Contrariados allí sus indómitos y crueles instintos, los desfogaba, cuando no le veían, ejercitándose en destruir los rosales, enturbiar las fuentes, tronchar las ramas en el bosque, perseguir a los niños y los pájaros, desnari-

gar las estatuas y hurtar cuanto hubiese al alcance de sus uñas. Animal que cayera en sus manos, estaba condenado a muerte. Con la más fría crueldad martirizaba a los gatos y a los perros, destruía los nidos, les cortaba las alas a los pájaros o los dejaba ciegos.

En vano Loreto Cruz le enseñó a leer y escribir, le dió lecciones de cosas y estimuló su torpe sensibilidad por todos los medios imaginables. Amor y pedagogía se embotaban en él como si fuera de bronce.

—¿Qué hacer contigo, pobre bárbaro?—repitió Loreto con desesperada misericordia, trayéndole otra vez a su regazo maternal—. ¿Por qué naciste tan duro? ¿En qué entrañas crueles o infelices se empapó tu corazón de odio? ¿Nunca podrás querer? ¡Yo sí te quiero, *Borde!* ¿Y tú? ¿También a mí me aborreces?

Borde no respondió. Con la cabeza gacha, todo encogido en las rodillas de Loreto, la oía sin chistar, clavados los ojos turnios en el reloj de pulsera de la dama. Y mientras ella le tenía así, como acunándole en sus brazos, el golfo tanteó la alhaja y con rápido y suave movimiento desabrochó la pulsera y puso el reloj a buen recaudo bajo su blusa de dril...

A esta sazón aparecióse de nuevo en el *parterre* la blanca figura del apóstol.

—¡Maestro!—le llamó la interna con su quebrada voz que, en ocasiones, parecía un arrullo de paloma—. Venga usted a ver a mis niños...

Don Augusto no respondió. Sin volver la cabeza cruzó el *parterre* y alejóse hacia el pinar. Iba ceñudo y absorto, lleno de cólera y pesadumbre, con-

traída en violenta actitud su ancianidad majestuosa.

El trance no era para menos. Acababa de saber los propósitos de Enrique, su decisión de abandonar el «templo de la Ciencia» para seguir la carrera de las armas. Eugenia se lo había dicho de sopetón, como quien da una noticia feliz, entre risas y brincos y ponderaciones, sin advertir que ello era como darle al apóstol la más cruel bofetada. Por primera vez en muchos años, don Augusto, fuera de sí, maltrató con ásperas voces a su nuera, renegó del hogar, maldijo de su casta y sangre, y, después de muchos votos y portazos, acabó por salirse al jardín pugnando por desfogar a solas el furor y la pena que le hervían en las entrañas.

A los ojos de aquel «sacerdote de la Razón», «ministro de la Naturaleza» y augur del «Hombre Nuevo», el propósito de Enrique, como la actitud de Leonardo, era una deserción, una deslealtad, una apostasía, un hecho sacrílego, harto más grave en el nieto, flor y esperanza de su estirpe. Y si renegar de la Ciençia ya era un delito imperdonable en él, ¿qué decir de su absurda y soldadesca vocación? Aquí sí que perdía el buen don Augusto los estribos. Fanático de la paz, enemigo a muerte de los ejércitos y las armas, amigo de la cultura y del orden civil, opuesto siempre al uniforme y al cuartel, contrario a dividir la Humanidad en jerarquías, patrias ni banderas, antes hubiese preferido ver a su nieto en un seminario—con ser el apóstol no menos hostil a los curas—que en una academia militar.

Lleno de indignación y de asombro se detuvo un instante en las lindes umbrías del pinar acribillado por las saetas del sol.

—Pero ¿es posible—pensaba el doctor Valdés—

que este muchacho tan dócil y tan juicioso hasta ahora, sienta de veras tan desatinada afición? ¿Quién pudo imbuirle cosa tan lejos de su medio ambiente, de las ideas familiares, de las inclinaciones de su niñez? ¿Cómo un cuerpo tan sano y vigoroso, fruto de selección y hermosura, un natural robusto y apacible, un mozo educado científicamente, racionalmente, como quien cultiva una planta, en los invernaderos de la Ciencia, se puede torcer así, en contra de todas las previsiones, y dar este salto atrás?

Para el ingenuo doctor «aquéllo» sólo podía explicarse por el atavismo. Hecho a juzgar las cosas con la mayor simplicidad y candidez, a prescindir de todo misterio psicológico, de toda complejidad interior (sin advertir cuánto tenían de subconsciente y atávico, de instinto religioso y militar, su propia fe racionalista y batalladora, su ilusión del paraíso terrestre) no sospechaba lo que hay de oscuro, de irrazonable en la vida, en las tendencias del ser, en sus inclinaciones y repulsas, tan misteriosas en lo moral como lo son en lo físico la propensión de la aguja magnética, la actividad fagocitaria o la energía radiante.

—Es el atavismo—repetía—, es el tirón de esa cadena del pasado que aún no se pudo romper... que aún tiene a la pobre Humanidad en la esclavitud.

Desfalleció el apóstol. Su blanca y arrogante figura se hundió en la sombra del bosque.

—¿De qué sirve luchar con todas las armas de la razón científica si no se cierran los sepulcros, si el mundo de los vivos está gobernado por los muertos?

Y al decir así, veía a los muertos en su propio hogar, inficionando el «templo de la Ciencia», in-

troduciéndose en las vidas familiares como los viejos espíritus diabólicos.

—Pero no—repuso al fin, libre de su flaqueza momentánea—. La vida triunfará... La Ciencia extirpará el error como se extirpa un cáncer... Hasta el influjo atávico será un instrumento de *ortobiosis* en los viveros del porvenir. El ideal científico, merced a las acumulaciones hereditarias, penetrará un día en la propia esfera de lo inconsciente. Claros impulsos racionales sustituirán a las tendencias oscuras. El hombre nuevo se inclinará a la verdad, a la hermosura y al bien con la misma fuerza del instinto de conservación...

Llegando al centro del pinar encaminóse Valdés a la espaciosa glorieta cercada de blancos mármoles de Coín en que el cincel de Julio Roldán, bajo las inspiraciones del apóstol, representó sus dioses tutelares. Allí, como en las ágoras de Grecia, estaba, sobre un gracioso pedestal poblado de conchas y de cisnes, de granadas y mirtos, de tortugas y palomas, Afrodita, la diosa del amor y la hermosura, de la fecundidad y la *eugenesia*, la matriz de la vida universal. Allí también, junto a las Gracias y las Musas, Apolo, el dios de la salud, el enemigo de las sombras, el dulce amigo de la Naturaleza, del Arte y de la Vida humana. Allí, surgiendo del fastuoso abanico de un pavo real, la diosa de los astros y las cumbres, la noble esposa de Zeus, la reina de los cielos antiguos, la madre de la mañana, la matrona de los brazos blancos y del cetro de oro, el arquetipo de la Mujer. Allí, entre ramos de oliva, la de los ojos resplandecientes, la inventora de las ciencias y las artes, la diosa de la razón, del pensamiento y del trabajo, toda vestida de luz intelectual...

El buen don Augusto, apasionado a su manera

del sentido helénico de la vida, cultor paradójico de lo presente, del orden sensible y de la naturaleza humana, quiso con aquellos mármoles simbolizar así, de un modo plástico y peregrino, sus ideales candorosos de paganía universal. En el centro de la glorieta, sobre un macizo de flores. había de erigirse, presidiendo a todas las estatuas, una de más altura y significación: la estatua de la Ciencia que aún no había salido de manos de Julio Roldán.

En la orilla del bosque, detrás de las figuras inmortales de Venus, de Juno, de Minerva y de Apolo, saltaba a la sazón, como una bandada de pájaros, un tropel de niños convalecientes.

Las risas y los gritos infantiles atrajeron al doctor Valdés. Cruzó la glorieta y se detuvo curioso, apoyado en el plinto de los ramos de oliva frente a lo oscuro del pinar. Y vió el suelo todo lleno de zanjas y, armados de palitroques y banderas, saltar los chiquillos por las zanjas y acometerse con furia.

—¿Qué hacéis?—les preguntó don Augusto yendo hacia ellos destempladamente.

Al ver al director del Sanatorio todos los rapaces se quedaron de una pieza. Pero el de más edad, un morenuco de ojos grandes y atrevido ceño, que esgrimía una tizona hecha con la rama de un árbol, galleó muy terne:

—Jugamos a la guerra—dijo—. Yo soy Napoleón y estaba ganando una batalla. Este es un campo de trincheras y los que están en los hoyos son los heridos y los muertos. Yo ya he matado a seis...

Palideció el apóstol. En sus propias barbas, al pie de los dioses de la Paz, del Amor y de la Vida, los niños jugaban a la Guerra, jugaban al Odio, jugaban al Dolor y a la Muerte.

—¡He aquí los hombres de mañana!—exclamó

Valdés iracundo y triste, al par que los rapaces, temerosos, huían por las frondas en tropel como una nube de gorriones.

—Maestro—dijo a su espalda Loreto Cruz, que le había seguido por el bosque—. Ya lo ve usted. Es más fácil curar a la humanidad de sus enfermedades que de sus instintos...

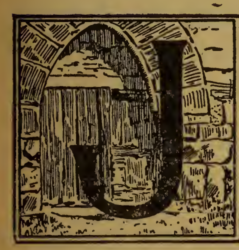


TERCERA PARTE



I

El doctor Albarracín.



ARO, velloso, enjuto, chiquitín, más tieso que un naipe, más duro que un acero, la cara fosca, el hocico de zorro, los ojuelos grises, erizado el bigote, lo mismo que el tupé, roja y puntiaguda la nariz, el cuello erguido, arqueadas las piernas y la cabeza para atrás, con un aire despreciativo y socarrón de huraño y perdonavidas, era don Francisco Sánchez Albarracín, más conocido y popular por «el doctor Albarracín», uno de los primeros operadores del *Instituto Valdés.*

Además de insigne cirujano era el doctor Albarracín, dentro y fuera de su profesión, uno de los tipos más pintorescos, ingeniosos, mordaces y

atrabiliarios que pude conocer en este mundo. Lleno de púas como un puerco espín, manojo de nervios en constante irritación, lengua de víbora en perpetua acritud, eterno disidente de todo lo humano y lo divino, rebelde y hostil a toda ley, razón o autoridad, oposicionista rabioso, contradictor desapacible, reñido hasta con su sombra, no sabía sino hablar muy recio, toser muy bronco, sonarse a trompetazos, reir a carcajadas, discutir a voces, argumentar a puños, y sólo consecuente en esto, en lo desaforado y estrepitoso, pues era en todo lo demás una paradoja andante, diz que soñaba a gritos, dormía a vuelcos y roncaba como un león.

En casi todos los hombres, por poco Albarracines que sean, la teoría y la práctica suelen andar a testarazo limpio. Y esto le sucedía a él. Ni por asomos hipócrita, pues, a fuer de baturro, no le ganaba nadie a franqueza, sinceridad y tesón, había entre sus dichos y sus hechos, entre su vida pública y privada, un abismo de contradicciones. Anarquista de ideas, era en el fondo un perfecto burgués. Abominaba de las mujeres y se perecía por las buenas mozas. Enemigo del matrimonio, estaba casado y no podía dormir ni una sola noche fuera de su hogar. En pugna con todo lo establecido, era la rutina en persona: las más pequeñas novedades le ponían frenético. Misántropo y bilioso, le atraían la gente, el ruido, la cháchara, el hervor de las tertulias: era, hombre al fin, un animal sociable. Médico ilustre, profesaba un absoluto desdén a la ciencia pura y aun a los principios más rudimentarios de la higiene: aborrecía el agua, el aire, la luz, se pasaba las horas muertas en el café, en los rincones más oscuros, en los ambientes más enrarecidos; comía como un buitre,

bebía como un arriero, fumaba como un lobo de mar. Duro de jeta y de razones, lleno de hiel y vinagre, vivía a lo epicúreo, se trataba a cuerpo de rey, satisfacía holgadamente sus apetitos, le gustaban las comodidades, los placeres sedentarios, el buen amor, el lecho muelle, el suculento yantar, las apacibles sobremesas, las beatíficas digestiones, el renegar del mundo, de la humanidad y de la vida entera, junto a una taza de sabroso moka, entre las nubes de incienso de un «águila imperial»...

A la manera de aquel su homónimo Francisco Sánchez, médico y filósofo español del siglo XVI, agudísimo precursor del *Discurso del Método* y de la *Crítica de la Razón Pura,* Albarracín alardeaba de escéptico. *Nada se sabe,* repetía a troche-moche traduciendo al idioma vulgar el docto y elocuente *Quod nihil scitur...* de su clarísimo tocayo. Nada se sabe, y lo peor del caso es que nada se puede saber. Estamos encadenados en la mazmorra de nosotros mismos y sólo nos es posible atisbar de lo que pasa afuera los pálidos y fugaces reflejos que se retratan, como en un espejillo turbio, en nuestro sistema nervioso. Y ni aun esas centellicas tienen más realidad ni valor que el de unos signos convencionales, útiles solamente «para andar por casa», para no rompernos las narices en las tinieblas...

Mentarle el Progreso era como mentarle la familia. ¡El Progreso no existe! En pleno siglo XX sabemos lo que ya sabía Sócrates: que no sabemos ni jota. —Pero, doctor, ¿y las ciencias experimentales? —¡Qué ciencias ni qué rábanos! —Pero, hombre, será usted capaz... – Y si no, vamos a ver. ¿Qué se sabe de la Vida? Pregúnteselo usted a los biólogos, a ver lo que saca en limpio. Mucho

parlar de las células, del protoplasma, de las neuronas; mucho hurgar en el germen y desojarse en el microscopio; mucho traer a cuento la materia y la estructura, el plan, el proceso, la función, las costumbres de los infusorios, las almas de los animales y hasta la *entelequia* de Aristóteles. Y en sustancia, ¿qué? Nada entre dos platos. Ni siquiera se han puesto de acuerdo para saber en qué consiste la Biología. Imbéciles hay a montones que se creen biólogos porque se pasan las horas muertas observando la *psiquis* de los conejos, de las tortugas y las ostras... ¡La ciencia experimental! ¡Me río de los peces de colores! Tanto monta la ciencia experimental, como la filosofía escolástica... Dígame usted, ¿qué se sabe del mundo físico ni del mundo moral; qué se sabe del universo, del corazón humano, del fenómeno de la inteligencia; qué se sabe de nuestro origen y destino; qué se sabe del dolor, de la vejez y de la muerte? Nada, absolutamente nada. La física moderna, con todos sus humos y sus roncas, no sabe más que la física de Leucipo y Demócrito. Cuando presume de más lince es para dejar de ser *física,* para desvanecerse en puras abstracciones. ¡Y aún tiene el tupé de llamarse ciencia experimental! La teoría de los átomos, ¿qué tiene que ver con la experiencia? A no ser como un poeta de mi tierra, allá en Calatayud, que *veía los átomos* de las cosas... ¡buena pupila te dé Dios! Pues el convertirlo todo en mecánica y movimiento, en fuerzas, leyes y números, reducir la Naturaleza a matemáticas, ¿no es darse con la cabeza por las paredes? ¿Qué quieren decir, fuera del lenguaje convencional de los libros, esas jerigonzas de los *iones, aniones, cationes, neutrones* y *electrones?* (Y aquí el doctor soltaba un taco para apurar el consonante.) ¡Prefiero los remoque-

tes, los conceptillos y camelos de los antiguos Kransistas! Doy mil pesetas y una caja de águilas imperiales a quien me ponga en castellano claro, para que yo lo entienda, esta ley de termodinámica: *El logaritmo de la verosimilitud de un estado es proporcional a la entropía de ese estado.* O, como leía Don Quijote: *La razón de la sinrazón que a mi razón se hace...* ¡Por mucho menos suelen meter a la gente en los manicomios!

Decía esto el doctor Albarracín en su tertulia del Café Universal, donde solía desfogar los ímpetus, sacudirse la bilis y las malas pulgas, aquel sempiterno disidente de todo lo divino y lo profano. Le rodeaban allí, tirándole de la lengua con maliciosa intención, algunos colegas suyos, un boticario, algunos periodistas, un agente de Bolsa, un ex gobernador civil y hasta un torero famoso, ya retirado del «arte» con dos o tres cornadas y otros tantos millones. Servilleta al brazo, escuchaba también no lejos de la mesa, orondo y sonriente, el camarero, un asturiano socarrón, más listo que Merlín, calvo, sanchopancesco, sabihondo, amigo de oir a sus «ilustres anfitriones», según él llamaba a los clientes de calidad, los de tertulia breve y propina larga, en contraposición a los otros, los «declarados en sesión permanente por una perra gorda», a quienes llamaba con desprecio los «parásitos».

Era aquella mesa como suelen serlo todas las de café, aunque no haya médicos en la tertulia, mesa de disección, donde las lenguas, a modo de escalpelos, cortaban y rajaban sin piedad de cuanto les viniese a la boca. El hecho de abundar allí «las altas mentalidades» (según otra frase del camarero), hacía que abundasen también las discusiones científicas, los tumultos, las palabrotas y

aun las cuestiones personales; pues, «en contra de lo que piensa la gente (palabras de Albarracín), no suele haber menos serenidad en las plazas de toros que en los templos serenos de la Ciencia.» Y entonces, cuando la discusión degeneraba en disputa y los ánimos se embravecían, y el camarero, renegando de sus «ilustres anfitriones», veía ya a punto de saltar por el aire los vasos y las botellas y las tazas de café, se alzaba el doctor Albarracín como un energúmeno, dominando el alboroto con su autoridad y con su voz; pues, a pesar de ser tan flaco y chiquitín, tenía una voz de trueno.

—¡La Ciencia!—repetía a gritos—¡no sabemos ni jota! Decíamos antes de la Física... ¿pues y la Química?—y miraba de reojo al boticario—. Un químico moderno es un señor que vive, como el físico, de espaldas a la naturaleza y a la vida. Para ellos no existen los colores, los sonidos, los olores, los sabores ni cosa alguna sensible; no hay más que ondas, vibraciones, afinidades de fuerzas en movimiento, reducibles a fórmulas matemáticas... ¡siempre las matemáticas, y no precisamente las de Euclides, sino estas de hogaño, que son puras metafísicas! ¿Me quiere usted decir, por vida de Pitágoras, a dónde van a parar todas esas monsergas del *cálculo de vectores,* de los *números hipercomplejos* y otras por el estilo? ¿Qué demonio de números serán los tales que es menester volverse loco para llegar a entenderlos? ¡Y serán capaces esos matemáticos de tomar a chunga el idealismo absoluto de Hegel y los misterios de los sacerdotes faraónicos! ¡Me cisco en las matemáticas y hasta en la esfinge de Tebas!

Las carcajadas, cuasi faraónicas también, con que sus amigos recibían estas ocurrencias del escéptico de Calatayud, solían llegar hasta la Puerta

del Sol y embravecer más todavía al ingenioso bilbilitano.

—¡Qué!... ¿no tengo razón? ¡Si hasta la Fisiología está a punto de convertirse en un capítulo de química orgánica y echa ya mano de los guarismos y hasta del cálculo infinitesinal! Para los señores químicos ya todas son cantidades, cifras de energía: *la energía* es la diosa del siglo XX, y su culto la unidad de la materia. Como los antiguos magos de la Alquimia, luchan por convertir el hierro en oro. La ilusión de la *piedra filosofal* vuelve a quitar el sueño a los hombres. ¡Y luego quieren ustedes que yo tome en serio estas cosas! Prefiero aquellos juegos de física recreativa que me hacían feliz cuando yo era muchacho. ¡La Ciencia, con letra mayúscula y aires de *tabú!* ¡Nada, que no sabemos ni una pijotera palabra!

—Pero, hombre—le decía el boticario—, siquiera la Medicina...

—¿La Medicina?—replicaba frenético Albarracín—¿ha dicho usted la Medicina?

—¡Será usted capaz de no creer en ella tampoco!

—¡Lo mismo que usted en los menjurgues con que envenena a sus parroquianos!

—Pero, doctor...

—No hay doctor ni cosa que lo valga... ¡La Medicina! ¿Me quiere usted decir lo que saben los médicos? Pedantería, pura pedantería, cuando no es industria y mercantilismo... ¡No, no se sofoquen ustedes—añadió al advertir la indignación de sus colegas—, que aquí estamos todos en el secreto. Somos peores que el cólera morbo asiático. El especialismo, la técnica, la fatuidad, la moda, la prisa, el arribismo, la desorientación, el *bluff*, mandan más gente al cementerio que todas las enfer-

medades juntas. ¡Bueno está el oficio! ¡Todos somos unos pozos de ciencia, pero «la capa no parece». ¡Mucho cantar los progresos del laboratorio, la bacteriología, la asepsia, la hemostasia, la anestesia, los descubrimientos químicos, los nuevos horizontes fisiológicos, las proezas de la cirugía regeneradora, el «taller clínico», los rayos X; mucho agarrarse, como a un clavo ardiendo, a las novedades con que nos deslumbran la «medicina científica», las hipótesis biológicas, la proteinoterapia, la teoría de los coloides (¡literatura, todo literatura!), y salirse del tiesto a cada paso para meterse en esos matorrales de la *biometría* (¡si serán guasones!), el «vitalismo», la psicología experimental (que es un puro camelo) y hasta la sociología (que es el último grado de la estupidez humana)... Y a todo esto ignoramos en su esencia lo que son el psiquismo, el impulso nervioso, la germinación celular; ignoramos lo que es la vida, lo que es la muerte... ¡ni siquiera sabemos lo que es una calentura!

—¡Demonio—decía el torero de la peña para su capote—, con estos «matasanos» no queda nada en pie; son como aquel toro de miura que me hizo la *autosia* aquella tarde!

—A propósito. Voy a contarles a ustedes lo que me pasó una vez. No hace mucho me llamaron a una consulta. Había allí un coro de doctores parecido al de *El Rey que rabió*... Mientras el enfermo se iba por la posta, aquellos doctores disertaban excátedra para lucir su erudición y su elocuencia. Uno, joven modernista, no daba pie con bola sin haber a la mano datos oscilométricos, radio-diagnósticos, esfigmo-manométricos y no sé cuántos más. En cambio, un respetable fósil contemporáneo de Monlau, juraba por Hipócrates, sacando a

colación el *consensus unus* y otra porción de latinajos por el estilo. Otro doctor, que venía del extranjero, afirmaba con aires de superioridad, que allí hacía falta ensayar el procedimiento operatorio de Höffer, y, por último, el médico de cabecera, médico ilustre también, se salía por los cerros de Ubeda de la opoterapia, queriendo explicar hasta las fases de la luna por la teoría de las secreciones internas... A todo esto no había un diagnóstico preciso, y el infeliz paciente se nos iba de entre las manos. Más que el *consensus unus*, era aquello la *conspiratio omnium*. Yo les escuchaba, lleno a la vez de risa y de indignación, pero sin decir palabra. —¿Y usted, colega, qué opina?—me preguntó uno de aquellos sayones. Y yo le contesté iracundo:

—¡Que aquí lo que hace falta es un médico!

Una vez metido en su terreno propio, Albarracín no acababa nunca. Todo el mundo le temía por su ingeniosa y cruel mordacidad, por su genio agresivo y atrabiliario, que no guardaba respeto a nada ni a nadie de este mundo ni del otro. Con ser muy sólida su reputación, ganada a pulso en las clínicas, aborrecíanle sus compañeros, singularmente los jóvenes—él era ya cincuentón—, los que traían aquellas modernidades puestas en solfa y caricatura en el Café Universal. Cirujano a la antigua, cirujano de hierro, a él que no le viniesen con esas novedades y perfiles de cirugía restauradora, de trasplantes e injertos, o con filelíes de laboratorio. Su fuerte eran las operaciones truculentas, heroicas y temerarias de la clásica cirugía radical: las profundas exéresis, las terribles mutilaciones, el ataque a fondo, de estilo militar, con el bisturí en la mano a guisa de tizona. Decían sus enemigos—y eran legión—que por pedestal de su fama tenía un montón de cadáveres, una multitud

de infelices a quienes había despachado para el otro mundo, después de abrirlos en canal. Achacábanle también, juzgo que sin razón y a la cuenta de su genio impulsivo, de su arte puramente manual y de su furia devastadora, que una vez, fiado del médico de cabecera, cuando quería operar un quiste del ovario, hallóse Albarracín (y estuvo a punto de morirse del susto) con un feto de cinco meses en lugar del quiste. Mas aparte fracasos, no muy compatibles con su agudeza intuitiva, pero sí muy propios de su vehemente condición, nadie osaba desconocer que aquel furibundo cirujano era el primer anatómico de su tiempo. Muy pagado de tal y de su «arte»—¡qué ciencia ni qué bemoles!, decía él—, miraba por encima del hombro a toda la humanidad, incluyendo, naturalmente, a todos los médicos. —Yo soy—concluía—el primer anatómico de España, el primer «ojo clínico» del mundo, y lo demás son ganas de embrollar las cosas y sacar el dinero a los imbéciles...

Además de escéptico, era el doctor Albarracín un pesimista rabioso. En todo el ancho mundo no había cosa ni persona para él que no fuese motivo de acritud, de enojo y maledicencia. No bien asomaba el hocico por el café a prima tarde, ya comenzaba a renegar de todo, a maldecir «la estúpida costumbre de pasarse las horas muertas en el café diciendo majaderias, mascando un ambiente corrompido, lleno de voces y de humo, de salivazos y microbios, tufillos de cocina o de retrete y envenenado además por el sudor, el resuello, el vaho de chotuno, la idiotez y ramplonería de sus habituales parroquianos».

Si salía a la calle, peor que peor. La calle le ponía frenético: todo le era insufrible, el tráfago, el ruido, la agitación, los tranvías, los automóviles,

la «chusma semoviente y vocinglera»... ¿Llovía? ¡Malhaya el cielo, las nubes, el lodo, los paraguas y este cochino Ayuntamiento, que tiene a Madrid hecho un aduar...! ¿Estaba el día claro? Pues no por eso dejaba de gruñir, sobre todo si salía el sol. Albarracín era nocherniego, nictálope y enemigo personal del «astro rey»; pero cuando llegaba la noche se le ponían los nervios de punta, y allá, de madrugada, enfurecido por el insomnio, pensaba seriamente en el suicidio, aunque, por fortuna para la ciencia y para él, jamás llegaron a vías de ejecución ni éste ni otros muchos de sus malos pensamientos...

Aborrecía los viajes: horizontes que no fuesen los de la calle de Alcalá, Puerta del Sol, calle de Leganitos, donde tenía su casa, y altos de la Moncloa, donde tenía su obligación, eran para él como los cráteres de la luna vistos por un telescopio. Los buques, los trenes, los automóviles y toda suerte de medios de locomoción y de viaje le inspiraban un odio sagrado. Una sola vez que fué a Zaragoza por devoción de baturro y, aunque presumía de ateo, «por ver a la Pilarica», volvió a Madrid tan mustio y de tan negro humor como si hubiese ido a la Meca a lomos de un dromedario. Prefería aguantar las «insufribles molestias» de «esta corte incivil, absurda y abominable» (como él decía, sin perjuicio de estar toda su vida pegado a Madrid como la ostra a la peña); prefería su quietud (aunque tanto le sacaba de quicio la quietud como la actividad) a meterse en nuevas aventuras.

¿El campo? En el campo se aburría como un buho. La Naturaleza se le antojaba «idiota». Un teatro de una monotonía insoportable. Siempre los mismos telones, pintados por la mano de Jehová,

que era un escenógrafo de muy poca imaginación. Paisaje a todo pasto, una tramoya infantil, la misma de los tiempos de Noé, con su correspondiente caja de los truenos... Y en ese teatro un solo drama, un drama absurdo, eterno y fastidioso, que ya se hubiera acabado en medio de una silba, de un pateo universal, si los espectadores no fuesen actores a la vez; una tragicomedia ridícula, una farsa indecente, más burda que las del teatro Guignol, con solo tres personajes, y *sicalíptica* por añadidura: el Hombre, la Mujer y el Genio de la Especie al paño: esto es, Adán y Eva y el Demonio en figura de serpiente. *Un menage a trois.* ¿Cabe mayor impudicia? ¡La Naturaleza! Ni es Madre, ni es sabia, ni es previsora, ni tiene más sentido común que los hombres. Siquiera los hombres, aunque tampoco lo tenemos, contamos para nuestras necedades y bellaquerías con un variadísimo repertorio. En la naturaleza todo es pesadez, machaconería, repetición. Se sale de la cursi primavera para asarse en la lumbre del verano, y en cuanto acaban los poetas chirles de cantar el otoño, forzosamente, invariablemente, ha de venir el invierno con sus escarchas... ¡lo mismo que en los *monos* de los almanaques ilustrados! Al día ha de seguir la noche, y al sol, la luna y las estrellas, y ha de rodar la bola un año y otro año, siempre igual, girando estúpidamente como los caballitos del Casino... ¡Vaya una diversión! ¿No es para morirse de aburrimiento?... Y es lo mejor que puede suceder: porque cuando la Naturaleza sacude su pachorra es para obsequiarnos con una tempestad o un terremoto, para hundirnos en su seno de madre donde todo se pudre...

Nada más lógico que un hombre como Albarracín, prototipo del *hombre esquemático,* del *hombre*

de la ciudad, del que se mueve, cuanto a la razón en un mundo de abstracciones, y, desde el punto de vista biológico, entre cosas artificiales, no tuviera ojos ni espíritu capaces de percibir el «milagro» de la Naturaleza, su formidable variedad y hermosura. Por mucho que él, ciudadano, y como tal, materialista, y en toda ocasión excesivo y paradójico, tronase contra la ciencia abstrusa, contra esos sabihondos que todo lo convierten en matemáticas, Albarracín era, sin poderlo remediar, sin quererlo reconocer, uno de esos tales. Y siendo así, no obstante su «ojo clínico» y su aguda imaginación, parecía también lógico y natural que, pues abominaba del campo y de la creación entera, amase las grandes y populosas urbes. Pues, no, señor. Albarracín estaba reñido con la ciudad y con el campo, con la naturaleza y con los hombres, con la poesía y con la lógica.

La humanidad le «reventaba», lo mismo individual que colectivamente; pobres y ricos, indígenas y forasteros, le producían igual desazón. A los burgueses los llamaba negreros; a la gente de blasón, cretinos, y, al pueblo, la canalla. La multitud le repelía, y cuando estaba solo no se podía aguantar a sí mismo. En la calle miraba a cada transeunte como a un enemigo. Si pasaba un cura, decía entre dientes; —¿a dónde irá este pajarraco?— Si era un militar: ¡mejor estarías en Marruecos, pedazo de... Napoleón, que no arrastrando el sable por la calle de Alcalá!—Si era un político:—¡adiós, Monipodio; ya te daría yo galeras en vez de congresos y senados!—Si un intelectual:—¡miren el filosofante; se cree el ombligo del mundo, y es el apéndice, si acaso!—Los viejos le daban grima; los jóvenes, dentera, y en viendo a un niño se sentía Herodes. Y cuando topaba con una mujer... era

como si topase, no con una, sino con las tres furias del averno, y todas las piedras de la calle se volviesen víboras y culebrones.

Porque, además de escéptico y pesimista, era el doctor Albarracín un desaforado misógino. Tenía a las mujeres por más terribles y dañosas que la lepra, y el cáncer, y la peste bubónica, y todo el repertorio de la patología humana.

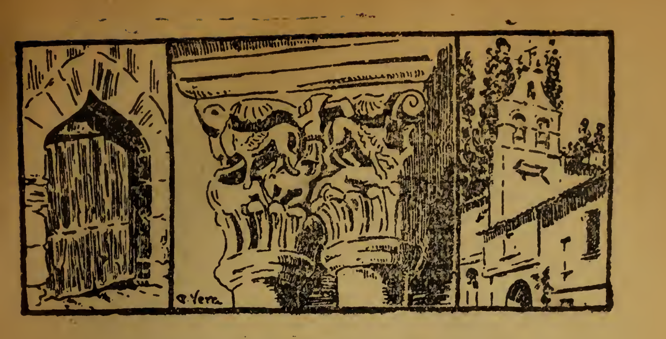
Sobradas razones tenía para abominar de las mujeres. Venido al mundo a deshora, no conoció a su madre, y sí, en cambio, a cierta mala pécora que la sustituyó en el hogar. Hubo también Albarracín de padecer a sus hermanas mayores, que eran siete, como los pecados mortales, todas solteras y todas insufribles. Unico hijo varón entre tantas hembras, tuvo desde su más tierna infancia hartas ocasiones para renegar de las mujeres.

El padre de Albarracín, Sánchez a secas y profesor de matemáticas en Calatayud, pobre y agobiado bajo la pesadumbre familiar, era con todo, al revés de su hijo, un hombre optimista y paciente, que sabía tomar sus desventuras a donaire, merced a ese don sublime, rara vez concedido a los hombres, de convertir en materia de ingenio la propia sal de las lágrimas. Su más grave cavilación, aparte la mala pécora y aparte las matemáticas, era el hogar, aquel hogar donde fallaban todos los cálculos y aquellas siete mocitas (cada una de las cuales constituía un problema insoluble), mal avenidas con su triste doncellez, peor avenidas entre sí, cada vez más adustas, regañonas e insoportables. Sufríalas el pobre y aliviaba su pesadumbre, en la intimidad de un amigo, padre también de tres hijas casaderas e incasables. —Si yo encontrase para ellas—decía el amigo—tres hombres de bien, aunque fuesen muy pobres...

—¿Tres hombres de bien?—replicó Sánchez con irónica sonrisa, pensando en sus siete cruces—¡No eres tú poco ambicioso! ¡Ya me contentaría yo con los Siete Niños de Ecija!

Cuando Albarracín tomó el grado de bachiller, hurtóse a las uñas de sus siete hermanas y de la mala pécora, y se vino a Madrid, donde se hizo médico, pasando las negras y dando en un colegio particular, para malvivir y costearse los estudios, lecciones de... matemáticas. ¡Así les tenía tanto horror! Mas, apenas salió de San Carlos, donde ya reveló su ingenio, mordacidad y excepcionales dotes, le sopló la fortuna... Es decir, le soplaron a la vez la fortuna y la desgracia. Porque fué entonces, al par de sus primeros triunfos, cuando conoció a la hembra que más había de hacerle renegar de las mujeres y de todo el género humano.

Pero aquella mujer también merece particular y holgada información.



II

Doña Belén.



oña María de Belén Acuña y Barras de Aragón era lo que se llama una real moza. De florentísima estatura y opulentas carnes, podía muy bien, con una corona en las sienes y un león heráldico a los pies, representar, viva y gráficamente, en un cuadro simbólico, la majestad de España. O mejor y más propio de ella, servir de modelo, si ceñía a su frente el gorro frigio, para encarnar la figura de la República o de la diosa Razón.

Mas no gustaban a doña Belén (así la llamaba todo el mundo, pues todo el mundo la conocía como figura muy popular de nuestra historia contemporánea) poner a su arrogante figura ninguna

suerte de arrequives ni aun de esos de pura elegancia femenil con que procuran realzar sus encantos lo mismo las buenas que las malas mozas. Nunca usó doña Belén sortijas, collares, pulseras ni zarcillos, cosas, decía, de salvajes, de esclavos u odaliscas, ni sombreros de plumas, ni tocados llamativos, ni indumentaria dócil al ir y venir de las modas. Vestía siempre de oscuro, con extremada sencillez; usaba calzado sin tacones, una toca muy simple, un velillo matinal, una boina de paño, y cuando más, una especie de chambergo como de explorador o de *cow-girl.*

Su vestido predilecto era el de hechura de sastre, levita negra y ceñida, puños y cuello blancos, y una corbata varonil. De esta suerte, y sin el menor propósito de afectación ni coquetería (pues era la naturalidad en persona), había dado precisamente con los hábitos exteriores que mejor cuadraban a su estatura singular, a su cuerpo robusto y orondo, a su semblante más que hermoso gracioso y expresivo, de blanquísima tez, ojos grandes y flavos, nariz y boca gruesas y pelo corto de castaño oscuro.

Quien a primera vista la viese por esas calles, tan briosa y desenfadada, siempre en viril actividad, con las manos en los bolsillos de la levita, el rostro alegre pero erguido y sin mirar a nadie, bizarra la actitud, suelto y diligente el paso, podía creer, no conociéndola ni mirándola con atención, que era una artista de circo, una amazona, una mujer de teatro, una dama extranjera o algo exótico y fuera de su sexo. Pero harto se veía, observándola bien, que ni su porte original, ni sus rasgos un poco masculinos, lograban desmentir el garbo netamente español ni la feminidad profunda y desbordante de las castizas hembras de esta tierra,

siempre mujeres, muy mujeres, por mucho empeño que ponga en dejar de serlo.

Aragonesa de origen, nacida en Barcelona, criada en la villa y corte, educada en París, de donde tornó a España muy pronto (y érale entonces cada viaje ir de mal en peor) no había en su historia capítulo que no pareciese un episodio de novela. Rama de tronco ilustre, nieta de un prócer venido a menos, hija de un coronel sublevado por la República en los últimos tiempos de la Regencia, siguió a sus padres en el destierro y ayudóles a sufrir la pesadumbre de su fracaso y adversidad. Casi una niña todavía, supo del áspero sabor del pan amasado con lágrimas, conoció la dureza de los hombres, la angustia del trabajo convertido en servidumbre, la vida sin luz, sin aire, sin higiene, sin misericordia, que arrastran los pobres en las ciudades que se llaman cristianas...

Muerto su padre en París, volvió a España la joven (teniendo quince años, aunque era ya muy mujer) y vino con su madre, enferma, al calor de unos parientes, los únicos que tenían, otra vez a Madrid. Aquellos parientes, que estaban en muy holgada posición, la dieron con la puerta en las narices. «Ellos ya tenían *sus pobres;* imposible socorrer a más... ¿Trabajo? Ya verían. Son muchos los que piden trabajo, y ¡naturalmente!, no hay sitio para todos... Pero, señor, ¿quién le mandaría al imbécil del coronel tirar sus estrellas por la ventana?

A Belén no le cabía en la cabeza ni en el corazón que siendo el mundo tan ancho «no haya sitio para todos». Ello consiste, pensaba razonando a la infantil, en que algunos son tan egoístas y comodones que necesitan su sitio y el sitio de los demás, como ocurre, por ejemplo, en el tren, cuando uno de esos viajeros mal educados se tumba a la bar-

tola y ocupa el asiento de los otros y encima les da con los pies.

Al cabo de muchos días de hambre y de aflicción, Belén dióse a recelar que, en efecto, «no había sitio en el mundo»..., a lo menos para ella. Mas la hija del pobre coronel Acuña (el cual nada tuvo de imbécil y sí mucho de iluso y romántico) había nacido para luchar. Precoz y duramente aleccionada, instruída en el dolor, en el trabajo y los libros, sagaz y sensible, pero sobre todo muy valiente, con una voluntad de hierro, tomó sobre sí a su madre y tendió los brazos al destino hasta arrancarle un puesto honroso donde cupiesen las dos.

Sin otras recomendaciones que su presencia y sus méritos, entró de mecanógrafa en la casa Arráez (Madrid, Sevilla, Bilbao), mercaderes, banqueros y especuladores a la americana, verrugos a la española, enriquecidos fabulosamente por la guerra, capaces de traficar con todo lo humano y lo divino. Como Belén poseía, de su rudo aprendizaje en París, conocimientos mercantiles y de idiomas, formalidad e ilustración superiores a sus veinte primaveras, amén de su gracioso palmito y su arrogancia de mujer, pronto subió como la espuma.

Era gerente de la Casa aquel don Dimas Arráez, hombre de presa pero fino y flexible como un guante, agiotista con humos de sociólogo, acaparador y usurero con presunciones de filántropo. Hecho a conocer a las gentes para saber explotarlas, advirtió al punto las cualidades peregrinas de la gentil mecanógrafa.

Un día la llamó a su despacho.

—Señorita, ¿cuántos años tiene usted?—la preguntó sin mirarla, con el semblante lampiño, muy a lo yanqui, fijo en los papeles de su escritorio.

—Voy a cumplir veintitrés—respondió la moza, con la voz muy firme y la cara llena de sorpresa.

—Es admirable—repuso él, mirándola entonces por encima de sus gafas azules—, ¡verdaderamente admirable!

—¿Por qué?—dijo ella con sequedad, apercibida contra todo galanteo.

—Cuando a los veintitrés años se vale lo que vale usted, se puede llegar muy lejos...

—Señor—interrumpióle vivamente—si no tiene otra cosa que decirme, le pido licencia para retirarme.

—¿Cree usted, señorita, que se lo digo por su linda cara? A mí eso no me interesa...

La pobre chica se quedó pegada a la pared.

—Me refiero—prosiguió Arráez—a su inteligencia, a su iniciativa, a su capacidad de organización y de trabajo... Usted no es una muchacha como las demás. Usted, a pesar de su sexo y de sus pocos años, es una fuerza.

—Muchas gracias, señor; yo no valgo nada.

—Déjese usted de humildades. La modestia es un estorbo en la vida. Hay que estar seguros del propio valor para cotizarlo, para que produzca todo el rendimiento posible... Sobre este particular yo tengo mis ideas, una especie de filosofía crematística muy útil para todos los negocios de este mundo... Pero no la he llamado a usted para filosofar. La he llamado para decirle que estoy, verdaderamente, muy satisfecho de sus servicios, y que a partir del mes que viene tendrá usted dobles honorarios... ¡Oh, nada de gracias! Aquí no se asciende a nadie por su cara bonita. Yo hago siempre las cosas con mi cuenta y razón...

Poco a poco la fué relevando de todo humilde menester e instruyéndola en los más íntimos de la

Empresa, en los secretos resortes del arte universal de hacer fortuna a costa del prójimo. Y aunque Belén tenía muy otra vocación y sentimiento, a los pocos años de estar allí dominaba, mejor todavía que su jefe, todo el misterioso engranaje de aquella máquina de producir millones. Harto más lince y espiritual que Arráez, fué su brazo derecho, su comodín, su factotum. Muchas veces una sencilla advertencia, una oportuna indicación de la joven iluminaron al rey de oros en sus turbias combinaciones económicas.

Pero en el fondo de su corazón la buena moza no estaba conforme con su papel en casa de Arráez. Cuanto veía allí (no hay peor escuela para un pobre que las casas de los ricos) la encendía la sangre y las ideas, desde su más tierna juventud ya soliviantadas y rebeldes. Y en más de una ocasión, abdicando de su modestia habitual, atrevióse a levantar el gallo delante de su dueño.

—Veo con gusto, señorita—la dijo Arráez muy sonriente—que, aprovechando mis lecciones, comienza usted a cotizar sus fondos, ya sin el lastre de su antigua humildad. Y pues viene muy a cuento, voy a darle otra pequeña lección... sacada de mi manual crematístico... Fíjese usted, joven. La vida, verdaderamente, es una pura matemática. Todo en el mundo se reduce a cifras. Cada persona es un número. La mayoría, son ceros. El cero es universal; el cero es el vulgo, la gente, la multitud, la masa. Las otras cifras son la selección, la *élite*, la minoría, los hombres superiores. El ser uno ya es algo excepcional. Ser como nueve sólo está reservado a la locura y al genio. Pero el valor de cada número es siempre relativo. Las cifras aisladas representan poco. No suben de valor sino colocándose bien junto a las otras. He

aquí el sentido económico y social de la cooperación humana... Pero como nadie se conoce a sí mismo, cada número, el cero sobre todo, tiende a ponerse en primer término, con lo que él se anula y fastidia de paso a los demás. El arte de vivir consiste, pues: primero, en conocer lo que uno vale; segundo, en saberse colocar. Por ejemplo: supongamos que Fulano vale como tres. ¿De qué le sirve ese bonito valor si lo desconoce y deja, por modestia, que se le ponga un cero por delante, o pretende, por orgullo, estar solo o preceder a quienes valen más? Hombres he conocido yo que valían por cuatro o cinco y a fuerza de consentir ceros a la izquierda acabaron por convertirse en ridículas fracciones. Otros en cambio, que valían muy poco, supieron situarse tan discretamente que participaron de sumas fabulosas. A una simple unidad, si tiene sentido común, le bastan otras dos para subir a más de cien. Y aun hay ceros muy listos que sin salirse de su vulgar condición, con sólo arrimarse a la derecha, logran hacer millones... Yo espero, señorita, que no se le olvide esta pequeña lección. Ya que ha tenido usted la fortuna de colocarse bien, aprenda a conocerse para no pecar de modesta ni de sobrado ambiciosa. ¿Me ha comprendido usted? A mi lado, verdaderamente, aprenderá usted mucho. Pero basta por hoy. Puede usted retirarse...

No cayó en saco roto la lección. Desde aquel día Belén se mantuvo en su sitio, fiel a ese justo medio donde están la virtud y la dignidad. Cada vez más ducha en conocerse a sí misma y en conocer a su jefe, se hizo la indispensable en la Casa, tuvo un gran sueldo, un pisito muy alegre en la glorieta de Atocha, frente a la estación, muchas comodidades y no pocos pretendientes, uno de ellos Albarra-

cín, que era ya interno en San Carlos. Mas a todos los dió sendas calabazas, pues a fuer de previsora, de seriecita y honesta, no quería novio sino para casarse, y ella pensaba, por recelo del mundo y de los hombres, no casarse jamás. Y eso que entonces, a la luz de su naciente fortuna, las cosas del mundo le iban pareciendo mejor.

Empezaba a ser feliz cuando se le murió su madre. Quiso ella morir también. Sola en la tierra, desvaída, y fué su mayor desventura, la poca fe, la leve esperanza que puso antaño en el cielo, ¿para quién iba a vivir y trabajar? Al fin la vida se le impuso y poco a poco levantó la voluntad y la frente con el brío de los veinticinco años, con la aptitud que siempre tuvo para erguirse, como planta cencida, por mucho que la oprimiesen, con el optimismo ciego, exuberante, de las naturalezas robustas, henchidas de fuerza y de salud, enteramente despreocupadas de todo problema metafísico.

Pero conforme crecía en edad y saber, más se precisaban las líneas de su carácter independiente y enérgico, los rumbos de sus ideas y vocación. Ella no había nacido para vivir en aquella actitud humillante, a merced de un amo, a la sombra del becerro de oro, al servicio de una opulenta burguesía que suele ser, con pretensiones de aristocracia, la negación de toda espiritualidad. Belén aborrecía de esas gentes su mal asentado orgullo, su incomprensión, su torpe avidez, su ciego materialismo, la hipocresía, la ignorancia, el amor al dinero y a los goces, el desamor al prójimo. La presencia de Arráez, de aquel truhán de guante blanco, marrullero, flexible, adulador, feliz, con su concepto crematístico de la vida, llegó a serle insoportable. —He aquí un hombre—decía Belén para sus

adentros—que es una paradoja, una sátira de la sociedad en que vive. Corto de luces y de miras, falto de recursos intelectuales, insolvente en lo moral, pobre de espíritu hasta la indigencia, es, con todo, un ilustre millonario. Escéptico, insensible, sin otra fe que el lucro vil, tiene capilla y capellán en su casa, una imagen piadosa en la puerta y vive en olor de caballero católico. Vulgar, taimado, socarrón, sin más cualidades que su instinto de presa y un ligero barniz de cultura y mundanismo, es, sin embargo, una potencia social, un motor de energías y de hombres, una figura insigne de la plutocracia española, uno de esos puntales en que estriban el crédito, el orden y la fuerza del régimen burgués. Nada vale por sí mismo, pero cotiza mañosamente los valores ajenos. Es un cuco y pasa por filántropo. Es un pícaro y se las da de sociólogo. Es un cero a la izquierda—concluyó Belén recordando las teorías de Arráez—un cero a la izquierda que ha tenido la astucia de colocarse a la derecha.

Un día el prócer la llamó a deshora.

—Señorita Belén, ¿tiene usted novio en Madrid?

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque la necesito en provincias. ¿Quisiera usted ir allá?

—Según y conforme.

—Se trata de ir a Andalucía. Vamos a reorganizar nuestra colonia de Aljarafe.

—Mal negocio...

—Eso dicen. Pero ya sabe usted mi teoría: no hay malos negocios... lo que hay es malos negociantes...

—Sin embargo, las acciones de la colonia están por los suelos...

—Mejor. Cuando nadie las quiera las tomaré yo

todas. En mis manos pronto estarán por las nubes. Y habré obtenido con tan sencilla operación unos cuantos millones.

Calló Belén adivinando el mecanismo de esta «sencilla aperación», tan común en el Código penal como entre los hombres de negocios.

—Pero vamos al grano—añadió Arráez—. Acabo de destituir al administrador de la colonia. Lo siento. Es un hombre de bien, pero tonto de capirote. Y los tontos hacen más daño que los pillos... En fin: me urge alguien que no sea lo uno ni lo otro, una persona de capacidad y energía que se ponga al frente de aquella administración; una persona a la vez muy dúctil y sagaz, que sepa hacerse cargo, plegarse a las circunstancias, comprender mis propósitos, desarrollar mis ideas, cumplir mis órdenes ciegamente... y esa persona es usted.

—¿Yo?—dijo Belén suspensa.

—El director de la fábrica, Juan de Monterrey, no sirve para el caso. Es un buen ingeniero, insuperable en orden a la técnica; un espíritu original, un mozo verdaderamente encantador, pero inquieto y desaforado, hecho a vivir como un príncipe, a gastar como un pródigo, a correr por el mundo sin echar raíces en ninguna parte. Ni allí ni aquí tengo quien me pueda valer. No hay hombres. Cada día valen menos y exigen más. Unos por imbéciles, y otros por pasarse de listos, son todos a cual peor. Ha llegado la hora de las mujeres... De las mujeres como usted.

—Yo temo fracasar... Es una empresa muy difícil...

—Más de lo que usted se figura. Todo anda allí manga por hombro. Cabalmente por eso quiero que vaya usted... ¿Fracasar? Usted es una gran organizadora, y la llave del éxito en la vida, en los

negocios, en todas las cosas de este mundo, es esa: organización. No vacile usted. Se le ofrece un bonito porvenir. Aljarafe está a dos pasos de Sevilla. Desde la colonia se ve la torre de la Giralda. Aquello, verdaderamente, es un vergel. A mí los vergeles me aburren, pero como usted tiene un carácter tan romántico,.. Cerca del edificio de la industria, en la quinta de Ruiseñores, viven unas parientas de mi mujer, dos viejecitas muy saladas. Allí estará usted como en su propio hogar, a mesa y mantel, con absoluta independencia, un sueldo magnífico y una participación en el negocio... ¿No acepta usted?

Sí que aceptó. Para ella, perder de vista al señor Arráez, tomar aquel tren que salía todas las noches silbando alegremente casi debajo de su balcón, en la glorieta de Atocha, era una linda novedad. Libre y osada como un gorrión, colgaría su nido solitario donde mejor la placiese. Una hembra de su fuste, acorazada por el dolor y la honestidad, bien podía correr sola por el mundo a su sabor y talante.

Aquellas tierras del Guadalquivir, en las que ponía por primera vez los ojos y el corazón, le parecieron un paraíso. Campos de Aljarafe; quinta de Ruiseñores; florestas de Ginés y de Guzmán; pagos insignes de Mairena, de Castilblanco, de Gelves; huertos, cortijos y lagares de Valencina, de Resolana, de los Almendros y el Laurel, propicios a la dulzura de vivir; naranjos y olivares, generosas vides y doradas mieses, caudaloso río, tierras y cielos de bendición y de paz; todo allí parecía dispuesto para el amor y el júbilo de los hombres.

Mas cuando puesta al frente de la administración de la Colonia vió, dentro y fuera de allí, bajo el cielo más alegre del mundo, en aquellos campos abun-

dosos y florentísimos, gentes en dura servidumbre, sin otra alegría que la del sol que en el verano les abrasaba la piel; hordas famélicas, medio desnudas y miserables (era en el tiempo de las vacas gordas y de los hombres flacos), y sobre todo cuando conoció, al lado de tanta esclavitud y pobreza, tanto egoísmo y codicioso afán, aquél, a costa de muchos, despilfarrar de unos pocos, aquel pueblo infeliz, tan noble, inteligente, sufrido, sentimental y soñador, encorvado en la tierra bajo una nube de aves de rapiña, caciques logreros y acaparadores, intermediarios y explotadores de todo jaez, se le cayeron a la triste las alas del corazón y hubo de comprender al fin, más cruda y gráficamente que en las grandes urbes, cómo siendo el mundo tan ancho no hay en él sitio para todos...

La tragedia del agro andaluz, los latifundios, los cotos inmensos de caza, las tierras incultas, la emigración, el absentismo, las trojes henchidas en espera de un lucro ilegal: cuanto vió en sus excursiones por aquel espléndido país y en la colonia del Aljarafe (centro de industrias agrícolas, base de un monopolio ejercido con puño cruel en muchas leguas a la redonda) concluyó de encenderle la sangre y las ideas, aquellas ideas ya exaltadas por la herencia familiar, por el espectáculo del dolor, el propio y el ajeno, las lecturas, los viajes y el ambiente de nuestro siglo.

El problema social se le impuso a Belén con todo el sentimiento religioso y mesiánico de las gentes de mucho corazón que no admiten o no conocen problemas de orden trascendente; con toda la ciega ingenuidad del que ansioso de fe la aparta de Dios para ponerla en los hombres. Sintió la embriaguez de ese ebionismo comunista, de esa creencia exasperada que empuja a las muchedum-

bres, hambrientas de felicidad, sedientas de luz y de justicia, por los atajos más hondos, con la ilusión de abrir caminos nuevos a una nueva y dichosa humanidad. Convirtióse al cabo a esta oscura y universal idolatría que nos promete el paraíso en la tierra, un paraíso avizorado entre las brumas del porvenir por las ardientes imaginaciones apacentadas en el ensueño de la Edad de Oro...





III

Sigue la historia de Doña Belén.



IENTRAS estuvo en Madrid, en el despacho suntuoso de Arráez, absorta en su labor junto al bufete, veía los negocios en abstracto, reducidos a cifras. Allí los hombres eran números. Y los números son poco elocuentes para las imaginaciones románticas.

Pero en aquella colonia, en aquel campo de experiencia, todo era concreto, vivo y sensible, todo tenía voz y virtud de humanidad. Allí las cifras eran hombres, los números eran carne y sangre, el capital era trabajo, el lucro esfuerzo angustioso, lágrimas y sudor.

Porque la tal colonia, con humos de progreso y

altruísmo, era a la postre un monopolio agrícola, una explotación industrial y un acaparamiento mercantil. Sobre la base de una gran fábrica de harinas y de aceites, la astucia económica del millonario, tan frío de corazón, tan seco de mollera para las cosas ideales como sagaz para las útiles, las positivas y prácticas, supo sin arriesgar de su peculio, con sólo emitir unas acciones, fundar un sindicato fabril, una especie de *trust,* de esos de estilo americano, que en poco tiempo absorbió los pequeños capitales, arruinó a los humildes terratenientes, puso la ley a patronos y obreros, a productores y consumidores, remató cortijos, fábricas y olivares, para caer al fin, por virtud de ingeniosas combinaciones financieras, en las uñas de Arráez, tan bien afiladas y bruñidas al efecto merced a su natural previsión y a los buenos oficios de una discreta manicura.

No hubo señor feudal ni rey absoluto ni cacique moderno que ejerciera sobre sus vasallos el imperioso dominio que aquel hombre de negocios ejercía sobre las gentes del Aljarafe. Desde su casa de Madrid él determinaba la cifra de producción, los precios de compra y venta, los beneficios, los salarios: tenía a su merced los hombres y las cosas. No llegaba ciertamente al poderío de esos reyes de oros de más naipe a cuya férrea voluntad están sujetos en Yanquilandia millones de hombres y de dólares, pero bien pudo codearse con el más astuto de los reyes de taifas en tierras del Guadalquivir...

Ganas le dieron a Belén, al advertir estas cosas, de renunciar a todas las ventajas de su brillante posición en el *trust.* Poner sus aptitudes al servicio de una empresa tan ruin, participar por ambición de un negocio inmoral, ser instrumento complaciente de los propósitos del logrero, le parecía

a la joven hacer traición a su conciencia y a la memoria de su padre, aquel romántico inflexible que supo tirar por la ventana sus estrellas de coronel y morir pobre y oscuro, como soldado raso de su ideal...

Para colmo, la quinta de Ruiseñores, donde tenía Belén su alojamiento, por no decir su prisión, era algo así como un jardín zoológico. En vez de ruiseñores había allí dos cacatúas (las dos parientas de la mujer del fariseo), una cotorra (que era el ama de llaves) y dos lechuzas (la cocinera y la doncella): todas «mocitas viejas», beatas, chismosas, entremetidas, ignorantes, roñosas, desapacibles, secas de rostro y de corazón, rudas de genio y de mollera. Y no hay que decir cómo caería Belén, que era una garza real, en medio de tales pajarracos.

Mas no todos eran allí de tan desagradable estampa y condición. Alguien había en la colonia que desde el primer encuentro logró interesar a Belén y la retuvo en Aljarafe y la hizo más llevadera la pesadumbre de su moral esclavitud.

Duro y tallado como un mármol, esbelto y flexible como de acero, fuerte y garboso como un púgil, fino y arrogante como un gran señor; derribados los hombros, la cabeza altiva, espaciosa la frente, negrísimo el cabello, todo peinado hacia atrás; moreno y afeitado el rostro, la nariz aguileña, los ojos entre verdes y azules, carnosa la boca, viva y profunda la expresión, era Juan de Monterrey, el ingeniero de la fábrica, un mozo andaluz, rico, elegante, disipador, impetuoso (a los veintisiete años ya el mundo le parecía estrecho), amante del peligro, apasionado de las mujeres, hábil en juegos y deportes, ducho en industrias y negocios, amigo de toda novedad, pero en nada

constante ni seguro, consumido siempre por una aguda inquietud, por un deseo frenético de agitación y de mudanza.

Cosmopolita, aventurero, de noble estirpe sevillana, pero recriado en América (donde su padre, famoso calaverón, negociante fallido, prócer con ribetes y puntas de truhán, logró rehacer su vida y su fortuna), quedó huérfano muy mozo, corrió a sus anchas por el mundo, derritió la fortuna de su padre, metióse en empresas fabulosas, tuvo suerte, volvió a España, se hizo ingeniero en Madrid, vivió en Sevilla como un príncipe, montó la fábrica de Aljarafe y al frente de ella estaba a la sazón, pero ya aburrido y deseando levantar el vuelo, su vuelo de águila caudal, en busca de otros horizontes.

La singular presencia de aquel mozo, cuyo don de gentes, cuya arrogancia viril ejercían sobre las hembras una atracción irresistible, sedujo a Belén desde el primer instante. Mas reflexiva y cautelosa, recia de dignidad y de amor propio, guardóse muy bien de revelarlo, y puso entre los dos, como un escudo, su voluntad de hierro, amén de sus ideas, valientes y agresivas como espadas.

Pero esta marcial actitud, lejos de contener al joven y fogoso caballero, con más fuerza espoleó sus ímpetus. Prendado de Belén, desde el punto y hora en que la vió, aprovechaba cuantos ocios tenía, y eran muchos, para venir a guerrear con ella, absorto al descubrir cualidades tan peregrinas en una muchacha de sus años y condición; aunque le daba grima, a él tan satisfecho de su fortuna y encantado de vivir, que una moza tan arrogante y hechicera echase por esos trigos de la plebe comunista y revolucionaria.

—¿Es posible—la decía, devorándola con los

ojos—que una mujer de buen linaje, delicado espíritu, gustos selectos y cultura nada vulgar, siga los pasos de la chusma? ¿Cómo puede usted resistir el mal olor de esa gente, su grosería, su ignorancia, sus instintos feroces, su ingratitud, sus arrebatos de servilismo y crueldad?

—Si a todos los hombres—respondía Belén—se les juzgase, no por sus virtudes, sino sólo por sus defectos, sería difícil precisar dónde empieza y dónde acaba la «chusma» ¡He conocido por esos mundos, con ser yo tan joven, tantos caballeros de blusa y tantos villanos de frac!

—No lo dudo. Pero aunque el pueblo fuese un dechado de virtudes, y aunque todos nos empeñásemos en hacerle feliz... ¿cree usted que lo conseguiríamos?

—Bastaría, no con hacerle feliz, sino con no degradarle.

—¿Cree usted que los ricos degradamos a los pobres?

—No pocas veces. Hay tantas maneras de envilecer a los humildes...

—Pobreza no es vileza.

—Pero injusticia, sí.

—¿Cómo evitar la injusticia, la desigualdad ni el dolor ni otro ninguno de los males vinculados a nuestra propia naturaleza?

—Según ese argumento, que es el de todos los que van a gusto en el machito, cuando le duele a usted una muela no debe ir a casa del dentista: debe usted aguantarse, porque el dolor de muelas está vinculado a la naturaleza humana.

—Lo que yo no haría—repuso el mozo riendo—es ir a un sacamuelas que, en vez de sacarme la que me doliese, apelara al procedimiento radical de arrancarme toda la dentadura.

—Podría ocurrir que toda ella estuviese picada..., aun cuando usted no lo creyera así.

—Total: que hay que meter el gatillo a los burgueses y sacarles hasta los raigones... ¿No es cierto, doña Belén?

Al decirla tal, en tono de chunga, cariñosa y maliciosamente, no pensaba entonces el ingeniero que este *doña Belén* hubiera de ser más adelante una bandera de guerra, un toque de clarín, un rojo cartel de desafío.

—Burgueses o no—insistía Monterrey—, todos los hombres estamos sujetos a las leyes naturales. El dolor es una función de la sensibilidad, un hecho inherente a la organización de los seres superiores.

—Desengáñese usted—porfiaba la moza—a curar nuestros males, a enmendar las leyes de la Naturaleza están llamados la civilización y el progreso, la cultura social...

—¿Pero es que la civilización nos hace más felices?

—Esta de ahora, no, porque la rigen los privilegios del capital, el monopolio de la tierra, un bárbaro industrialismo, una codicia desenfrenada... Pero, ¿no concibe usted una sociedad justa y amorosa, donde todos trabajen sin dolor ni esfuerzo, con salud y alegría, libres e iguales en la tarea común? ¿No concibe usted la tierra convertida en un inmenso jardín lleno de flores, de aire puro, de limpias y felices moradas en las que nunca falten el pan y la sal, el agua y la luz, los placeres del cuerpo y los del espíritu?

—¡Vamos, una sociedad cooperativa de ángeles, una colonia agrícola administrada por San Isidro Labrador, una compañía de seguros sobre la... felicidad humana! ¿Cabe mayor ingenuidad? ¡Ay,

amiga mía! Las civilizaciones, las formas sociales no se pueden confeccionar ni elegir a gusto de cada parroquiano, como los vestidos o los sombreros... Son aquéllas algo tan fatal, sujeto a leyes misteriosas, como las revoluciones de los astros. A la humanidad no se la detiene con dulces caramillos ni con infundios sociológicos; sigue su evolución, determinada por multitud de factores, sin el dominio de sus propios actos, a compás de la Naturaleza. Cada pueblo, cada sociedad, cumplen su trayectoria, obedientes a la fuerza de impulsión que los conduce y obliga a través de lo desconocido, en medio de azares y circunstancias que sobrepujan a toda profecía. Nuestra civilización actual no es obra de millonarios ni de pícaros burgueses, aunque ellos sean los elementos dominadores, sino el fruto (podrido, si quiere usted), pero fruto natural de los descubrimientos de la ciencia, de una concepción mecánica de la vida, que da por resultados (calamitosos, si usted quiere) el desarrollo industrial, la competencia económica, la lucha de pueblos y de clases, el monopolio de la tierra, la congestión de las grandes urbes... Y ese jardín de deleites que usted supone en el porvenir, no han de plantarlo las manos de los apóstoles socialistas, sino, por ventura, otros nuevos descubrimientos de la ciencia que nos permitan holgar y recrearnos como Adán y Eva en el Paraíso... Pero yo no sueño, como usted, con paraísos en la tierra. Me aburren los paraísos hasta en sueños. Y en cualquier edén no faltaría una serpiente para destruir nuestra felicidad. Esto es lo humano y es lo eterno. Por otra parte, ¿qué felicidad sería ésa, tan desabrida y tan ñoña? ¿Podrían vivir un hombre como yo, una mujer como usted, sin los acicates de la lucha, sin los estímulos y aguijones de una

actividad libre y osada, sin los placeres del triunfo como corona del esfuerzo?

—Hay más trabajos alegres, fecundos y saludables por realizar en la tierra que esfuerzos angustiosos e inhumanos. La vida no obedece, como usted afirma, a una ciega fatalidad que perpetúe los dolores en el mundo. La vida es siempre como nosotros queremos que sea. Nosotros formamos la sociedad, erigimos la civilización, creamos sus leyes, instituciones y costumbres. El que prefiere, como suele decirse, «lo malo conocido a lo bueno por conocer», que con su pan se lo coma...

Monterrey miraba sorprendido a la muchacha. En ninguna de cuantas mujeres conociera vió jamás un tan resuelto carácter, una minerva tan cultivada, un ingenio tan agudo, una tan honda sinceridad y energía.

—Es mucho hombre esta mujer—pensaba el mozo, recordando una frase célebre. Y ello le enfriaba un poco el corazón, hecho a buscar y perseguir en la mujer a la hembra.

Y aunque hembra había, y de las de rompe y rasga, muy en el fondo de la robusta naturaleza de Belén, y aunque esta hembra sentía cada vez más el recio atractivo de aquel gallardo varón, pugnaba la mujer, recio su escudo, pero en sorda lucha con todos sus afectos interiores. Permanecer allí, doblemente asida a los reclamos amorosos, a los disfrutes de su privilegiada situación en el *trust*, era como vender su conciencia, renegar de sus más altos ideales. Dimitir su puesto era, quizá, volver a la miseria de antaño, renunciar tal vez para siempre a la fortuna y al amor...

Dejando al tiempo y al azar—ella tan valerosa y decidida—la conclusión del áspero dilema, se refugiaba en su escritorio, donde al frente de un nu-

meroso personal, dócil al suave imperio de la joven, había en pocos meses desbrozado la oscura administración de la colonia. Y tal maña se dió que no hubo nunca en Aljarafe hombre tan popular y tan bien quisto como lo fué, por patronos y obreros, aquella dulce y enérgica mujer.

Pero conforme ahondaba en los secretos del *trust*, mayores eran su indignación y repugnancia.

—¿Lo ve usted?—le decía al ingeniero, procurando ella siempre desviar con discusiones económicas la inminencia de su conflicto interior y los ímpetus del buen mozo—. ¿Qué razones podrán desmentir la elocuencia de estos números? He aquí el balance general. No lo harían mejor si llevasen sus cuentas los salteadores de caminos. Las ganancias suben. Pero las acciones bajan. ¿Por qué? Porque hace mucho que no se reparten dividendos. Porque a nuestro magnífico Arráez, que ha fundado un espléndido negocio a cuenta del país y con el dinero de los accionistas, le conviene desvalorar esas acciones para rescatarlas él y alzarse con el santo y la limosna. Es decir: que una empresa cuyo valor es de millones, cuyos millones se crearon con el ingenio de unos, el sudor de otros, la ruina de muchos y el esfuerzo de todos, va a parar a las manos limpias de un señor que no ha puesto aquí ni inteligencia, ni trabajo, ni siquiera capital, sino astucia y mala fe... ¡Y luego dicen de los señores feudales! ¡Y luego dicen de los anarquistas!

—Desde el punto de vista moral—repuso Monterrey—tiene usted razón. Pero una cosa es la moral...

—Y el negocio es otra cosa. Ya lo sé.

—No habla aquí el negociante, habla el ingeniero. España es la reina de los mejores y más co-

piosos olivares del mundo. Sin embargo, el aceite español, por su mala calidad, no podía competir con el italiano, y menos con el francés, tan exquisito de sabor, de finura y transparencia. La apatía, la incultura y, sobre todo, la escasez de medios económicos, hacían harto deficientes aquí la recolección, el entroje, las moliendas del fruto, la depuración y los trasiegos del caldo. Pues el *trust* ha venido cabalmente a redimir a esta industria nacional, poniendo nuestras fábricas al nivel de las mejores de la Costa Azul. Ello representa un progreso enorme. ¿Que hubo algunas víctimas? Todo progreso se hace a costa de los antiguos y pequeños intereses creados. Pero el arriero no tiene razón contra el ferrocarril, ni la diligencia contra el automóvil, ni el buhonero contra el bazar, ni el jabegote contra la barca de motor... ¿Podrían nunca nuestros humildes cosecheros obtener los adelantos agrícolas e industriales, montar esta soberbia instalación de prensas hidráulicas, secadoras, trituradoras, filtros, cámaras frigoríficas y aparatos de toda especie que yo he puesto en acción gracias a los millones del *trust?* ¿Hubieran podido juntarse estos millones sin el crédito, la iniciativa, las ideas dinámicas de Arráez?

—En un estado comunista, sí. Pero aun con el propio régimen burgués, ¿no hay formas de asociación más generosas, no hay sindicatos populares?...

—¡Ay, amiga mía! En el terreno económico, las ideas más generosas, los sentimientos más cristianos son incapaces de crear lo que en un momento, con su clara y fría decisión, crea un Vanderbilt, un Cecil Rhodes, un Hugo Stines... La era industrial presente, regida por leyes económicas mucho más duras que los antigos déspotas, rechaza los ideales

de la muchedumbre, desborda los ensueños pueriles y niveladores del paraíso terrenal... Vamos de espaldas a la edad de oro, hacia una edad de lucro, de competencia, de osadía, de exasperado trajín, de orgullo vital, de temeraria expansión... El porvenir no es de los apóstoles; el porvenir es de los césares. Pero los césares de este siglo no esgrimen la espada caballeresca, sino la pluma estilográfica; no tienen legiones, sino recursos financieros, y escriben sus *Comentarios* al margen del libro Mayor... No le pese a usted. Una individualidad como la suya no es para sujetarse a un falansterio. Usted es de la casta de los fuertes. Aquí mismo, a la sombra del *trust*, puede usted, en pocos años, hacer una fortuna...

—¡Yo no quiero hacer fortuna a costa de los miserables!—contestó Belén como quien da una bofetada...

Por mucho que las ideas apartasen a los dos, les acercaba un mutuo sentimiento. Por primera vez en su vida no desagradaron a la adusta huérfana los galanteos de un hombre. Queríale ya Belén con todos los bríos de su juventud solitaria, de su corazón hervoroso, tan inflamado siempre en el amor a la humanidad. Pasábase las horas muertas charlando con Monterrey; sentía una vivísima fruición al escucharle, aunque sólo fuese para contradecirle y «apabullar a los pícaros burgueses».

—Yo no soy un burgués—decía el mozo levantando con orgullo su altiva cabeza aristocrática—. Para mí el dinero sólo es un medio, no un fin. Me gusta, como me gusta la vida, como me gustan todas las cosas: por el placer de derrocharlas... Desde muy niño voy por el mundo con las manos abiertas... lo mismo que el corazón. Tengo un poco

de artista, otro poco de ingeniero, algo de prócer, algo también de pícaro, mucho de romántico, y sobre todo de bohemio, de vagabundo, de nómada... Ni tanto así de burgués... Amo la vida al azar, amo la lucha, la emoción, el vértigo, la audacia... Por eso yo no maldigo como usted la Civilización presente, que es energía, peligro, velocidad, tensión, embriaguez, ansia del espacio y del tiempo, codicia del más allá... El frenesí brota de nuestro siglo como el rayo en la nube de altos potenciales... Nunca se vivió con tan apasionada voluntad, con una conciencia tan enorme de la vida. ¿Qué importa que no seamos felices? Sufrir es saludable. El hombre, por lo que tiene de animal, necesita del látigo. Nada nos enerva como el ser dichosos. Déjese usted de paraísos comunistas, de esas beatitudes ramplonas que, en caso de realizarse, había de ser a costa de un estancamiento universal...

Hablaba Monterrey con una voz muy dulce y varonil, con plástica y nerviosa elocuencia henchida de fuego interior, pero no libre de esa petulancia de los buenos mozos acostumbrados a hacerse escuchar de las mujeres, a dejarse querer. Exaltado y a la par escéptico, fatalista y alegre, pródigo y rapaz, tenía la virtud magnética del hombre de emoción hecho a tomar la vida como un juego peligroso, como una aventura temeraria.

—Pero la verdadera civilización — contradecía Belén—excluye el azar, atenúa el riesgo, amortigua el dolor, encadena el rayo de las nubes y el frenesí de los hombres. ¿Tan absurdo le parece a usted un estado social en que, dueños de todas las fuerzas naturales, sustituyamos la abundancia a la miseria, la cooperación a la lucha, el interés común al egoísmo individual?

—He ahí el error. Creer que resueltos los problemas económicos sería el mundo un edén. Cuando no hubiese problemas «de primera necesidad» se alzarían otros, agudos, apremiantes, irresolubles, más trágicos aún: los problemas del sentimiento, de la voluntad y de la conciencia... Saciados los apetitos materiales, no lograríamos sino cambiar de dolor, hacernos más sensibles al daño físico, al sufrimiento moral y a la angustia metafísica... Ello es irrevocable: cada dolor evitado, cada apetito satisfecho, nos pone enfrente nuevos dolores que evitar, nuevas ansias que satisfacer...

—Entonces—replicó la moza, despechada y triste, mirando más a su corazón que a sus ideales—, ¿todo el que aspira a la felicidad es un imbécil?

—¡No!—repuso con ímpetu Monterrey—. Dejar de aceptarla sería renunciar a vivir... Y nadie como yo ama la vida, nadie apetece tanto la felicidad... nadie la vió tan cerca, tan hermosa, tan deseable como la veo a usted...

Diciendo de esta suerte, cada vez más juntos y derretidos, tomó sus manos, las estrechó con ansia, vibrante de emoción y de codicia.

—No tan cerca...—repuso Belén, apartándole con melancólica dulzura—. Por muy cerca que usted me mire... ¡estamos los dos tan lejos!

—¿Por qué? Si usted sintiera como yo, no hablaría así. Nada acorta las distancias, nada funde los ideales como el amor... que es la felicidad, la única posible en este mundo, la única que nos brinda los goces del paraíso, la única que vale la pena de vivir, de sufrir y de morir...

Por los ojos grandes y claros de Belén cruzó un relámpago de pasión y alegría. Sintióse arrebatada por un impulso ciego, a la merced de aquel hombre, loco ya de impaciencia y de avidez, que

la envolvía desatinadamente con sus ojos, con sus palabras, con sus brazos, con su imperiosa voluntad...

—¡Y yo la quiero a usted con todo el hambre de amor, con toda la sed de felicidad que hay en mi alma... y en la suya!

Retrocedió Belén. Seguro ya el buen mozo de su victoria, quiso precipitarla con los brutales ímpetus del fuerte acostumbrado a despreciar la resistencia de los débiles. Pero bastó su actitud para que en el alma de la buena moza se irguiese hostil la voluntad no menos resuelta que en él y habituada a rechazar abusos y galleos de los fuertes.

—Gracias, no tengo sed—le espetó briosa, desafiándole con la ironía de sus propias palabras.

—¿Tanto le asusta el amor?—repuso desconcertado Monterrey—¿tiene usted miedo de la felicidad?

—Usted lo ha dicho: dejémonos de felicidades ramplonas que, en caso de cumplirse, habían de ser al precio de un futuro dolor.

—No sea usted cruel...

—No sea usted inconsecuente.

—¿A qué sufrir cuando podemos ser felices?

—Sufrir es saludable... ¿no? El hombre, por lo que tiene de animal, necesita del látigo... Ya ve usted que no echo en saco roto sus lecciones...

Y le volvió la espalda.

Mas no era hombre Monterrey capaz de abandonar así lances de amor o de fortuna. Más irritado y codicioso cuanto mayores eran el riesgo y dificultad, cambió al punto de esgrima, pronto a los más vivos combates con tal de rendir los duros aceros de aquella brava amazona, sospechando él también, y era en efecto así, que, con todos sus humos y sus moños, ya estaba herida de amo-

res, y de bastante gravedad; que, aun peripuesta con tan flamante arnés, tenía ya clavado el rejo en las entrañas.

Pero ocurrió por aquellos días, los más azarosos de la crisis agraria en tierras andaluzas, que por desafueros de un capataz—la peor cuña es la de la propia madera—hubo un tumulto en la colonia.

Intervino Monterrey, que tenía también muy ásperas razones con los obreros, y, como estaban los ánimos encendidos, estalló la huelga en el campo.

Desde las ventanas de su escritorio veía Belén el espectáculo emocionante de aquella plebe andrajosa y famélica pidiendo por los caminos un pedazo de pan, mientras en los depósitos de la fábrica se desbordaban el trigo y el aceite, ocultos bajo siete llaves por el ingenio acaparador, rebelde a toda ley, del amo de la empresa.

Una mañana, ya habían pasado muchos días sin que la joven viese al ingeniero, entró en el escritorio un buen golpe de campesinos.

—Señorita—dijo un mozo muy terne que llevaba la voz—. Se ha declarado la huelga y venimos a pedir su ayuda. Sabemos que usted vale mucho y que tiene además un gran corazón, amigo de los pobres. Los obreros de la fábrica han parado ya.

Belén se levantó de su asiento y abarcó de una mirada febril y escrutadora aquel grupo de hombres cetrinos y melancólicos. Por las ventanas abiertas se veía en el campo una multitud silenciosa.

—Ya sabe usted, señorita—repitió el campesino con tristeza—, que no hacemos esto porque sí..., que nos sobra la razón.

—Sí—repitió como un eco otro de los huelguistas—, nos sobra la razón...

—Y además—añadió otro—tenemos hambre.

—¡Señores!—dijo Belén con voz firme a los empleados de la oficina—. Dejen ustedes el trabajo. ¡Todos a la huelga!

Al conjuro de aquella voz, imperiosa y dulce, de mujer, todos los empleados cerraron sus pupitres y se unieron a los huelguistas.

Ya iban a salir cuando entró Monterrey en el despacho.

—¿Qué es esto?—preguntó sorprendido, con una lumbre de cólera en los ojos—. ¿También ustedes se van?—Y miró a Belén ansiosamente, como requiriendo su ayuda.

En el alma de la intrépida moza se riñó una batalla brevísima y cruel. Vaciló un instante, pálida de emoción, a punto ya de «pasarse al enemigo», al hombre a quien amaba todavía...

Pero algo más fuerte que la pasión, más noble que todo interés personal, la empujó por fin hacia la puerta.

—Sí—dijo sin perder su resolución—, nos vamos todos.

—¿Usted—repuso el ingeniero con voz sorda, estupefacto y palidísimo—, usted también? ¿es posible?

—Sí—repitió con ímpetu, mientras el alma entera se le desgarraba al decirlo—. Me voy con los que tienen hambre y además tienen razón.

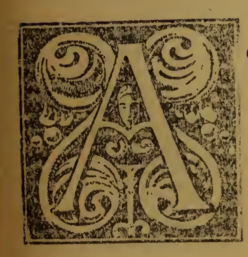
Y sin mirar al buen mozo, harto más triste y desolada que él, marchóse para siempre de aquella casa donde tuvo a su alcance el amor y la fortuna.

Y entonces pensó, no sin orgullo, que también ella, como su padre, el viejo coronel, «había tirado las estrellas por la ventana»...



IV

Un matrimonio pintoresco.



quel episodio singular fijó su vocación y su destino. Pocos años más tarde, cumplidos los treinta y tantos de su edad, Belén, la antigua mecanógrafa, la gentil empleada de la oficina burguesa, era ya *doña Belén* el ídolo de las muchedumbres, la famosísima apóstola, piedra de escándalo y de lumbre en todas las tierras y ciudades de España.

Ella fué quien, primero en los campos de Andalucía, luego en los castellanos, propagó el comunismo, fundó las sociedades agrarias, echó en las glebas ardientes las semillas de rebelión; ella fué la que un día, capitana de un ejército de campesinos, trató, de potencia a potencia, con jueces y

alcaldes y gobernadores civiles, e impuso condiciones a los ministros del rey; ella, en fin, la que sin temor a cárceles ni destierros, sin miedo al odio ni al ridículo, con el tesón, la fortaleza y apasionada temeridad que tienen las mujeres cuando se aplican a exceder a los hombres, anduvo por todas partes, en Madrid, en provincias, en la ciudad, en el campo, en los distritos mineros y fabriles, donde quiera que hubiese injusticias que perseguir, tuertos que enderezar y deudas que satisfacer, aunque ello fuera no pocas veces al modo quijotesco, dejando las sinrazones tan vengadas como aquella de Juan Haldudo el rico, el vecino de Quintanar...

Con todo, no podían negarse, aunque se las negaba mucha gente (pues era tan aborrecida de unos como adorada por otros), las virtudes de aquel idealismo quijotil que impulsaba a la intrépida amazona, su actividad infatigable, su viva elocuencia para encender a las multitudes, su honestidad incorruptible de mujer y de apóstola, todo esto junto, como suele, a una personal ambición, a una sed de dominio, de renombre y de aureolas populares.

Cierta vez, cuando aún no tenía en Madrid la buena y la mala fama que luego llegó a tener, asistía con sus «damas rojas» a una asamblea socialista, cuando se armó uno de esos «belenes» con que los hombres de todos los partidos, rojos, negros o blancos, suelen acompañar sus programas de felicidad universal. Estaban allí, frente a frente, las dos tendencias en perpetua lucha: los partidarios de una prudente evolución, llevada al compás de los tiempos, y los energúmenos que quieren imponer la felicidad a testarazos.

Doña Belén, que andaba por un término medio,

aunque se ladeaba con inconsciente simpatía, como es propio de las hembras en estos casos, hacia los varones de ímpetu y de pasión, cuya actitud es más valiente y gallarda, quiso con su autoridad y elocuencia contener los ánimos de aquella alborotada muchedumbre; pero la disputa se convirtió en tumulto y la asamblea en campo de Agramante. Salieron a relucir estacas y pistolas, sonaron algunos tiros, y a la infeliz doña Belén, cuando bajó del estrado con la ilusión de persuadir a los más belicosos, la atropelló la multitud que galopaba hacia la puerta.

Un brazo roto, una distensión lumbar, amén de muchos cardenales y la pérdida del bolsillo con algún dinero: he aquí lo que sacó la pobre redentora de aquel ensayo general de apoteosis comunista. Lleváronla, desmayada, al Sanatorio Valdés, pues era la fractura de las graves; mas, cuando recobró el sentido, experimentó, en medio de su amargura y quebranto, una cierta satisfacción y embriaguez, la alegría de los mártires de toda causa al sellar con sangre de sus venas su vocación y su ideal.

Y fué precisamente el doctor Albarracín, a costa de no pocos refunfuños y reniegos (pues tanto abominaba de los que se meten a redentores, y más si son del género «ambiguo» y «marimacho»), qnien se encargó de curar y poner en su punto el brazo hermoso y rollizo, el espléndido talle, las opulentas caderas de la amazona.

¡Por cuántos y peregrinos atajos viene la suerte de las criaturas! Solterón y desapacible, solo y aburrido como un cefalópodc, harto de patronas y gente mercenaria, con más necesidad que otros hombres de un régimen doméstico para alivio de su negro humor, de su atrabilis crónica, y aun

para halago de su rutina y sedentarismo, andaba el doctor Albarracín, al friso ya de los cuarenta años, cuando topó de nuevo—¡y en qué circunstancias, vive Dios!—con aquella real hembra de la glorieta de Atocha, la única mujer en el mundo capaz de ablandar y persuadir al duro escéptico y sacarle de su misantropía con solo un guiñar de ojos.

No se le habían olvidado al pícaro doctor la rica hembra ni las orondas calabazas que le dió allá en los tiempos estudiantiles. Así, cuando la volvió a ver, y tan a su sabor, en el lecho del Sanatorio, con aquellas carnes más blancas, duras y bellas que los mármoles, más gallarda y apetitosa que nunca, en la entera sazón de los treinta años, sintió flaquear Albarracín, allá en lo profundo de sus entrañas de hombre chiquitín, pesimista y paradójico, enamorado de la buena moza, si no sus convicciones, porque no las tenía, la tozudez baturra con que alardeaba de no conmoverse por nada de este mundo ni del otro. Y en cuanto vió, además, a la amazona ya convaleciente, salvada por él de quedarse manca, sonriendo a la vida y a la salud, más guapa y muelle con el reposo y la flaqueza, bañada de interesante palidez; cuando vió, en fin, que, a pesar de sus arrojos varoniles, no era un «marimacho» como él creía, sino una fémina de empuje, revoltosa y andariega, pero de mucho corazón y mucho entendimiento, acabó de enternecerse aquel misógino, y un día, sin andarse mucho por las ramas, la dijo de sopetón, fiado al ímpetu de su cirugía de hierro:

—A usted le hace falta un hombre.

—¿A mí?—repuso ella muy sorprendida y sofocada—. ¡Qué disparate! ¡No, señor!

—¡Vaya! No andemos con escrúpulos de monja.

A usted le hace falta un hombre... y a mí me hace falta una mujer.

—Repito a usted, señor Albarracín—le contestó con vivo enojo—, que no me hace falta nadie... Yo me basto y me sobro... Cuanto a lo que usted necesite... ¿a mí que me cuenta usted?

Y le volvió la espalda.

Pero el doctor era baturro y estaba ya acostumbrado a los sofiones de la arisca doncella de la glorieta de Atocha. Volvió al ataque uno y otro día, exasperada con tan dura resistencia su natural testarudez. Pero la moza era también algo baturra y nada menos que Barras de Aragón. Uno y otro día volvió a plantarle sus orondas calabazas al porfiado mediquín. ¿Ella casarse? ¡Bueno fuera! Perder su libertad, su iniciativa, comprometer acaso su misión... Y por aquel renacuajo, tan feo, tan caprichoso, de tan malas pulgas... Cierto que, a la par, era un varón ilustre, el primer anatómico de España, y tenía ingenio, y en el fondo, como todos los hombres que parlan y gruñen mucho, debía de ser un infeliz... Y además la había curado con tanta solicitud... Pero no, casarse, no; ni con él ni con nadie. Ella amaba a la Humanidad, así, con letra mayúscula; pero los hombres, uno a uno, le parecían todos una taifa de bárbaros o mequetrefes...

Así pensaba la amazona, mientras el cabezudo paisano de Marcial, que era también como el poeta bilbilitano, muy verde y socarrón, pensaba de esta otra suerte:—Aquí de mi ojo clínico. No te me vas, picarona. Por mucho que te escurras, ya estás más blanda que una breva. No en vano te he tomado el pulso y te he compuesto ese cuerpo serrano y conozco muchos secretillos de esa reteguapísima persona... Tienes un carácter indómito, un genio

libre y torcaz, unas ideas absurdas, una manía de exhibición... Pero una vez que te cases ya te bajarán los humos. La fisiología manda. Y, si es preciso, yo te meteré en cintura. ¡Yo te amansaré, leona!

—Pero, hombre, ¿no comprende usted—le decía ella, poco más tarde, batiéndose ya en retirada—, que si usted y yo hiciéramos el disparate de casarnos, habría rayos y truenos?

—¿Rayos y truenos? ¿Por qué?

—Porque somos dos nubes de electricidades contrarias. El choque sería fatal.

—¿Contrarias? ¿Usted cree?

—Más no pueden serlo. Usted es un misántropo: a mí me gusta la gente. Usted es un pesimista: yo veo el porvenir de color de rosa. Usted no tiene convicciones; siendo un médico ilustre, no tiene fe ni en la Medicina: yo tengo una fe absoluta en la Ciencia y en la Humanidad. Usted es un hombre sedentario: yo soy una mujer de acción. A mí me encantan las flores, el campo, la naturaleza, los viajes, la alegría de la vida, el optimismo: a usted le aburre y le molesta todo. Hasta en lo físico, en la estatura, somos opuestos los dos...

—Miel sobre hojuelas, amiga mía. Para el matrimonio hay que buscar los caracteres antitéticos. Es un principio de higiene.

—Y una razón de divorcio.

—¿No está el divorcio en su programa?

—En mi programa político, sí.

—¡Naturalmente! Y la abolición de la enseñanza religiosa, del culto eclesiástico, del ejército, de las leyes de propiedad...

—También, también...

—Todo laico, todo civil: desde la escuela al cementerio... ¿No le parece?

—Sí, claro que sí.

—¿Lo ve usted? Ya vamos coincidiendo. Ya hay entre nosotros aproximaciones y contactos...

—Pero fíjese usted que esas coincidencias son en lo negativo...

—No importa. Luego que nos casemos, lo positivo ya vendrá...

Y así sucedió. Y fueron padrinos de la boda el doctor Valdés y doña Rosario de Zárate, una antañona ilustre por su talento y famosa por sus ideas extremadas desde los tiempos de la Revolución. Y los novios pasaron en la Sierra su breve luna de miel.

Breve, sí; porque antes del invierno, y se habían casado en el verano, estalló, después de algunos leves disturbios, una tan furiosa tormenta que hizo temblar todos los cristales, rodar los muebles y caer en añicos la preciosa vajilla de la casa, regalo de la ilustre madrina. Como predijo doña Belén, aquellas dos nubes cargadas de electricidades contrarias, chocaron al fin y hubo rayos y truenos y otra porción de meteoros que convirtieron el nuevo hogar en un báratro formidable. Y una vez declarado el régimen tempestuoso, apenas hubo día de claridad ni de sosiego: por un quítame allá esas pajas, volvían a estallar las voces, las injurias, los portazos y aun los cachetes, en los que el pobre Albarracín solía llevar la peor parte, por ser la amazona de las de pelo en pecho y estar ya a prueba de tumultos, de coces y galopadas.

Lógicamente pensando, no cabían allí más que dos soluciones: el parricidio o el divorcio; pues, para colmo de males, no había el menor barrunto de sucesión. Y como ninguno de los cónyuges, a pesar de sus ideas libertinas, tomó la vía civil, era de esperar que un día, una noche tal vez, dieran

los dos sabroso pasto a la crónica incivil de crímenes pasionales. Pero la realidad de la vida, que tantas veces se burla de la lógica, dió una tercera solución.

Después de aquellos primeros y furibundos choques entre ambos, de aquellas crudísimas batallas de estilo franco-alemán (batallas que para ciertos caracteres son como una necesidad fisiológica), vino a suceder lo que en la guerra europea: los dos briosos púgiles se cansaron al fin; la guerra de movimiento se convirtió en lucha de posiciones, y como las fuerzas de los combatientes se hallaban equilibradas, se impuso la quietud, ojo avizor, en las trincheras y con alguno que otro disparo. Poco a poco, Albarracín, que era a la larga el más flaco de los dos y, pasada la nube, harto sensible a los encantos de la buena moza, comenzó a ceder y su esposa a avanzar, hasta tomarle todas las posiciones. En suma: que Albarracín perdió la guerra; que su mujer, mucho más brava y lista, concluyó por metérselo en el puño, ya con ímpetus, ya con halagos, y ya de allí en adelante reinó la paz, la paz impuesta por el vencedor al vencido.

Y como Albarracín experimentó, a la postre, que aquello era lo más cómodo, que su mujer, en medio de su belicosa actividad, lo era muy de su casa y le trataba a cuerpo de rey, hasta metiéndose en la cocina para aderezarle algún manjar apetitoso, y le daba gusto en esta y otras intimidades, dejábala a su libre arbitrio (y es lo que ella quería) para hacer en todo lo demás cuanto le diese la gana.

Un sólo derecho inviolable se reservó el marido: el derecho del pataleo, es decir, la preciosa facultad de querellarse a todas horas, de gruñir en toda ocasión, de renegar, como siempre, de todo

lo divino y lo profano. La señora le oía como quien oye llover, acostumbrada al zumbido de aquel tonante vozarrón y muy convencida de que, así como los perros ladradores no suelen ser mordedores, los entes como Albarracín, los que alardean de escépticos, pesimistas, misóginos, cascarrabias y maldicientes, son más inofensivos que los otros y mucho más felices también, porque desfogan y alivian el alma como quien se purga el cuerpo.

Así, mientras mejor hallado se sentía en su actitud comodona y más satisfecho de las íntimas excelencias de su mujer, con más furia tronaba contra todas las mujeres, lo mismo en el hogar, que en el café, en la calle y donde quiera hubiese ocasión de glosar a los padres del yermo y a los antifeministas más rabiosos.

—Unicamente al hombre—decía—, que es el más estúpido de los seres de la tierra, se le pudo ocurrir hacer un culto de la mujer y pasarse la vida adorándola bajo todas las formas imaginables, desde la diosa Venus hasta la diosa Razón. ¿Hay nada más feo, sucio y desapacible que una mujer? Considerar hermoso y codiciable un cuerpo desproporcionado y ridículo, de innoble arquitectura y más innoble condición, todo, por lo común, ancas y pechos, tejido adiposo, máquina contrahecha de secreción y fetidez, es la mayor imbecilidad que pudo inspirarnos el Genio de la Especie. Y si además de feas, son, como suelen serlo, tontas y cursis, prosaicas, soberbias, caprichosas, crueles y testarudas, llenas de vanidad y presunción, ávidas de interés y dominio, díganme ustedes a qué viene ese coro universal de alabanzas, letanías y madrigales con que el hombre ha endiosado a su peor enemigo, desde los tiempos de Adán, cuya dulce esposa, por

ser la primera, ya se las traía, hasta los tiempos feministas de nuestro siglo...

—Pero, doctor—le replicaban—, entonces, ¿por qué se ha casado usted?

—Eso me pregunto yo...: ¿por qué hice semejante barbaridad? Vivir es cabalgar en el absurdo... ¿y hay absurdo mayor que el matrimonio, aunque sea civil?... Yo, al casarme, pensaba como el común de la gente; aceptaba la teoría del «mal menor»... ¡Teoría más falsa! Porque la mujer propia no es el menor, sino el mayor de todos los males que le pueden caer encima a un hombre de seso. Antaño, siquiera las mujeres se limitaban a su oficio de odaliscas, objetos de lujo y de placer, matronas y amas de leche; pero hoy ya todas se salen de madre y andan por ahí bulle que te bulle, metidas a bachilleras, a doctoras, abogadas del diablo y campeonas de Barrabás... Son monos de imitación. A ésta, por ejemplo (*ésta* era su mujer), como su padre fué republicano, le dió por lo bolchevique. Si el papá llega a ser carlista... ¡me río yo de sor Patrocinio y de sus llagas!

Y luego de tronar así, el pícaro doctor, desahogado de bilis, tiraba de petaca, y aunque él decía que «el tabaco es un veneno que destruye el tejido vascular y la célula nerviosa», encendía un puro, de los que siempre iba provisto, y se ponía a saborearlo beatíficamente...



V

Julio Roldán.



QUELLA mañana, mientras Albarracín tomaba el tranvía de la Moncloa con rumbo al Sanatorio, doña Belén, muy arrogante con su traje masculino, sus botas de polainas y su chambergo sin pluma, alquilaba un *taxi* en la esquina de San Marcial para ir al paseo del Cisne, donde el hermano de Eugenia tenía su taller.

Sólo en el hogar y a las horas de comer y dormir, salvo rara ocasión o día señalado, convergía aquel «matrimonio a la moderna». El doctor pasaba sus horas en la clínica, visitando enfermos o disputando en el café con todo bicho viviente, y la amazona vivía en perpetua actividad y trajín, em-

bargada por sus misiones y deberes sociales, que no siempre tenían por horizonte la Casa del pueblo ni el apostolado sindical. Porque es de saber que, como en este mundo todos tenemos nuestras paradojas, y las hay de muy distinto calibre y condición, doña Belén, a pesar de sus dogmas comunistas y revolucionarios, que profesaba con entera buena fe, alardeaba al propio tiempo de la hidalguía de su origen, de sus antiguos pergaminos y de sus Barras de Aragón, y le gustaba codearse en los teatros, en los sitios públicos, en los centros de cultura y elegancia, con la gente de «buen tono», cuyos olores eran más agradables a su fino olfato que el acre tufillo de las «masas». Además, cosa también muy femenina, le gustaba exhibirse, llamar la atención, fruir del aura popular que por todas partes le envolvía con odios, con amores y hasta con chungas y remoquetes.

Así, cuando llegó al paseo del Cisne y vió a la puerta del hotel de Julio Roldán una fila de coches, algunos lujosos y blasonados, sintió la apóstola, sin poderlo remediar, una dulcísima emoción.

Era el hotel un palacete sencillo y elegante a la par, de aire mudéjar en la fachada y ocupado casi todo el interior por el magnífico estudio del artista, amén de sus talleres, sus habitaciones de soltero, una azotea y un jardín, desde los cuales se veía el paseo de la Castellana y sus frondosas alamedas. Hijo de un pobre cantero granadino, Julio Roldán había llegado, merced a su temprana inspiración, su arte original y vigoroso, su voluntad de hierro, después de una lucha de titán, a vivir como un príncipe en aquella morada suya, donde algunas veces se dignaba recibir a sus muchos amigos y admiradores.

Al cruzar el primoroso parterre que rodeaba todo

el edificio, hallóse doña Belén con Eugenia, Leonardo y don Augusto Valdés, y juntos subieron al vestíbulo, todo él, como la escalinata y la pérgola del jardín, de azulejos sevillanos.

A la puerta del estudio salió a recibirles el escultor.

Salvo su fortuna y su gloria; salvo las huellas del trabajo y del tiempo, cuyo cincel ya le mordía en el afeitado rostro; salvo las hebras de nieve con que empezaban a ser grises sus ásperos y floridos mechones, no había cambiado gran cosa Julio Roldán desde los años y los tumbos de su larga bohemia, cuando tenía su taller y su hogar en el guardillón desapacible de la calle de Amaniel.

Seguía el escultor, ya en su palacio del Cisne, tan agreste de genio y de razones, tan torvo de miradas y de greñas, tan cetrino, patilludo y soez como en los tiempos en que modelaba a zarpazos la triste *Venus del siglo* XX. Aunque a su tosco natural, enteramente gitanesco y monfí, pero henchido en lo recóndito del alma de geniales y luminosas intuiciones, añadieron los años, merced al angustioso esfuerzo del artista, a su vivir esquivo y solitario, un orgullo tal que le hacía inaguantable aun a sus admiradores más devotos. Cuando arrugaba el entrecejo con aquel su frunce peculiar, cuando erguía su recia y garbosa plebeyez con aires *y* humos de gran señor, había para matarle o para reirse a todo trapo, que es lo que hacía la gente.

Vivía para su arte con despreciativa exclusión de todo lo demás, nunca ocioso ni derramado en placeres, sin otra pasión que la belleza pura, contento y libre en su celibato y sobriedad, muy al revés de su maestro y protector de la infancia, aquel dulce Susillo que en plena cumbre de luz fué despeñado en la noche por el amor a una mujer.

La mujer fué siempre para Roldán, con muy pocas excepciones, lo que fué Loreto Cruz: una modelo, a quien se paga o a quien se burla cuando no se la puede o no se la debe pagar. La ética para él, lo mismo que el amor, se reducía a la estética. Ciertas sonadas aventuras con damas de calidad o de rumbo las emprendió mirando al Arte, para medrar en él con sus favores o estudiar íntimamente la naturaleza femenina.

Muy culto y leído, a pesar de sus groseros modales; fanático adorador de todo lo singular, de todo lo nuevo por descoyuntado que fuere; muy desdeñoso del ayer y ávido del «último grito», con un ansia viva de originalidad y rareza, repartía su tiempo entre la lectura, el taller y los viajes, y cuando le era preciso descansar, bien pocas veces, abría su torre de marfil a todo el mundo y ni aun entonces se relajaba la alta tensión de aquel espíritu genial, extravagante, bellaco, infantil (de todo tenía) siempre curioso y anheloso de horizontes y formas y novedades y experiencias.

Había corrido medio mundo y ensayado todos los medios de locomoción, desde el andar a pie y sin dinero hasta el volar en aeroplano; y cuando ya insigne y rico, pero empezando a ser viejo, pudo establecerse en Madrid tal como había soñado en sus tiempos de heroica bohemia, edificó y aderezó el taller con la magnificencia que le consentían su fortuna y su arte. Severo y grandioso como una capilla de catedral, con alta bóveda y anchos ventanales; sobrio de muebles y tapices, templado de ambiente y de luz, como salón de museo, podía contener holgadamente cuantas obras, algunas de grandes proporciones, modeló en los últimos años aquel artista fecundo capaz de remover montes de arcilla con sus inquietos pulgares.

Aquella mañana parecía el estudio de Roldán sala de exposición en día de apertura. Una heterogénea muchedumbre; damas, políticos, escritores, artistas, curiosos y aficionados más o menos auténticos, discurría en torno a los sostenes giratorios de las *maquetas* y de las obras ya vaciadas en bronce o rematadas por el cincel. Allí, en un pintoresco desfile de esa «gente conocida» que va a todas partes y da materia copiosa para los «ecos de sociedad», se hacían corros y tertulias, se hablaba como en un sitio público, riendo y voceando con la libertad e irreverencia de la gente *bien*, máxime en la casa de aquel ilustre solterón, primero en el dar ejemplo de ordinariez y descortesía.

Era el eje de uno de aquellos círculos, el más numeroso y encopetado, la condesita de los Siete Linajes, «una belleza moderna» que se quebraba de sutil, pero elegante y «espiritual» en su casi desnudo, como una ninfa de Corot, ardiente y flexible como una lengua de fuego. En su rostro bellísimo, todo melindres y arreboles, todo pupilas y ojeras, había esa gracia diabólica, ese esplendor artificial en que suelen coincidir lo sustantivo y lo adjetivo de la palabra cortesana. Le hacían corro unas cuantas damiselas de su mundillo y linaje, siluetas de figurín *au grand air*, y unos pollos aristocráticos siempre a su devoción en las tertulias y deportes. En calidad de gallo estaba allí aquel *don Magnífico*, ilustre sociólogo, académico de Ciencias Morales y Políticas, senador por derecho propio, árcade romano, miembro del Círculo Partenopeo de Nápoles, del Consejo heráldico de Francia, de la Escuela Dantesca de Milán, de la Dáfnica de Aci-Reale, de la Colombaria de Florencia, caballero hospitalario de Africa y de la Gironda, de la República de San Marino, coleccionista de meda-

llas, cruces, collares, placas y botones de todo jaez.

Ante un grupo de escritores y artistas ponía cátedra *Ariel*, un joven intelectual a ratos filósofo, a ratos crítico de arte, que para dar su opinión acerca de la obrilla más baladí siempre se remontaba a Platón y Aristóteles, al *eidos,* a la *entelequia,* al *ethos* y al *pathos,* sin duda para disimular que no tenía opiniones propias ni seguras de nada de este mundo... ni del otro. A pesar de lo cual le oían como a un oráculo y aun le llamaban «maestro», repitiendo a coro sus más triviales sentencias.

Y en otro corrillo de varones graves erguía su redonda y farisáica humanidad el señor don Dimas Arráez, mirando de reojo a las damas, pero en el fondo de su corazón «verdaderamente frito», porque su busto prócer que se exhibía allí entre las últimas obras del escultor, había salido de sus manos «verdaderamente inadmisible», es decir, demasiado manifiesta la natural estupidez del original. ¡Y para colmo, decía, se atreve a pedirme cinco mil pesetas!

En el centro del estudio, a la templada luz que proyectaba la linterna de la bóveda, exponía Roldán la flor y nata de sus obras recientes, cifra y resumen de la última y violenta manera de su arte, barroco, desaforado, ultraísta, pero henchido a la vez de fuerza interior, de pujanza espiritual, de sentido moderno.

Era el del Albaicín uno de esos artistas paradójicos, desequilibrados, insaciables, jamás satisfechos de sí mismos, en lo profundo de su ambición, y que, con todo, afectan exteriormente, más por desprecio de las obras ajenas que por vanidad de las propias, un orgullo sin límites. A tal orgullo se

juntaban en él, de un modo pintoresco, la inmodestia pueril de todo artista y el ingenio hiperbólico de su casta andaluza.

En una ocasión le preguntaba un discípulo, con fisga: —Maestro, ¿quién es mejor, usted o Miguel Angel?— Y respondió muy serio: —Hombre, te diré... Miguel Angel «no estaba mal»; pero el «pobre hombre» se empeñó en ser antiguo, en ser griego, cuando era un italiano de la edad moderna y, ¡naturalmente!, fracasó... Yo, en cambio, tengo conciencia de que soy un tío del siglo XX y español por añadidura...— Otra vez, como le preguntasen con igual malicia: —Maestro, ¿quién es el mejor escultor después de usted?—repuso, entre convicto y guasón: —¿Después de mí? Nadie. Después de nadie... Rodín.

Cuando empezó a beber los vientos de afuera, Roldán evolucionó bruscamente desde la plástica femenina y graciosa de su juventud, reflejo del dulce y apasionado Susillo, a esta moderna furia geométrica, dinámica y futurista, pareja del movimiento científico actual, que tiende a disolver todas las artes en un suicidio de las formas corpóreas, a desbordar la Naturaleza y revertirla al caos, al impenetrable misterio metafísico...

Así, bajo la suave luz de las altas claraboyas, se retorcía en el estudio del escultor un pequeño mundo desconcertado y angustioso, un mundo de irrealidad y pesadilla: plástica informe, violenta, fragmentaria, con pujos de masa arquitectónica o, mejor aún, de geometría multi-dimensional, según las modas del nuevo relativismo; curvas en áspera torsión, formas de amanerada rigidez, conoideas, piramidales, cilindroides, siluetas inverosímiles, figuras truncadas, líneas rotas, cuerpos o, por decir mejor, símbolos y almas de cuerpos, en monstruo-

sas actitudes, como atormentados inexorablemente por una suprema y jamás conseguida aspiración.

Había allí una inmensa espiral de figuras volantes y frenéticas, una ascensión vertiginosa de cuerpos desnudos y alados precipitándose en las fauces de un monstruo, mezcla de esfinge y de dragón, puesto sobre el capitel de una columna que servía de eje y soporte a la espiral: era un proyecto de *Monumento a los mártires de la aviación española.* Había también una especie de esfera armilar, toda poblada de misteriosas alegorías, que rezaba al pie: *La nueva imagen del mundo.* Más allá, como fondo de una figura trágica de mujer, la perspectiva febril de una Sierra (la Ciudad Encantada de Castilla, el bravío Torcal andaluz o el Monserrate catalán), donde las rocas se erguían en inmoble tumulto, en mudo y congelado espasmo, tal como el agua y el fuego las torturó, las desgarró, mordiéndolas y estrujándolas, en las terribles convulsiones telúricas, en la alta noche original, forzándolas, por último, a fingir todas las formas imaginarias o posibles: cuerpos de hombre y de mujer, faunas y flores peregrinas, urbes, castillos, monstruos, anfiteatros, catedrales...

—¿Por qué—decía Roldán a gritos—no puede un escultor reproducir todas las formas de la Naturaleza y del Ensueño con la misma libertad, con una materia todavía más imponente y sensible que los pintores, los arquitectos, los literatos y los músicos? ¿Voy a pasarme la vida como esos imbéciles que andan por ahí, fabricando *bibelotes*, contrahaciendo figuricas de Tanagra, plagiando torsos griegos, bustos y monumentos romanos? Yo soy un hombre de mi siglo: para repetir las formas de la antigüedad o del Renacimiento, para balbucir las ingenuidades de los primitivos, prefería yo pi-

car piedra como la picaba mi padre en la Cuesta de los Gomeres... ¿Que lo que yo hago es peligroso? ¿Que esto es meterse en los terrenos de la pintura, de la literatura y de la ciencia? ¿Que me expongo a sacar un portalico de Belén, una montaña rusa, un capacho de pulpos, en vez de una obra de arte? Pues aquí del talento y la personalidad y los riñones... Miren ustedes aquellos guarricos—y señalaba un alto relieve titulado *La Felicidad*—, y díganme ustedes con franqueza si otro que no fuese yo, puesto a hacer esas cosas, no iba de patitas a la cárcel.

En efecto: como una doble representación de la felicidad, el artista había esculpido una piara de cerdos que hozaban al pie de unas cruces, y en las cruces unos ángeles con los brazos clavados y las alas caídas, y en los cuerpos sangrientos y en los rostros moribundos de los ángeles una divina expresión de beatitud. —Díganme ustedes—ponderaba Roldán a lo cañí—si esos guarricos no son una maravilla. ¿Cabe mayor personalidad? Sin dejar de ser guarricos, y de los buenos de Trevélez, son hombres y muy retehombres, de España y del extranjero, de caras universalmente conocidas. No hay sino mirarlos, uno por uno, para ir diciendo: Fulano, Mengano, Zutano... Pues, ¿y los angelicos? También son «del natural», y como no los supieron hacer Pedro de Mena ni Salcillo... Esto viene a ser una glosa del dicho aquel: «Más vale ser un ángel desgraciado que un cerdo satisfecho».

Cerca de este relieve se alzaba una pirámide tumular, a la memoria de los legionarios españoles muertos en la guerra europea. Cada uno de los triángulos del monumento representaba un episodio heroico, de tal arte y con tan maravilloso dinamismo, que todo el bloque de arcilla parecía moverse con una vida pujante y singular.

Por lo común, las obras de aquel glorioso plebeyo impresionaban a todo el mundo, aun a las gentes que más burla y sarcasmo hacían de sus extravagancias y cubismos. Sabía combinar de un modo arquitectural, pictórico y sorprendente, las rocas y los metales, los tonos y los matices de las piedras y bronces, el alabastro, el marfil, los cuarzos preciosos y la madera, pues manejaba la gubia con igual pericia que los palillos y el cincel. Precisamente en otro lado del estudio exponía unas tallas religiosas, escenas de la Pasión y Muerte, de un dramatismo original.

Tenía la imaginación atormentada y lúgubre de los ascéticos españoles, de los *Pasos* tradicionales y las *Postrimerías* de Valdés Leal, de los Caprichos de Goya, de los *expresionistas* franceses y alemanes, con un *potpurri* de cultura moderna y un ali-oli popular de supersticiones andaluzas, sentimientos trágicos y estoicos, melancolía y fatalismo.

Sus *Dolorosas,* sus *Huertos,* sus *Crucifijos,* sus *Sepulcros,* sus *Ascensiones,* sus *Mártires,* sus noches de angustia y sus rompientes de luz, tenían iguales violencias, las mismas contorsiones, monstruosidades y torturas de sus obras profanas; pero también la misma formidable emoción, el sentido monumental y dinámico de aquellas figuras geométricas, de aquellas espirales vertiginosas que parecían moverse en una rotación infinita.

—Es un Greco traducido a la escultura—decían unos. —Es un arquitecto frustrado—añadían otros. —Es un bárbaro, un primitivo—afirmaban aquí. —Es un modernista—mrmuraban allá. —Es un pintor decorativo, un literato que hace frases con el cincel, un falsificador de emociones...—repetían sus émulos. —¡Sublime!—contradecían sus discí-

pulos—, ¡este es el arte del futuro! —¡Del pasado!—voceaban los otros—, ¡hojarasca románica!, ¡fantasías churriguerescas! —Veo aquí—sentenciaba *Ariel*—un poco de literatura, otro poco de filosofía (intento malogrado de superación de lo visible, el *pathos* de lo infinito), un mucho de soberbia y de *pose...:* lo que no veo es la escultura por ninguna parte...

—Querido maestro—le replicaba un escultor clasicista—, no sea usted injusto: aquí la escultura no falta; es precisamente lo que sobra...

—Lo que hay aquí—decía Roldán, no lejos del grupo de censores, a quienes sin duda oyó—es arte nuevo, gracia castiza del Albaicín y pajolera sal para hacer cosas que nadie es capaz de hacer en el mundo como el hijo de mi madre... Piensan muchos majaderos que todo se reduce a modelar... Eso es la técnica, lo que se aprende, lo que llevo yo desde niño en la punta de los pulgares (y movía los dedos con picaresca actitud). Pero, ¿y lo que no se aprende, lo que se trae, cuando Dios quiere dárselo a uno, aquí y aquí? (señalando la frente y el corazón). El arte no es un oficio como el de los aguadores de *Graná.* Por eso hay pocos artistas de veras. En cambio, hay muchos mediocres y un sin fin de mamarrachos...

Cuando hablaba de sus colegas, los otros escultores, su gesto despreciativo sólo se podía comparar al de Júpiter cuando oía croar a las ranas.

—¡Histriones!—decía—, ¡histriones! Sólo sirven para divertir a quien les echa de comer. Lacayos de casa rica o aduladores del vulgo... Y además de histriones, ignorantes... En pleno siglo XX tienen la misma idea de la Naturaleza que podía tener el rey que rabió... ¡No hay derecho, caballeros! El que no sabe es como el que no ve... Un escultor, por bue-

nos *dátiles* que tenga, es un picapedrero si no sabe una jota de la materia que trabaja... ¡Todavía no *se* habéis enterado, infelices, de que todo es movimiento en el mundo; que hasta la Peña de Loja, que parece que está quieta, se trae una juerga de átomos, lo mismo que un terremoto! *Se* creéis, como en los tiempos de Mari-Castaña, que un bloque de mármol o de granito es algo inmóvil y muerto, y de ahí vienen esas tonterías de creer que la plástica griega es el *non plus ultra*, que el arte clásico es insuperable, que se debe imitar a Fidias y Praxíteles, que la escultura es un arte agotado, impropio de nuestro siglo e incapaz de progreso... ¡Idiotas!... ¿Por qué soy yo quien soy? Pues, sencillamente, porque he leído «más que nadie en el mundo» y sé que todo es movimiento, lo mismo en las piedras que en los espíritus, y cuando me pongo a trabajar aprieto los puños como si fuera a pelearme con un león y me muerdo la lengua y las entrañas y sudo la gota gorda sobre la piedra o el barro hasta que bullen y se menean como las cosas vivas...

Y al decir así Roldán crispaba todos sus músculos, dando a entender gráficamente la terrible lucha interior del artista para crear algo peregrino, su doloroso y atormentado cuerpo a cuerpo con la rebelde materia.

La condesita de los Siete Linajes, que era una aficionada tan sensible como inteligente, se acercó a felicitar al escultor. Al punto le rodearon las damiselas y los pollos de su séquito, amén del formidable *Don Magnífico,* y hubo allí un guirigay de tópicos y frasecillas hueras. —¡Se ha superado usted a sí mismo! ¡Qué fuerza! ¡Qué expresión! ¡Cosa más bonita!

—¡Señora!—protestó indignado Roldán, volvién-

dose a la dama que lo dijo, como si quisiera estrangularla—, ¡yo no hago cosas bonitas!

Los hombres serios se aproximaron también, incluso Arráez, que procuraba fingir una sonrisa espiritual, como para desmentir al escultor. Casi todos ellos, burgueses graves y desdeñosos del ingenio artístico, aunque por el bien parecer se decían aficionados y aun se las daban de Mecenas, preferían, como Arráez, los desnudos, aquellos graciosos cuerpos de mujer de la primera época del artista, arrinconados en un extremo de la sala, donde la *Venus del siglo* XX lucía su hermosura triunfal.

Nadie sospechaba, pues ni aun Eugenia lo sabía, que aquel maravilloso desnudo fuese el desnudo de Loreto Cruz. Corrigiendo la ironía cruel de la Naturaleza, Roldán le había puesto una cara de singular expresión, la que correspondía «lógicamente» al cuerpo venustísimo de la ilustre doctora, tan glorificado por el artista como desdeñado por el hombre...

Doña Belén, que andaba por allí muy satisfecha al advertir que su nombre corría de boca en boca, pasto de la curiosidad y más todavía de la murmuración, hizo gala de su «influencia» sobre el artista, llamándole aparte y sosteniendo con él muy vivo palique.

—Desengáñese usted—le decía, mirando de reojo a don Dimas Arráez, su antiguo principal, a quien apellidaba *el buen Ladrón*—, estas gentes son incapaces de comprender ni de admirar al genio. Vienen aquí porque es de buen tono visitar los estudios de los artistas de fama, creyendo que, de paso, les hacen una merced... Ni la aristocracia ni la burguesía sienten el arte cuando el arte no es adulador; sólo el pueblo, a pesar de la incultura en que lo tienen sus tiranos, es capaz de sentir...

—Yo abro mis puertas para todo el mundo—interrumpió el escultor, con el desdén que inspira la plebe a los plebeyos y con el orgullo del artista que pone su aristocracia por encima de todas las demás.

—Pero usted—insistió la amazona—, como todos los grandes innovadores, debe buscar el apoyo del Pueblo... Si usted quisiera, yo le podría organizar una Exposición...

—Yo no salgo de mi casa—replicó él—, ni necesito el apoyo de nadie, ni voy a Exposiciones ni concursos...

Pero usted no es un artista burgués... Usted es de «los míos»...

—¡Yo no soy de los suyos ni de nadie!—exclamó Roldán impaciente—; yo sólo soy de mí mismo. Los demás me importan un rábano... ¡Soy un individualista furioso!...

En aquel momento se aproximaba Arráez para despedirse; mas como vió al escultor charlando con Ana Bolena (así llamaba él a su antigua mecanógrata), se quedó a cierta distancia.

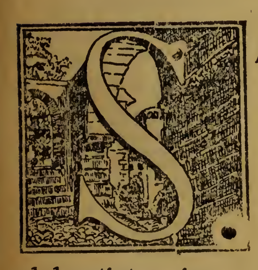
—¡Mire usted que retratar a ese burguesote!—dijo doña Belén con mucho enojo—. Y todavía anda diciendo por ahí que no le gusta... que eso no es un busto... que es un basto. ¡Bien merecido se lo tiene usted!

—¿Qué culpa tengo yo?—dijo Roldán a voces, casi en las narices de Arráez—. Yo no le quería retratar... fué un compromiso... Ya sé que le parece tosco. ¡Naturalmente! Yo no sé mentir... El barro dice la verdad. ¿Quería ese majadero que yo le inventase un espíritu, si él no le tiene, si sólo es eso: barro?



VI

Las gafas negras, la sangre azul y las banderas rojas.



ALIÓ Arráez de estampía, huyendo de aquellas voces que le sonaron casi a boca de rostro, como otras tantas bofetadas, cuando el insigne doctor don Augusto Valdés, que había contemplado largamente, sin perdonar detalle, todas las obras del artista, vino a su encuentro con los ojos echando lumbre, mal reprimidos su enojo y contrariedad.

No hay que decir el efecto que a don Augusto, en su calidad de apóstol, predicador de optimismo, partidario de un arte docente, sujeto a los yugos de la Razón y de la Ciencia, le produjeron aquellas cosas torturadas, lúgubres y «enfermizas» del ultraísmo roldanesco.

—¡Lástima de escultor!—dijo para sí, mientras veía indignado aquellas trágicas figuras, aquellos cuerpos angustiosos, aquellos Cristos moribundos, aquellas Vírgenes traspasadas de puñales—¡Pobre Julio! ¡se acabó, se acabó miserablemente! Ya no es el gran artista que fué, sino un loco, un alucinado, un enfermo... Esto ya es impotencia, degeneración, agotamiento, vejez... ¡Pero, hombre!—dijo en alta voz cuando llegó junto a él—¿qué novedades son éstas? ¿por qué se desvía usted de su camino para dejarse influir por las extravagancias modernistas?

—Tiene razón, don Augusto—confirmó Eugenia, riendo al ver la cara que ponía su hermano—. *¡Josú* y qué chaladuras se te han metido ahora en la cabeza! ¿Qué quiere decir esa escalera de caracol y esa bola del mundo y esas pirámides y esos castillos y esos cohetes? Pero, dí: ¿te vas a meter a *pirotérnico?*

—Allí—señaló el apóstol al otro lado del estudio—, allí sí que hay vida y arte y realidad y hermosura... Esa *Reina del Albaicín,* aquella *Venus del siglo* XX, aquellos *Gauchos en la Pampa,* esa maravillosa *Fecundidad,* esa *Alegría de vivir,* están rebosando juventud, naturaleza, júbilo, vida, felicidad... Eso es lo que le dió a usted gloria y dinero... En cambio, estas otras «humoradas»...

—¡Zapatero, a tus zapatos!—dijo Roldán ásperamente—¿me meto yo en los terrenos de usted? Usted es un sabio y el hombre más bueno del mundo... casi tan bueno como San Juan de Dios, aquel bendito *granaíno* que está en la gloria... Usted de achaques de la salud sabe más que el que inventó la vacuna, pero de achaques de escultor sé yo más que usted... Sin contar que yo no trabajo para dar gusto a la gente, sino para dar vida a las cosas que

me bullen aquí y aquí. —Y señalaba otra vez los pulgares, la frente y el corazón.

—Usted es muy libre—repuso el apóstol con grande solemnidad—de hacer lo que le plazca para sí mismo. Pero desde el momento que da usted al público sus obras...

—El arte es libre siempre, don Augusto.

—Mientras no se opone al bien y a la verdad.

—¿Sermoncicos a mí?

—Buena falta te hacen—repuso Eugenia—. Con unos cuantos sermoncicos que le oyeras a don Augusto sobre la edad de oro y las delicias de Jauja, ya no volvías a hacer esos muñecos tan horribles que dan venates y calenturas con sólo mirarlos... ¡Tan hermoso como es el mundo, tan buena como es la vida y tan dulce como es la felicidad, y venir tú ahora con esos mengues y aparecidos de la noche de Animas! ¡Pero qué ganitas «tenéis ustedes»—añadió encarándose con su marido y con su hermano—de meterse el corazón en un puño y cortarle a una la digestión! ¿Para qué os puso Dios... o la Naturaleza esos ojos tan grandes en la cara y un mundo tan lleno de alegrías y un cielo tan azul delante de los ojos? ¿para ponerse por gusto unas gafas negras y verlo todo de color de betún? Ya que os da por las gafas, sin necesidad ninguna, siquiera que sean los cristales de color de rosa...

—¡Niña!—replicó sonriendo el escultor, pues la quería más que a las de sus ojos—¿quién te mete a tí, refitolera, en filosofías ni dibujos? ¿qué sabes tú de esas cosas?

—¿No ha de saber?—contradijo el apóstol—. Ella con su graciosa ingenuidad acaba de darle a usted una lección de optimismo.

—Para ser optimista, don Augusto, hay que ser

como un angelico del cielo o como el guarrico de San Antón. Eso precisamente quise yo significar...

—El optimismo—interrumpió el apóstol—es el fruto natural de la salud, como el pesimismo lo es de la enfermedad. *Mens sana in corpore sano.*

—¡La salud! ¿hay cosa más frágil? Una miajita de *ná*, un sorbo de agua, la picadura de un microbio, un golpecico de aire que no mata una vela, y ya está un hombre como para ir al cementerio... ¡Ay, don Augusto, de sobra lo sabe usted! Hoy un hombre se siente feliz, nada le duele, todo lo ve del color de las rosas, bendice el día en que nació y la leche que le dieron a mamar, y... de pronto, cuando menos lo espera, se le corta la digestión, se le revuelve la sangre, se le ponen los nervios de punta, o le dan un disgusto gordo, o se le muere alguien de la familia, o se queda sin un real, o sobreviene un desastre cualquiera, un choque, un descarrilo, un naufragio, una mala hora, un mal negocio, una mujer... y ya está mi hombre loco perdido, maldiciendo el día en que nació, a punto de morirse o pidiendo a gritos el santóleo... ¡Ay, don Augusto de mi alma! Si la alegría del mundo y la felicidad de la gente no han de tener otras garantías que la salud del cuerpo y la ciencia de los hombres, ya estamos aviados los mortales hasta el día del juicio...

—Pero, insensato—replicó el apóstol iracundo—¿no comprende usted que todos los dolores que hoy nos afligen los crean la incultura, la ignorancia, la imprevisión, el fanatismo, el odio, la injusticia, la falta de salud y de equilibrio de los hombres?

—El día en que triunfe la justicia social—dijo a este punto doña Belén—, cuando en la tierra no haya verdugos ni víctimas, no haya señores ni esclavos; cuando reinen, con la justicia, la paz, el amor, la tolerancia; cuando el hombre no sea un

lobo para el hombre, y todos disfruten en común de la riqueza, de la cultura, de la ciencia, del arte...

—¿Podrán ustedes suprimir el mal?—preguntó Leonardo con una triste sonrisa—¿podrá nadie suprimir el dolor, ni la vejez, ni la muerte? ¿alumbrar las selvas oscuras del corazón y del deseo? ¿esclarecer la sombra de lo incognoscible? ¿saciar la sed de las almas anhelosas de eternidad y de infinito?

—Sí—afirmó doña Belén, con un sí sostenido al que siguieron después muchos bemoles—. El progreso, la evolución social, y cuando no, la acción revolucionaria de las multitudes, impulsadas por la fe del porvenir, barrerá las sombras y los males, hará de la tierra un felicísimo vergel...

—Sí—repitió don Augusto, con un trémolo patético—la vida será buena, será hermosa y alegre para los hombres futuros, mas no lo será precisamente por la acción social, como usted dice, sino merced a la Ciencia...

—La ciencia va despacio—replicó doña Belén—y la humanidad tiene prisa. Somos nosotros, no ustedes, los que llegaremos antes con nuestras banderas rojas...

Calló don Augusto, advirtiendo que un grupo de curiosos y mirones hacían corro para oir la discusión, y Roldán aprovechó la coyuntura para ir al encuentro de una dama que a la sazón entraba en el estudio con la majestad de una reina antigua. Era una señora ya no joven, pero todavía hermosa y arrogante, gracias a su gentil estatura y bien modelada esbeltez, a su elegancia natural, amén de los discretos artificios que componían su rostro, rubio y apasionado a lo Reynolds, en el cual los ojos, muy negros y rutilantes, aún conservaban la lumbre con que abrasaron muchos corazones y derritieron más de una fortuna. Era la marquesa

de Almádena, una amorosa de los últimos tiempos de la Regencia, que supo, como Ninón, prolongar sus hechizos indefinidamente y hacerse perdonar sus muchos pecados mortales gracias a la hermosura, la caridad y el ingenio. Ella fué la que dijo en cierto banquete (y es todo un rasgo psicológico) mientras saboreaba con fruición un nuevo y exquisito manjar: «¡Qué cosa más rica! ¡lástima que no sea pecado!».

Detrás de la Almádena venían sus hijos: dos lindas miniaturas de la ilustre señora y un barbilindo de pocos años—Felipe Augusto—ya con presunciones de artista. Decían las malas lenguas, interpreando maliciosamente la vocación de este mozo, que la Almádena en sus pasados y mejores tiempos favoreció a Roldán y que Roldán, menos arisco entonces a los favores de las damas, no era nada ajeno a la existencia y vocación del barbilindo. ¿Verdad o calumnia? Se ignora. Pero Felipe recordaba mucho las facciones ya que no el arte del agitanado escultor.

Aunque la Almádena era muy amiga de la condesa de los Siete Linajes, no la podía ver ni en pintura, que era la única manera de poderla ver. Eran rivales en el ingenio mordaz, agudo y repentista, y en otras lides todavía más escabrosas del «gran mundo».

—¿Es cierto—preguntó la Almádena, luego de ver y ponderar las obras del artista—que va usted a hacerle un retrato a la Linajes?

—No sé..., veremos..., ella lo desea... y como es un tipo interesante, «muy siglo XX...».

—¿Cree usted? ¡No hay nada como un artista para ver visiones! Pues sí que va usted a lucirse... ¿Y qué va a ser? ¿un desnudo? Todavía si la retratase un pintor, no digo que no hiciese un buen...

pastel. Pero un escultor... Quítela los afeites, los colores, los Linajes... todo lo que no es suyo, y ¿a dónde va usted con ese manojito de huesos?... Para hacer *pendant* allí tiene usted a la de Casa Gómez...

—¿Quién es?

—Aquella gordinflona de los dos chavales, aquella morena sucia, tan desgalichada, que está hozando allí, puestos los morros en la vitrina del monetario...

—Pues quiere un bronce de sus chicos.

—Menos mal. Un bronce histórico; los infantes de la Cerda.

—Que le haga Felipe: Felipe el Atrevido...

—Mamá—dijo el boquirrubio, menos atrevido que hermoso y enamorado—eres injusta con la Linajes... Hay en ella una gracia serpentina, algo que repta, que ondula, que se enrosca...

—¿Una serpiente? La haces demasiado favor. Es la lombriz solitaria.

—Pues, hoy por hoy, es la chica más elegante de Madrid. Y mira qué vestido tan original, con esos tonos pardos y dorados... Y cómo se le ciñe al cuerpo: si parece la piel de una culebra!

—¡Lagarto! ¡lagarto!—exclamó Roldán con grande pavor y cólera—. Mira, niño, ¿vienes a mentar la *bicha* en esta casa? Aquí no dejo mentar ni *la bicha de Balazote*—. Y levantó sobre la frente del pollo la mano negra y vellosa, crispados los dedos índice y meñique, a guisa de cuernecillos, para hacer el conjuro—. Si no te vas de aquí, agarro este cincel y...

—¡Detente, Abraham!—dijo a esta sazón la de los Linajes, que vino por detrás del escultor.

—¿Habráse visto mal ángel?—continuó furioso el del Albaicín.

—¡Ja! ¡ja!—rió el barbilindo—¡qué supersticioso! Bien se conoce que es andaluz.

—¡Malos *mengues te tajelen!*—exclamó Roldán, volviéndole la espalda y tirando al suelo el cincel que ya tenía en el puño.

—¡Mujer, llévate a tu hijo!—exclamó la de los Linajes al oído de la Almádena—. Mira que ese bárbaro es capaz de repetir la hazaña de Guzmán el Bueno... Y la verdad, sería uua lástima que se malograse el niño.

—¡Qué más quisieras tú para los ratos de ocio!

—¿El niño? No se puede negar que es muy gitano... ¿Sabes lo que decían allí comparándole con esos abortos de la Exposición? Que Roldán es un escultor que no reniega de su origen. Como fué cantero, mejor que con la gubia y el cincel trabaja el hombre con la *almádena*...

A todo esto don Augusto Valdés había topado con el bronce famoso de la Ciencia que había de presidir a las estatuas de los dioses en el jardín del Sanatorio. Y cuando vió la alegoría: una matrona con arreos marciales, casco y loriga refulgentes, fulminando rayos sobre la bola del mundo; una diosa enigmática y siniestra que tenía más de ángel exterminador que de ángel de luz, ya no se pudo contener.

—¿Me quiere usted decir—preguntó a Roldán—qué significa esa matrona imponente y guerrera, que parece la musa de lo trágico?

—¡Doña Urraca de Castilla!—contestó Eugenia con mucha seriedad.— ¿No la ve usted? ¡O Agustina de Zaragoza!

—Es la Ciencia—dijo el escultor frunciendo el áspero cejo—. ¿Quería usted la *Venus en cuclillas?* La ciencia no es una musa apacible; es una diosa militar y devastadora...

—Lo será en la imaginación enfermiza de usted.

—No, señor. La ciencia es el fruto del bien y del mal. Y eso es lo que yo represento aquí. Minerva es la diosa de los sabios, pero también de los guerreros. La Ciencia ilumina a los hombres, pero también los mata. Lo mismo puede salir del laboratorio de usted una lumbre celestial, que un rayo diabólico. La dinamita sirve para abrir un túnel y para fabricar una bomba. El nitrógeno es el alma de los explosivos como lo es de los fertilizantes... Yo no soy médico, gracias a Dios, pero he leído «más que nadie en el mundo».

—¡Pero son los hombres—clamó el apóstol—, los hombres enfermos, locos y ruines los que aplican al mal los generosos descubrimientos de la Ciencia!

—¡Naturalmente! Si no hubiese hombres, tampoco habría ciencia, ni buena ni mala, en este mundo.

—¿Pero usted cree que los hombres no son perfectibles? ¿Que el progreso natural de la Especie no hará de la Ciencia un instrumento exclusivo de felicidad?

—¡Dale, bola! Mire usted, don Augusto, a mí no me venga usted con fabulicas. La Ciencia nos hará sabios; pero lo que es buenos y felices... Como que la Ciencia no tiene nada que ver con la felicidad de nadie. El objeto de la Ciencia es la verdad, cosa muy diferente y muy amarga.

—Tan amarga y tan diferente—añadió Leonardo—, que no hay descubrimiento científico, ni aun de los más apacibles, que a trueque de algún bien no traiga aparejado un nuevo dolor. Cuanto más crecen y se refinan nuestros medios de actividad, de cultura, de conocimiento y de goce, más se redoblan también la lucha, el esfuerzo doloroso, la violenta oposición entre el mundo físico y el mundo moral...

—¡Son ustedes unos reaccionarios!—repuso doña Belén, que siempre estaba en la brecha.

—No, señora. Los reaccionarios, cabalmente, son los que aspiran a detener la humanidad, a estancarla en el remanso de una Edad de Oro. Quien ama el trabajo, la cultura, la ciencia, debe, si es lógico, aborrecer esas delicias inertes, incompatibles con la ley del progreso, con el íntegro desarrollo de la energía humana, que nunca se logra sin dolor...

Iba a contestar el apóstol, airadamente, a la pública y nada respetuosa catilinaria de su hijo, cuando apareció en el estudio, atrayendo las miradas de la elegante multitud, un cadete, un simple cadete; pero de tal prestancia, de tan noble hermosura varonil, que no parecía sino que el propio y juvenil Apolo, pero un Apolo de tez morena, de ojos muy negros y andaluces, de cabello lustroso todo peinado hacia atrás, hubiese trocado su alba túnica, su airoso manto himatión, por el moderno uniforme militar.

Era Enrique Valdés.

Su tío, el escultor, fué a recibirle con los brazos abiertos. Eugenia, loca de orgullo y de alegría—era la primera vez que Enrique vestía el uniforme—, le miraba con embeleso y miraba después a todo el mundo como queriendo decir: —¿Véis qué real mozo? Pues es mi hijo... ¿No es el vivo retrato de su madre?...

Leonardo, rendido, a pesar suyo, a la invencible simpatía de su gallardo unigénito, sintió en el corazón, más vivas que nunca, las voces de la sangre y de la casta. —Hizo bien—consideró, por fin, humilde, fatalista y melancólico, hundido cada vez más en la noche oscura del Destino—. Que cada cual se abrace a su Quimera... ¿De qué nos sirve

la razón, ni el sentido común, ni todas las previsiones de este mundo? Valen más el instinto, el valor y la fortuna...

Pero el apóstol de la Ciencia, en cuanto vió al cadete, no pudo reprimir el enojo. Vió en él menospreciados y escarnecidos sus ideales, sus ilusiones, su autoridad y magisterio. Con iracunda y majestuosa actitud volvió la espalda y se encaminó a la puerta.

Siguióle doña Belén. Acribillada por los chistes y pullas de la Linajes y la Almádena, por el desprecio de aquella sociedad hostil que hacía chacota y remoquete de las virtudes de la apóstola, de sus vestidos varoniles y aun de sus Barras de Aragón, batióse también en retirada.

—¿Lo ve usted, don Augusto—dijo, asiéndose al brazo del doctor Valdés para huir en honrosa compañía—. La Ciencia no basta a redimir a los hombres, a salvarlos de la esclavitud. Es menester la Revolución. A la guerra es preciso responder con la guerra.

Y al decir así la dama roja, antimilitarista furibunda, erguía su brava y arrogante humanidad en la actitud de un Napoleón.

Callóse don Augusto. Le ahogaban la ira, la tristeza y el despecho.

—¡Todos atávicos—decía para sí, mirando con desdén a la amazona—, instintivos y crueles! ¡Todos ciegos a la luz de la Razón! Ni aun para imponer el amor saben prescindir de espadas y cañones... ¡Les atrae la sangre como a las fieras!...

—Dios los cría... y ellos se juntan—observó la marquesa de Almádena viendo salir del brazo a los dos «apóstoles».

La condesita de los Siete Linajes sonrió maliciosa:

—Pero, mujer... a sus años...

Y concluyó don Augusto, al tiempo de salir, fijo en la triste condición de los hombres:

—¡Los junta el odio, y el amor los separa!

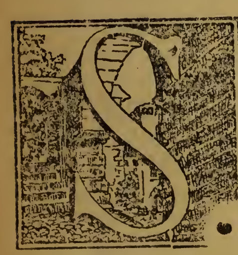


CUARTA PARTE



I

La sombra del águila.



OBRE los campos de Tablada, junto a la costa del Guadalquivir, por encima de aquella espléndida llanura, magnífico teatro de las viejas hazañas de Castilla, luminoso horizonte de las nuevas empresas españolas, se elevó el aeroplano rápidamente, limpiamente, con aguileña majestad, en un vuelo impetuoso, recto y seguro, sin saltos, sin cabeceos ni acrobatismos, cobrando altura y respondiendo con el zumbido del motor a las aclamaciones de la muchedumbre, agolpada bajo los gallardetes del aeródromo.

Prendido el fuerte puño, como una garra, al brazo del timón; clavados los ojos verdes, que ardían

detrás de los cristales, en la ancha ruta y en la frágil máquina; erguida la orgullosa cabeza bajo la capucha de cuero; ágil y perspicaz como un lebrel; agudo a la más nimia percepción; sensible al latir del viento y de la nave; tensos los nervios y los músculos, igual que los aceros y las lonas del prodigioso artificio; hechos un solo cuerpo, un solo aparato, una sola y vibrante voluntad el hombre y el avión, iba don Juan de Monterrey tan llanamente, pero con harta mayor comodidad y gallardía que Don Quijote de la Mancha en su famosa aventura de Clavileño.

Luego de cruzar Sevilla, volteando a placer para embriagarse con la visión maravillosa de su ciudad, resplandeciente de blancura al sol, tendió con ímpetu el vuelo, proa al nordeste, remontando el cauce del río, a gran altura, con rumbo a Sierra Morena, hacia Madrid. Era una mañana rutilísima de otoño; el aire sin una nube, tibio, soleado, traslúcido, con una delgada brisa llena de los aromas de la tierra caliente: arriba, todo plata y azul; abajo, todo fragante, dulce y dorado como un panal.

Nunca sintió el inquieto y valeroso prócer sevillano tan firmes y bien encaminadas su ardiente curiosidad, su sed implacable de novedades y emociones, sus ansias de movimiento, de velocidad y energía, sus pasiones intrépidas de varón, acostumbrado de muy mozo a vivir peligrosamente, como el día en que, lanzado a los aires con su amigo Roldán, bravo piloto, desdeñó sus corceles, sus automóviles, sus balandros, y juró morir o ser el primero de los aviadores de España.

Tan lo llegó a ser, que al poco tiempo ganaba la copa de París-Madrid en un concurso de velocidad. Después de otros éxitos resonantes en Europa, salió un día de Moguer, como las carabelas

de los Pinzones, volando sobre el *Mar Tenebroso*, y señoreando por el aire las viejas estelas de Colón, las rutas gloriosas de los antiguos nautas españoles. Y ahora, cuando acababa de ganar el periplo mediterráneo en el gran concurso latino, se disponía a dar la vuelta al mundo, para emular en el cielo aquellas hazañas que en la tierra y en la mar hicieron los Balboas, Elcanos y Magallanes. Pero antes de acometer esta aventura, por nadie primero que por él imaginada, volvía a Madrid a negociar la empresa, entrenándose de camino y explayando el ánimo impaciente por los abiertos y generosos horizontes de su patria.

No es posible hallar un más soberbio deporte que la aviación para un espíritu moderno y ambicioso, tan osado y viril como don Juan de Monterrey. Sentirse hombre, muy retehombre, el más valiente y despreocupado de todos, amante del peligro, buscador perenne de las empresas más audaces, de las más nuevas sensaciones; derrochar la fuerza, la salud, la actividad y el dinero; gozar frenéticamente de la vida y jugar con ella, como con una mujer, al filo del riesgo y de la muerte; sentirse águila también, levantarse de un aletazo por encima de las cumbres y las ciudades, sobre las selvas, sobre el mar, cielo arriba, cara a cara del sol; beber los vientos, henchir los pulmones en la onda pura de oxígeno, escuchar el galope de la sangre a compás del galope del motor, emborracharse de alegría, de gloria, de libertad, con el vértigo de las alturas, viendo a sus pies los espacios, los abismos, las tempestades, los más terribles meteoros, desafiando como un ángel rebelde a las potencias misteriosas del mundo, a sus energías hostiles, a las leyes inexorables de la Naturaleza... He aquí un «programa» digno de Monterrey,

de este castizo sevillano del siglo xx, moderno rival de los Mañares, Arguijos, Osunas y Salamancas, siempre dispuesto, como aquellos pródigos, a pasmar al mundo con sus calaveradas gloriosas; capaz como nadie de perder una fortuna por el gustazo de ganarla al día siguiente y volver a arruinarse por la noche para obsequiar a una mujer...

Avistando la sierra de Córdoba y sus blancas Ermitas penitentes, dió rumbo al norte y dejó a su espalda el Guadalquivir, adormecido entre los plateados olivares. Puesta la proa a contraviento, orzó con pulso para cruzar Sierra Morena sobre las alturas de Pozoblanco y entrar en la Mancha por encima del río Guadalupe. El aire serrano le azotaba las mejillas, fino y cortante como la hoja del cierzo; la nave cabeceaba al orzar con un vuelo oscilante de gaviota; pero así que ganó los rasos horizontes manchegos, el campo de Calatrava—Almodóvar se veía a lo lejos—, el aparato voló como una flecha, rígido, tenso, vigoroso, más que las rémiges de un águila caudal.

Durante mucho tiempo, todo allá abajo fué llanura, un mar inmenso de tierra, un desierto sin límites, que encerraba a la nave como entre dos infinitos: era la ascética llanura de los quijotes y los santos, de los hombres aventureros, sobrios y enjutos, que parecían hechos de raíces y de cortezas de árboles; era la tierra de los molinos de viento, de las torres señeras, de los castillos famosos, de las cruzadas heroicas, de las locuras sublimes; era, en fin, el ancho solar, abierta liza de aquellos antiguos caballeros que, sin otras armas que las de su grande espíritu, señorearon el mundo, rompieron las cadenas de los océanos y remontaron el vuelo hasta las últimas cumbres de lo sobrenatural...

No sentía don Juan de Monterrey, pues era escéptico y muy dado a las cosas profanas y modernas, la inextinguible poesía de su patria; pero sí, a fuer de hombre culto y muy de su siglo, lleno de hambrienta curiosidad y universales deseos, consumido por la fiebre de todas las distancias, sentía la emoción de la historia, la embriaguez de lo arqueológico, a la par de lo presente y lo futuro. Así, conocía las viejas ciudades europeas, Roma, Florencia, Venecia, Nuremberg, Brujas, Toledo, Salamanca, las catedrales insignes, los museos y los archivos más célebres, tanto como los rascacielos de Nueva York, la playa de Ostende, el casino de Montecarlo, el hipódromo de Longchamps, los campamentos del Cine, las fábricas de automóviles, los trasatlánticos más suntuosos, las rutas del aire, de la tierra y del mar, trenes, puertos y hangares del viejo y del nuevo mundo.

Pasada la mañana y al punto ya del mediodía, se perfilaron en la rasa llanura, toda allí verdeante y alegre, vestida su morena desnudez de pámpanos frondosos, los montes toledanos, y, poco más tarde, el águila de acero se cernía como un símbolo sobre el histórico peñón, cabeza un día fuerte y cesárea de aquellos dos mundos.

Del Tajo al Manzanares, de Toledo a Madrid, el aeroplano, recto como una saeta, voló con máxima rapidez, a la manera del águila imperial, cuando vuelve a la roca de su nido. Allá por los horizontes madrileños se divisó una escuadrilla de numerosos aviones que venían a recibir y escoltar al vencedor del periplo mediterráneo.

A la hora de comer ya estaban a la vista los picos del Guadarrama. La escuadrilla de azores rodeó con sus alegres zumbidos al águila caudal y el aire azul y sereno se pobló de lonas, doradas a

la lumbre del sol, de rutilantes hélices, de gritos y de alas. Y ya frente a Madrid, describiendo una espaciosa curva hacia la tierra, la tomó suavemente, majestuosamente, el aeroplano, con la seguridad y la gracia del ave que se posa, hasta quedar sobre sus ruedas, en el hangar de Cuatro Vientos, bajo los clamores de una ferviente multitud.

Allí mismo, en el aeródromo de Carabanchel, se dió la comida con que los aviadores militares festejaban el triunfo y la llegada del campeón. Allí fueron también los entusiasmos y los brindis por el espléndido futuro de la aviación española, bautizada con sangre en los riscos africanos, tan heroica y experta en su acción militar como apocada todavía en las empresas civiles, cuando, precisamente, si hay una raza en el mundo con aptitudes singulares para los riesgos y osadías de la navegación aérea, es esta raza española, aventurera y dinámica, amiga de novedades y peligros, curiosa del más allá, sedienta de espacio, de extensión, de infinitud...

Una nueva sorpresa tuvo el aviador al punto de tomar tierra en Madrid. Entre los militares que le festejaban halló a Enrique Valdés, ya convertido en alférez, muy guapo y orgulloso con su uniforme de campaña, fumando en pipa como un inglesote, puesta de lado en la sien la gorra del Tercio de Marruecos.

—Pero, chiquillo, ¿tú así?—dijo Monterrey abrazándole, pasmado de la arrogancia, de la estatura y de los bríos de aquel mozo, que a los diez y nueve años sentía ya el mundo estrecho a sus ambiciones de gloria—. ¿Tú militar... y en la Legión?

—Esta misma noche—respondió el muchacho, muy alegre—me voy, para embarcar en Algeciras...

Apenas salí de la Academia pedí mi destino al Tercio...

—¡Bravo, chaval! Pero, ¿y tus padres? ¿qué dicen? ¿Cómo te dejó tu abuelo, el gran apóstol de la Ciencia, ahorcar los libros de Medicina para ceñir el chafarote?

—Mi abuelo, al principio, lo tomó por la tremenda; pero todos en casa se convencieron al fin de que no había sino matarme o dejarme... Don Augusto ya no quiere ni verme... Mi padre gruñe... Mi madre llora... «Son pláticas de familia de las que nunca hice caso...» Yo soy un hombre de trueno... Soy de la escuela de usted... Amo el peligro y estoy resuelto a jugarme la vida a cara o cruz. Y una de dos: o me matan, o pronto se sabrá quién es Enrique Valdés...

—¡Los hombres!—repuso a lo jaque el andaluz—. ¡Chócala, niño! ¡Tienes razón; esa es mi escuela! ¿Para qué sirve la vida? Para jugársela con gracia, con placer y con gloria... Tarde o temprano, ¿qué más da, si al fin ha de perderse? Y en todo juego, ya se sabe, gana mejor el que no tiene miedo de perder...

Acabado el banquete y dispuestos los automóviles, tomó don Juan el camino de Madrid. Enrique Valdés y algunos otros amigos le acompañaron hasta la puerta de su hotel de la Castellana, y al cabo, menos fatigado del viaje que de los brindis y de los amigos, el héroe se retiró a descansar.

Mas quiso el diablo aquella noche, que era de las templadas y amorosas de septiembre, poner a don Juan a los alcances de cierta dama extranjera y artista, muy codiciada y codiciosa, por quien él bebía los vientos, más todavía que los bebió en el periplo mediterráneo. Hecha conquista, y al vuelo, de la apetitosa forastera, decidió Monterrey tirar

aquella noche la casa por la ventana. Tras la cena en el Ritz, hubo juerga andaluza en la Cuesta de las Perdices, donde él tenía un hotelito para aquellos menesteres: corrieron allí el champaña, el sanlúcar y la alegría a raudales; el loco amor y el loco vino se hicieron dueños del campo, y, ya de madrugada, oscura la razón, oscuras la noche y la carretera, no se le ocurrió a don Juan cosa mejor para alumbrar el camino, como remate de la fiesta y en honor de la dama, que hacer antorcha del hotel donde tan alegres horas habían pasado.

Y, como lo pensó, lo hizo. Mandó despejar el campo y pegó fuego a la casa. Antes de amanecer, la casa ardía como una tea en la noche. Y al resplandor del incendio, salió Monterrey de estampía con su automóvil y su dama, por la Cuesta de las Perdices, de regreso a Madrid.

Se lanzó frenéticamente por las umbrías de la Moncloa, cruzadas a la sazón por otros autos, nocherniegos o madrugadores; corrió con loca rapidez, como si se quisiera estrellar, crispadas las manos en el volante, hincados los ojos en la lumbre de los faros, sintiendo en el cuerpo el calor amoroso de la mujer, y en el alma, trépida más que el motor, aquella embriaguez de vida siempre asomada a la muerte.

Por milagro de Dios el auto no se hizo trizas por aquellos caminos; pero al llegar a Madrid, doblando una esquina, se interpuso una carreta mañanera. No hubo tiempo de virar; chocó el auto con los bueyes, y coche y carreta dieron estrepitoso tumbo en los guijarros de la calle.

La dama era sin duda de goma, pues botó sobre las piedras sin romperse nada; pero a don Juan de Monterrey lo hallaron sin sentido y como muerto debajo del automóvil. Triste y miserable aventura:

sentirse como el águila caudal sobre las cumbres, en los cielos, frente a frente del sol, libre y sin daño; rodear el mundo con las alas heroicas y sutiles, para venir a estrellarse contra una carreta de bueyes, a la vuelta de una esquina; montar en Clavileño como Don Quijote, para dar de bruces después, como el licenciado Torralba... tras una noche de juerga en la Cuesta de las Perdices...





II

El corazón de don Juan.



LEVARON a Monterrey al Sanatorio sin esperanzas de vida, inmóvil, insensible, desmazalado en un profundo estupor; los ojos vidriosos, las pupilas atónicas, la respiración anhelante, las manos azules, mojadas de un sudor frío, el rostro cubierto de una mortal palidez.

Quebraban los primeros rayos del sol en las alturas de la Moncloa cuando el apóstol, madrugador y diligente según su añeja costumbre, halló que le traían a su ahijado en una camilla, exánime bajo la acción de aquel violento traumatismo.

Venciendo la formidable sorpresa, con el dominio perfecto que de sí mostraba en tales casos el

doctor Valdés, reconocióle minuciosamente y vió que, amén de otras heridas y contusiones, tenía Monterrey en el pecho una enorme y penetrante desgarradura, precisamente sobre el área del corazón.

Cuando chocó el automóvil había caído Monterrey de bruces sobre el juego delantero, y con tan mala fortuna que un trozo del cristal del parabrisas, un trozo largo y agudísimo como la punta de una daga, se le clavó en el pecho tan limpia y certeramente cual si lo esgrimieran un puño y una voluntad.

Lleno de angustia Valdés, pegada el alma y el sentido a los labios dentellados y bermejos de aquella sangrienta boca, dedujo de su examen que estaba vulnerado el corazón. Al auscultarle se percibía una sorda matidez, y allá en el fondo de la cavidad torácica ruidos extraños, semejantes al roce de una lima, el ludir de una sierra o el traqueteo de un molino, soplos y burbujas de una rara sonoridad. Era, en fin, una de esas dramáticas heridas del corazón, de tan oscura trayectoria y tan difícil pronóstico, de las que sólo se salva un hombre de cada cien.

Se imponía la intervención inmediata y heroica. Pero la pérdida de sangre, el choque traumático, mantenían al herido en una invencible postración: corto de huelgo, tenue de pulso, baja la temperatura, muy débil la tensión arterial, el hilo de la vida estaba a riesgo de quebrarse. Era menester ante todo reanimar al paciente so pena de verlo sucumbir en la anestesia operatoria.

A fuerza de inyecciones de suero empezó a renacer, a sacudir la torpe laxitud. El blanco rostro de cera se fué coloreando poco a poco; volvió la luz a las pupilas y el movimiento a los labios y

despertó el espíritu en la carne. La onda de agua salada, refrigerando las venas, produjo al fin en aquella naturaleza impetuosa un desperezo vital.

—¡No hay tiempo que perder!—dijo entonces don Augusto—. ¡A la sala de operaciones!

Sonaron los timbres en el silencio de las herméticas galerías, ya todas bañadas por el sol; púsose en movimiento el personal de la casa y llegó con otros ayudantes Albarracín, prevenido aquella mañana para otra operación de urgencia.

Inerte y desnudo como un mármol, veteado de rojo por la propia sangre, parecía Monterrey sobre la mesa de operaciones el cuerpo yacente de un hermoso gladiador. Aun a los médicos, más sensibles a los aspectos clínicos que a las gracias estéticas de la carne puesta bajo el acero del bisturí, llamóles la atención la singular belleza y armonía de aquel cuerpo humano, modelo de hermosura y de elegancias varoniles.

Apenas el doctor Valdés le tuvo ya dispuesto, insensible bajo la acción del cloroformo, se inclinó con avidez, clavó los ojos perspicaces en aquel tajo sangriento, y sin la menor incertidumbre, seguro de acción, ágil de dedos, firme de pulso, recogida toda su persona en una atención profunda, comenzó a operar.

Hundió el bisturí sobre el borde derecho del esternón y, rápidamente, dibujó una amplia curva hasta el apéndice xifoides, cortando a fondo los tejidos a ras del esqueleto. Luego de seccionar las partes blandas, buscó el cartílago costal que había en el centro de la curva y, denudándole, le dió dos cortes de cizalla para abrirse brecha camino del corazón.

Lleno el rostro de luz, Valdés no pestañeaba siquiera, mudo y absorto en el durísimo trance, sus-

pensas la palabra y la actitud en un silencio imponente. Cuando el ilustre cirujano, vestida la noble figura con la blusa blanca, puestos los guantes de goma y en la diestra el acero, inclinaba el vigoroso busto sobre la mesa de operaciones, se le encendía el semblante, le rutilaban las pupilas y todo su ser parecía iluminado por una lumbre interior, por un fuego religioso, tal como el sacerdote cuando se inclina sobre el altar.

Abierto el camino del corazón, Valdés introdujo un dedo para despegar la pleura y con nuevos cortes de cizalla seccionó los cartílagos y los músculos, hasta llegar al esternón, cuya diéresis acometió después con una pinza cortante. Una vez tallada en toda su profundidad, según el contorno que había dibujado el bisturí, aquella ventana misteriosa y terrible, Valdés la hizo girar al exterior valiéndose de los cartílagos costales del lado derecho como de una charnela. Entonces la víscera enigmática y latiente, el oculto sagrario de la vida, tan frágil y vigoroso a la par, quedó por fin al descubierto. Una oleada de sangre inundó a la sazón el campo operatorio.

—Esto es *lo suyo,* Maestro—dijo Albarracín sin poderse contener, asomado al abismo del corazón, mientras cerraba con las pinzas los vasos cortados que sangraban—. Hay *pupa* en el ventrículo derecho, pero si el tabique está indemne... si no hay otras lesiones... esto es coser y cantar... Mientras el operado resista, y el tío es más duro que una roca...

No era, con todo, el caso tan mollar como decía Albarracín. Rotos el pericardio y la pleura, desgarrado el músculo vital, metió la mano el apóstol en aquel profundo cuenco de sangre, y asiendo con toda la mano el corazón, tiró de él hacia fue-

ra con valentía hasta ponerlo bien ostensible y palpitante a la luz. Y vió entonces sobre el ventrículo derecho, incrustada aún la punta del vidrio vulnerador, una arista muy gruesa cuya longitud no se podía prever.

Hubo un momento de perplejidad angustiosa. Mas, con heroico pulso, lanzóse Valdés a fondo, removió el cristal, lo extrajo por fin delicadamente. Luego, tras minuciosa exploración, seguro de que no había más lesiones ni más cuerpos extraños, viendo que la función seguía intacta, se puso a hacer con «aquellas manos de ángel que el diablo le dió», según la frase de Albarracín, la sutura y hemostasia completas de todos los tejidos y los vasos...

—¡Coser y cantar! ¿no lo decía yo?—repuso el aragonés previniendo las pinzas, las agujas, el *catgut*, las crines de Florencia...

Pero el enfermo, exangüe por la narcosis, por la hemorragia y el traumatismo, comenzaba a desfallecer, frío y sudoroso, con las pupilas dilatadas, flébil de aliento y de pulso. Fué menester, nuevamente, levantarle a fuerza de inyecciones.

Cuando el doctor Valdés, ya reparados los destrozos, volvió a su lecho el corazón e hizo girar sobre la elástica charnela de los cartílagos costales la horrible tapa de carne y de hueso, cerrándola al punto con la sutura exterior, desplomóse transido en una silla. De tal suerte había puesto en aguda tensión todo su ser mientras tuvo en las manos, con riesgo de quebrarse, el hilo de la vida de aquel hombre, a quien amaba casi como a un hijo.

—Y ahora—pronunció a modo de plegaria—que la Naturaleza haga lo demás.

—¡Lo hará, Maestro, no lo dude usted!—exclamó Albarracín—. ¡Vaya un socio!—añadió señalando

al paciente mientras se lo llevaban, todavía insensible, a su habitación—. No vi jamás uno semejante... ¡A ese tío no le parte un rayo! Tiene un corazón capaz de romper la punta de un bisturí. ¡Por vida de San Hipócrates! Visto lo visto, ya no me extraña que sea, como dicen, tan afortunado con las mujeres... ¡Natural! Si yo tuviera un corazón así, le digo a usted, Maestro, que le ponía las peras a cuarto no sólo a mi Belén, que es la «fiera corrupia», sino a la propia Cibeles con leoncicos y todo...

A esta sazón se oyó en la galería un grito. Fué que al ir el paciente en la camilla descubierta, para llevarle al lecho que le tenían preparado, acertó a pasar por allí Loreto Cruz, que nada sabía del suceso, y al escuchar el nombre de Monterrey, al ver su rostro exánime, su cuerpo yacente bajo las blancas ropas, como en un sudario, no pudo la triste contener el grito que le salió de las entrañas.



III

Mientras se despierta el lobo...



L poco tiempo de acostarle en su habitación, hechas y a punto las prevenciones del caso, cobró el sentido Monterrey, ya libre de la anestesia, y abrió penosamente los ojos; pero al caer de la tarde los volvió a cerrar, letárgico, febril, sin darse cuenta ni del lugar donde se hallaba.

En suave peuumbra y en un silencio absoluto, no consintió el doctor que nadie sino Loreto y él entrase allí. Turnaban ambos a su cabecera, atentos a vigilar el pulso, la temperatura, el rostro y la respiración; a combatir sin tregua todo fenómeno alarmante. Porque el estado del paciente, la violencia del traumatismo, la copiosa hemorragia, el

choque operatorio, la calentura, el sopor invencible, inspiraban agudísima inquietud.

Por la mañana remitió la fiebre: don Juan abrió de nuevo los ojos, movió con ansia los labios. A fuerza de inyecciones y estimulantes había podido sacudir aquel profundo estupor. Mas, poco a poco, tornó a desfallecer. Llegando la noche cayó en un síncope, vecino ya de la muerte.

Luchando a brazo partido con aquella vida temblorosa que a cada minuto parecía escapársele de las manos, pasó Valdés toda la noche, rendido de angustia, desesperado, impotente, lo mismo que en la noche, ya lejana, en que agotado su saber, muda su ciencia, testigo inútil de la agonía de su esposa, la veía hundirse en el abismo eterno y sin poderla salvar... ¡Lección tremenda y estéril para el que, ciego a la luz de lo invisible, no quiere ver más allá de lo que ven los ojos de su carne!

Al día siguiente hubo consulta de todos los médicos del Sanatorio. Fué opinión común que nada podía hacerse ya: ni el éter, la cafeína, el aceite alcanforado, los sueros, ni otro alguno de los tónicos más vehementes bastaban a levantar la presión de la sangre, a contener el derrumbamiento de aquella naturaleza moribunda. El *shock* era invencible; el coma fatal, inevitable. —¡Esto es cuestión de horas!—dijo el propio Albarracín, clavando su «ojo clínico» en la faz palidísima de don Juan.

Alguien, sin embargo, disintió del pronóstico: Loreto Cruz. Con nerviosa elocuencia se puso a razonar su parecer. No había complicaciones sépticas ni locales, trastorno visceral ni de los vasos, accidente nervioso ni predisposición malsana del sujeto ni otra consecuencia operatoria que el *shock*. Se debía apelar heroicamente a todos los medios de reacción y de acoso para vencer aque-

lla suprema laxitud; la naturaleza del enfermo consentía los más terribles latigazos...

Fué ella misma quien aplicó, briosa, encarnizadamente, las nuevas flagelaciones terápicas; ella quien hostigó, como una furia, las últimas energías vitales de aquel desfallecido cuerpo, un día suyo; ella, por fin, la que, abrazándose al ingrato, disputándole su vida a la muerte, se hizo abrir las venas para trasfundirle el licor generoso de su sangre. ¿Caridad o amor? ¿Era la mujer o la doctora quien hacía el sacrificio? Ambas a la vez. Amor y caridad, y al propio tiempo desquite, rasgo de orgullo y de soberbia de un corazón apasionado y misterioso, que así se complacía en humillar, pródiga y sublime, dándole su propia vida, a quien le quitó la honra.

Cuando Loreto Cruz tendió su hermoso brazo desnudo al nivel de la pierna de don Juan, cianótica y fría como un mármol; cuando sintió en el pulso, sobre la arteria radial, la picadura del acero, la suave presión de las pinzas y el roce de la cánula; cuando vió sobre los bordes de su vena rota los labios de la vena del amado, ambas abiertas y juntas como dos bocas en un beso; cuando el chorro sanguíneo comenzó a fluir, robusto y fácil, a cada pulsación, del uno al otro vaso, cerró los ojos voluptuosamente y se le estremecieron todas las entrañas como en una cópula de amor. Después de la virginidad, ¿qué mayor entrega, qué sacrificio más noble, qué donación más amorosa le podía ofrecer que la trasfusión de su sangre?

Casi tan pálida como él, con muchos vértigos y trasudores, muerta de sed y de emoción, la retiraron de allí. Caída en su lecho solitario, esperó... ¿Qué más podía hacer? Ella no sabía rezar...

Galvanizado por aquella corriente impetuosa de vida, cobró pulso y aliento Monterrey, mas para caer de nuevo, a las pocas horas, comatoso y febril, en el tenaz sopor vecino de la muerte. Desesperábase Valdés sospechando que su duro pronóstico estaba a punto de cumplirse. Tanto el Amor como la Ciencia eran ya inútiles allí.

Pero al amanecer el quinto día se operó bruscamente una reacción inesperada.

Fué una de esas crisis, enigma y desesperación de los médicos, que con harta frecuencia dan un violento mentís a las más lógicas previsiones de la ciencia humana. Latente en las raíces misteriosas de la Vida, en las fuerzas oscuras de la Naturaleza, ese factor invisible, recóndito, inefable, superior a la máquina corporal, a la ciencia y la intuición de los hombres, se reveló de pronto en el enfermo y le arrancó a la muerte, ya en los umbrales del más allá.

—Es la Naturaleza—dijo Albarracín cuando advirtió los síntomas ya francamente favorables—, la pícara Naturaleza, mujer al fin, y como tal incomprensible, caprichuda, inconstante y guasona, empeñada siempre en poner a los médicos en ridículo... Es la Naturaleza, esa esfinge universal que nos trae por los cabezones, de hoyo en hoyo, del vientre a la sepultura, tan pronto madre como madrastra, dulce y cruel, infanticida y partera, amante y verdugo, nodriza y enterradora...

Y dirigiéndose a Valdés, añadía muy socarrón:
—¿Qué tal, Maestro? Fíese de la Ciencia y no corra. He aquí un hombre que lógicamente, científicamente, con arreglo a todos los cánones y pronósticos se debió morir... *e pur si muove*... ¡Cuando yo le digo a usted que la Ciencia da menos luces que un candil! (Esto último lo dijo cuando ya Val-

dés le había vuelto la espalda con olímpico desprecio.) ¡Nada, que nada se sabe, que no sabemos ni lo que es una calentura! Quien únicamente acertó aquí fué la señorita Cruz, y eso no por ser doctora, sino por ser hembra y por pura corazonada... ¡Rediéz! Cuanto más viejo soy más me convenzo de que todo lo que se sabe es que... no se sabe ni jota. Por mucho que se presuma saber todo el abecedario, no hay más letra en el mundo que la X... Todas las demás son K... K...

Mientras el pícaro Albarracín daba rienda suelta a su verbo mordaz y socarrón, Loreto Cruz velaba infatigable junto al lecho de Monterrey. Todas las noches iba la doctora, luego de visitar a sus niños, a la habitación del enfermo, y allí, sintiéndose madre también, harto más que mujer y que doctora, cuidaba al ingrato, poseída de entrañable ternura, de dolorosa compasión, al verle tan a su merced, tan derribado de su orgullo viril, renaciendo poco a poco, entre suspiros y quejas, con esa mansa debilidad, con ese cobarde infantilismo de los hombres más duros, valientes y correosos cuando en trances de mortal angustia, ya arrecidos por el soplo de la Noche eterna, por el terror de lo sobrenatural, comienzan a revivir, frágiles, inermes, como humildes criaturas, dóciles al arbitrio ajeno, sumisos a la mano amparadora que les gobierna y acaricia.

Todos los resortes vitales de Loreto Cruz, todos los heroísmos y flaquezas de su complejo y cohibido natural, odios y lástimas, envidias y ternuras, piedades y rencores, ocultos en su estrujado corazón, se resolvían en un ímpetu maternal violento, indómito, perenne, pasión del alma y de la carne, frenética avidez de sus entrañas mutiladas, tan paradójica en ellas como la falsa sensación del miem-

bro que se amputa, como la sed implacable del hidrópico y el inútil ardor del impotente.

Cuando en las flores de su juventud la trajo el amor a las puertas de la muerte, Loreto hubiera preferido morir a padecer aquella cruda ovariotomía que le arrancó de cuajo toda esperanza de maternidad. No resignada aún, porque si pudo el bisturí segar las raíces del sexo no pudo extirparle las raíces del corazón, vivía desde entonces en aquella perpetua y dolorosa avidez, a prueba de fracasos y desdenes, amando y odiando a la par, noble y rencorosa a un tiempo, llena de miel y de hiel, capaz de los rasgos más heroicos y de las acciones más ruines. Aborrecía a las mujeres con un sentimiento de profunda y callada repulsión, y sobre todas a Eugenia, en quien veía y envidiaba el júbilo, la hermosura, el don de gentes, el amor satisfecho, la maternidad triunfante, la dicha, el gozo de vivir... y hasta la inconsciencia, la tosca limitación de su ignorante plebeyez. Y amaba Loreto, en cambio, no sólo a los niños, sino también a los hombres (aunque harto conocía su crueldad) con un desinterés melancólico, y singularmente a Monterrey, con un amor sin esperanza lleno de viva y desgarradora tristeza.

Como otras mujeres hacen alarde victorioso de su infecundidad voluntaria, ya por oficio, ya por virtud o vocación; porque nacieron como hembras de placer, para dominar a los hombres y manejarlos a su arbitrio a modo de juguetes o esclavos, o porque son felices al consagrar su heroica doncellez al amor divino o la piedad humana, o porque gustan de vivir para sí mismas, libres y sin dueño, en las nuevas rutas abiertas a la actividad femenil, Loreto había nacido exclusivamente para ser madre, para lo único, precisamente, que no podía ser. He

aquí su íntima, su irremediable tragedia. Y como no podía cambiar su corazón ni su destino, ni bastaban a satisfacer sus locas ansias maternales la caridad científica ni el amor a las criaturas ajenas, ni conocía ni quería tampoco estímulos más altos para vivir y amar, sentía su dolor tan hondo, tan vacío y estéril como sus propias entrañas.

Recatábalo en su corazón como algo torpe y ridículo, como debilidad de mujerzuela indigna de su orgullo de doctora. Mas la presencia de Monterrey, traído de nuevo por misterioso azar, desangrado y moribundo, a su regazo de madre (como madre sentía Loreto, más que como mujer, cuando amaba a los hombres) vino a despertar su amor, a sacudir su dolor, a remover en el vaso turbio de su alma todos los posos, todas las hieles y las mieles de su juventud.

Y cuando Monterrey, después de muchas noches de mortal congoja, en que el dolor, la calentura, los vómitos incoercibles y angustiosos, y más que nada la sed, la sed urente y horrible de las grandes hemorragias, le encandecían y martirizaban; cuando a fuerza de solicitud y desvelo pudo el inválido incorporar su hermosa y pálida frente y mirar con ojos de gratitud a su enfermera, tuvo Loreto que refrenarse toda y morderse los labios y el corazón para no desatar con sus palabras el torrente de la emoción que ambos sentían. Y así que pudieron hablarse logró la triste poner por encima de sus más vivos afectos la bandera de su dignidad.

—¡Loreto!—pronunció él cuando la hubo reconocido, con esa voz sorda y lejana de los moribundos que vuelven a la vida—. ¡Tú!

—No soy Loreto—repuso ella, esforzándose por dar a sus palabras un tono de severidad—. Soy la doctora Cruz.

—Para mí siempre serás Loreto. ¿No soy yo Juan para ti?

—No—contestó más severa—. Tú eres don Juan de Monterrey... un enfermo del Sanatorio a quien hubo que asistir. Y nada más.

—Te debo la vida.

—Otras cosas me debes.

—Dispuesto estoy a pagarlas.

—Ya es tarde. Las pagué yo todas. Para eso nací mujer. ¡Y aún dicen que eres pródigo!

—Un malvado fuí. Pero ya soy un hombre nuevo...

—¡Un hombre nuevo!—replicó ella con ironía—. ¿También tú tienes la ilusión?... Sería preciso arrancar de tu carne hasta la última raiz de humanidad... que el hombre dejara de ser hombre.

—No en vano me asomé al abismo de la muerte.

—En vano, sí. La muerte es ciega y muda para quien vive como tú.

—Pero la sangre nueva y generosa que me diste de tus venas...

—En las tuyas se ha corrompido ya.

—Creí que, al hacerme tanto bien, habías perdonado...

—Se perdona, pero no se olvida.

—Quien no olvida sólo perdona a medias...

—¿Todavía quieres más de mí?

—Tienes razón, Loreto... Yo que te debo la vida...

—No. Se la debes a tener tan duro el corazón.

—Tus manos piadosas lo han sabido ablandar. Aunque tú no lo creas, me siento muy otro de lo que fuí...

—¿Qué sabes ahora? Todavía estás débil como un niño. Por duros y crueles que seamos, el dolor nos rinde. Te juzgas bueno porque te sientes cobarde.

—¿Cobarde yo?

—Nadie es valiente cuando la fuerza y la vida se le agotan. Harto lo sabemos los médicos. Ayer, en la sala de operaciones, un terrible anarquista lloraba como un rapaz. Unicamente aquí... y allí (dijo señalando por la ventana los muros de la Cárcel que a lo lejos se veían) los lobos se convierten en corderos. Esto te pasa hoy a ti. Pero mañana, cuando despierte el lobo... cuando reviva el hombre...

—Si tan malo me juzgas... ¿por qué no dejaste que me muriese?

—Yo no soy un verdugo, soy un médico.

—¿Nada más para mí?

—Ya te lo dije; nada más.

—¡Loreto!—repitió Monterrey con sincera y emocionada ternura.

Al escuchar su nombre, dulce y dolorido en la boca sedienta del amado, Loreto vaciló. Un impulso invencible la condujo hasta rozar con la suya el rostro sudoroso del enfermo.

—Y además—le dijo en voz muy baja—soy, desgraciadamente, una mujer... Pero una mujer ofendida—añadió retrocediendo con valerosa reacción—, burlada de la manera más fría y cobarde, la que más me podía ofender... Burlada sin amor.

—No es cierto.

—Y esa mujer, a quien tuviste tan en poco, ha querido probarte ahora que vale mil veces más que tú, que es mil veces más noble, más honrada, más fuerte, más heroica, más desprendida que tú... Basta el amor para justificarlo todo. ¿Qué justificación hay para ti?

—¡Tu amor... y el mío!—repuso él con súbita vehemencia, tendiendo los brazos temblorosos—. Tu amor, tu caridad, que hoy me traen a quererte

como nunca quise... con la virtud de esta vida nueva, de esta sangre generosa que me has dado...

—¡Cállate, Juan!—clamó Loreto, sacando bríos de su propia flaqueza—. ¡Aguarda... aguarda que despierte el lobo!

—Me trajo el destino aquí... el mío y el tuyo.

—¿Quién sabe nada del destino? ¿Acaso viniste por tu propia voluntad?

—Mi voluntad es ahora satisfacer mi corazón y mi conciencia. No hay agravio que no pueda repararse.

—Los hay que no tienen reparación posible.

—Cuando se quiere...

—¿Qué sabes tú lo que querrás mañana?... En fin—concluyó Loreto alejándose bruscamente de los brazos que Monterrey le tendía—, yo sólo quiero cumplir con mi deber. Y aquí lo cumplí con creces. Ahora mi deber está en otra parte.

Desgarrado el corazón, pero muy erguida la dignidad, se dirigió hacia la puerta.

—¡Loreto!—imploró Monterrey, alzándose penosamente sobre las almohadas—. ¡Loreto!

—No faltará quien te cuide. Me esperan otras obligaciones. ¡Adiós!

Y sin volver la cara, ya a punto de romper en un sollozo, abrió Loreto la puerta y se salió de allí.

Se fué corriendo a su habitación. Necesitaba estar sola, sin que nadie la viese ni hablase, para llorar, como solía, de bruces sobre su lecho, con el rostro hundido en las almohadas... Pero al llegar a su celda se tropezó con don Augusto Valdés que cruzaba la galería.

Cuando el apóstol vió a Loreto así, con tan aguda pesadumbre, con los ojos húmedos y alterado el semblante, se entró con ella en la habitación.

—¿Qué tienes, hija mía?—le preguntó blanda-

mente, lleno de dulzura paternal con que el buen don Augusto trataba a todas las mujeres, y más que ninguna a su discípula predilecta.

—No es nada, Maestro—respondió la doctora haciendo un esfuerzo sumo para fingir tranquilidad.

—Algo es, no cabe duda—repuso Valdés pulsándola—. Ya hace días que te veo con una ansiedad, una depresión..., inapetente, asténica... ¿Lo ves? El pulso alterado, arritmia... ¿Has advertido algún trastorno funcional?

—Nada, Maestro—dijo con una sonrisa más dolorosa que el llanto—. Un poco de neurastenia.

—Ven que te ausculte, hija mía.

—Obsérvame bien, pobre Maestro—decía ella para sí mientras la auscultaba el doctor—. Estas dolencias ni tú ni yo sabemos curarlas... Aquí no hay signos específicos, nada sensible ni sintomático, nada concreto en que apoyar un diagnóstico... Y, sin embargo, duelen... duelen más que las otras... con un dolor inefable y espantoso que no se puede entender, ni definir, ni localizar, ni referir a sensaciones...

—Taquicardia nerviosa—declaró Valdés, guardando el estetoscopio—. Hay algo de hipertensión arterial...

—¿Lo ve usted?—repuso Loreto—. Nada entre dos platos. Un poco de fatiga, de *surmenage*... Reposo, nutrición, hidroterapia, yoduro... ¿verdad, Maestro?

—Hay que cuidar la *máquina*, hija mía. Trabajas mucho, cavilas demasiado, y eso no está bien... Para colmo, ahora, con ese pícaro de Juan, pasaste una crujía... Nunca nos agradecerá el muy bergante lo que sufrimos por él... sobre todo, tú.

Decía así don Augusto con la mayor ingenuidad

y sin sospecha alguna del drama interior de la doctora. Sabía, sí, que antaño Loreto y Juan habían tenido amores y que los tales amores la trajeron a mal traer. Pero al amor sexual no le concedía Valdés más trascendencia que la puramente fisiológica, en orden al «sabio cultivo de la Especie»; a su juicio, *aquello* había pasado a la historia, sin otras consecuencias que un parto infeliz y una feliz intervención quirúrgica. El buen apóstol, fuera de sus tareas profesionales y de su «sagrado ministerio» en aras de la Ciencia Positiva y Omnipotente, solía estar en la luna, patria natural y apacible de todos los soñadores. Y en cada incógnita tristeza que le saliese al encuentro, pasión del ánimo, avidez del espíritu, anhelo trascendente, pesadumbre moral o metafísica inquietud, sólo veía un «caso patológico», achaques físicos, herencias neuropáticas, enfermedades del «hombre viejo», «intoxicado por muchos siglos de creencias absurdas, de ideas pesimistas, de sentimientos morbosos, de vida irracional, en contra de lo que piden las leyes naturales, la salud del cuerpo, la felicidad humana, la cultura científica y hasta el sentido común».

—Hay que cuidar la *máquina,* Loreto—repitió cariñosamente—, para que no la enmohezca la pícara «herrumbre de la vida». Por fortuna, eres joven y eres fuerte, pero los temperamentos neuroartríticos ya sabes lo que han menester... Mírate en mi espejo, nena. Hay que llegar a la vejez sin máculas, llenos de brío y de euforia, contentos de vivir, felices en el sagrado cumplimiento del ciclo vital y fisiológico. Tú tienes en ti misma todo lo necesario para ser feliz. Cuida el precioso, el sumo bien de la salud, que es la alegría, y barre de tu claro entendimiento esa enfermiza vegetación con que la

loca de la casa nos llena también de herrumbre la cabeza...

Diciendo así, tierno y dulce como un padre, la atrajo sobre su corazón, dándole un beso en la frente. Lloró la triste en los brazos del iluso apóstol con mucha emoción, pero también con no poca amargura al ver cuán lejos, con estar abrazados, se hallaban uno del otro, qué sima tan honda les separaba a los dos. Con toda su ciencia, con toda su bondad, él no sabía, no podía comprender ni compartir su pesadumbre...

—¡Pobre Maestro!—dijo ella para sí—. ¡Cuán engañado vives! Mucho bien haces en el mundo, pero ¡qué poco puedes para aliviar estos males! ¿Cómo aliviar ni comprender lo que no se conoce y cuando se conoce se niega?

Fingió sentirse consolada, y con el secreto afán de verse a solas empujó suavemente a don Agusto hacia la galería.

Salió Valdés, y al punto que Loreto daba al fin rienda suelta a su ternura solitaria, iba diciéndose el apóstol, mientras se dirigía a sus obligaciones:

—¡Pobrecilla! Es el sexo, la voz del genio de la Especie... Vive aquí la infeliz como una monja, como una hermana de la Caridad, y, ¡naturalmente!, no es posible desoir los imperativos fisiológicos... La hembra, aunque sea estéril, siempre escucha el reclamo del varón..., aunque lo disimule por atavismo, por esa necia castidad que, para oprimir a la mujer, llamó virtud el «hombre viejo»... Si yo pudiera casarla... Si yo convenciera a ese pícaro Juan... Loreto es sosa, es feucha, poco simpática de primera intención..., pero en el fondo vale un potosí... Juan es un loco de atar, una bala perdida, pero, ¡quién sabe! tal vez en un ambiente científico... No harían mala pareja: en el jardín de

la Especie no todo ha de ser frutos y flores; también hacen falta jardineros... Y sería admirable que esas dos vidas, en riesgo de consumirse a solas, juntaran sus destinos bajo la misma mano que las salvó de la muerte... Si Eugenia me ayudara... ¡Trabajemos, trabajemos todos—concluyó en su magín, como si hablase a sus discípulos, como si hablase a la humanidad entera—, luchemos por recoger y encauzar todas las fuerzas perdidas en el mundo! ¡Que nada se desgaste ni se derroche inútilmente! ¡Procuremos sin descanso unir, esclarecer y simplificar las cosas, imponiendo el ritmo, el orden y la claridad de la Ciencia para que broten a raudales la alegría y la felicidad de vivir!...





IV

Alegrías.



ONVALECIENTE ya, cerrados los costurones del pecho, en cobro la salud con nuevos bríos, erguida la orgullosa cabeza descubierta, firmes el pulso y el talle, muy alegres los ojos andaluces, iluminada toda su persona por la pasión y el goce de vivir, paseaba Monterrey en compañía de Eugenia por los jardines del Sanatorio.

—¡Qué bien me siento!—decía respirando con ansia el aire de la Sierra, tan fino y amoroso a los pulmones—. ¡Qué ganas tengo ya de lanzarme otra vez por esos mundos!

—¡Ingrato!—repuso Eugenia, dándole un repelón—.¿Tantas ganas tienes de perdernos de vista?

¡Pícaros hombres! ¡así sois! Vienes aquí muriéndote a pedazos, y aquí te ponen como nuevo, te limpian bien la asadura, te cosen el corazón, te cambian hasta la sangre, te mudan hasta la piel, te dan sopitas y buen vino, te adulan, te distraen, te pasean, te tratan como el Niño de la Bola, y apenas te sientes con salud, a tender las alas y... ¡me alegrito de veros buenos!

—¡Eso sí que no! Sois para mí, que vivo solo en el mundo, el amor, la lumbre del hogar, mi única familia, mi único afecto puro y desinteresado. Más que padrino es don Augusto como un padre...

—Como lo es para mí.

—Nadie le debe tanto como yo; por debérselo todo, le debo hasta la vida... Leonardo, aunque nunca me tuvo mucha estimación, me inspira un cariño fraternal, como de antiguo mayorazgo... Y tú, divina flor de la Naturaleza, eres para mí la loca de la casa, la fantasía del vivir, la hermana menor del Cantar de los Cantares...

—¡Echa coplas, guasón. Talluda está la hermanica...

—Tú siempre tendrás quince años.

—¡Menos flores y más formalidad! Ya sé que nos quieres a todos más que a tu dedo meñique... ¿Y a Loreto? ¿ya no te acuerdas de Loreto?

—¿Cómo no?—repuso Monterrey, muy azorado, como si estuviese en presencia de la triste «de cuyo nombre no quería acordarse»—. Pero es tan... orgullosa... Parece que me esquiva, que me huye...

—Si ve en ti frialdad..., ingratitud... Escúchame, Juan. Voy a ajustarte las cuentas. De aquí no te vas sin pagar... hasta el último chavico y la última gota de sangre... Juan ¿no me oyes?

Juan la escuchaba sin oir. Estaba demasiado absorto en su goce egoísta de la salud y de la fuerza.

El mundo exterior, tan ancho, espléndido y jubiloso a los sentidos de quien estuvo en los umbrales de la muerte, le inundaba de alegría y de placer; el concierto universal de las cosas, tan nuevas, tan vírgenes y puras, tan claras y coherentes a los ojos del que temió perderlas, vibraba en él con una multitud de ideas felices y sensaciones tónicas.

Mirábalo todo a la sazón como si lo viese por primera vez, en una alborada de los días infantiles de la tierra, con el ímpetu juvenil, enfórico y sensual del hombre primitivo que veía nacer con el sol las primeras imágenes y los primeros pensamientos. La vida fisiológica se le desbordaba como alegre raudal por todos los vasos, circulando con generoso brío del corazón a las arterias. Por un instante, vivir le parecía el sumo bien, el mundo visible la única realidad, la tierra el verdadero paraíso...

—¡Qué bueno es vivir, Eugenia!—exclamó, asiéndola del brazo con la dulce familiaridad que ambos tenían—. ¡Qué gozo sentirse jóvenes, sanos y fuertes, a la luz del sol! ¡Tengo un ansia de vida, de actividad y movimiento! ¡Mira esas cumbres, Eugenia, mira qué hermosura de nieve y de luz!—y señalaba a lo lejos los blancos dientes de la Sierra, erguidos en el diáfano horizonte—¿no sientes unas ganas locas de volar allí? ¿Quieres que volemos un día en mi aeroplano sobre las cumbres de Guadarrama y de Gredos? ¡Un paseo delicioso! Figúrate un *looping* sobre la cresta de Peñalara y un aterrizaje en el lago de Almanzor...

—Y una caída de latiguillo sobre las peñas de la Fuenfría... ¡Cuando yo digo que tú no estás bien de la chaveta!

—Mujer, ya me han dado de alta; necesito entrenarme... Ya ves..., para dar la vuelta al mundo es menester...

—Sí, tomar todos los Sacramentos... Pues, mira, Juan, empieza por el que más falta te hace: el del matrimonio...

Al oir tal dió Monterrey un salto que a poco más resulta un *looping* sobre el césped.

—¡Eugenia!—contestó—¿a que eres tú quien ha perdido el juicio?

—¡Anda, hombre, cásate—le dijo a boca de jarro—cásate con Loreto!

El nombre de Loreto, recordado otra vez tan de pronto, le arrebató a Monterrey su egoistona alegría, despeñándole de nuevo en los tajos de la fatalidad y del oscuro destino. Humilló su rostro con viva y amarga pesadumbre, aquel rostro de tan noble y gracioso dibujo, tan lleno de apasionada voluntad y heroica fuerza, tan de varón y de prócer, pero durísimo y siniestro, como el perfil de un ave rapaz cuando lo fruncían el dolor o la cólera. Y entonces le pareció la vida mala y triste, el mundo incoherente y paradójico, toda felicidad un engaño, una emboscada de la Naturaleza, doble y contradictoria en él, tan duro y tan sensible a un tiempo, tan valeroso y tan ruin, tan franco y tan falaz, pocas veces inclinado al bien, pero no tan empedernido en el mal que no lo hiciera sin sentir después un dolor insoportable.

La voz dulcísima de Eugenia le hizo levantar el rostro y los pensamientos. Con el don de ligereza y de olvido que ambos tenían, merced al fondo pueril de sus caracteres, cambió de rumbo la conversación. En el alma veleidosa de Monterrey se alzaban de nuevo las voces profundas de la vida que le llamaban al camino, al viaje, al movimiento, a la acción. El ansia de la vuelta al mundo, por encima de todos los mares y las tierras, a bordo de su navecilla voladora, le dominó con impaciente avidez.

—Yo quiero—decía, impresa la firme voluntad en el oscuro y afeitado semblante, en los ojos negros y soñadores, ojos de árabe andaluz, en las fuertes mandíbulas, en la boca de bermejos labios y recia dentadura, en la aguileña nariz y hasta en el áspero cabello peinado todo hacia atrás—, yo quiero que la raza más aventurera del mundo, la que abrió con sus proas y sus lanzas caminos en los mares incógnitos y en las selvas vírgenes, hoy ponga su bandera en los aires, más alto que ninguna...

Eugenia le miraba riendo, como en son de chacota, mas con asombro y delicia, con la secreta admiración de todas las mujeres por los varones de voluntad y dominio, audaces y temerarios, pródigos de la vida, de la salud y el dinero.

—¿Quién dirá—repetía—que viniste aquí sin una gota de sangre, abierto el corazón como una *graná*, hecho una pura compasión, como el Cristo de la Agonía? Tienes tan buena sombra que hasta el morir parece que te sienta bien...

—Los hombres como yo necesitan de cuando en cuando una sangría para evitar una congestión... espiritual. A fuerza de querer vivir...

—Pero, chiquillo, si tanto quieres vivir, ¿por qué estás siempre en las astas del toro?

—Ahí verás. La pasión de la vida busca las astas de la muerte.

—¡Loco! Salud y pesetas es lo que vale en el mundo.

—La vida, como el dinero, sólo tiene valor cuando se sabe ganar y perder.

—Anda, tahur; con esas filosofías de tapete verde te vas a quedar peor que el gallo de Morón: sin pluma y sin cacareo...

—Así acabarán todos los gallos... y gallinas que

hay en el mundo. Más pronto o más tarde... ¿qué más da?

—¡Vaya si da! Cuanto más se viva, mejor.

—Según como se viva.

—En paz y en gràcia de Dios... O como dice don Augusto: conforme a las leyes de la Naturaleza.

—Pues así vivo yo... no te rías... A mí la Naturaleza me pide exaltaciones, desbordamientos y peligros, velocidades, frenesíes y despilfarros para aplacar un poco mi hambre de vida, mi sed de lucha y de emoción. Yo necesito a la par sentirme rico y pobre, alegre y atormentado, repleto y vacío, vivir y morir en un instante de infinita embriaguez. Nací con alas de águila caudal y corazón de león. Hay en mi naturaleza rasgos de prócer, ímpetus de pirata y orgullos de Lucifer...

—*¡Josú* qué miedo! Tú eres el diablo en persona.

—Soy un hombre. Con serlo me basta... con ser más hombre que nadie.

—¡Olé mi tierra! Tienes más humos que el tren...

—Donde hay humo es porque hay fuego.

—Pues el fuego con el agua se apaga. Ya se conoce que tuviste calentura. ¿Todavía te dura la sed?

—La sed de la vida... que abrasa más que la otra.

—A los hombres que son tan malos como tú.

—Tan malos y tan buenos. Quien es más hombre que todos, dicho se está que es el peor... y el mejor.

—Esas cosas no se dicen, se prueban.

—¡Más vivo! Si tú me dices cómo...

—Ya te lo dije... ¡cásate, Juan!... ¿Más vivo?

—¡Echa el freno, mujer! ¿Casarme yo? Tú te has vuelto loca...

—¿Por qué? ¿Tanto horror le tienes al matrimonio? Si tú supieras lo dulce que es vivir juntos un

hombre y una mujer, abrazaícos toda la vida, casados como Dios manda..., es decir, como lo manda la Ciencia..., ¡no te rías ahora, mal ángel! ¿Hay en el mundo más delicioso manjar?

—Para tí, puede que no... Para mí...

—Pues, hijo, igual que para todos. Cuando yo digo que tienes más humos que el tren... cuando pasa por un túnel...

—Pues por ese túnel del casorio no me haces tú pasar, así descarrile hasta el furgón de cola... ¡No hay hembra en el mundo capaz de hacerme perder mi salvaje libertad!

—¡Que te crees tú eso!... ¿Y para qué quieres esa... salvaje libertad? ¿Para estrellar la máquina otra vez y hacerte una criba el corazón?

—Ya te he dicho que a mí me gusta vivir al modo trágico, en una inseguridad perpetua, sintiendo en mi carne y en mi alma los vértigos del peligro, los espolazos de la emoción, el frenesí del más allá... Vivir al galope, correr hacia lo desconocido, correr desbocadamente hacia todas las posibilidades...

—¡Juan: eso no es vida, eso es una carrera de caballos!

—Instintos de jinete, de aventurero, de nómada. Yo me crié en América: mi padre era sevillano, pero casó en la Argentina y desde muy mozo aprendí a correr sobre los potros cerriles, allá en las tierras del Plata, con la agilidad de un pampero... Y desde entonces vivo siempre a caballo, a galope sobre la vida... El automóvil, el aeroplano, son para mí como corceles, Clavileños al viento, Pegasos de nuestra civilización vertiginosa. Ya ves que obedezco a la ley de la Naturaleza, como dice don Augusto, que vivo conforme a mi propia ley...

—¡Guasón! Eso no es ley, eso es tirar a que se

rompa la máquina. Bien que se gaste la gasolina, pero cuidando al motor y echando a tiempo los frenos. A la Naturaleza hay que darle lo suyo conforme también a la razón de la persona. Eso es lo que dice don Augusto. Hay que ser prudentes y razonables, amar la vida, y cumplir todos los mandamientos de la Ciencia, para ser felices...

—¡Amén!

—¿Vas a tomarlo a chufla?

—Ciencia, prudencia, razón, felicidad... ¡Pero, mujer, tú si que tienes ganas de tomarme el pelo!

—Juan: tú estás dejado de la mano de Dios.

—¿En qué quedamos? ¿Dios o la Naturaleza?

—Yo, la verdad, no lo sé a punto fijo. Como cada uno dice una cosa distinta... El padre Manjón me enseñó a rezarle al Santo Cristo y a la Virgen de las Angustias. Mi suegro me predicó después la diosa Razón y el culto de la Ciencia. Aquí, para ínter nos, yo creo que todas son maneras de rezar. El caso es ser uno bueno. Yo, para no meterme en confusiones, ¿sabes lo que hago?, pues todas las mañanas, en cuantito que abro los ojos, me rezo un Padrenuestro... Estoy segura de que no se pierde en el aire, que va derechito a Dios, a la Naturaleza, la Razón o a quien le toque allá arriba... Y aquí paz y después gloria...

—¡Oh delicioso corazón de la mujer, lleno de ingenuidad... y de sentido práctico!

—Eso te falta a tí: una mijita de sentido práctico para no vivir tan a locas y ser feliz en el mundo.

—Pero ¿tú crees en la felicidad?

—Yo, sí. ¡Naturalmente!

—Pues yo, no. Escúchame, Eugenia. Te hablo en serio. Para ser feliz en este mundo sería necesario encogerse, achicarse, recluirse, tapar todos los horizontes, cortarle todas las alas al espíritu, des-

truir la inteligencia, la voluntad, la imaginación, los sentimientos; descender a los últimos grados de la vida, casi al nivel de los infusorios..., convertirse en un gusanillo miserable. ¿Concibes tú seis mil años de Ciencia para venir a esta conclusión?

—Entonces, ¿miente don Augusto? ¿Está loca la humanidad entera? Porque no hay nadie en el mundo que no aspire a ser feliz...

—Esa es precisamente la enorme tragedia de la Vida. Que todos los seres aspiramos a una felicidad imposible... a lo menos en este mundo. Porque yo dudo hasta de la felicidad de los infusorios... Y no es que mienta mi padrino ni ande la gente loca de remate, aunque de mentiras y sinrazones está llena toda la tierra. Es que nos engaña el deseo y nos empuja a perseguir esa felicidad y creer en ella ciegamente, como en un Paraíso futuro, cuyas doradas llaves tiene, según la fe de cada cual, la Religión o la Ciencia o la Política o el Socialismo... Ilusiones, Eugenia, puras ilusiones... Para lograr esa beatitud habría que matar en nosotros los estímulos más profundos de la Vida: matar las ideas porque las ideas destruyen: las emociones, porque la emoción exalta; los deseos, porque el deseo enloquece; los instintos, porque el instinto ciega; los sueños, porque los sueños burlan: matar la vida misma de raíz, que es sensibilidad y pasión y esfuerzo doloroso...

—De manera, Juan—repuso Eugenia con un semblante muy risueño, sin darse por convencida—que a tu parecer no hay felicidad posible... Entonces, ¿a qué correr tanto como corres tú? Para ese viaje lo mismo da ir a pie, que en automóvil, en globo, a caballo o en burra... Pero hombre: ¿de veras no crees que nadie pueda ser feliz en este mundo?

—Yo, no.

—Pues yo, sí.

—Dichosa tú que lo crees.

—No es que lo crea; es que lo soy.

—¿Feliz? ¿enteramente feliz? ¿Sin una nubecilla? ¿sin la más ligera inquietud? ¿sin el más pequeño vacío? ¿sin la más leve desazón? ¿sin un minuto de amargura? ¿sin un recuerdo penoso? ¿sin una sola pesadumbre? ¿sin una ilusión malograda? ¿sin un deseo no cumplido? ¿sin algo que te duela, te canse o te lastime, que te haga vacilar, o temer, o suspirar con ansia, o sentir con tristeza? ¿Eres tan feliz, tan absolutamente feliz que no sufres jamás ni siquiera una de esas penillas que escuecen como un grano de pimienta en el corazón?

—¡Hombre, así... de esa manera tan absoluta y espantosa... como no sean los ángeles del cielo! Tengo, como es natural, la pesadumbre de estar mi Enrique en la guerra... Dicen que vuelve pronto... Pues en volviendo mi Enrique... soy feliz... ¡vaya si lo soy!

—Pues dime, dime cómo lo eres... Dímelo, a ver si me aplico la receta.

—La receta de la felicidad, hijo mío, no es como las de los médicos... que valen para todas las personas... Aquí cada cual tiene la suya... La mía sólo sirve para mí...

—¿Cuál es la tuya?

—Verás, te vas a reir. Se toma un perol muy grande, tan grande como el Pico de Veleta, y en el perol...

—¡Ah! ¿Pero es algo de cocina?

—Sí, hombre, de la cocina de los propios ángeles... Verás. Echo en el perol un cacho de cielo de *Graná*, otro cacho de sol andaluz, unos puñaícos de tierra del Albaicín, para que la cosa tenga su

malicia gitana..., un *brazao* de rosas del Generalife...

—¿Y de Madrid no echas nada?

—¿Cómo que no? Echo a mi marido ¿te parece poco?... ¿No ves que el perol es muy grande y cabe en él todo lo que se le eche? Pero no me interrumpas, que se va a pegar el *guisao... Aluego*, en un almirez, tamaño como la torre de la Vela, me pongo a majar los aliños...

—¿Qué aliños?

—Cállate la boca y escucha. Primero la sal, mucha sal: se necesita por arrobas... Pimienta después, y una guindilla para que pique. Laurel de los siete siglos. Una miajita de romero. Se maja bien y al perol...

—¿Ya está?

—¡Qué ha de estar! Hay que encender la candela... la candela del corazón... para que todo se rehogue... Y por último, antes de comérselo, se deja reposar... Le echo después unos nuégados de miel, de almendras y piñones, aceitunas sevillanas, un tonel de fino gaditano, que es la gracia de Dios, y, sobre todo, ajonjolí.., alegría... ¡mucha alegría! Y ya se puede comer...

—¡Vaya un gazpacho andaluz! Si yo lo llego a probar... ¡menuda indigestión!

—¡Mal ángel! ¿No te decía yo que sólo sirve para mí?... ¡Ah, se me olvidaba! Mientras se arrima a la candela... me pongo a cantar como un ruiseñor... Ese es un guiso que pide mucho cante y hasta su miajita de baile...

—¿Y qué es lo que cantas?

—De todo: granadinas, sevillanas, malagueñas, tientos, soleares, seguidillas gitanas, farrucas, jotas, fandanguillos y, sobre todo, alegrías... ¡muchas alegrías!

Y al decir tal, la reina del Albaicín abría de par en par sus rasgados ojos de noche y de fuego; dilataba las líneas de su expresivo semblante, lleno a la vez de ingenuidad y de malicia, moreno y esclarecido por jubilosos resplandores, y toda su espléndida persona, henchida de gracias vitales y de frescuras juveniles, temblaba de gozo sobre la tierra como un rayo de luz. Su tez absorbía todas las claridades y todos los reflejos del horizonte: parecía de tierra, de agua, de aire, de sol, de rosas y claveles, de pan moreno, de dorada miel. Su cuerpo lozano y flexible evocaba las más perfectas y rozagantes formas del desnudo; los vestidos se le ceñían dóciles, con una elegancia natural; movíase dentro de ellos tan ágil y tan graciosa como un felino en su listada piel. Era, en fin, una criatura de la Naturaleza, la Naturaleza misma, sensual, embriagadora, jocunda, fuente de vida y de salud, venero de felicidad, con todo el ímpetu de su perenne juventud, de su inconsciencia y su alegría.

Mirándola, oyéndola hablar, sintiéndola reir, tan libre de dolor y pesadumbre, tan bien plantada en la tierra, tan segura, tan firme, tan dichosa, parecía que el ideal del doctor Valdés ya estaba realizándose en el mundo: que el sueño de la edad de oro, el paraíso de la beatitud humana comenzaba a cumplirse, allí en los bosques de la Moncloa; que la pura Naturaleza era bastante a la satisfacción de los hombres; que el deleite de los sentidos, el júbilo de la salud, las fruiciones de la carne, la armonía natural, la ausencia de toda preocupación metafísica, el *mens sana in corpore sano* del viejo Hipócrates, eran suficientes para erigir el reino de la Felicidad universal...



V

Abismos.



ERO, Juan, ¿vas a salir?

—Ahora mismito, Eugenia.

—¿Y en automóvil?

—Ya lo ves...

—¿Guiando tú?

—¿Quién mejor?

—Para estrellarse, el único... Pero, hombre, tú no escarmientas... ¿Y vas solo?

—No, contigo.

—¡Que te crees tú eso!

Poco más tarde, en un soleado atardecer de un loco febrerillo con barruntos primaverales, Eugenia y Monterrey, juntos en el auto, corrían desaforadamente por el camino de la Dehesa de la Villa.

—¡Por Dios, Juan—gritaba Eugenia, gozando

y sufriendo a la vez—, no corras así! ¡no seas bárbaro!

Erguido el busto, la melena al viento, las manos vellosas en el volante, Juan se reía, sintiendo a su lado a Eugenia, estremecida de júbilo y de emoción.

—¡No seas tonta!—repuso—. ¿Para qué se han hecho estas máquinas sino para correr? Y a ti te gusta más todavía que a mí. No me lo niegues... La velocidad es el triunfo del hombre y la emancipación de la mujer. Gracias al auto y al avión, la humanidad se siente libre y victoriosa, con el dominio del espacio y del tiempo; el hombre deja de ser un animal sedentario, la mujer rompe las cadenas de su antigua esclavitud. Al son del motor y la sirena, que son los tambores y clarines de los héroes modernos, se conquista la libertad... ¿Que hay riesgo? Mejor; más placer. No hay libertad sin peligro... Ya ves: una leve distracción, un falso viraje, un pequeño azar... y ¡cataplún! el salto en las tinieblas... ¡Esto es magnífico!

—¡Magnífico y salvaje!—exclamó Eugenia, pálida de terror, sintiendo a la par en su carnoso flanco la vibración del ímpetu viril—. Yo prefiero pasear a la antigua española, en una carretela con su buen tronco de caballos jerezanos... Es más cómodo, más elegante y más seguro.

—¿Más seguro? También los caballos se desbocan. En la vida no hay más que una cosa segura: la muerte. Y ¿quién sabe leer el libro del destino? Voy a contarte una anécdota ejemplar y rigurosamente histórica. Vivía hasta hace poco en Madrid un buen señor, un apacible burgués, rico, feliz y muy cobarde. —¿Por qué no compra usted un automóvil?—le decían sus amigos—. —¿Yo? Dios me libre—contestaba él—. Yo tengo mucho

amor a mi pelleja. Me sobra con el tranvía, que es más barato y más seguro. Rómpanse ustedes la crisma, si les place, mientras yo voy en mi *cangrejito* tan guapamente...—En efecto: una buena mañana iba el buen señor en su buen *cangrejito*, por la calle de Argensola, cuando, al bajar la cuesta, se rompieron los frenos, y el tranvía, disparado como una saeta, no paró hasta rebotar contra la esquina de la calle de Belén y al buen señor se le quedaron los sesos en la esquina... ¿Qué te parece? En este pícaro mundo todo es inseguridad y paradoja...

Mientras decía así, lanzaba el auto velozmente, con admirable pulso, por las revueltas del frondoso camino, espléndida cornisa que en esta parte de Madrid enseñorea los fondos velazqueños del grave y varonil paisaje carpetano, cuya apacible majestad y ancho reposo, ya sacudidos por la fiebre moderna, vibran a los ecos del siglo con áspero son de bocinas y motores, con gritos y risas de mujeres.

A partir de aquella tarde, casi todas las de templanza y buen sol, iban Eugenia y Monterrey en el auto, unas veces solos, otras en compañía de Julio Roldán, el escultor, y aun del propio don Augusto, a más prudente velocidad. Leonardo, cada día más absorto, Loreto, cada vez más esquiva, hurtaban su presencia a Monterrey, de modo tal, que ya empezaba a ser hostil.

Eugenia, de acuerdo con el apóstol, se proponía a todo trance casar con Loreto a Monterrey. Cuando en las frondas de la Casa de Campo, en los pinares de la Dehesa, en los caminos del Pardo y del Escorial, donde solían algunas veces pasear a pie, Juan se «ponía a tiro», volvía Eugenia a la carga sin perder ocasión. Pero él entonces, como

ella insistiese mucho, hablaba de marcharse. Y Eugenia se ponía triste.

—¡Ingrato!—repetía—. ¡Siempre piando por quererte ir! Tú no le tienes ley ni a los ojos de tu cara... ¡Márchate ya; mal fin tengas!

—¿Querías tú que no me fuese nunca?

—¡Natural! Cuando dices «me voy» parece que me roban la alegría. ¡Si siempre estuvieras con nosotros! Si te casaras con Loreto... Viviendo con ella aquí, ya estábamos los cabales... ¡Y yo más feliz que nunca!... Pero tú ¡claro! no quieres nada con nosotros. Aquí te aburres como un perdigón. Tú a correr, a volar por las nubes. ¿Qué somos nosotros para ti? Gusanicos de la tierra...

—Tú, no; tú tienes alas...

—Alas de tórtola viuda.

—Naciste para volar muy alto. Pero el oscuro destino... ¡Qué lástima, Eugenia! Tú en otros horizontes...

—¿Tan chicos te parecen estos de la Moncloa? Desengáñate, Juan: esas alas tuyas, como son de alambre, se quiebran con facilidad... Son mejores y más seguras las alas de la imaginación.

—También se dan batacazos.

—Pero se cae sobre mullido.

—No siempre.

—Mírame a mí.

—Ya te miro.

—Tan ignorante como soy, tan poquita cosa, y no me aburro como tú... Nunca me aburro, aunque no salga de mi cuarto... ¿Qué más da que mi cuarto el mundo entero? El mundo entero es un pañolico... ¿qué más da una punta que la otra? Dondequiera que se esté hay para divertirse lo grande. A mí todo me divierte... Verás. Por las mañanas me levanto apenas abre el cielo los ojos. Es mi

costumbre desde muy chavala. En seguida me doy un baño con agua del tiempo. Esta es costumbre que me enseñaron aquí. Al principio huía del agua como un perrico faldero, pero acabé por tomarle el gusto, y ya el bañarme es para mí el placer de los dioses... Después me acicalo una miajita. Peinarme es lo que más me entretiene...

—No vi jamás cabello tan hermoso como el tuyo. Ni el de la reina Berenice. Peinado parece una corona; suelto debe de ser como un manto imperial...

—Calla, chuflón. Pues el peinarme es para mí...

—Otro placer de los dioses.

—¡Justo y cabal! ¿Cómo lo sabes?

—Lo adivino.

—Pues sí. Cuando me desato las trenzas... ¡me divierto yo más!... Más que un gato chico cuando juega con su cola... Y el mirarme al espejo es otra diversión... ¡Vaya, que me gusta convencerme de que no soy fea del todo!

—¿Fea tú? ¡Más hermosa que la Giralda sevillana, más que las torres granadinas!...

—Son muchas torres, Juan. A mí no me gusta campanear por las nubes. Me basta un pedacico de tierra para ser feliz. ¿No dicen que hay un mundo hasta en una gota de agua?... Pues, como te iba diciendo, yo me divierto sola como un gatico retozón... Las cosas más baladíes tienen para mí un interés... Con lo que otros se aburren yo me paso encantada las horas muertas... Si hace buen tiempo, después de acicalarme salgo al jardín... ¡qué felicidad! El que no madruga no sabe lo alegre y lo hermoso que es el mundo, lo buena y lo dulce que es la vida por las mañanas. Parece talmente que todas las cosas están acabaditas de nacer ¡Y a mí que me gusta todo: las flores, los árboles, los

pajarillos, el cielo, el aire, las mariposas y hasta las hormiguitas de la tierra!... A todo esto, así que amanece el sol, rompo a cantar como una alondra... Y luego, después de un vistazo por el jardín y por la granja, porque los animalicos todavía me divierten más que las flores, me pongo a trabajar... Pero, señor, ¿cómo habrá tanta gente ociosa por ahí? ¡Con lo que alegra y entretiene el trabajo!... Desengáñate, Juan, nadie se aburre como no sea un ansioso, un gandul o un *desaborío.* ¡Con la de cosas que hay que hacer aunque se viva en un rincón! Y cada una de ellas, hasta la más chiquitita, es un mundo, como la gota de agua... El toque está en haçerlas bien... Como dice tu padrino, la gente no sabe vivir: le pasa lo que al herrero del cuento, que a fuerza de machacar se le olvidó el oficio... Con la rutina ya no le damos importancia *ni a Sevilla ni al Guadalquivir...* Por ejemplo: ¿hay algo más agradable que el comer... cuando se tiene apetito? ¡Lo que yo disfruto comiendo, santo Dios! Pues ¿y dormir? ¿hay algo más delicioso que dormir? Pues ¿y charlar? ¿pudo inventarse nada más distraído que la conversación? Hablando la gente se desahoga el corazón y hasta se olvidan las penas... Pues ¿y el beber, aunque sólo sea un vaso de agua clara? Y más si la bebes de la fuente, y más si es de la fuente del Avellano... Pues ¿y el oir música y bailar y tomarse unas cañitas de lo dulce? Pero, ¡hombre! ¡si hasta el sentarse en una mecedora, con el cansancio y la calor, y hacerse aire con el abanico es un placer de los dioses! Yo siempre supe, desde muy chavala, tomarle el gusto a las cosas, pero desde que vine aquí se me avivó el sentido un disparate. No hay como la Ciencia para civilizar a la gente. Lo que dice don Augusto: hay que aprender a vivir, hay que hacer a los

hombres de nuevo para quitarles todas las faltas que sacaron cuando los hicieron por primera vez. El mundo, aunque tú no lo creas, es un paraíso. Vivir es una bendición. Teniendo salud y alegría, el cuerpo disfruta con todo... ¡hasta el respirar da gusto! Y no hablemos de las cosas que pertenecen al... secreto del sumario... ¡cásate y lo verás!

—¿Y siempre estás así?—repuso Monterrey, desviando la conversación—¿siempre tan contenta y alegre?

—Hasta en sueños, hijo mío.

—Serán sueños de color de rosa.

—De todos colores. Digo... menos el pajizo y el negro.

—¿Por qué no esos dos?

—Porque el negro es el color de la muerte, y yo en la muerte no pienso jamás; y el pajizo porque es el color de la envidia, y yo no le tengo envidia ni al sol.

—¡Es el sol quien tiene envidia de tu cara!... Y, dime, ¿no sueñas nunca pesadillas?

—Una sola noche soñé que volaba contigo en aeroplano.

—Pero eso no es una pesadilla.

—Sí, porque nos caímos de las nubes y nos estrellamos los dos. *¡Josú*, lo que lloraba don Augusto, lo que lloraba Enrique, lo que lloraba Leonardo!...

—¿Quieres tú mucho a Leonardo?

—¡Que si le quiero! Yo quiero a todos en el mundo. A mi hijo, más que a nadie... Y a mi marido... ¿no ves que es mi marido?

—Esa no es razón.

—¿Que no es razón? Ya se conoce que andas tú por esas tierras donde las mujeres son unas tales

y unas cuales... ¡Que si yo quiero a mi Leonardo! ¿no he de quererle? ¡pobrecillo!

—¿Pobrecillo? ¿por qué?

—Porque no es feliz como yo. Porque le pasa lo que a mi hermano, lo que a ti, lo que a casi todos los hombres en el mundo... No se contenta con lo que tiene...

—¡Ni aun teniéndote a ti!

—¡Locos de hombres! A Julio le da el venate por hacer con el barro cosas que respiren y se muevan como las criaturas humanas; que piensen y hablen como nosotros... Y eso nadie lo puede hacer más que Dios... A ti te da el viento por vivir a cien kilómetros por hora, y subirte a las nubes y estrellarte a la vuelta de cada esquina... Pues mi marido quiere subir todavía más alto; quiere saber lo que hay más allá de las nubes, más allá del sol, de la luna y de las estrellas... Y eso no lo sabe nadie ni se puede saber por mucho que se afine el sentido y se quemen los sabios las pestañas... ¡Locos de hombres!

—¡Locos, sí; locos de belleza, locos de inquietud, locos de verdad, locos de bien... Almas turbias y hondas, caídas en el barro de este mundo, pero que aspiran a levantarse del barro codiciosas de vida, de movimiento, de extensión, de infinitud, de más allá... Varones de deseos, criaturas frenéticas y voraces, entes de pasión, abrasados de sed, hambrientos de felicidad...

Decía así Monterrey con brusca exaltación, tocado en lo sensible de sus anhelos más íntimos, de aquel ansia desgarradora de goces que le empujaba como un insensato a través del mundo, a la embriaguez de la acción, al frenesí de los viajes, al ímpetu de los deportes, al amor de las mujeres, a todo aquello que una vez poseído nos deja

más deseosos aún, más sedientos, más ávidos, más tristes...

—Engenia, Eugenia—prosiguió—. Hay dos clases de felicidad. Una es la tuya... y también la de don Augusto: la que consiste en amar lo que se tiene...

—Es la única posible y segura.

—Posible, sí; pero ¿segura?

—¿Cuál es la otra?

—La mía. La de tu hermano. La de tu marido. La de tu hijo. La de amar lo imposible, lo peligroso y oscuro. Pero ni una ni otra se pueden elegir. Se tienen como todo lo que tenemos al nacer, como la cara, como los brazos, como el corazón...

—Querer lo imposible es querer una locura muy grande.

—Querer lo que está en la mano es una razón muy pequeña. Y a veces ni siquiera es razón. ¿Quién sabe lo que ama con entera certidumbre? Hay quien se figura querer a una persona y sólo se quiere a sí mismo. Mujeres conozco que creen amar a un hombre y no aman sino el amor. Hombres que se perecen por una mujer y sólo están enamorados de la luna... ¡Misterio, todo es misterio, inseguridad, alarma, contradición! Hay quien tiene los mayores motivos de pesadumbre, y sin embargo... es feliz. También hay dichas sin causa. Pero en la existencia más sabrosa, en el bien más cierto y seguro, se esconden todos los elementos de la más lúgubre adversidad. El dolor y la muerte rondan entre los gustos de la vida como rondan los lobos entre los árboles de la selva...

—*¡Josú* y qué mala hora!—replicó Eugenia confusa—. ¡Qué ganas tienes de buscarle tres pies al gato, de hacerle a una cavilar y meterle el corazón en un puño! Cuando dices esas cosas tan raras me

da un miedo y una tristeza... Acabarás por quitarme la alegría...

—¡Primero me quito yo las luces de mis ojos! Sé tú muy feliz, Eugenia... No hay nadie en el mundo más apto que tú para la felicidad... Eres joven, eres hermosa, eres buena; tienes salud, optimismo, simpatía, entusiasmo, ingenuidad, ternura, donaire, alegría, imaginación... ¡qué de tesoros tienes! Te basta vivir para gozarlos. La vida, con todos sus regocijos, no constituye para ti ningún problema. No hay en tu horizonte enigmas, ni oscuridades, ni misterios...

—Sí, hay una sombra...—repuso Eugenia con súbita pesadumbre.

—¿Cuál? ¿se puede saber?

—Sí; el que tú te vayas...

—¿Quieres tú que me quede?

—¡Sí!—pronunció con ímpetu—¡Quédate, Juan!... ¡Cásate con Loreto!

Algunos días más tarde, Monterrey anunció su firme propósito de marchar a principios de abril. Eugenia lloró... por tercera vez en su vida. Fué la primera cuando murió su madre. Fué la segunda cuando marchó su hijo... Pero entonces la oración y el llanto brotaban consoladores, puros y descubiertos como los manantiales de la sierra. Y ahora se escondía para llorar. Y a punto fijo no sabía por qué.

Pero así que se hallaba de nuevo en presencia de Juan, la risa y el gozo volvían a su semblante, merced a su genio pueril e imprevisor, a su naturaleza primitiva y jovial, libre de reflexiones hondas, ajena al porvenir y al ayer, arraigada en el puro presente con la pasión y la vehemencia de un niño. Eugenia vivía siempre en lo inmediato, con la vivacidad y el empuje de una planta prendida

con fuertes raíces a la tierra; las cosas del mundo interior y espiritual le eran tan extrañas como los países remotos que vió algunas veces en el cine; las sensaciones del momento, las imágenes de su pequeño mundo circundante, la arrebataban, la envolvían como un soplo de vendaval, como una bruma luminosa.

Un día, próximo el viaje de Monterrey, prolongaron su habitual excursión hasta el puerto de Guadarrama. Era un día magnífico de abril, uno de esos días madrileños de opulencia deslumbradora, de embriaguez primaveral, en que la vida exterior inunda los sentidos, enciende las entrañas, caldea la sangre y aguija los deseos en el corazón.

Abandonados al ímpetu sensual de sus naturalezas; locos de libertad y de júbilo; ebrios de aire, de velocidad y de luz, iban los dos en el automóvil como si el espacio y el tiempo sólo tuvieran el valor del área visible y del día presente. Inquietudes, melancolías, preocupaciones, quedábanse atrás en la nube de polvo que levantaban las ruedas en el camino. Todo era por delante espléndido y feliz: paisajes deleitosos, cielos azules, fragancias de la sierra, cumbres de nieve, horizontes dorados y derretidos por el sol. Y dentro del auto la plenitud de dos vidas jocundas y armoniosas, en su cabal salud y madurez, rebosantes de fuerza, de hermosura y de gozo, henchidas de orgullo físico, ávidas de todas las fruiciones, tales como debieron ser en el robusto seno de la madre Naturaleza las primeras criaturas del mundo, los seres felices de la Edad de Oro y del Paraíso terrenal...

Hicieron alto junto a la hoz, al borde frondoso de los pinares, a orillas de una fuente que saltaba riendo por los gollizos de la roca viva. La aspereza y bravura del paisaje, templado en fraguas de

luz, erguido en rígidos crestones, abierto en tajos heroicos y en gargantas formidables, bárbaro y espléndido como en los primeros días de la tierra, daba una sensación viril de magnitud y pujanza, en contraste con la dulzura del ambiente, lleno de aromas y de sol, blando y acaricioso como las manos de una mujer.

—¡Qué delicia!—exclamó Eugenia, saltando y riendo con infantil alborozo, como el agua de la fuente, sobre los cantuesos floridos—. Mira, Juan, qué de montes y cielos y hermosuras... Todito a las puertas de Madrid... Y allá abajo, en lo hondo, aquella niebla azul parece el mar... lo mismito que se ve desde lo alto de la Alpujarra. ¡Mira, Juan, qué ancho es el mundo que tenemos a la vera y qué estúpido es querer las cosas imposibles cuando a la puerta de casa está la felicidad vivita y coleando! Si tú siguieras mis consejos...

El la miraba sin decir palabra, mudo, absorto, sombrío casi.

—¿En qué piensas?—le preguntó—. Si piensas en irte de Madrid... ¡silbidos en ayunas! Porque yo no te dejo marchar...

Subieron a pie hasta cerca de la cumbre. A pesar de lo macizo de sus carnes, Eugenia trepaba con la agilidad de una cabrita montés. Iba a cuerpo, con la hermosa cabeza destocada y un traje claro de punto de seda, ceñido al talle gentil.

A plomo de la cumbre inaccesible había una cornisa natural, toda llena de nieve endurecida por la escarcha. Al fin del espacioso helero la peña se erguía sobre el tajo del León, recia y aguda como la proa de un buque.

Al verse en aquella imponente soledad, sobre la nieve escurridiza, en el hondo silencio de aquel bárbaro paisaje, puestos los pies al borde del abis-

mo, quedóse Eugenia callada y absorta, en una especie de estupor.

—¡Vámonos, Juan! — gritó de pronto, despavorida.

Retrocedió instintivamente, soltándose del brazo varonil, llena de vértigo y angustia.

Vióse como fuera del mundo, lejos de su dulce nido familiar, a solas con aquel hombre temerario que, allí en la peña, al filo de la hoz, se erguía silencioso, en torva actitud, con el duro y siniestro perfil de un águila rapaz. Y por primera vez, enfrente del hombre y del abismo, Eugenia se sintió avergonzada y cobarde, llena de íntimas confusiones, con aquel otro vértigo del alma que sintió la primera mujer cuando en medio de las delicias terrenales abrió los ojos al abismo de la culpa.

—¡Vámonos, Juan!—repitió sordamente—. Aquí hace frío... y se va la cabeza... ¡tengo miedo!

Mas ya era tarde para retroceder sin peligro. Ya el deseo implacable del varón, tras recia lucha en las sombras y tajos del espíritu, se cernía agudamente sobre la carne de la mujer como la garra del ave rapaz sobre la presa.

Bajaron por la ruda vertiente hacia el camino, callados y suspensos, hasta pisar la yerba cencida y aromática del valle.

—¡Eugenia!... — pronunció de repente Monterrey—. Ya no me voy...

La impensada noticia esclareció de nuevo los ojos y el semblante de la mujer y desató su lengua y su alegría.

Pero, de pronto, se acordó de Loreto y se quedó muy triste, rotas a flor de labio las burbujas de la risa.

Nuevamente callaron los dos. Juan la miraba absorto, vibrante de ansiedad e incertidumbre. To-

davía la luz de la conciencia le alumbró los abismos abiertos a sus plantas. Sintió un impulso de fuga, quiso correr al auto, devolver Eugenia a los suyos y huir él aquella misma noche lejos, muy lejos de Madrid.

Mas la presencia de la imprudente criatura le encadenaba la voluntad, le oscurecía el entendimiento. Eugenia, sola con él, más hermosa que nunca, toda encendida como una llama, bajo los resplandores de la tarde, llenaba a la sazón el mundo. No era ya la mujer, sino el eterno femenino, la fuerza misteriosa de la Naturaleza ligada al ímpetu generador, al invencible instinto poligámico del hombre. Veía en sus ojos inmensos, en sus labios de sangre y de miel, en la corona de sus cabellos selváticos, en su carne morena tostada por el aire y el sol, en toda su espléndida persona, el supremo atractivo de la vida, la vida entera con su hermosura, su gozo, su deleite... y también con su ciega fatalidad...

—¡Me quedo, sí!—repitió con desbordante resolución—. Yo amo la vida locamente, con un ansia desgarradora de felicidad que me empujaba sin descanso por el mundo... Yo amo la vida, Eugenia, y la vida... ¡eres tú!

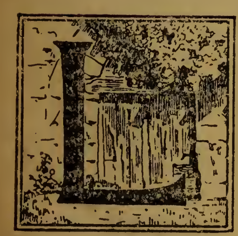
Sintióse ya como un ser irresponsable, sin luces y sin alas, vacío de razón y de conciencia, arrastrado por el torrente del deseo. Y abrió los brazos a la fatalidad de la pasión.

Eugenia lanzó un grito, que era a la par de angustia y de alegría. Quiso también huir; pero más ciega todavía que Juan, más a merced de los impulsos inmediatos, precipitóse como una loca, llena la sangre de sol, en el abismo terrible de aquellos brazos abiertos.



VI

El jardín de los monstruos.



A curiosidad y la beneficencia, esa beneficencia del «gran mundo» que suele ser un motivo más de exhibición y vanagloria, de escarnio a la desgracia y la virtud, llevaron un día a visitar el Sanatorio Valdés, como epílogo de una «fiesta de la flor», a la Marquesa de Almádena y la Condesita de los Siete Linajes. Como decía la marquesa «era preciso demostrar a esas cursis—las que le reprochaban su descarado promiscuar los ejercicios penitentes y las ocupaciones *non sanctas*—que en este mundo hay tiempo para todo»...

Iba con las dos señoras, en calidad de otáñez y también de filántropo y sociólogo, el ilustre *don*

Magnífico, el caballero hospitalario de Africa y de la Gironda, doctor *honoris causa* de la Universidad de Filadelfia, comendador del Elefante Blanco de Siam, etc., etc., muy finchado y solemne con su estatura de Goliat y sus barbas de Faraón. Iba a remolque, pues él, que lucía entre sus muchos títulos y honras la cruz de Beneficencia, prefería como su amigo Arráez, la caridad a distancia, en suscripciones públicas, en tómbolas y *kermesses*, cerca del «bello sexo» y en pro de «jóvenes desgraciadas», pero limpias y saludables y de buen palmito.

La de los Siete Linajes, cada vez más flacucha y socarrona, se había casado al concluir la guerra con un joven polonés, músico y diplomático en cierne, más feo que un oso, más pobre que una rata y con más humos que un Jagellón. Harta la condesita de su escabroso celibato, rindióse al yugo del primer valiente que con heroica osadía la llevó al altar. La boda tuvo los honores de una sorda y discreta cencerrada en los salones y mentideros de Madrid. Por cierto que al saber la condesa, por su «buena amiga» la de Almádena, cuánto le reprochaban el mal gusto de semejante boda, respondió con la mayor frescura: Para marido cualquiera es bueno; cuando hay que tener buen gusto es después...

Así que el director del Sanatorio vió a las puertas del «templo de la Ciencia» bajar de un elegante y blasonado automóvil al ilustre y *magnífico* zascandil con aquellas dos señoras tan recompuestas aunque iban entonces de «trapillo», a cual más desnuda, más reluciente y estucada, huyó de tan ociosos forasteros y encomendó a Loreto Cruz la ingrata obligación de recibirles y acompañarles. Y Loreto Cruz, que aborrecía, más aún que Valdés, la

espuma del «gran mundo», la caridad burguesa, la limosna farisaica, les recibió a regañadientes, disimulando la intención hostil con una sonrisa a flor de labio.

Les condujo primero al pabellón de los Niños, pues la marquesa de Almádena que, amén de sus muchos blasones, embelecos y liviandades, tenía, según su propia frase, «tan mala cabeza como buen corazón», manifestó, «mujer y madre al fin», el deseo de ampliar a su costa, en favor de los niños pobres, aquellos primorosos departamentos infantiles. Tan noble rasgo desenojó a Loreto Cruz, aunque según supo después, la tal donación había de ser *a base* del dinero ajeno, sonsacado por la marquesa a sus amigos en una orgía elegante, con humos de buñolada, en los jardines de su hotel.

En presencia de la insigne doctora y de sus niños, el «caballero hospitalario» creyó muy de ocasión repetir los lugares comunes que acerca de la «infancia desvalida», «la higiene social», «los deberes del hombre» y «la sagrada misión de la mujer», había leído en su reciente discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, no sin zumba y chacota de los oyentes que sabían cuánto más ducho era el sociólogo en poblar que en proteger Asilos, en perseguir que en amparar doncellas, en ejercer los antiguos derechos feudales, sobre todo el derecho de pernada, que en cumplir los deberes del hombre y guardar el respeto a la mujer.

Mientras hablaba *don Magnífico*—su voz campanuda, lo mismo que toda su persona, producía una impresión de oquedad—Loreto Cruz miraba de reojo a la marquesa que, con muchos remilgos y gallardeos, presumía a ratos de pueril, de damisela ternerona y sensible como la propia Ninón en

su vejez—, andaba de cuna en cuna, inclinando su rostro, lleno de afeites y de estucos, doblando la rodilla al pie de los lechos infantiles, en actitud maternal, yendo después hacia Loreto y asiéndola del brazo con afectada llaneza, como a una amiga de siempre.

Porque entre sus muchas presunciones, la marquesa de Almádena tenía la afectación de la llaneza. Confundiendo, como tantas otras, la ingenuidad con el melindre, la sencillez con la desenvoltura, la franqueza con el desgarro, ella se creía la flor y el espejo de la naturalidad castellana. Y era de oír lo que decía a ese propósito su ingeniosa rival, la de los Siete Linajes:

—¿Guapa la Almádena? Sí. Lo es... *todavía,* a pesar de sus años. Porque la *pobre* tiene más años que un loro viejo. ¿Simpática? También, aunque es más falsa que Judas. ¿Pero natural? ¡Vamos, hombre! ¡si lo único natural en ella son los hijos!

Al cruzar el jardín vino al encuentro de Loreto Cruz la turba de míseros redrojos que en cochecillos o a pie, del brazo de las enfermeras, paseaban al sol. Venía delante un niño, un manojo de huesos agarrotado por la parálisis, juntos e inertes los muslos, las piernas abiertas en paréntesis, contraída la nuca, rígido el semblante, los ojos saltones, los dedos corvos como garras. A duras penas podía andar bamboleándose, describiendo con los pies un torpe semicírculo.

Venía detrás un pobre adolescente, presa de una cruel *miopatía:* cuajado el rostro en indecible estupor; lisa la tez, pulimentada como el marfil; los ojos muy abiertos; los labios fruncidos y hocicones; cóncavo el tórax; los brazos fofos y colgantes; los lomos caídos; el talle de avispa; las caderas enormes; la grupa monstruosa. Y era su andar

como el de un pato, con el típico balanceo de la inclinación de la pelvis.

Más allá gimoteaban dos pálidos cretinos, llorones como todos lo suelen ser, medrosos y perversos. Al ver a los visitantes huyeron al través del jardín, feos y asustadizos como dos antropoides, flácidos y jetudos, las narices chatas, los labios gordos, los párpados caídos, la cara triste y rugosa, de color de cera...

En su elegante cochecillo, al pie de un rosal, yacía la espantosa flor, la de corola enorme y quebradizo tallo, a punto de romperse ya; la pobre niña hidrocéfala, con el rostro mudo, la cabeza inerte, cada vez más dilatada, al borde quizás de la implacable meningitis. Y a la vera suya, en otro cochecillo, un *ectromélico*, una especie de foca, sin más que una cabeza y un tronco terminado en cuatro muñones...

—¡Ay, doctora!—decía la marquesa, incapaz de prescindir de sus melindres ni aun a la vista de aquel terrible museo—. ¡Pobres criaturas! ¡qué espanto!

Pero una malsana curiosidad la empujó después, entrando en otro pabellón, a inclinarse al borde pavoroso de una almohada en que ya sólo se veía de lo que fué rostro infantil, rubio y alegre, un amarillo montón de ulceraciones y tubérculos, uno de esos *lupus voraces*, más destructores que un tumor canceroso, peores aún (pues devoran en vida) que los gusanos de la muerte.

—¡Ay, doctora!—repetía la marquesa huyendo hacia el jardín en busca de aire libre, del sol dorado y alegre que rutilaba en los rosales—. ¿Cómo puede usted vivir en medio de estos horrores? Los médicos se acostumbran a todo... Pero una mujer... ¡Yo no los podría resistir!... ¡Qué espectáculo para

una madre—añadió, perseguida aún por unos ojos muy abiertos que había visto al pasar, unos ojos inmóviles y verdes, presas de un glaucoma infantil, incrustados como dos esmeraldas en un semblante muy hermoso, lleno de terror y tristeza—, qué espectáculo para una sensibilidad como la mía! ¡yo que soy toda corazón!

Loreto la miró con sorna, con todo el íntimo desprecio que sentía por aquel mundo frívolo y procaz de gentes hueras, ociosas y remilgadas, muy en su punto al exterior, mas por dentro cenizas y gusanos.

—Sí—dijo sonriendo irónica—, todos somos sensibles al horrcr de la miseria física, al espectáculo del mal cuando repugna a los sentidos, cuando nos sale al encuentro destilando pus... aunque en el mundo moral se ven cosas peores que la podredumbre de la carne. Pero para esas cosas ya no somos todos tan sensibles. Como no se sienten por lo común con los nervios ni se ven con los ojos de la cara...

La marquesa no se mordió los labios por no estropearse la pintura.

Loreto, que sabía al dedillo la historia «pintoresca» de aquella mujer «toda corazón», envidiosa rival de sus propias hijas, daifa elegante de dos generaciones, vieja verde y gentil, cuya profunda impenitencia no le impedía zaherir «los vicios y los excesos de la chusma» y alardear, cuando llegaba el caso, de maternal y sensible, de benéfica y devota; Loreto, que la veía hacer tantos repullos y dengues, como si fuera a desmayarse, recordaba a la sazón un «chiste maternal» que había oído referir de la ingeniosa dama, a propósito de su hijo Felipe, el artista novel, discípulo y *ainda mais* de Julio Roldán el escultor. Por no se sabe qué la mar-

quesa tuvo una bronca con su hijo y lo arrojó de casa. Fueron sus amigos a interceder por el pollo. —Perdónale, mujer, si es un infeliz—. No le perdono, es un canalla. —Pero, mujer, que es tu hijo... Como si fuera su padre... —Que lo llevaste en tu vientre...— ¿Y qué?—repuso con supremo desprecio la marquesa—. ¡También llevé en mi vientre la solitaria!

Loreto Cruz no quiso perdonar tampoco a las dos alegres señoras detalle alguno truculento de su visita a la clínica. Dióles en cara con las más imponentes *dermatosis*, con los más horribles cánceres; les metió por las narices y los ojos al hombre caído de su orgullo, de su salud y fuerza, encadenado al mal, cobarde ante el dolor y la muerte, desgarrada la viva túnica de su piel, percudida la majestad de su semblante, rota la arquitectura de los huesos, hecha su carne podre y fetidez...

—Basta, por Dios, basta ya...—decía la condesa tapándose el rostro con su pañuelo de encajes, saturado de finísimos aromas, para esquivar el fuerte olor de los antisépticos.

La de los Siete Linajes tenía la obsesión de los microbios. Le parecía que, allí, hasta el polvo dorado que flotaba en los rayos luminosos del sol, era una muchedumbre de bacterias que se le introducían por la boca, por la nariz, por las raíces de los cabellos, por todos los poros de la piel..

—Yo me pongo mala—balbucía asiéndose al brazo del ilustre *don Magnífico*, el cual, muy pálido y medroso, pero haciendo de tripas corazón, se proponía dar ejemplo de intrepidez a las señoras —¡oh, vámonos de aquí!

—¿No querían ustedes visitar a los enfermos? —repuso Loreto Cruz implacable—. Las obras de misericordia no siempre constituyen un placer. La

caridad «de cerca», la verdadera caridad, exige un poco de heroísmo. Las salas de las clínicas difieren bastante de los salones del gran mundo... por lo menos en apariencia... Pero, vengan ustedes, que aún falta lo mejor.

Un impulso, a la par justiciero y vengativo, movía a la doctora al través de los pabellones de incurables. Quería vengar en aquellas gentes frívolas, alegres y gazmoñas de ese pequeño «gran mundo» al mundo harto más grande y universal de la miseria y del dolor humanos; quería darles a entender que la vida, en el fondo, no es cosa de burlas, de chistes ni de goces, no es una fiesta de salón, sino algo terrible, bárbaro y oscuro que no sospechan los pobres de espíritu, los felices, los inconscientes, los carnales, hasta que lo experimentan y lo sufren, tarde o temprano, en lo más sensible y oculto de su propio corazón.

—He aquí—dijo Loreto, señalando un espectro de mujer que parecía un cadáver sobre la cruda blancura de las sábanas—he aquí uno de los casos más tristes y curiosos de los muchos en que el hombre contempla en sí mismo, en plena sazón vital, presa de indecibles angustias físicas y morales, el trabajo destructor de la muerte. *Osteomalacia*—añadió la doctora como si diese una lección en la Clínica—. Reblandecimiento general del esqueleto por deficiencia de sus principios minerales. Ataca, por lo común, a los jóvenes, y su víctima principal es la mujer. Comienza de modo insidioso, lento y progresivo. Abren la escena unos dolores agudos, terebrantes, erráticos, seguidos de una suprema extenuación. Los huesos se enmollecen, se incurvan, hasta perder su forma natural; consumidos, arrugados, frágiles, se doblan como los mimbres o saltan como pedazos de escayola.

El pecho se hunde; las costillas se tuercen; la médula se derrite; los músculos se atrofian. Sólo se salva la cara en este derrumbamiento de toda la arquitectura humana. El enfermo, en la mayoría de los casos, se ve morir poco a poco, inexorablemente, en horrible quietud, como una masa temblorosa que por todas partes se descoyunta y se quiebra...

En otra habitación, no lejos de aquel espectro de mujer, había como un fantasma de hombre, un rostro de color de tierra, sin más que los huesos y la piel, todo petrificado en una mueca de estupor, y unos brazos rígidos y enjutos como dos sarmientos.

—Es *el hombre-momia,* un caso de *esclerodermia difusa*, mal incurable y misterioso que desafía a toda caridad, a toda ciencia. Un día, en plena salud, un hombre empieza a sentir cierta extraña dificultad en sus movimientos. Poco a poco nota que la piel se le endurece como un pergamino, que toda su carne se le contrae, se le paraliza, se le convierte en momia. Una garra invisible le sujeta la nuca, le agarrota el cuello: día tras día la esclerosis va ganando la pared costal, las extremidades, las articulaciones; la piel se adhiere a los huesos, las uñas se caen, los dedos se amputan o disuelven, todo se marchita, se seca como una flor...

Decía Loreto así con lúgubre y nerviosa vehemencia, como dama catequista que señalase a descreídos y herejes las penas del purgatorio y del infierno. Sugestionados por la palabra y la actitud de la doctora, mudos y absortos también por la curiosidad y el terror, ni el «caballero hospitalario» ni las alegres damas se defendían ya de aquel suplicio insoportable.

—Vengan ustedes por aquí—indicaba Loreto,

imperiosamente, alzando la mano como si empuñase la antorcha de Proserpina—. Hay más, todavía hay más... El mundo está lleno de dolor y de miseria... De puro sabido lo olvidamos... Ya sé que para muchas gentes el olvido es lo *chic*, es el silencio lo elegante... Sólo el recordar ciertas cosas es zafio, cursi, de mal gusto... Pero el cerrar los ojos y esconder la cabeza bajo el ala no nos defiende del peligro, no nos redime del dolor, no evita ninguno de los trágicos azares de este mundo en que el morir es lo de menos. Hay que ver muy de cerca estas angustias, clavarlas en los ojos y en la memoria siquiera por instinto de piedad, para que, a falta de otras virtudes, tengan los hombres misericordia de los hombres...

Allá, en lo último del parque, en un lazareto que parecía un vergel, pero aislado y oculto como el cubil de una fiera, yacía un viejo leproso.

—Ya sólo queda ese infeliz—dijo Loreto señalándole desde fuera—. Vivía aquí con su mujer, pero el año pasado se le murió... El pobre no tardará en seguirla... Desde muy jóvenes les atacó la *lepra blanca*, la *lepra anestésica*, cuyas lesiones nerviosas se manifiestan por una sensibilidad tan aguda en los pacientes que el menor contacto, el movimiento más sutil, les arranca gritos, les roba el sueño y la razón. Por último el dolor se amansa, el nervio degenerado, martirizado, cesa de padecer; se constituye la anestesia, se abole la sensibilidad, se atrofian los músculos, se empieza a morir... Pero ¡de qué manera! Desesperadamente, día tras día, miembro por miembro, con espantosa lentitud. La cara parece la de un monstruo; los párpados quedan inmóviles u horriblemente invertidos, los globos oculares se funden; los labios cuelgan babeando; caen o se abarquillas las uñas; se encoge

y resquebraja la piel como las hojas secas. Las úlceras ahondan de tal suerte que abren las articulaciones y dejan caer del tronco, igual que frutos podridos, los dedos, las falanges, las manos enteras o los pies. Los huesos se necrosan, todos los miembros se mutilan. Paralizados por atrofia muscular, mutilados, envejecidos, «exhalando un olor como el de un cadáver caliente», los enfermos concluyen como una luz que se extingue o entre convulsiones tetánicas. ¡Y esta suprema tortura suele durar veinte años y a veces mucho más; treinta, cuarenta, sesenta, viéndose sufrir, viéndose morir poco a poco, pedazo a pedazo, pudriéndose en vida, igual que un cadáver que tuviese conciencia de su espantosa corrupción!... ¡He aquí el colmo de la Miseria humana!

Como si despertasen de una angustiosa pesadilla, las damas alegres y el «caballero hospitalario» salieron del jardín de los monstruos, y en el lindo automóvil de la Almádena, huyeron los tres por las vecinas frondas del Parque del Oeste. Con el corazón en un puño, las caras mustias y repintadas, los cuerpos livianos, mal traídos bajo las sedas ligeras y elegantes, las dos señoras parecían dos mascarones sorprendidos en hábito de antruejo por el miércoles de Ceniza. Pero al verse libres, sanas y salvas en su coche lujoso, respiraron deliciosamente, a pleno pulmón, los aires tónicos y agrestes, más ávidas que nunca del cielo azul, del goce de vivir, de la alegría de la tierra, del brillo aparente de las cosas, de la hermosura inefable con que se disimulan y disfrazan en el gran escenario de este mundo, jardín de monstruos también, la oscuridad del destino, el dolor, la miseria y la ridiculez de los hombres...



VII

Margaritas a puercos.



ún no habían cerrado la cancela del jardín tras los ociosos visitantes, cuando Loreto Cruz oyó hacia la parte del bosque unos extraños alaridos que más parecían de fiera montaraz que de criatura humana.

Corrió la doctora al través del jardín y vió que le traían a *Borde*, el indómito rapazuelo, a rastras y por puños, bramando furiosamente como si le fueran a degollar. Le habían sorprendido, ya por segunda vez, a punto de escaparse por las tapias del Sanatorio, en compañía de un reloj y de un portamonedas hurtados al vuelo de los bolsillos de Albarracín.

Al verse delante de su dulce amparadora calló

el pérfido cachorro, se alebró en la tierra y escondió en los brazos la triste cara rahez.

—¡Levántate, criatura!—le dijo Loreto con más pesadumbre que indignación, pugnando por alzar del suelo al miserable—. ¡No le den con el pie! —añadió la doctora viendo que Albarracín quería levantarle a coces—. ¡Es un niño indefenso que a nadie tiene en el mundo sino a mí!

—Críe usted cuervos, señorita Cruz—repuso el cirujano de mal talante—que ya le sacarán los ojos.

—Hombres o cuervos... ¿qué más da? Todo lo que vive tiene derecho a la vida. Todo lo que sufre tiene derecho a la misericordia.

—Los bichos como éste no necesitan misericordia; lo que necesitan es libertad... y relojes. Yo estoy dispuesto a regalarle el mío con tal de que usted no se empeñe en convertir a los cuervos en palomas...

—*¡Borde!*—exclamó Loreto encarándose con el golfo y sacudiéndole con fuerza—. ¿No hay remedio en el mundo para los seres como tú?

Borde no chistaba, clavados en la tierra sus ojazos negros y torvos, sus instintos rebeldes y salvajes.

—¿Has de ser toda la vida un *borde*, un mal nacido, un pingajo del arroyo? ¿Prefieres ir a la cárcel, vivir como las bestias, morirte en un cenagal, a ser un hombre de bien?

Borde seguía sin chistar.

—Responde, bellacuelo; mírame a la cara... ¿qué es lo que quieres, dí?

—¡Quiero marcharme!—contestó de súbito, sin levantar la cabeza.

—¡Marcharte! ¿a dónde?

—No sé..., donde me dé la gana.

—¿Y no sientes irte de mi lado? Hasta las fieras

saben agradecer. ¿Y tú? ¿No te retiene aquí la gratitud... ni siquiera el egoísmo... tu propio interés?

Borde enmudeció de nuevo.

—Te irás cuando te den de alta, cuando recobres la salud.

—¡No!—dijo piafando como un potro—. Que me suelten ahora... ¡no quiero estar más aquí!

—¿Tampoco quieres que te curen?

—Tampoco.

—Te curaremos a la fuerza.

—Me dejaré morir de hambre.

—¡Bárbaro! Comerás a la fuerza también... ¡Desventurada criatura!—añadió con voz más dulce Loreto—¿no hay nada que valga para tí, ni el pan, ni el amor, ni la salud? Te quiero salvar y tú no quieres... Ven acá, fierecilla... ¿A nadie quieres en el mundo? ¿no sabes más que aborrecer?

Trató de acariciarlo, pero el arisco rapaz se revolvió como una bestiezuela indómita, queriendo huir a todo trance.

—¿Lo ve usted, señorita?—dijo Albarracín (el pícaro baturro siempre la llamaba *señorita*, con muy pérfida intención)—. ¿Se convence usted?... Ciencia, pedagogía, caridad... Margaritas a puercos... Para los *bordes* como éste no hay más razón que la estaca.

—Las razones a palos no me convencieron nunca—repuso Loreto con desdén—. El palo ni siquiera es justicia. La crueldad hace a la vez reos y verdugos. Lo que no logre el amor no lo consigue el odio.

—Sensiblerías y garambainas de estos tiempos de apóstoles... y de apóstolas.

—¡Hay que inundar el mundo de piedad!—exclamó Loreto con el semblante encendido, que entonces hasta parecía hermoso.

—Al paso que vamos... ¡rediez!.. cuando un *borde* nos hurte un reloj habrá que convidarle encima.

—En una sociedad menos cruel que la presente no habrá *bordes,* amigo Albarracín.

—*Bordes* habrá para rato. Podrán ustedes civilizar hasta a los negros antropófagos, pero no redimir a los salvajes nacidos de la propia civilización... golfos o señoritos, porque *bordes...* los hay de muchas campanillas...

A viva fuerza lleváronse los enfermeros al golfo, con orden de vigilarlo estrechamente. Y Albarracín, puestos a buen seguro el reloj y el portamonedas, entró refunfuñando con la doctora en su clínica.

Precisamente acababan de traer, para operarle con urgencia, un niño recién nacido. Su madre, una señora de calidad, gravemente enferma en el Sanatorio, allí mismo le había dado a luz.

Loreto y Albarracín examinaron la criatura. Era un monstruo, una pura llaga, un cenachito de miseria. Tenía la piel serpiginosa; el cuerpecillo ruin; el cráneo deforme, la carita horrible, soldada al hombro izquierdo por el pómulo; la boca, los ojos y la nariz llenos de pus.

—¿Mandan *esto* a operar?—preguntó Albarracín a la doctora.

—Naturalmente. Es viable. ¿No lo ve usted?

—Viable, sí; pero ¿cómo? Como es viable un escarabajo. ¡Hombre!—añadió brutalmente—. Estas cosas no se le dan a un médico; se le dan a un enterrador....

—¡Vamos, Albarracín!

—Lo digo en serio, señorita Cruz. ¿Esto es un niño? No. Es un pedazo vil de carne doliente y pecadora, un triste boceto de humanidad, condenado a sufrir, a expiar inocente la culpa de su infame progenitor... Reflexione usted. Se trata, no de

un caso clínico, sino de un caso de conciencia. Tiene usted en sus manos el don de la vida. Una simple resección y esta criatura puede vivir... ¿Cuánto? No sabemos. Muchos años, tal vez. Pero al darle la vida fíjese usted lo que le da; tristeza. angustia, humillación..., acaso el odio y el crimen...

El pobre niño se retorcía como un gusano, con un lloro tierno y flebil, semejante al balido de un recental.

—Nosotros—repuso la doctora—no tenemos el don de la vida... Sólo tenemos el don de la muerte... y este don..., a sabiendas, no lo podemos, no lo debemos usar... En fin, compañero, esto corre de mi cuenta, que aquí lo que hace falta, más que el bisturí de un cirujano, es el corazón de una mujer...

Diciendo así, ella misma se puso a lavar aquel montoncito de miseria y a prevenir la operación.

—¡Lástima de cuidados maternales—decía en tanto Albarracín—lástima de corazón y de ciencia, empleados tan malamente en galvanizar abortos! ¡Los griegos de Solón eran más razonables! A estas piltrafas de humanidad las arrojaban por el Taigeto, las tiraban, como quien dice, a la basura, como indigna de prevalecer. En cambio, nosotros nos dedicamos ciega y amorosamente a perpetuar en el mundo la miseria y la podre...

—¡Somos nosotros los que hacemos bien!—repuso Loreto con vehemencia—. Estos seres son los más dignos de compasión y de ternura. Estos abortos tienen un alma en ocasiones más inteligente y sensible que las almas de los sanos y robustos...

—¡Por el dios Baco!—exclamó Albarracín—¿Tiene usted la superstición, usted la médica, la doctora, la clínica ilustre, de creer en el alma?

—¿Se puede dudar de aquello que nos duele?

¿Duda usted de su cabeza cuando la cefalalgia le tortura?

—A mí, con los belenes de mi mujer, que es otra doctora *in partibus,* me dan unas jaquecas horribles..., pero el alma, señorita Cruz, el alma no me dolió jamás.

—¿Cómo va a dolerle el alma a un «desalmado» como usted?

—Vaya, vaya... ¡Con que ahora resulta que la señorita Cruz es una despreciable soñadora, lo mismo que su Maestro, lo mismo que Leonardo y que mi mujer y que la mayoría de las gentes! ¡Rediez con la doctora! Decididamente este cochino mundo es una jaula de locos...

El duro trabajo que Loreto se imponía, más que por su oficio por su profunda vocación de Madre y hermana de la Caridad; la sorda tragedia de su corazón incomprendido y solitario; el poco dormir, el mucho aguijar y conmover su fina y sensible naturaleza, traían a la doctora cada vez más fatigada y triste.

Todas las tardes, cuando empezaba a anochecer, solía, con don Augusto, con Leonardo y sus demás colegas, bajar al salón del Sanatorio. Las discusiones científicas, las charlas fraternales, y sobre todo la música, lograban distraer sus cavilaciones y pesadumbres. Un interno del Instituto, muy apasionado del arte, como lo suelen ser no pocos médicos, tocaba el piano deliciosamente. Y en la hora apacible del ocaso, hasta cerrar la noche, en el ambiente silencioso de aquel templo sereno de la Ciencia, era dulcísimo oir las sonatas de Beethoven, los nocturnos de Chopin, las voces desgarradoras de Wagner, que, aun en las almas de aquellos graves doctores materialistas, despertaban al punto la irresistible, la confusa emoción del más allá...

Pero aquella tarde Loreto no tenía ganas de músicas. Al concluir sus trajines quedóse arriba en un sillón de la biblioteca, más por estar sola que por leer. Sentíase cansada, displicente, llena de hastío y de acritud. Con todo, se puso a estudiar un rato, y así que feneció la luz del día, cerró el libro y con el libro entre las manos permaneció recostada en el sillón, un poco adormecida al resguardo sabroso del silencio y oscuridad de la estancia.

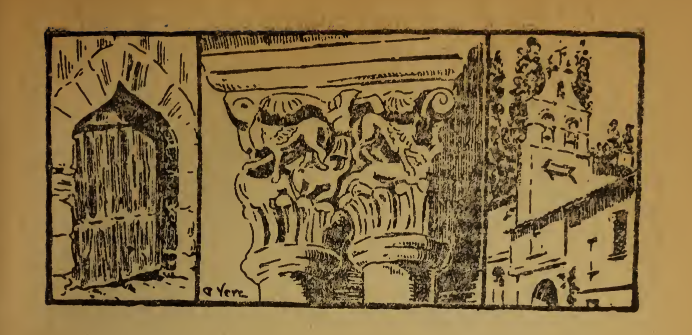
Un rumor de pasos la despertó después. Ligero el sueño y agudos los sentidos, Loreto se incorporó, muy extrañada de que a tales horas anduviese alguien por allí. Aquel era el lugar más apartado de la Casa, siempre desierto por la noche. Más allá de la biblioteca, en un recodo de la galería, estaban el archivo, la administración y el despacho de Eugenia, todo cerrado y a oscuras también.

No obstante, sonaban los pasos, levemente ya, en el fondo de la galería.

Loreto se asomó a la puerta. No vió a nadie. Aún no estaban encendidas las luces en el tránsito. Por el corrido ventanal, abierto a la sazón, entraban los resplandores de las primeras estrellas, el denso perfume del jardín, el son remoto del piano, dulce y agudo en el silencio del anochecer.

—¡Bah! Será Eugenia...—pensó Loreto, asomándose al ángulo de la galería. De súbito, en el fondo, se iluminó la puerta del escritorio de la dama.

Era Eugenia, en efecto. Pero no sola. Con ella estaba Monterrey. Loreto los vió, un instante no más, pues luego cerraron la puerta, pero los vió claramente, en el foco de luz, con espantosa claridad, con indecible asombro, juntos los dos en un frenético abrazo.



VIII

A cara o cruz.



ORETO desfalleció. Tuvo que apoyarse en la ventana para no caerse. Tembló en la noche como una hoja sacudida por el huracán. Tembló de espanto y de cólera, de odio y de pena, de celos, de envidia, de muchas y terribles cosas a la vez, hondas y mordientes en sus entrañas mutiladas, vacías ya también de todo sentimiento de piedad.

La fuerza misma de tan agudas pasiones la levantó a latigazos, la puso en pie, firmes los huesos y los bríos. Sintióse de repente dura, dura y mala como el corazón de aquel bellaco, monstruo de ingratitud, que, escondido detrás de aquella

puerta, pagaba con feroz ultraje todas sus deudas de amor, vida, salud y hospitalidad.

Irguióse Loreto Cruz, sedienta de cruel desquite. Mas todavía, en tan bárbaro trance, halló en su corazón, injusto a fuer de apasionado y envidioso, motivos para excusar al hombre y descargar la culpa, toda entera, sobre la frente de la mujer. De aquella hembra aborrecida, pero más por feliz que por culpable, más por fecunda que por viciosa, más por amada que por amante, más por hermosa que por infiel.

En ella, en la mujer de Leonardo, más todavía en la madre de Enrique, y ahora en la querida de Juan, puso Loreto, en su rencor de soltera burlada por los hombres y humillada por las mujeres, toda su furia vengativa, todo el despecho de su antiguo amor, toda la hiel de su frustrada maternidad.

La luz de la luna, saliente a la sazón, tendióse por el abierto ventanal hasta el fondo de la galería. La hermosura y la tristeza de la noche se le clavaron a Loreto en el corazón. Todas las sensaciones fueron para su carne y su alma puntas y filos de bisturí.

Corrió hacia la puerta, cautelosamente, olfateando a los traidores. Y lo primero que oyó fué la voz de Eugenia, dulce y quebrada como en un gemido.

La odió de muerte. Mas por encima del odio, de la angustia, de las horribles pasiones que rebotaban en su pecho, sintió de súbito un gozo miserable al ver a la rival caída de su virtud y posición, de su fortuna, de su orgullo, de todas las preminencias de su hogar, en un abismo sin fondo, presa de un apetito ciego, víctima también de aquel hombre para quien ella, la festiva moza del Albaicín, sólo podía ser capricho pasajero, corta aventura, anécdota fugaz.

Este sentimiento tan ruin, pero tan de mujer, se sobrepuso a todos.

—Tú también caíste—dijo para sí con una alegría más amarga que la tuera—. Caíste como yo, pero tú no te levantarás...

Pensando de esta suerte crispó los dedos como garras, contrajo el cuerpo tembloroso con la intención de forzar la puerta.

Un ruido que sonó en la galería la hizo instintivamente retroceder. De manos a boca hallóse con Leonardo.

—¿Adónde vas?—le preguntó suspensa.

—¿Y mi mujer?—repuso Leonardo, inquieto, poseído de extremada turbación—. ¿La has visto tú?

—¡Allí la tienes!—contestó Loreto con ímpetu salvaje, señalando la puerta.

Le empujó hacia allí, mas de súbito, como en un relámpago, imaginó cuán terrible era poner aquellos dos hombres frente a frente. Vió al triste marido, más encorvado que nunca, ya tal vez sabedor de su deshonra, y le contuvo, asiéndole de un brazo.

—¡No! — le atajó balbuciente—. No me acordaba... Ya no está... Salió... se fué... creo que al jardín...

Y le apartó con fuerza, le condujo, piadosa, al final de la galería. Y así que le vió alejarse, precipitado y crédulo, movido de extraña inquietud, Loreto volvió al asalto.

—¡Abrid, canallas!—gritó zarandeando la puerta.

Nadie respondió. Sintiéronse adentro voces ahogadas y confusas, ruido de pasos y de muebles. Después un silencio mortal.

—¿No abrís?—repitió sordamente, haciendo rechinar la puerta con el empuje de su cólera.

Abrieron al fin, y apareció en el umbral, toda convulsa y azorada, Eugenia.

—¿Qué gritas, mujer?, ¿qué quieres?—preguntó, pugnando por fingir serenidad.

Loreto la empujó brutalmente, y con un salto de leona metióse en la habitación.

No estaba allí Monterrey.

De un ansioso vistazo abarcó Loreto los muebles, los rincones; miró después la ventana, de par en par abierta a la luz de la luna. Entonces comprendió.

—¿Se fué por aquí, verdad?—dijo con trépido sarcasmo—, ¿huyó el ladrón por la ventana?

—¿Qué dices?—repuso Eugenia, disimulando burdamente el sofoco y el miedo que sentía—, ¿te has vuelto loca, mujer?

—Huyó el ladrón...—repitió Loreto hincando los ojos en su presa—pero te tengo a ti.

—¡En vilo me tienes con tantos aspavientos! ¿Qué tripa se te ha roto?, ¿qué buscas, dime?. ¡Acaba de reventar!

Y Eugenia se apoyó, de espaldas, en un pupitre, hurtando a la luz del escritorio la alteración del semblante, el desorden de las ropas, el alboroto de los cabellos, todas las señales visibles y manifiestas de lo que, en vano, pretendía esconder.

—¿Te ofende la luz?—chanceó Loreto, más ironista cuanto más rabiosa—. ¡Claro! No hubo tiempo de hacerte la *toilette*... Con la prisa se te cayó hasta el moño...

Instintivamente, la daifa se llevó las manos a la cabeza, desmelenada y salvaje.

—¡Vete de aquí, mala hora!—dijo, perdiendo su aplomo, desconcertada por la actitud de Loreto—, ¡déjame en paz!

—¿En paz? Eso quisieras tú... Pero no... La paz

se te acabó para siempre... Todo lo que tenías: amor, salud, regocijo, felicidad... todo, ¿me oyes?, todo lo perdiste aquí... huyó también por la ventana... ¡ese ladrón te lo robó para siempre!

—¿Quién?—preguntó la del Albaicín, trémula y encendida como una lengua de fuego.

—¿Quién ha de ser? Juan... ¡tu amante!

—¡Eso es mentira!

—¡Lo he visto yo!

—Mujer, tú has visto visiones...

—¿Vas a negármelo, bribona?—dijo Loreto Cruz, mordiéndose las palabras con los dientes—. Aunque nadie lo hubiese visto, gritándolo están tus ojos, tus labios y tus greñas... tu carnaza vil... ¿a qué negar, pelandusca?, ¡si toda tú hueles a él!, ¡asco me da de ti!

Cayeron estas palabras como una lluvia de bofetones sobre Eugenia. Y al sentirlas en su rostro saltó en su corazón, libre ya de recato y fingimiento, la hembra de rompe y rasga, y encarándose con la otra la dijo con insolente orgullo, puestas las manos en los cuadriles:

—¿Eso es envidia o caridad?

Desencajada Loreto, vibrantes de rencor sus lacios mechones pelirrojos, su cara felina y sus ojuelos grises; fogosa la cañí, hecha una pura lumbre, con el moño torcido, la sangre revuelta y los ojazos en la sombra, miráronse las dos, frente a frente, con un odio mudo y cruel, como queriéndose aniquilar con sus miradas.

—Sí—reiteró la fogosa, con el desgarro de su plebeyo natural—, ¡si lo que tú me tienes es una envidia loca! Por mi salud. No hay más que verte la cara. Desde hace muchos años te estás pudriendo de envidia. Yo nunca te quise mal; pero tú me aborreciste desde el punto y hora de casarme.

—¿Envidia yo?, ¡desprecio!—dijo Loreto con imponente dignidad y altivez—. ¡Desprecio es lo que siempre tuve por quien es indigna de vivir como señora en esta casa!

—¿Y qué *sois vos*, señora... o señorita? Ni carne ni *pescao!* ¡Esa es tu pena!... Pero ¿tengo yo la culpa? Allá quien te guisó el potaje... ¿Por qué naciste tan guasona, tan antipática, tan incapaz de sacramentos? ¿Por qué tienes el corazón tan envidioso? Cada cual nace con lo suyo. No iba a ser todo para ti. Tú sabes más que Salomón, eres un pozo de ciencia... ¿Querías también cara bonita?, ¿querías también la sal del diablo? Jugaste a cara o cruz. ¿A quién te quejas si en el «reparto social» te tocó la cruz y no la cara? ¡Ansiosa! Cada una tiene lo suyo.

—Pero tú, mala pécora, tratándose de hombres, quieres lo tuyo y lo ajeno.

—¿Lo ves? Envidia pura, achares de mujer... que ni siquiera es mujer... y anda loquita por los hombres... Si todos huyen de ti... ¿qué culpa tengo yo?

—¿Y yo la tengo de que tú seas una zorra?

Al golpe de esta injuria del arroyo (Loreto, al fin, tenía sangre de maja y era del barrio de Maravillas) la del Albaicín se revolvió como una fiera. Más fuerte que su rival, la acorraló junto a la ventana. Pero en tan crítico instante, los ojos de lince de Loreto, sus manos ágiles y nerviosas toparon al pie del alféizar con el arma mejor que podía esgrimir: la cartera de Monterrey.

—Quien roba al ladrón...—dijo con aire de triunfo, metiéndose la cartera en el pecho—. ¿Lo ves como huyó por la ventana? Por si era poco lo que vi tengo la prueba del delito...

Eugenia se quedó como sin pulso. ¿Qué mejor

testimonio que aquellos que Monterrey guardaba en su cartera?

—Por lo mucho que abulta—dijo Loreto, presumiéndolo así—, debe tener cosas interesantes... y sobre todo muchos billetes... ¿Se le cayó al huir?, ¿te la dejó como regalo? Sin duda, como es tan generoso, quería pagarte bien...

Ya insensible a los ultrajes más duros, Eugenia recordó angustiada los retratos, los rizos, los testimonios de su pasión y locura que, imprudente y ciega, fió a las manos rotas de aquel hombre. ¡Todo estaba allí, en el pecho celoso y ofendido de la otra!

—¡Más caro todavía—siguió Loreto implacable—, más caro vas a pagarlo tú! Lo sabrá tu marido, que ya anda buscándote por ahí; lo sabrá tu hermano, lo sabrá tu suegro, se enterará todo el mundo. ¡Yo lo pregonaré a los cuatro vientos! Has de verte a los pies de los caballos, despreciada de tu propio hijo... Llorarás lágrimas de sangre, sufrirás horrores... ¡serás casi tan desgraciada como yo!

Caídos por los suelos todos los penachos de la hembra, sintió la esposa de Valdés la horrible pesadumbre de su culpa. Los crueles sarcasmos de Loreto, la misteriosa fatalidad de aquella prenda caída tan a punto en sus garras, el frío relente de la noche, el peligro, el terror, helaron la sangre de Eugenia, despertándola de su torpe y fogosa embriaguez. Abrió los ojos a la realidad presente, al riesgo y al dolor inmediatos; vióse en poder de su enemiga, más que nunca resuelta al odio y al desquite; sintióse aterrada, desamparada, envilecida, cobarde, a punto de morir.

—Todo lo tenías tú...—reiteró Loreto, menos sañuda que sentenciosa, mirando al fondo de la vida

humana más que al estúpido semblante de la hembra, más también que a su propio corazón—. Tú que nada mereces lo tenías todo: fuerza, salud, hermosura, alegría, un hogar apacible, un apellido famoso, un hijo como un sol, adoradores por todas partes, la gloria, la fortuna, el lujo... y para colmo, la inconsciencia, que es la mayor felicidad... Y todo lo tiraste a la basura... ¡Idiota! ¿Quién habrá que te envidie la jugada? ¡Esta sí que fué a cara o cruz! La vida entera te jugaste por unos momentos de placer... Pues ahora sabrás lo que es sufrir. El dolor no perdona ni siquiera a los inconscientes...

Fueron para Eugenia estas palabras más que todos los improperios, centellas que rasgaron la noche, revelándole con espantosa luz, al alma y a los ojos, la magnitud de su culpa, el estrago de su caída, el hundimiento irreparable de su felicidad.

—¡Loreto!—dijo por fin, humilde y llorosa, dándose ya por vencida, murmujeando puerilmente disculpas y adulaciones—. Tú eres una mujer de corazón... Tú sabes cómo ciega el querer... Se vuelve una tonta y no mira lo que hace... En un momento de locura se pierde la cabeza, tienes razón, y todo lo tira una por la ventana... Pero escúchame, Loreto. Yo nunca te quise mal. Bien lo sabe Dios. Al revés: yo quería a ese hombre para ti. Precisamente si yo andaba tras él era para casarlo contigo... Eso fué lo que me perdió...

—¡Cállate, imbécil!—prorrumpió Loreto, indignada de tanta malicia y tanta ingenuidad.

—Te lo juro por mi salud... Pero él no quería..., él no te quiere..., ¿qué culpa tengo yo?

—En vista de lo cual le sonsacaste tú... ¿O es que querías repartirle entre las dos? Mereces que te escupan a la cara..., ¡más todavía que por infame, por idiota!

—Escúchame, Loreto...—repuso Eugenia, llorando como una criatura, cada vez más hundida en su terror y estupidez—. Yo no soy mala... Nunca se me pasó por las mientes el deseo de ese hombre... Sí que le tenía cariño; pero un cariño muy dulce, igual, igual que si fuese mi hermano. Le conocí de mozuela en el taller de Julio. Me gustaba estar con él, oirle hablar, sentirle a mi vera. Aunque él es más viejo que yo, jugábamos entonces como dos chavales. El me llamaba *Chavico*... Pero jamás me miró con intención. Ni tan siquiera fuimos novios... Puedo jurarlo también... Ahora, cuando le vi llegar al Sanatorio hecho una pura llaga, lo mismo que un Nazareno... sentía una compasión... ¡Le hubiera dado mi sangre, como tú!

—¡Calla, salvaje, calla!—interrumpió Loreto, herida en lo más sensible por aquella indómita sinceridad.

—Después—siguió la del Albaicín, con muchos hipos y lloros—, don Augusto me dijo: «hay que casarle con Loreto; ayúdame a convencerle...» Hasta a mi marido le parecía bien...

—¡Pobres hombres!—murmuró la doctora para sí—. Tienen microscopios y no ven; tienen micrófonos y no oyen... Cuanto más saben de ciencia menos saben de la vida...

—Y a mí—continuó Eugenia—, sólo de pensar que él se casara contigo me daba una alegría... Te lo juro por mi salud. Mi mayor contento fué siempre sentir a todos alegres y felices a mi vera... ¿Quién iba a creer que pasara lo que luego pasó? El demonio lo hizo. Ni siquiera me acuerdo cómo fué... Pero de pronto me sentí en sus brazos... ¡Y entonces comprendí que le quería con todo mi cuerpo y con toda mi alma!

—¡Y me lo dices a mí!—gritó frenética Loreto,

más que nunca encelada y rabiosa, crispados los puños con ímpetus de agresión—, ¡te atreves a soltármelo en la cara! ¿Lo ves como no mereces piedad?

—¡Ay, madre mía!—clamó Eugenia, retorciéndose de angustia, rota la voz en un sollozo—. ¿Qué culpa tengo yo?

—Eres una bestia indomable—repuso Loreto, maravillada y contenida por la ceguera y desesperación de la inconsciente—. El mal no tiene sentido para ti... Pero no importa. Al mal sigue fatalmente el dolor, y para el dolor no hubo jamás irresponsables... Aun a las bestias se las castiga con el hierro y el látigo...

—Si tú supieras lo que sufro. .

—Nada, mujer. ¿Qué sabes tú de sufrir?

—Siento en el corazón una hoguera...

—Tu corazón es muy chico. Tienes que sufrir con todas las entrañas a la vez como si un cáncer te las devorase todas... Tienes que llorar sin descanso hasta derretirte los ojos... Ni aun así sentirías lo que yo siento... Aunque te abriesen en canal—añadió Loreto con una expresión desgarradora, mirando por la ventana al fondo de la noche—, nunca te harían el daño que a mí me hacen mis propios pensamientos...

Callaron las dos mujeres, hundidas en la noche de sus almas, absorta la una en la infinita soledad de su espíritu, caída la otra bajo la pesadumbre de la carne, pero enfermas las dos del mismo mal, de ese mal oscuro del amor, dulce y cruel como la vida, fuerte como la muerte, ciego y terrible como las fuerzas devastadoras de la Naturaleza...

Fué un instante no más. Pero la moza del Albaicín, que vió a Loreto suspensa, desfallecida al resplandor de la luna, guardada en el seno triste y

rencoroso la cartera de Monterrey, pensó de súbito arrebatársela a zarpazos. Con instinto agudo y gitanesco tanteó el golpe, y ya iba a lanzarse cuando se abrió la puerta y apareció Leonardo en el umbral.

Mudo, tembloroso, lívido, desencajado el semblante por un gesto de suprema angustia, se adelantó hacia su esposa.

Eugenia retrocedió espantada. Sofocando un grito se guareció tras de Loreto Cruz.

—¡No huyas, cobarde, no te escondas!—dijo Loreto, ciega por el impulso de la emoción y por el ansia del desquite, volviéndose con un brusco regate a la traidora—. ¿No la buscabas?—añadió, como hostigando al marido—. ¡Pues aquí la tienes!

Eugenia, loca de terror, puso los ojos en la ventana abierta, pugnando a todo trance por huir. Pero Loreto se interpuso entonces.

—¡Que el destino se cumpla para todos—profirió con acento trágico—, ya que se cumple para mí! Basta de piedad... Llegó tu hora: ¡sufre, mujer! Me siento dura... ¡dura como tú!

—Pero, ¿qué dices?—preguntó Leonardo como en sueños, cada vez más pálido y doliente—; ¿lo sabías ya?

—¡Que si lo sé! Padeciéndolo estoy... acaso más que vosotros.

—¡No! ¡eso no! — repuso Leonardo en actitud frenética—. ¡Hijo mío! ¡hijo mío!

Crispados los puños, rota la voz por los sollozos, se derrumbó en una silla.

—¡Leonardo!—clamó Loreto, traspasada por el ímpetu de la congoja viril, mientras Eugenia, desfallecida, estúpida, ya ni intentaba escapar.

Y al acercarse Loreto, blandamente, al ultrajado esposo, tomó de sus manos convulsas un papel, des-

garrado y húmedo por el dolor y el llanto, donde aún negreaban estas letras.

...Enrique Valdés... alférez del Tercio... murió gloriosamente por la Patria...

—¡Qué horror!—dijo Loreto en voz sorda, vacía ya de sí misma, considerando a la par, entre Leonardo y Eugenio, el espantoso equívoco de la actitud de los tres.

Y Eugenia entonces, volviendo de su estupor, como si ya empezase a comprender, dió un salto, clavó los ojos en aquellas letras y lanzó un bramido de leona, ronco y terrible, que le salió de lo más hondo de sus entrañas de madre.



IX

Maleficio.



PRESA de un síncope llevaron a Eugenia a su habitación. Fué Loreto a asistirla mientras Leonardo, inútil, fuera de sí, derribado en los brazos de su padre, se derretía en ásperos sollozos.

Ante el súbito golpe de aquella tribulación inesperada, junto al cuerpo insensible de aquella mujer ya tan caída de la cumbre de su felicidad y vanagloria, Loreto Cruz sintió de repente flaquear todos sus ímpetus de venganza.

—¿Ya, para qué?—dijo mirando a Eugenia con desdeñosa compasión—. Ya no tiene hijos...

Mas, todavía, al desnudar su cuerpo, al ver su privilegiada hermosura, espléndido otoño realzado

por el vigor de su naturaleza, por las gracias inmarcesibles de una perenne juventud, no pudo Loreto, mientras compadecía a la madre, mirar sin odio y sin envidia a la mujer.

Al cabo, como otras veces, se impuso a la hembra la doctora, y con blanda solicitud refrigeró a la triste, le dió a respirar oxígeno, y con un poco de masaje y unas inyecciones de éter la hizo volver en sí, acompañándola después junto a su lecho con la intención de distraer y consolar su angustia en las lúgubres horas de la noche.

Pero con el sentido y la conciencia volvieron para la miserable el bárbaro dolor de sus entrañas, la evidencia de la muerte del hijo, la espantosa desgarradura de tan cruel amputación.

—¡Hijo mío! ¡hijo mío!—aullaba revolcándose en el lecho como una loca, mordiendo entre sollozos las almohadas, arrancándose a gritos los mechones de su magnífica y salvaje cabellera—. ¿Por qué no me he muerto yo? ¿Por qué no me atarazaron las entrañas antes que murieses tú?

Era el dolor en ella físico, bruto, vocinglero, como una tortura de la carne, roto en quejidos y clamores, ciego a la luz de la conciencia moral, pero agarrado desesperadamente a las raíces de la conciencia orgánica, lo mismo que los dolores medulares.

Criatura inferior, irreflexiva, tumultuosa, pegada siempre a lo somero, a lo inmediato, los sucesos próximos, las emociones presentes, irresistibles al través de su imaginación y su vehemencia, la envolvían, la sacudían, la ahogaban con el ímpetu de un golpe de mar.

—¡Ay, mi Enrique!—plañía, martirizándose el rostro con las uñas, el rostro un tiempo tan alegre, tan risotero y feliz—. ¡Ay, mi Enrique! ¡Hijo

mío, hijo de mi sangre, la criatura más graciosa del mundo, más noble que las estrellas del cielo! ¡La luz de mis ojos! ¡La alegría de mi alma! ¿Por qué te dejé marchar? ¿Por qué no me fuí contigo? ¿Por qué me olvidé de tí?... ¡Permita Dios que se me acabe la vida antes que tú te pudras en la tierra!

Cayó de bruces sobre el lecho, tálamo ayer, hoy potro de tortura. Quedó allí transida, inmóvil, como una res desjarretada.

La voz de Loreto, ronca y dulce como un zureo de paloma, le trajo de súbito a las mientes el recuerdo de Monterrey. Volvió a temblar entonces de espanto, de rabia, de vergüenza, de rebeldía, de pasión. Chocaron en el fondo oscuro de lo subconsciente el instinto de la madre y el instinto de la mujer, y al choque de los dos vino a saltar, como una chispa de luz que iluminó de pronto el campo de la conciencia, la idea fija y terebrante, el sentimiento menos moral que supersticioso de haber desencadenado con su culpa el rayo del castigo inexorable. Pensó, por fin, más en gitana que en cristiana, que ella misma, por gozar a su amante, malefició a su hijo, le causó la muerte...

—¡Yo le maté! ¡yo le maté!—gritó, clavada como en una cruz en esta horrible obsesión, retorciéndose de angustia, bañada de sudor y de llanto, de mortal palidez, presa de vértigos y palpitaciones, sofocada por una onda que le subía del corazón a la garganta—. ¡Yo fuí! ¡Tu madre fué quien te mató!

—¡Calla, mujer! ¡calla!... ¡calla!—dijo Loreto, pugnando por contener sus voces, temerosa de que al impulso de la idea fija confesase a gritos su culpa—. ¡Calla, que te van a oir!

En el tumulto de impetuosas inquietudes que

sacudían a Eugenia se abrió paso entonces el miedo, el miedo instintivo de que Leonardo y su padre supieran la traición.

—¿No saben nada?—preguntóle con ansiedad a Loreto, en una actitud cobarde y sigilosa que, en medio de lo trágico, resultaba ridícula—. ¿No saben nada... *de lo otro?*

—No, no lo saben... ¡no deben saberlo nunca!

—Si no se lo dices tú...

—¿Ya, para qué?—repitió Loreto con repentina crueldad—. Perdiste al hijo... Perdiste al hombre también... ¡Ya estamos las dos iguales!

Estas palabras inclementes cegaron de nuevo a Eugenia, se hundieron como cuchillos en la carne viva de su alma.

—¡Hijo mío! ¡hijo mío!—volvió a gritar obsesa y delirante, estremeciéndose toda desde los talones a la raíz de los cabellos—. ¡Hijo de mis entrañas! ¡Yo tuve la culpa! ¡Malos tiros me den en el corazón!

Loreto, dolida de su arranque, tornó al socorro de la triste. La miró con lástima y a la vez con viva curiosidad, como si hiciese experiencia de un caso clínico, de los efectos del dolor en aquella regalada y hermosa carne de goce y de salud, hembra de lujo y de alegría, derribada al cabo de su orgullosa felicidad al nivel de la más miserable criatura.

—He aquí—pensaba Loreto, no sin piedad ni tristeza—, he aquí una mujer nacida para disfrutar de una eterna juventud en un puro presente accesible a todas las fruiciones. Nadie más apto que ella para la vida fácil y armoniosa, para la vida natural, ajena a la preocupación del ayer y el mañana, libre de inquietudes y misterios. Nadie con más reservas de júbilo y de esplendor, de energías

vitales, de empujes renovadores... Y, sin embargo, bastó un momento de debilidad, un capricho oscuro, para envilecerla; bastó el rebote de un lejano proyectil para derribarla... ¿Qué dicha, qué victoria, qué disfrute habrá en este mundo a salvo del dolor y de la muerte?

Reflexionando así, limpia ya de rencores y de celos, con una profunda misericordia, Loreto se inclinó sobre Eugenia, cada vez más doliente y exasperada. En su semblante pálido y convulso, miróse Loreto Cruz como en un espejo: vió en la pena de aquella pobre mujer la semejanza de su propia pena; sintió en los sollozos de la infeliz el eco de los sollozos suyos; comprendió una vez más, desgarradoramente, el vínculo de pecado y de angustia que une a todos los hombres—amigos o enemigos—en la tierra, la entrañable fraternidad del dolor que, por encima del odio, une a las almas postulando piedad bajo las lumbres del cielo...

—¡Déjame consolarte!—habló con derretida mansedumbre, llorando también junto a su rostro, besándola en la frente con dulzura—. Somos hermanas en el dolor, Eugenia... Hace ya muchos años que sufro y lloro como tú... Fuí contigo cruel, perdóname, fuí dura... envidiosa... ruin... Pero ya no..., ya sólo tengo para tí cordialidad, afecto, compasión...

—¡Vete de aquí, mala sangre!—chilló rabiosa Eugenia, defendiéndose de las caricias de Loreto a puros zarpazos y empellones—. No quiero consuelos tuyos... ¡Me hiciste mal de ojo... y todavía tienes alma para gozarte en mi dolor! De tí no quiero ya ni la salud... ¡Quiero morirme!

—¡Calla, mujer! No desesperes... Aquí vienen Leonardo y don Augusto.., ¡calla!

Entró el marido en la alcoba, todo encorvado y

tembloroso bajo la pesadumbre de su duelo. Sin decir palabra, con frenética ternura, se echó en los brazos de su mujer, en aquellos brazos que él no podía imaginar traidores.

Por largo espacio sólo se oyó en el lúgubre aposento la sorda explosión de los sollozos.

El doctor Valdés, firme y dueño de sí, pero profundamente lastimado por el golpe, bárbaro golpe que, con la vida del nieto, tronchaba la flor de todas sus esperanzas familiares, veía en aquella pobre juventud lanzada a la muerte por un ciego impulso irracional, un ejemplo triste de las fuerzas perdidas para el bien, para la dicha y la hermosura de la Especie, por la ignorancia, el atavismo, la estupidez y sinrazón de los hombres.

—Nada se pierde en el mundo físico—lamentaba el apóstol—y en cambio, ¡cuánto se derrocha en el mundo moral! ¡Qué de esfuerzos inútiles—añadía, sin sospechar el alcance de sus ideas en aquella ocasión—, qué enorme desperdicio de tesoros, qué despilfarro de energías en la lucha salvaje de los instintos y las pasiones humanas!

Y Loreto Cruz, que conocía en toda su magnitud la oscura tragedia de aquel hogar hecho trizas, miraba absorta, cruzados los brazos sobre el pecho, al triste padre, al ofendido esposo, como diciéndole sin palabras, con la boca del corazón:

—¡No sabes tú, hermano mío, hasta qué punto eres desventurado!

Pero Eugenia, que, sofocada y torva, sentía como las vueltas de un dogal los brazos de su marido en el cuello; Eugenia que, en su locura y desolación, a todos aborrecía y rechazaba, hurtóse al fin a la presión de aquellos brazos leales.

—¡Quiero estar sola!—clamó, pues la presencia de Loreto, de Leonardo, del doctor Valdés,

se le hacía insufrible—¡quiero estar sola con mi desesperación! ¡dejarme ya que reviente de una vez!

Pasada la media noche don Augusto se llevó a su hijo para obligarle a descansar. Loreto se quedó con Eugenia, pugnando por sosegarla. Mas todo era inútil. Volvía la obsesión a estremecerla con nuevos y furibundos accesos. Las ideas fijas del maleficio, de la culpa, eran como clavos ardientes en su cerebro y en sus entrañas.

—Yo te maté, hijo mío, yo te maté... Yo tengo la culpa de tu muerte... Porque me hicieron mal de ojo, porque me echaron lumbre en los tuétanos... ¡Ay, Virgen de las Angustias, que me muera yo! La pena me ahoga... ¡no puedo más! ¡Que no vean mis ojos la luz del amanecer!

Mientras Eugenia se revolcaba en su lecho como una bestia mutilada, Loreto Cruz salió al gabinete frontero de la alcoba y dispuso en una mesilla el botiquín. Era preciso atajar la obsesión, aquellas crisis de angustia, rebeldes a todo tratamiento moral, que podían conducir a un delirio sistemático; era menester combatir la ansiedad y el insomnio, dar una tregua a la encarnizada aflicción de aquella pobre mujer, tan mal prevenida al sufrimiento por la pobreza de su espíritu, por el hábito relajador de la felicidad.

Sacó Loreto del botiquín unos comprimidos de morfina y preparó una inyección.

—Eugenia—la dijo tocándola suavemente—. Ya es muy tarde. Todos descansan ya... Tú tienes que dormir también...

Y antes de que pudiera resistirse, le aplicó la inyección en la hermosa espalda desnuda, por cuyos declives se desbordaban a raudales los cabellos.

—¿Qué me das?—preguntó recelosa la infeliz,

revolviendo airada los ojos, los brazos y las crenchas.

—Sueño, mujer; sueño y olvido...: es lo mejor que te podemos dar.

Y así que la vió dormida, luego de contemplarla dulcemente, con una inmensa compasión ya para siempre limpia de acritud, Loreto se inclinó sobre Eugenia y le dió en la frente un beso de paz.

Durmió y olvidó la triste durante muchas horas, cuajada en blando sopor. Leonardo, ya desasido de su padre, volvió con Loreto a la alcoba de Eugenia. La velaron toda la noche, y al punto de amanecer, como la vieron dormir con tanta paz, se salieron rendidos, dejando allí al cuidado una enfermera.

Mas así que el sol, rompiendo por los resquicios de las ventanas, vino a clavar un rayo impetuoso en la penumbra de la alcoba, Eugenia volvió de su profundo sueño y abrió los párpados a la luz y la conciencia a la vida. Y fué la luz en sus ojos un brusco y terrible fogonazo, y fué la realidad en su conciencia como si todos los puñales del dolor humano se le hincasen juntos en las entrañas con aquel rayo de sol.

Todos los recuerdos de la víspera, los yugos de su doble adversidad, la culpa y el castigo, las obsesiones, el espanto, volvieron a caer, más rabiosos que antes, sobre su oscura cerviz, como leones, encadenados por el sueño y libres al fin, ya con las garras en la presa.

La sangre le martilleaba en los pulsos, le hervía en los vasos, con un sordo galope en el corazón y un trágico retumbo en el cerebro. Las sensaciones le dolían como desgarraduras en la piel. Bajo el dolor intolerable los instintos piafaban rebeldes. Eugenia se incorporó, temblando. Quería debatir-

se, rehacerse, huir de aquella tortura moral, cien veces peor que todos los tormentos físicos. ¿Mas cómo huir de sí misma, dónde hallar una tregua a su dolor, un lecho que no fuese duro a su quebranto, una luz que no le abrasara los ojos?

Intentó rezar; pero en su torpe magín, supersticioso, ignorante, vacío de toda fe, lleno de especies groseras, el Cristo del Salvador, la Virgen de las Angustias, los Santos del Albaicín, eran imágenes sin vida, fetiches y amuletos de gitana. Y así, las oraciones nacían muertas de su boca.

Tampoco en lo humano halló donde asirse. Todo, en el ancho mundo, le pareció desierto; la vida, tan dulce ayer, hoy una cárcel; la gente, odiosa; el hogar, vacío.

Ya, ni el consuelo del llanto. Las lágrimas, en vez de salir afuera, le caían por dentro, como gotas de plomo derretido sobre la carne del corazón. Ardía toda como en un fuego infernal. Hasta las ropas le abrasaban la piel.

De un salto se tiró de la cama. Fué al gabinete casi desnuda, envuelta en el manto salvaje de sus cabellos hermosísimos. Iba como sonámbula, como fuera de sí, con los ojazos muy abiertos, en una actitud de terrible ansiedad.

Y vió que estaba sola. Tuvo de repente miedo, un miedo pánico, instintivo, de perder la razón. Quiso llamar. Arrepintióse. ¿Para qué? Todos en aquella casa le eran ya aborrecibles. Allí le hicieron mal de ojo... De allí partió el golpe que mató a su hijo... Volvía la obsesión o dominarla, con nuevo y mayor espanto, en otra crisis de angustia.

Sofocada por la disnea, por el miedo y la desesperación, Eugenia vió de pronto, sobre la mesa del gabinete, el botiquín abierto, y allí, al alcance de la mano, la dulcísima droga, la felicidad de los tris-

tes, el paraíso de los miserables, el sueño, la embriaguez, el olvido... Y temblando como un azogue tomó el frasco de morfina, vertió en una copa todo el frasco y se bebió la copa entera. Y corrió a acostarse y se dejó caer entre las sábanas, y cerró los ojos, y se embozó en el manto de sus salvajes y hermosísimos cabellos...

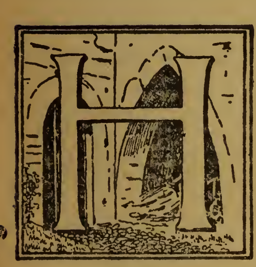
Volvió a este punto la enfermera, por breve espacio ausente, y al ver dormida a la señora, nada sospechó. Pocas horas más tarde, llegó Loreto Cruz, y deteniendo sus pasos ante el profundo y apacible sueño, no supo hasta después, hasta que descubrió a la luz el rostro cianótico de Eugenia y, con supremo terror, hallóla fría y sin pulso, que aquel sueño tan largo, era ya el sueño de la muerte.

ÚLTIMA PARTE



I

Huelga general.



HABÍA estallado en Madrid la huelga general. Era un ensayo de revolución que aspiraba a cundir por todos los ámbitos españoles. Después de una serie, tácticamente organizada, de huelgas parciales y victoriosas, el paro general, el golpe de estrategia sobrevino de súbito con una disciplina militar, con un fanático fervor que eran presagios de futuros y graves acaecimientos.

Dos años atrás la rebeldía fermentaba sordamente en las entrañas populares. El contagio universal de la guerra; la podredumbre de la política interior, en manos de truhanes, caciques y logreros de todo jaez; el duro calvario del vivir en las

urbes inhospitalarias, donde se muere de hambre y de frío sobre las piedras del arroyo; la sed de justicia, implacable y abrasadora allí donde la caridad es impotente; la embriaguez de las revoluciones desencadenadas en el mundo: todo esto y mucho más, ganó también el corazón de este buen pueblo de Madrid, pueblo de pan y toros y de alegre vino, donde hasta el rojo peleón de las revoluciones y tumultos suele ser más cristiano y doncel que en parte alguna gracias al humor de la gente y al agua generosa del Lozoya.

La cólera popular, condensada en la atmósfera de los sindicatos y federaciones, fué hábilmente puesta en camino por los conductores de la muchedumbre. Durante muchos meses un Comité secreto dispuso y organizó la huelga con ferviente y minuciosa actividad. Formaba el Comité un grupo de intelectuales y obreros, socialistas de los más variados matices, comunistas, anarquistas, rebeldes y soñadores de muy diversa calidad, hombres de ideas y de acción, templados unos, radicales otros; pero, al fin, todos de acuerdo en dar la batalla al enemigo común, todos con el ardor de ese ideal oscuro que fía al ímpetu de las revoluciones sociales el advenimiento mesiánico de una vida nueva, de un hombre más perfecto, de un mundo mejor, y encomienda a las armas la conquista de la Felicidad universal.

Pero el motor de la huelga, el alma de aquel movimiento revolucionario que supo unir a los hombres de más discordantes ideologías y poner en pie de guerra, de Vallehermoso a Embajadores, de la Moncloa al Puente de Vallecas, una multitud imponente a guisa de «ejército de salvación», era una mujer, una mujer de pelo en pecho, capaz ella

sola de llevarles el pulso a todos los bolcheviques de Moscou.

¿Será necesario añadir que aquella hembra de rompe y rasga era doña Belén?

Fué la amazona de la calle de Leganitos, con sus dotes varoniles de voluntad y tesón unidas al ímpetu sentimental de su sexo, tan extremado para el amor y para el odio, con su actividad infatigable, sus aptitudes organizadoras, sus artes de captación y propaganda, su verbo elocuente, pobre de ideas pero rico de imágenes y emociones, quien supo electrizar a las muchedumbres, atraer y persuadir a sus caudillos, juntar a todos en la misma fe del porvenir, lanzándolos al tajo de aquella huelga fulminante, vigoroso tanteo de la Revolución social.

Mejor coyuntura no se podía ofrecer. Rotos al golpe de la espada los lazos jurídicos, morales y económicos del mundo; convulsas y desangradas las naciones; triunfante el furor patriótico sobre las utopías del pacifismo universal; lóbrego el porvenir, sin otras luces para la plebe que las antorchas incendiarias del comunismo ruso, todo empujaba entonces al «salto en las tinieblas», todo parecía dar la razón a los extremistas y demagogos en contra del socialismo atemperado a las leyes de la Evolución.

—Ha llegado mi hora—se dijo doña Belén, creyendo oir en la profunda noche del Tiempo las lúgubres campanas, el toque a rebato de la Revolución social.

Porque doña Belén sentía la Revolución como don Augusto sentía la Ciencia, con una fe religiosa, llena de ingenuidad y fanatismo, que hacía un dogma y un culto de su intolerante aversión a todos los cultos y los dogmas. Creía también ciega-

mente en una Edad exenta de dolor, en un *hombre nuevo* angelical y dichoso tras la conquista del Paraíso en la tierra. —Un día—pensaba la amazona con el criterio simplista de los apóstoles de su calaña, ciegos a la complejidad de los fenómenos históricos, más ciegos aún a todo lo que sobrepuja al orden visible—, un día, libre la Humanidad de las supersticiones teológicas, de los embelecos metafísicos, merced a la Ciencia positiva; libre también de la esclavitud social gracias a la Revolución, alcanzará la plenitud de sus derechos. Y entonces el mundo será una balsa de aceite, vivir será un maravilloso placer...—Tenía de ello una certidumbre absoluta, un sentimiento romántico y agresivo, una entrañable convicción, tanto más fuerte y dominadora cuanto más imprecisa y problemática. Su lógica flexible y pasional se plegaba a lo absurdo y contradictorio con la candidez de un niño.

Pero así como en don Augusto la fe de esa humanidad redimida por la Ciencia revestía el carácter apacible de un ministerio sacerdotal, de una misión apostólica, doña Belén no concebía la salvación humana sino por medio de la violencia, de los recursos heroicos, a sangre y fuego, como en las hogueras del Santo Oficio y los cadalsos del Terror. Para imponer en el mundo las puras y bienaventuradas ideas de la Paz, de la Justicia y del Bien, no se le ocurría otra cosa que predicar la guerra y el odio, acrecentando así (como suele el amor sin la prudencia) la cizaña de la injusticia y del dolor que amarga el pan de los hombres.

Y por que todo fuese paradójico en la mujer de Albarracín, cada vez se sentía más radical y fogosa, más lejos de la templanza de su juventud, cuanto eran mayores su experiencia y madurez

Apasionadísima de la lectura, devoraba con igual ardor libros de historia, de asuntos sociales y políticos, manuales de ciencia, obras de imaginación, revistas y periódicos a todo pasto, confusa y atropelladamente, sin el reposo y el método que piden las buenas digestiones intelectuales. Dotada de feliz memoria, se le llenaba el magín de ideas en tumulto, de ardientes frases que le venían al oído como voces de mando, como tambores y clarines heroicos. La miseria humana, el hambre y la incultura de la plebe, la tiranía de los ricos y poderosos, la explotación del hombre por el hombre, la iniquidad de un régimen burgués fundado en la omnipotencia del dinero, suscitaban en el corazón de aquella brava luchadora un ímpetu militar, una sed de violencia y de batalla.

No satisfecha de su febril actividad en la tribuna y el taller, en la urbe y en la gleba, en los sindicatos obreros, en las instituciones económicas, en las juntas revolucionarias (siempre con el mayor desinterés, a costa y a prueba de ingratitudes, persecuciones, procesos y desengaños) fundó en Madrid un periódico, *La Bandera Roja,* donde un par de veces al mes desfogaba sus ímpetus, pidiendo a gritos «amputaciones y cauterios» (no en vano era mujer de Albarracín y admiradora de *el león de Graus),* una intervención quirúrgica universal que arrancase de cuajo, como se arrancan los tumores de la carne, «hasta las últimas raíces de nuestra podrida civilización»...

Porque en materia de cirugía social, más que al doctor Valdés, la apóstola imitaba a su marido, el cirujano de hierro. En vez de la operatoria moderna, que sustituye delicadamente lo corrompido, inútil o caduco, restaurando y regenerando los tejidos y los órganos, doña Belén profesaba la an-

tigua cirugía mutilante y devastadora, capaz de incidir un feto por extirpar un tumor. Con tal de hacer felices a los hombres hubiera doña Belén exterminado a todos, sin dejar uno para semilla del futuro paraíso terrenal. Como su ilustre madrina doña Rosario de Zárate, como su célebre competidora Soledad Villanueva, la antigua mecanógrafa de Arráez era en el fondo de su ser un Calvino de la Revolución, un Torquemada de la Común, un Robespierre con faldas, un Trotzsky, un Lenín con aires de diosa Juno, levita de amazona, corbata bermeja y boina de paño azul.

Con estos arreos exteriores, con las manos en los bolsillos de la levita, erguido su busto de real moza, pálido el rostro, ardiente la mirada, garbosos los andares, la actitud marcial (su enérgico perfil recordaba un poco el de Napoleón), iba todos los días doña Belén a la calle de San Marcos, donde estaban la redacción de *La Bandera Roja* y su cuartel general. Allí se reunía el misterioso Comité, allí se tramó la terrible conjura que aspiraba a subvertir de la noche a la mañana todo el complejo económico, político y social de la nación española, y acaso, acaso, de la humanidad entera.

Porque el programa de la Revolución tenía también perfiles napoleónicos. La huelga debía coincidir con un pronunciamiento militar. Antes de amanecer, las tropas comprometidas, saliendo de sus cuarteles, en pie de guerra, ocuparían los puntos estratégicos, las comunicaciones, los edificios públicos, todos los órganos centrales del Estado. Habría también una batuda general en Zaragoza y Valencia, en Bilbao y en Málaga, huelga de mineros en Asturias, una repetición de la «Semana Sangrienta» en Barcelona, un alzamiento de campesinos andalu-

ces, según los viejos preludios de la *Mano Negra* de Jerez, y por último, «apoteosis naval» con una *reprise* en Cádiz de la tragedia bárbara del siglo XIX *Los Cantonales de Cartagena.* Obreros y soldados, constituídos en *soviets,* juntos en un formidable ejército civil y armados de todas armas, lucharían hasta la completa victoria de la Revolución. Desde el primer instante, el Comité de Madrid asumiría la responsabilidad del movimiento y las funciones del Poder, ejerciendo en nombre del pueblo soberano la dictadura roja. Todo al estilo de Rusia, pero con arrequives y alamares de color histórico y local.

Estalló la huelga con orden y exactitud imponentes. Ni un solo obrero federado faltó a la gran parada social. Con las primeras luces del día, un día fosco de noviembre, aterido por el cierzo de la Sierra, un oleaje humano, que cundía como las aguas de los torrentes, inundó el centro de Madrid. Era una muchedumbre silenciosa y espectante, pero en cuya pacífica actitud se adivinaba un odio contenido, un propósito oscuro y amenazador. La vida madrileña, tan bullidora y alegre a partir de las horas matinales, toda estaba en suspenso: las tiendas, cerradas; las calles, sin coches ni tranvías; Madrid entero, sin abastos, sin servicios públicos, a merced de aquel oleaje espumoso, de aquella hostil muchedumbre que avanzaba sin tregua por las vías populares de Alcalá, de Atocha, Mayor, San Bernardo, Fuencarral, Hortaleza, hasta rebosar en el ágora, coso, lonja y mentidero de la Puerta del Sol.

Cuando el avance formidable de aquella turbia corriente, canalizada por las estrechas vías, llegó, con rumores de próxima tempestad, a los umbrales del Ministerio de la Gobernación, hallóse la

multitud a boca de jarro con la Guardia civil, ya apostada en la calle del Correo.

Un pequeño escuadrón, caracoleando entre el gentío, bastó a despejar la plaza; pero a los pocos instantes, la muchedumbre que llenaba las vías afluentes a la Puerta del Sol la colmó otra vez. Un nuevo despejo, más riguroso y brutal, empujó a la multitud hacia las calles de la Montera y Alcalá, persiguiéndola en rudo galope hasta la Cibeles y la Red de San Luis. Al mismo tiempo, una nube de guardias, allá por el cruce de la Gran Vía, atajó a la plebe, dispersándola a cintarazos en todas direcciones. Mas, por tercera vez, el oleaje inundó la Puerta del Sol con rabiosas espumas.

Surgieron ásperos silbidos, iracundas voces, amén de alguna que otra piedra. Sobre la masa hostil se destacaban ya puños crispados, ceños facinerosos, cabezas hirsutas y salvajes. Eran, más que huelguistas, gentes del hampa y del bronce, profesionales del motín, la chusma del suburbio y del arroyo que vive al margen de la civilización en las ciudades populosas, los parias de una sociedad que no se acuerda ni preocupa de ellos hasta que delinquen, hasta que los siente como un sarcoma roedor en su propia carne.

Sobre la fuerza pública rebotaron con ímpetu las voces y las piedras. Entonces, ya sin piedad, la Guardia civil cargó sobre la horda. Lanzáronse los caballos con furia. Ció la masa atropelladamente. Se oyó el batir de los sables, el trote de los corceles en el asfalto, el ronco bramido de la multitud. Después, en la calle de Alcalá, un espantoso clamor, palos, pedradas y tiros. Por último, el pataleo formidable de las turbas que huían a la desbandada como un ejército en derrota. Quedáronse las calles desiertas. En la Puerta del Sol había,

junto al Metro, unos manchones de color de púrpura. Empezaba a correr la sangre...

Mientras ocurrían estos sucesos, el Comité de Huelga, reunido con doña Belén al socaire de *La Bandera Roja,* esperaba afanoso las primeras noticias del pronunciamiento militar. Pero los organizadores de la Revolución no habían contado con lo imprevisto. Merced a ciertas confidencias, la noche anterior, que era la noche de las Animas, la autoridad acuarteló las tropas y puso a las puertas de Madrid la guarnición de los cantones. Frustrado el movimiento militar, la República en cierne se venía abajo como un castillo de naipes. Cuando el Comité lo supo juzgó perdida la batalla; pero el criterio de doña Belén y de los extremistas de su bando impuso la violencia a todo trance. De Barcelona, de Bilbao, de Asturias, de los agros andaluces, llegaban noticias confortadoras para la Causa. La agitación empezaba a cundir rápidamente. Doña Belén se las prometía muy felices.

—¡Yo haré la Revolución, aunque sea sin el Ejército!—exclamó en un arranque varonil, con la sublime actitud de quien pronuncia palabras históricas...

A todo esto, cuando el doctor Albarracín, fuera ya de quicio con los trotes de su mujer, saturado de indignación al verla danzar de huelga en huelga, de mitin en mitin, de zoco en colodro, olfateó los planes de aquella terrible demoledora, se puso como un energúmeno y planteó, por centésima vez, de puertas adentro, la cuestión del divorcio.

—Esto no puede continuar así—la dijo una mañana con voz tonante, irguiendo su fosca personilla, más fiero que nunca el rostro hirsuto, el bigote jaro, el hocico de zorro, los ojuelos grises—. Me estás poniendo en ridículo... y yo no lo puedo

consentir. Estoy de belenes hasta la punta de los pelos... ¡Rediez! Ya no aguanto más.

Y uniendo la acción a la palabra, dió un tremendo puñetazo sobre la mesa, que hizo saltar la vajilla dispuesta para el desayuno.

Doña Belén, harto acostumbrada a los furores del mediquín, estrepitosos y fugaces como la espuma del champán, le oía como quien oye llover. Con su aire marcial y diligente de amazona intrépida y mujer de su casa, pues para todo tenía mimbres, tiempo y humor, puso en la mesa, debajo de las narices de su frenético marido, la cafetera rusa, el azucarero y un sabrosísimo tortel hecho por sus propias manos anarquizantes, que eran como de monja—¡extraña contradicción!— para toda suerte de reposterias.

—¡Esto se llama dar gato por liebre!—voceó Albarracín, que entre sus muchas flaquezas tenía la de espiritarse por el buen moka y los torteles de mantequilla—. Creí casarme con una mujer y me encuentro casado con el *Noy del Sucre*... ¡Voy ahora mismo a pedir el divorcio!

—Toma primero el café—repuso ella con fisga, conociendo los flacos de Albarracín—. No hay nada como el café para estimular las resoluciones heroicas.

—¡Vete al demonio, lagarta!—replicó el energúmeno echando lumbres y ternos e interjecciones soeces—. ¡Quítate de mi vista, marimacho! De tí no quiero ya ni la salud...

—¿De veras?—preguntó la buena moza, flechándole con sus ojos flavos, tan furibundos para el odio como gachones para el amor—. ¿Habrá estúpido?—añadió sirviéndole el café—. ¡Vamos, no seas cascarrabias!

—¡Quítate de mi vista!—repitió iracundo, co-

giendo un cuchillo de la mesa y clavándolo con furia en el tortel—. No te valdrán tus malas artes... Estoy resuelto a separarme de tí.

—¡Viva la libertad!—exclamó ella palmoteando con júbilo—. El matrimonio está llamado a desaparecer...

—Por lo menos, el nuestro. Porque mañana mismo me divorcio.

—Muy bien. ¡Viva la huelga! La institución de la familia es el último baluarte del egoísmo individual, del orgullo de casta, de los privilegios burgueses... ¡Abajo las instituciones!

—¿Qué papel hace un hombre como yo con un virago como tú?

—El que siempre hiciste: el papel del oso.

—¡Belén—gritó el cirujano con la boca llena de hojaldre y esgrimiendo el cuchillo—, que te secciono la yugular!

—¡Valiente Sancho Panza! Con todos tus humos científicos eres un reaccionario, un troglodita, un fósil... Por tí, volveríamos a la edad de las cavernas...

—En cambio, con tus aires quijotescos vamos a dar de bruces en la edad de oro, en la edad feliz de las bellotas... ¡Bonito ideal para una jamona como tú!

—¡Imbécil! ¡groserote!—dijo doña Belén, dando un furioso torniscón a su marido—. ¿Qué sabes tú de ideales? Si eres el hombre más rutinario, más carnal, egoísta y poltrón de la tierra... ¿Cómo has de sentir ni comprender las ansias generosas de un mundo nuevo, de una sociedad más justa, de una vida mejor?

—Camino llevamos de eso—repuso Albarracín con sorna, sacando de la petaca un puro enorme para remate del desayuno.

—¿Quién lo duda?—arguyó la apóstola braceando como si estuviera en un mitin—. De cien años acá el progreso científico, la potencia económica del mundo, los tesoros de la humanidad se han multiplicado prodigiosamente. Con un régimen de justicia igualitaria todos los hombres sin excepción tendrán alimento copioso, vestido decente, saludable hogar, todo lo necesario y un poco también de lo superfluo.

—Eso me recuerda el arbitrio de aquel pobre cesante: Con que todos los hombres a quienes les sobra una perra chica me la diesen a mí, sería yo millonario...

—¡Ah, miserable burgués!—dijo la amazona tendiendo sus brazos rollizos y mandones—. En vano presumes detener con chistes y marrullerías la ola arrolladora del Progreso, la marea creciente de la Revolución, los ideales de la Fraternidad humana que en el seno amoroso de la Naturaleza...

—¡Cállate, cursi!—la interrumpió desaforadamente Albarracín, echando por las narices el humo de su magnífico habano—. ¿Qué sabes tú de esas cosas? ¡El Progreso! ¿Dónde está el progreso, vamos a ver? ¿Es mejor el trigo de Rusia que el trigo descubierto en las tumbas de los Faraones? ¿Los huevos del mercado de la Cebada son más gordos que los huevos de Babilonia? ¿Los hombres del siglo XX valen más que los del siglo XVI? ¿Quién te mete en libros de Caballería?... ¡La revolución! Eso sí que es volver a la edad de las cavernas... Se necesita la mentalidad de un apache para creer que, de la noche a la mañana, con degollar a todos los burgueses, con repartirse sus millones, ya está resuelto el problema; que por virtud de leyes económicas y sociales van a ser los hombres más guapos, más ricos, más inteligentes, más justos,

benéficos y apacibles que los angelicos del cielo... ¡Cualquiera os mete en el meollo a los arbitristas de tu jaez la experiencia de seis mil años de historia!... ¡La revolución! Retroceder al estado salvaje en el seno de la madre Naturaleza, como quería el autor de las *Confesiones,* aquel zascandil, precursor de la novela *sicalíptica...* ¡La naturaleza, que otorga a un loro, a un cuervo, a un elefante, mayor longevidad que al hombre, y encima nos abruma de parásitos, de bacilos, de enfermedades espantosas, de órganos inútiles, de pasiones e instintos paradójicos, en lucha feroz contra la necesidad, el dolor y la muerte! ¡La naturaleza, que es la más estúpida, cruel y desnaturalizada de todas las madres!... Pues ¿y la humanidad? ¿Existe acaso la humanidad? ¡Qué ha de existir, imbéciles! No hay más que machos y hembras. Y algunos andróginos, por añadidura. Pero ¿merece el nombre de humanidad esa caterva de bípedos rapaces, sanguinarios y carniceros, de todas castas y colores, cuya más noble ocupación consiste en cazarse los unos a los otros lo mismo que fieras? ¿Pueden llamarse hermanos rojos y amarillos, blancos y negros, rusos y turcos, yanquis y nipones, indios e ingleses, tudescos y gabachos, judíos y moros, gitanos, bereberes, cafres, zulús, caribes, comanches, papúes e igorrotes? ¡Valiente olla podrida para un banquete de fraternidad universal! Pero no es menester salir de casa para ver la muchedumbre de bárbaros que constituye nuestra Especie... ¿En cuántas tribus están divididos los españoles?... ¡Una sociedad nueva, un estado más perfecto, una vida mejor! ¿Con qué hombres? ¿Con ese atajo de imbéciles, de granujas, cretinos, envidiosos, felones, bellacos y salvajes que pueblan el mundo desde los tiempos de Caín? Porque supongo que no pretenderás,

como el pazguato del doctor Valdés, fabricar un hombre nuevecito a la medida de la segunda o la tercera Internacional... ¿Habrá idiotas?

Puesto ya en el carril de sus furores pesimistas y lenguaraces, tan bien avenidos con todos los pequeños deleites de su vida burguesa y rutinaria, no se detuvo Albarracín hasta desfogar la bilis y apurar la colilla del cigarro.

—¡Ya estoy de apóstoles hasta aquí!—siguió diciendo con su dura vozarrona, mientras doña Belén optaba por tomar las de Villadiego—. Prefiero unos cuantos miles de bribones a uno solo de estos profetas de la beatitud universal. Porque eso de predicarles a las gentes que van a ser felices algún día, es una insensatez cuando no es una infamia. ¡Gentil manera de mejorar a los hombres, engañándolos con embustes y fabulicas de la edad de oro! Si yo tuviese hijos, una de dos: o los estrangulaba al nacer, y sería lo mejor, o a puñetazos les metía las verdades en la mollera. Canallas—les diría en cuanto me pudiesen comprender—; por culpa de vuestros padres, todavía más canallas que vosotros, habéis tenido la desventura de venir a este mundo, que es el más feo, el más vil, incómodo y despreciable de todos los mundos posibles. No faltará quien os diga que merced al progreso, la cultura, la ciencia, la fraternidad, el amor y otras garambainas por el estilo, puede llegar a ser una balsa de aceite. Los que dicen así son locos o necios, o truhanes que se dedican a dar el timo de los perdigones. Huid de esa gentuza como de la peste. Aquí la vida es una lucha feroz de todos contra todos, y lo que es más triste aún, de cada cual contra sí mismo. Y lo peor del caso es que la cosa no tiene remedio. El mal de la vida no se cura sino estirando la pata. Conque

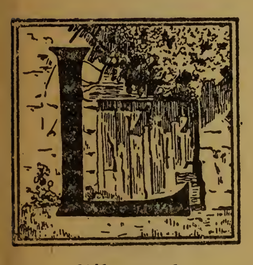
no os hagáis ilusiones. Aquí no hay más cera que la que arde. Crímenes, guerras, fanatismos, revoluciones, odios, hambres, lujurias, felonias, cuernos... Cada paso que dáis es un paso hacia la sepultura. La enfermedad, el dolor y la muerte, bajo mil formas invisibles, inesperadas y atroces, os persiguen como una multitud de tigres rabiosos y famélicos. El aire, el agua, la tierra, cuanto circunda vuestros cuerpecillos miserables, todo está emponzoñado, henchido de gérmenes patógenos, repleto de peligros y asechanzas. Un sorbo de agua dulce, un golpe de viento, una comida sabrosa, un rasguño, un microbio, una mujer... y ya tenéis encima lo bastante para reventar. Con eso y con llamar al médico... Cada día que pasa es un triunfo si al llegar la noche estáis seguros de no tener un cáncer, una nefritis, una diabetes, una enfermedad del estómago, del hígado, del corazón, la tisis, el artritismo, la arterio-esclerosis, una cualquiera de las plagas innumerables que conspiran contra la salud; si os libráis de perecer al golpe de un enemigo, bajo las ruedas de un automóvil, en un viaje, en un siniestro, en un tumulto, en un accidente vulgar, estrellados, carbonizados, electrocutados, heridos, hechos trizas, con los huesos rotos o la masa encefálica desparramada por los suelos... Venís a un planeta miserable, que es la patria natural de lo absurdo, con una existencia, más miserable aún, que sería el colmo de la ridiculez si no fuera el colmo de la iniquidad... Venís a un mundo en que todos los seres son a la vez lobos y corderos, zorras y gallos, ciervos y leones, víctimas y verdugos... Pretender que el amor y la ciencia, la paz, el derecho, la felicidad y la virtud han de reinar algún día en semejante *menagerie*, es algo tan estúpido como imaginar en un prostíbulo los

azahares de la virginidad... Yo aborrezco a los curas casi tanto como a los políticos y a los médicos; pero al fin y a la postre tengo a los curas por más sagaces y más lógicos: prometen el Paraíso, pero se guardan muy bien de situarlo en la tierra y lo ponen allá en el otro mundo, de donde nadie ha de venir a decirles que le devuelvan el dinero... Colocar el Paraíso en tierras donde haya una mujer y una serpiente (y aquí las hay a millones), fué un mal negocio desde los tiempos de Adán. Venir a este cochino mundo, que es una cárcel, una mazmorra, un manicomio, una clínica, un pudridero universal, con esas monsergas del derecho a la vida, a la salud, a la huelga, a la libertad, al placer, no se le ocurre a nadie que no sea un guasón o un tonto de capirote. Hablar de derechos en un mundo tan torcido, en donde todos estamos jorobados, hechos la santísima... ¡rediez, ya es mucho jorobar!... El único derecho reservado al hombre por el Destino es el derecho del pataleo...



II

Sigue la huelga general.



La huelga continuó en Madrid, pero ya con aires de tumulto, desordenada, incoherente, esparcida en motines callejeros, ebria de vino y de sangre, a merced de las hordas del arroyo, cada vez más infecunda y brutal por la desunión de los caudillos y la ineptitud de las autoridades.

Era a la sazón gobernador civil de la villa y corte aquel ilustre *Don Magnífico,* sociólogo, académico, filántropo, caballero de Africa y de la Gironda, tonto de capirote y espetera ambulante de medallas, cruces, arrequives y filacterias de todo jaez. Era ministro de la Gobernación otro sociólogo, el marqués de Almádena, marido que fué *in*

partibus infidelium de aquella vieja Ninón del siglo XIX, famosa por la elegancia de sus *deshabillés* y los verdores de su ingenio. Y era, en fin, ministro del Trabajo, en clase de economista, «doctor de la ley», fariseo universal, también con sus puntas y ribetes de filántropo y sociólogo, don Dimas Arráez, *el buen Ladrón,* según le decía en *La Bandera Roja,* sacándole a relucir todos sus agios y trapazas, la antigua mecanógrafa del *trust.*

Ocioso es decir el miedo y el apuro de los tales sociólogos cuando se vieron a boca de jarro con una huelga general revolucionaria, que venía a sacudir las raíces de todas las instituciones.

Apenas *don Magnífico* se lanzó a la calle el primer dia de motín con su chistera reluciente, su levita de anchos faldones y su bastón de borlas, cayeron sobre él las turbas y, al primer zarpazo, botó en los adoquines la chistera, saltó por los aires el bastón y el triste Poncio se quedó sin levita, casi en paños menores y con un chirlo en la cara, una cruz roja que añadir a sus muchas usías y encomiendas. A uña de caballo le salvó la Guardia civil cuando ya iban a mantearle, como a Sancho Panza, y nada menos que en la Plaza Mayor, la gente cruda del Avapiés y los pícaros del Rastro.

El marqués de Almádena, que era un filósofo, en mal hora lanzado a la política merced a los buenos oficios de su consorte, apenas oyó el rugir de la plebe junto a los balcones del Ministerio, se echó a temblar el infeliz, y siempre fiel a los principios de su cristiana filosofía (era autor de un librejo titulado *Resignación),* se dispuso a resignar el mando en la autoridad militar...

Pero el astuto Arráez, que era el más bravo y lince de los tres, intentó primero ganar la partida

en lo civil: sobornando a unos, engañando a otros, metiendo en chirona a los más rebeldes, quiso, aunque a zurdas, rendir al Comité y dejar sin guías a la muchedumbre.

Antes que a nadie recurrió a doña Belén, juzgando el muy truhán que, por tratarse de una hembra, había de ser más corruptible. Con hábiles pretextos vino a tener, en su propio despacho, una entrevista reservada con la heroica Musa de la Revolución, humilde subalterna un día de la casa Arráez...

—¡Tanto bueno, señora, tanto bueno por aquí!—exclamó el ministro muy socarrón y galante, besando con una gran reverencia la mano (que quisiera ver cortada) de su antigua y rebelde mecanógrafa—. Verdaderamente—añadió mirándola con fisga al través de sus gafas azules—, casi estoy por felicitarme de un conflicto que me permite el gusto y el honor...

—Déjese usted de honores, señor ministro—le interrumpió la dama con mucha sequedad, sentándose sin ceremonia en una silla.

—No—repuso él ofreciéndola un sillón—. Siéntese en el lugar que le corresponde. Aquí el ministro es usted.

—No me seduce el cargo. Yo aspiro a otro menos brillante y a la vez más noble.

—¿Puedo saber cuál es?—preguntó Arráez al punto, embelesado, creyendo «verdaderamente» que así atajaba los caminos del soborno—. Porque estoy dispuesto a complacerla... por difícil que fuere lo que usted me pida... ¿Puedo saber...?

—¿Cómo no? Yo aspiro al Comisariato de la Mujer en la República bolchevique de España.

—¡Oh!—dijo, no sin sorpresa y decepción el plutócrata—. Eso ya es más difícil...

—¿Usted cree?

—Vamos al grano, señora—cortó Arráez, pues sólo el mentar los bolcheviques le ponía la carne de gallina—. Somos amigos antiguos. Usted y yo, con un poco de buena voluntad, podemos resolver esta crisis, evitar días de luto a nuestra patria. Yo que soy, verdaderamente, un hombre de orden, a la par que un demócrata...

—¿De cuándo acá, señor Arráez?

—¡De siempre!—repuso con orgullo—. No hay liga ni institución de caridad en Madrid que no lleve mi nombre a la cabeza.

—¿Caridad? Señor ministro: esta noche, mientras usted dormía confortablemente en su palacio, dos criaturas han muerto de hambre y de frío en el arroyo...

—Igual sucede en Londres, en París... y más todavía en Rusia. Es tanta la miseria en el mundo... La caridad no puede llegar a todos.

—Ya lo sé. Desde mi pobre infancia lo estoy oyendo decir. Por eso, ahora, para los que tienen frío, para los que tienen hambre, no pido caridad, pido justicia...

—¿Y cree usted, señora, que a fuerza de justicia... bolchevique ha de bajar el precio del pan y del carbón? ¿Cree usted que las revoluciones pueden subvertir las leyes económicas y matemáticas al punto de hacer que dos y dos no sean cuatro, sino diez? Si la sociología y el arte de gobernar...

—Para gobernar—interrumpió doña Belén—no hacen falta sociologías... En caso como el presente, mejor que un sociólogo lo haría una cocinera...

—No divaguemos, señora—dijo Arráez, mirando ya nervioso el reloj—. Se trata de saber las condiciones en que cesaría la huelga general. Antes de

oir a obreros y patronos quiero pactar con usted, que es el alma de este movimiento... En sus blancas manos están las vidas de esos hombres... y, verdaderamente, yo sentiría mucho no poder evitar una dura represión... Lo sentiría, en primer término, por usted, a quien el Gobierno haría responsable...

—¿Es eso una amenaza?

—Es una advertencia. Me creo en la obligación de advertirle los riesgos de su actitud.

—Está bien, señor ministro del Capital...

—Del Trabajo, señora.

No hubo posible acuerdo. La plática terminó con aires de guerra, con humos y voces de batalla. Salió doña Belén de estampía, más arrogante que el Cid. Quedóse Arráez harto mohino, pero dispuesto a vengar su humillación, a imponer, *manu militari*, «la necesaria armonía entre el capital y el trabajo, a descargar, en fin, el peso de la ley (palabras todas del sociólogo) sobre la dura cabeza de aquella explotadora de la chusma...»

Y el marqués de Almádena «resignó», por centésima vez en su vida, filosóficamente, su triste y ruin autoridad. Y las tropas salieron a la calle. Y la multitud se revolvió contra las tropas. Y hubo luchas, incendios, barricadas, bombas y metrallazos, sangre y carnicería por doquier.

Mientras los hombres se mataban con furia de tigres en el arroyo, las mujeres y los rapaces, unidos en frenéticas hordas, corrían a esparcir los fuegos, a saquear las tiendas y mantener día y noche la confusión y el tumulto.

No quedó en el centro de Madrid casa oficial, ni tienda, ni café, ni escaparate, ni farol, sin rastro más o menos visible del paso y el empuje de las turbas. Así que estalló el motín saciaron sus odios

y sus hambres en las espléndidas vitrinas, en los modernos almacenes, en las repletas lonjas, allí donde el arte, la opulencia, el lujo, los arrequives suntuarios, los manjares apetitosos, los refinados goces de la civilización y el dinero son, entre toldos y lunas, como un desafío a la plebe de las grandes urbes.

Más todavía que las armas batió la chusma los víveres; más que la sangre corrieron el vino y el aceite, se desbordaron el arroz y los garbanzos de Castilla y todos los aderezos de la puchera familiar; más que el oro y las piedras preciosas fueron de mano en mano las viandas, las perdices y los jamones en dulce. Poco a poco la Revolución social, deshecha en bárbaros galopes, barrida por la metralla, vino por fin a convertirse (una vez los muertos al hoyo, los vivos al bollo y el Comité a la cárcel) en orgía y festín...

Una de aquellas noches de salvaje disturbio y forcejeo, cuando la heroica doña Belén, perdida ya la batalla, se recogía a sus cuarteles de la calle de Leganitos, Albarracín, furibundo, resolvió definitivamente separarse de su mujer, de aquella leona de la Revolución, a cuyo lado él parecía siempre como un perrillo faldero. Por primera providencia, el bronco cirujano pensó cenar fuera de su casa. Pero, ¿dónde? Con la maldita huelga, todo en el centro de Madrid estaba cerrado y a oscuras. A la vuelta de cada esquina topaba con un retén. Era peligroso y estúpido vagar aquella noche por las calles. Un viento glacial del Guadarrama le azotaba el rostro y le arrecía los huesos. Imaginó cenar en alguna tasca, dormir al raso, en medio del arroyo si era menester, antes que volver a su hogar. Y al día siguiente, la demanda de divorcio. Pensando así se encaminó, muerto de hambre y de frío, por

los barrios bajos. De tan negro humor como estaba no sabía ni dónde meterse. Para un hombre tan rutinario, tan fiel a sus costumbres como el molusco a su concha, cenar fuera de casa ya era un terrible sacrificio; pero el ir de Ceca en Meca, al través de un pueblo amotinado, traspasaba los límites de lo heroico. Anduvo, sin embargo, más de media hora, dándose a todos los demonios del infierno; mas, antes de llegar a la plazuela de Lavapiés, oyó rumores de algarada, voces, gritos, disparos, que, en el silencio de la noche, le parecieron de cañón. Aquello tomaba ya proporciones de tragedia. —Soy un idiota—pensó por fin—; ¿qué necesidad tengo de andar a la intemperie? ¿No soy el dueño de mi casa? Pues a mi casa me voy. Mañana será otro día...— Y allá se fué. Y, en llegando, manifestó a la amazona su propósito firme de divorciarse de ella. Y ella le oyó como quien oye llover. Cenó Albarracín aparte. Quiso dormir aparte también; pero no había otra cama, y eso de dormir en el suelo... Cuando llegó la hora de acostarse cedió a la fuerza del hábito. Ceñudo y hostil, se acostó en el lecho conyugal, pero volviéndole la espalda a su mujer. Así se sostuvo heroicamente, con tenacidad sublime, poco más de media hora. Mas, al cabo, el calorcete del lecho, tan dulce en las noches invernizas, la estrecha vecindad de aquella apetitosa y rica hembra, y sobre todo la pícara costumbre, acabaron de dar al traste con los pujos rebeldes y separatistas del pobre doctor Albarracín. Hábil y taimado, como quien no quiere la cosa, fué poco a poco acercándose a su mujer; pero así que ella le sintió, se puso como una fiera y le dijo, defendiéndose a zarpazos:

—¡Quítate de ahí, mequetrefe! ¿No sabes que hay huelga general?



III

El dragón de barro.



ESFALLECIDO de angustia, de cansancio y de sed, Julio Roldán se restregó las manazas temblonas llenas de arcilla y de impaciencia, se limpió con la blusa el sudor que le inundaba la tez y, torvo, iracundo, triste, saltó del andamiaje donde, horas y horas, encarnizadamente, sobre una montaña de barro, peleaba por infundir a la materia muerta la forma, la expresión y el movimiento de la vida.

Una vez en el suelo retrocedió hasta el fondo del estudio para mirar a distancia la perspectiva de su obra, un boceto imponente, caótico, disforme, cien veces modelado, removido, trastrocado y vuelto a modelar por las nerviosas garras de aquel

viejo león de la escultura, cada día más fosco, extravagante, burdo, calenturiento y senil.

Puesta la mano en la sien a guisa de pantalla, frunció Roldán el áspero entrecejo, sacudió las melenas, pateó con furia.

—¡Maldita sea la...!—rugió, soltando a borbotones el chorro de palabrotas, juramentos y desvergüenzas con que solía desahogar, lo mismo a solas que en público, la lengua y el humor, cada vez más desapacibles, agresivos y mordientes—. Malas *puñalás* me den!—reiteró, mesándose a la par los indómitos mechones, más blancos ya que negros, de su cabeza gitana—. *¡Eso* no es arte, ni es vida, ni es otra cosa que un pellón de barro que acabará por servirme de sepultura!... ¡Yo que tenía entre mientes la obra más grande de este mundo; yo que quería, como Dios, dar vida a la materia con el aliento de mi espíritu... y ahora el espíritu me huye y la materia me aplasta! ¡Yo que me puse a echar ahí toda mi sangre y mis redaños de artista!... ¿Será cierto lo que dice la gente: que estoy ya chocho, que estoy agotado, que pasé de moda, que me debía morir? ¿Tendrán razón esos canallas?... Un criticastro anda diciendo de mí que soy «como un malacate enmohecido, que chirría sobre un pozo seco»... ¿Se saldrá con la suya ese mancer? Hasta hace pocos años yo creía en mi arte, creía en mi fuerza y en mis luces... Ya empiezo a dudar de todo, a maldecir de mí mismo... Ya se me va la cabeza, se me nublan los ojos, se me crispan los dedos... ¡Malos *mengues* me coman estos judíos pulgares! ¿A que ahora resulta que ya no sé ni modelar?

Diciendo así, con la costumbre que tenía de hablar a solas y a gritos, se derrumbó en un faldistorio, junto a una estela funeraria donde, al al-

cance de la mano, estaban prevenidas para matar la sed y espolear los nervios unas copas de Murano y unas botellas de Sanlúcar, últimos lujos y goces de aquel barroco artista en decadencia que, a punto ya de consumir la bolsa, la inspiración y la salud, fuera ya de combate, andaba en tratos para vender su palacete del Cisne con todo el ajuar y las reliquias de su gloria.

Hermoso y formidable todavía en su rebelde y prematura senectud, erguido el rostro patilludo, de color de bronce viejo, verde, sombrío y rugoso bajo el casco de plata de sus duras greñas; llenos los ojos de luz, muy firme en apariencia la persona, pero derribada en lo interior y carcomida por la vejez, por el esfuerzo doloroso, por la lucha implacable, por la reciente desventura familiar, por la tristeza y el alcohol, era como uno de esos robles que aún levantan sus brazos en la cumbre, mas, seco el tronco y las raíces, no pueden ya reverdecer.

—Todo el mundo me vuelve la espalda—consideró con pesadumbre mirando al solitario taller, repleto un día de alegre multitud, de obras audaces y juveniles, de oro, de gloria y de orgullo—. Para los viejos, soy un modernista; para los nuevos, un fósil; la muchedumbre me ignora; la *gente bien* me desdeña; los amigos me juzgan un imbécil; los enemigos, un cadáver; la Prensa me sepulta en silencio; la crítica me canta el gori-gori... ¡Estoy solo en el mundo, en un vacío funeral, en una fosa de barro, con mis marchitos laureles, semejantes a esas coronas mustias con que se entierra a los muertos!

Se echó a reir, desfogando su cólera y su dolor, amargos como la hiel, en una lúgubre carcajada que parecía un sollozo. Y asiendo luego la botella

de Sanlúcar colmó de vino una copa, la apuró en dos buches, restalló la lengua, escupió con arte por el colmillo y encendió la pipa, cargada de tabaco inglés, hasta embozar su persona, toda salpicada de barro, plebeya a un tiempo y señoril, en un nubarrón de humo.

—Y, sin embargo, todavía...—jaqueó después, bebiéndose otras dos copas, santiguándose el pecho y la frente con sendos y rudos manotazos—. ¡Aquí y aquí... me *jierver* todavía los sesos y el corazón! ¡Todavía, estos *dátiles* que se han de podrir en la tierra, saben lo suyo y tienen algo de la gracia de Dios! ¡Ya v*eréis ustedes*—añadió, como encarándose con la muchedumbre de todos sus enemigos—, ya veréis, ¡idiotas!, de lo que es capaz este *cañí! ¿Se creéis ustedes* que Julio Roldán está en las últimas? Pues, por la gloria de mi madre, que os he de dar que sentir... ¿Veis ese monstruo de barro, con la boca abierta y echando lumbre por los ojos como si me quisiera tragar? Pues, a fuerza de espíritu y de riñones, voy a tragármelo yo... Porque yo soy una fiera *pa* el arte: yo soy Aquiles el *templao,* el que se alimentaba con tuétanos de oso, y el tío aquel de pelo en pecho que, con una porra, cazaba los jabalíes y derribaba los toros, y ahogaba en sus brazos a los leones...

Volvió a llenar la copa con el dorado fuego de Sanlúcar; volvió a llenarla muchas veces hasta sentir su rescoldo en el cerebro y en el corazón, cada vez más optimista, locuaz y arrebatado por los vapores de la embriaguez.

Allá en el centro del estudio, vacío ya de mármoles y bronces, convertido en un lodachar, se erguía el monstruo de barro, tosco y horrible, a la luz que por las altas claraboyas entraba a raudales en el taller. Nunca el ansia de novedad, la presun-

ción y el desenfreno de un artista, unidos a la profunda decadencia de su arte, a la disolución de las formas, al desprecio del natural y de la técnica, se revelaron tan desaforadamente como en el último aborto del escultor del Albaicín. Aquello, que era una pesadilla, un bárbaro aluvión de masas incorpóreas, de planos y volúmenes sin apariencia reconocible, quería ser nada menos que un monumento nacional de traza gigantesca y peregrina que en la llanura del Toboso había de erigirse en honra del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.

Sobre un basamento de extraña y violenta arquitectura, se alzaba a guisa de pedestal, en formidable actitud, un ferocísimo endriago, mezcla de hombre, de ave rapaz y de reptil, en cuyas garras se debatía un héroe pugnando por herir al monstruo con la tizona en el corazón. Sobre la cabezota de aquella especie de dragón heráldico, que tenía por lengua una saeta y por barbas manojos de serpientes, venía a descansar, como sobre una cariátide, un recio capitel cuajado de extravagantes figuras, en donde culminaba Don Quijote, no caballero en su rocín ni revestido de sus armas, sino aliviado de ellas y aun de sus ropas interiores, casi desnudo sobre un tajado peñón, tal como en Sierra Morena, cuando se puso a dar tumbas y zapatetas en el aire.

Todo esto que aquí se describe, allí había que adivinarlo, pues a la simple vista el modelo, aunque ya por las trazas iba en las manos del escultor muy adelante, era tan monstruoso, tan absurdo, tan disforme en su libre y fantástica genialidad, que, según la condesa de los Linajes, «todo él era un puro dragón»...

—Y sin embargo—repetía Julio Roldán, con nue-

vos tientos a la botella de Sanlúcar, mirando su obra ilusionadamente, al través de las nieblas azules y doradas del tabaco y del alcohol—, esto es hacer arte nuevo y no las figuricas de Tanagra que andan plagiando por ahí... Esto es hacer obra moderna, de enjundia científica y sentido monumental... Esto es hacer arte puro, *sembrao* de ideas y de alusiones geniales... Esto es modelar en español del siglo XX y no en francés, ni en italiano, ni en griego, ni en latín... Digan lo que quieran los cursis, los envidiosos, los filisteos, los clasicistas, los fabricantes de *bibelotes* y *pastiches,* aquí hay expresión y dinamismo y trascendencia y originalidad... Este es el verdadero Don Quijote, no como lo imagina todo el mundo, *vestío* de máscara, cautivo entre *jierros, armao* de una puya y *encaramao* en un rocín, lo mismo que un picador, sino en su triste y flaca humanidad, *en carnes y en pañales,* como un santo Cristo, como un Redentor del Ideal... Otro escultor lo hubiera puesto, como lo suelen poner, a la vera de Sancho Panza o con otras figuras impertinentes. Yo, no. Yo lo planto solo, que es como debe estar, como están todos los hombres grandes en el mundo, sobre una peña, que es el eterno Calvario, solo y casi en cueros a la luz, aplastando con los pies desnudos la farsa, la mentira, el artificio, el bulle bulle de la gente, representados por los libros de Caballería en ese capitel... Y debajo del capitel—pues todo es ahí verdad, intención y *pajolero* símbolo—, Amadís de Gaula peleando con el dragón: el bien peleando con el mal, el espíritu con el barro, el amor con el ódio, la luz con las tinieblas... Y en el plinto un coloseo, una alegoría de la lucha universal... ¡Vengan aquí pintores y escultores, venga hasta el sabio Salomón y el propio Miguel de Cervantes y

todos los Migueles que en el mundo han sido, desde Miguel Angel a don Miguel de Unamuno, que, en hablando de Don Quijote, sabe más que el que lo inventó, y si esto no es el *non plus ultra* de la escultura integral... que venga Dios y lo vea!

Sacudido por los latigazos del alcohol, llenas la sangre y las entrañas de fuego, volvió Roldán con nuevos ímpetus al yunque.

Silencioso ahora, prietos los dientes, fruncidos los arcos de las cejas, puso los dedos, los ojos y el espíritu en el barro. Trabajó con ansia, trabajó con fruto. En poco tiempo logró dar vivo realce a la figura de Amadís. Roldán se sentía dichoso, ágil y fuerte como en su primera juventud. Dió un brinco sobre el andamio a riesgo de caerse. Un rasgo feliz, un bello escorzo, una expresión de vida que surgiera, y ya el escultor saltaba de júbilo con nueva y pueril embriaguez.

—Infundir el espíritu en el barro—pensaba con religiosa beatitud—, dar movimiento a lo inerte, formar de la arcilla de la tierra criaturas vivas, criaturas inmortales... ¡No hay nada en el mundo que tanto nos asemeje a Dios!

Y aquel artista infeliz, apasionado de su arte, capaz un día por su espíritu—*mens agitat molem*—de remover las montañas, pero vencido al fin por la materia, extraviado por su orgullo, por su desprecio a toda ley, sintió de repente bañársele en lágrimas los ojos.

Volvió a modelar con impaciencia nerviosa hasta sentirse otra vez fatigado y sediento, lleno de incertidumbre y de sudor. Poco a poco, desvaneciéndose ya con el espíritu del vino la fuerza que le animara, tornó a desfallecer, a desvirtuar con bárbaros retoques las formas felices que antes había modelado. Trémulo, iracundo, se retorcía im-

potente, bramaba de angustia y de furor. Toda la mole de barro se le venía encima como un monstruo, como una bestia roja, como un terrible dragón dispuesto a devorarle.

Crispó el artífice los dedos sobre el barro indócil, húmedo, sudoroso también al vivo esfuerzo de aquella trágica pelea. Y cuerpo a cuerpo se puso Roldán a debatir con el monstruo; le acometía a zarpazos; se abrazaba a él pugnando por dominarle a puños, a gritos e imprecaciones, como si le pudiera oir, como si le quisiera matar.

—¡Barro maldito!—le decía, estrujando la masa húmeda y reluciente, clavando en ella las uñas igual que en mollas de carne—. ¿Vas tú a poder más que yo?

Ciego, vencido bajo la pesadumbre de la materia, se le apagaba la luz del espíritu en un nervioso chisporroteo. El mundo volvía a las tinieblas del caos.

—¡Maldita sea!—rugió, tirándose del andamio—. Se apagó la candela en el hogar... Habrá que echarle más lumbre hasta que reviente la máquina...

Y fué, tambaleándose, a descorchar otra botella de Sanlúcar. Pero en aquel momento se abrió la puerta del taller y entró la Condesita de los Siete Linajes.

—Maestro—dijo la alegre damisela, que era, chistes y burlas aparte, una de las poquísimas personas fieles aún a la amistad del viejo artista olvidado—. Aquí vengo con Felipito a traerle a usted unas flores y a darle un poco la lata... ¿Cómo va ese dragón? Para conjurar al monstruo, aquí le traigo unas rosas de te...

—Gracias, condesa—balbució Roldán, tomando en sus manazas temblonas el ramo de espléndidas

rosas otoñales—. Estamos en el mes de las Animas, cuando se va con flores a visitar a los difuntos—añadió el escultor, soltando un taco soez a la par que hundía el semblante marchito entre las rosas, con aquella mezcla tan suya de brutalidad y refinamiento.

La Linajes, a quien tanto gustaba compartir la intimidad de los artistas cuanto más libres y montaraces fuesen, devaneó por el estudio como en su propia casa, miró y remiró el monumento, y aunque le parecía horroroso tuvo la caridad de aplaudirlo, poniéndolo por las nubes mientras decía para sí:

—¡Pobre hombre! ¡Está agotado, completamente agotado! Lo mismo que yo... Pero ¡qué horrible esfuerzo el suyo, luchando por dar vida a un monstruo que acabará por ahogarle!

Diciendo la dama de esta suerte se quitó el abriga y el chapeo y recostándose en una dormilona con actitud varonil, muy abierta de brazos y muy cruzada de muslos, encendió un cigarrillo bien cargado de opio y de aromáticas esencias.

Estaba en los puros huesos la infeliz, toda melindres, afeites y ojeras, tan flaca y casi tan en carnes y en pañales como el don Quijote de Roldán. Perdida la salud, lo único ya que tenía que perder; separada de su marido, el músico polaco, luego de estropearle la vida y el violín; consagrada ahora, exclusivamente, a Felipe Augusto y a los cigarrillos de opio, buscaba distraer en estos paraísos artificiales el tedio de la existencia, aunque para la suya, tan traída y llevada, fuese ya imposible encontrar nada nuevo bajo el sol.

Felipe vestía de luto. Su madre, la Marquesa de Almádena, murió, un año atrás, en el Sanatorio Valdés, abandonada de todos, aun de sus propios

hijos, presa de un cáncer que le salió, como a *Friné*, por do más pecado había...

Rico, feliz, independiente, libre de penas y de escrúpulos, Felipe vivía desde entonces en un lindo hotel de la calle de Fortuny, donde rendía un culto mediocre al arte y al amor. Hombre vulgar, pero simpático y buen mozo, artista por vanidad aristocrática y burguesa, como deporte y lujo, tenía ya una cruz, una medalla y un montón de laureles a fuer de habilidoso fabricante de aquellos *pastiches* que sacaban de quicio a su Maestro.

—¡Imbécil!—solía decirle Roldán, lleno de cólera, con un instinto parricida, pues, a pesar de la presunta filiación, no podía tragar a su discípulo—. ¿Crees tú que el arte es cosa de juego, que es una diversión de «niños góticos», lo mismo que el *tennis* o el *foot-ball?* ¿Te figuras tú que basta tener dinero y un título de Marqués y un nombre de postín y un estudio elegante y barro a mano para ser artista? Pues no faltaba más, ¡recongrio! ¿Qué sería de los pobres si los ricos dieran en tener talento?... Para ser artista *sa* menester nacer artista, y trabajar como un león, y perder hasta la salud; hay que sudar la gota gorda, y exprimirse la sangre de las venas, y retorcerse las entrañas, y tener un corazón más grande que la mar, y unos riñones como la copa de un pino... ¿Te vas enterando, nene?

Acostumbrado Felipe desde su más tierna mocedad a los arranqnes y desfogues del ilustre y fanfarrón plebeyo, los aguantaba con paciencia tomándolos a broma y sin contradecirle nunca. Pero aquella tarde, cuando entró en el taller con la condesa; cuando precisamente estaba Roldán, echando lumbre por los ojos, más que el endriago de Amadís, se le ocurrió al barbilindo poner, con hartas

salvedades, ciertos reparos y tildes al monumento quijotesco... y allí fué Troya.

—¿Qué sabes tú, miserable?—voceó Roldán a punto de agredir al «niño gótico» —Pero ¿qué entiendes tú de estilos nuevos, de arte integral, ni de ninguna de las cosas que yo sé más que nadie en el mundo? ¿Qué sabe el asno del gusto de la miel, ni de tocar la flauta, ni de bailar al son de los palillos? ¡Vaya una *jumentud* la de ahora! *Se creéis ustedes* que con hacer cuatro monigotes ya *se* podéis llamar artistas... El arte es una cosa santa. El arte es agarrar una pella de barro y hacer que el barro viva, que resuelle y se mueva. Un escultor que sólo aspire a copiar las formas de las cosas, por bien que las copie es un sacador de puntos. No es la forma el busilis: es el movimiento. Porque el movimiento es la vida. Y no un movimiento solo, fijo en una sola actitud, que eso ya lo sabían los antiguos, sino la suma de todos los movimientos posibles... Ya no se trata de remedar las superficies, las apariencias materiales, sino de sacar a luz esa energía misteriosa que late en los cuerpos de los hombres y en las entrañas de las cosas...

—Pero, Maestro—se atrevió a decir el boquirrubio—. ¿Quién ha conseguido dar a la materia todos esos movimientos sin descoyuntar las formas?

—Nadie en el mundo—contestó Roldán—. Precisamente por eso rabio por conseguirlo yo... ¿No lo comprendes, majagranzas? Para hacer lo que hace todo el mundo no estaría yo aquí pudriéndome los bofes y sudando sangre y a punto de echar el corazón por la boca. Nada más fácil para mí que repicar los palillos y darle gusto a la gente con cuatro alegrías, como esos danzantes llenos de cruces y medallas de oro... Pero ya hace muchos años que voy contra el gusto de los necios... Mira,

niño: si esta obra mía te gustase a tí, ahora mismo, por estas cruces, agarraba el martillo y la hacía pedazos...

Para vengar a Felipe saltó la de los Siete Linajes y desafiando al *cañí* le puso a la media vuelta un par de rehiletes, de aquéllos, harto subidos de color, en que la buena púa mostraba la agudeza de su ingenio. Pero Roldán, que aun con las damas tenía más humos que el propio autor del *Moisés,* vino a soltar los diques de su soberbia y acritud, puso como siete pingos los siete linajes de la condesa, y encarándose con los dos ociosos visitantes acabó por echarlos del taller. Y apenas se quedó solo, volvió junto a la botella de Sanlúcar, trasegó unas copas, encendió la pipa, escupió otra vez por el colmillo y se subió al andamio a pelear con el dragón.

Pero el dragón, rebelde, monstruoso, de nuevo se le echaba encima, semejante a la bestia roja del Apocalipsis, con los ojos de fuego y la bocaza abierta, llena también de lumbre... Y el pobre, el orgulloso artífice, el que con ansias de vida soñó conjurar la muerte, infundir el espíritu en el barro, dar movimiento a lo inmóvil, romper la esclavitud de la materia, sintióse al fin estúpido, cobarde, vencido por el monstruo, devorado por el abismo de su boca.

Un día, cuando más desesperado estaba, trémulo de furor y de impotencia, ya del todo incapaz de prevenir su agotamiento, se abrió la puerta del estudio y entró Leonardo Valdés.

Parecía enteramente el Caballero de la Triste Figura Seco de carnes, enjuto de rostro, largo y flaquísimo de miembros, desaliñada toda su persona, caída la cabeza, la barba y los cabellos de nieve, más encorvado que nunca, estaba todavía más viejo y mustio que Roldán.

Apenas le vió el artista corrió hasta él ávidamente. Se unieron los dos en un abrazo silencioso. No se veían desde la muerte de Eugenia, desde la tarde triste en que dejaron sepultados, con el cuerpo de aquella pobre mujer, lo más hermoso y dulce de sus propias vidas, todas las horas felices, todos los sueños de la juventud, todas sus esperanzas en la tierra.

—¿Tú por aquí, *descastao?*—dijo por fin el escultor, queriendo esconder tras una frase trivial la profunda emoción que sentía—. ¿*Sa* menester que doblen las campanas *pa* que te acuerdes de mí? Yo fuí a buscarte algunas veces, pero nunca te encontré...

—Ya hace mucho tiempo que vivo como fuera del mundo—respondió Leonardo con una voz frágil y remota, como quien habla entre sueños.

—Así vivo yo también—añadió Roldán, en cuyo torvo semblante había nubes de lágrimas—. ¡Maldito mundo! ¿*Pa* qué nacerán las criaturas? *Pa* trabajar, *pa* sufrir, y comerse las unas a las otras, y revolcarse en el barro, y hundirse en él hasta los ojos y perder el *sentío*, la vergüenza y la salud por el dinero, por las mujeres, por la fama, por la ambición de una felicidad que nunca se logra, y si se logra la entierran después en la sepultura *pa* simiente de gusanos... ¡Y a eso le llaman vivir!

—¡Ahí está el error!—dijo Valdés con súbita vehemencia, llenos los ojos de luz, de esa luz inefable que tienen los ojos de los que amaron y lloraron mucho—. ¡Ahí está el error, el tosco y universal error! ¡Llamarle vivir a *eso!* ¡Fundar en *eso* ideales, sistemas y organizaciones de vida! ¡Poner en *eso*, degradar en *eso* el amor, la esperanza y la fe! ¿Cabe mayor absurdo?

Calláronse un instante, clavados en el mismo

pensamiento, hundidos en la común tragedia familiar, a solas en la noche de sus almas, pugnando los dos por contener las emociones y las lágrimas.

—¿Y tu padre?—preguntó Julio desviando la conversación.

—Un poco más viejo, un poco más niño, pero muy fuerte y optimista... Cada vez más absorto en su esperanza de esa futura Edad en que los hombres, por virtud de la Ciencia, han de vivir como los ángeles y no han de morir sino de vejez... ¡Gotas de ilusión—concluyó Leonardo con una sonrisa melancólica—bocadillos de ensueño con que el pobre engaña la sed y el hambre de vida, de amor y felicidad!

—Dichoso él—repuso Julio lleno de envidiosa tristeza—, dichoso quien tiene a lo menos una migaja de ideal, un sorbo de ilusión, una mentira en que creer...

—¿Y eso lo dices tú, que tienes el arte, la belleza..., más seductora para los hombres, más dulce, más accesible que la verdad?

—¡El arte!—repuso el escultor, con muchos votos, manotazos y reniegos—. También el arte hace sufrir, y nos tortura y envejece, y roba el sueño y la salud, y acaba por agotarle a uno entre sus brazos como si fuese una hembra... ¡Maldita sea mi suerte! Yo creía en el arte como se cree en Dios... Yo creía en el arte y en la belleza y en la gloria... Yo ambicionaba crear algo *mu* grande, un arte nuevo, una escultura que tuviese, no la quietud y rigidez del mármol o del bronce, de las cosas muertas, sino la palpitación de la carne, la libertad y el movimiento del espíritu... Yo amasé el barro con el sudor de mi frente, lo ablandé al calor de mis entrañas... ¡la vida me quité a pedazos *pa* dársela a él! Y ahora- dijo Roldán «al de la triste figura»

trayéndole poco menos que a empellones al pie del monstruo devorador—¡mira, Leonardo! Después de exprimirme el jugo y sorberme los tuétanos y quitarme la fuerza y la salud, se vuelve contra mí *pa* acabar de engullirme... En fin: cambiemos la conversación... Me pillaste en una mala hora, en la hora de la pena negra y de la boca amarga, cuando hasta el vino sabe a rejalgar... ¡Maldita sea mi suerte!

—¡Pobre Julio! ¡pobre hermano mío!—lamentó Valdés, viendo a la par en la derrota del artista la imagen de su propia desventura—. Yo también quise edificar en el barro y en el barro me hundí... Yo también tuve la trágica aspiración de infundir mi espíritu en la materia, sin comprender entonces que así lo encadenaba a la muerte... Busqué el camino, la verdad y la vida en las criaturas mortales, en el angosto mundo de la razón, y sólo hallé el vacío, el misterio, la soledad y las tinieblas. Yo, como tú, despedacé mis entrañas para engendrar y parir ídolos de arcilla; puse mis ansias de perfección y claridad en las cosas visibles y tangibles. Como tú en el arte, yo creía en la ciencia como se cree en Dios. Pero el arte y la ciencia de los hombres son vanidad de vanidades, ilusión de ilusiones, trabajo y angustia, limitación y oscuridad. Ni la ciencia, ni el arte, ni cosa alguna de este mundo basta para alumbrar la fuente de la Vida, para darle un sentido y un valor, para aplacar la sed de la belleza, el hambre de la verdad y el bien, que sólo se satisfacen con lo Infinito...

No sin sorpresa y maravilla, miró el escultor a su cuñado, todo lleno de luz mientras hablaba así, erguida la triste figura bajo el sol de la tarde rútilo y alegre en las abiertas claraboyas. El fervor de su acento, la profunda sinceridad de sus pala-

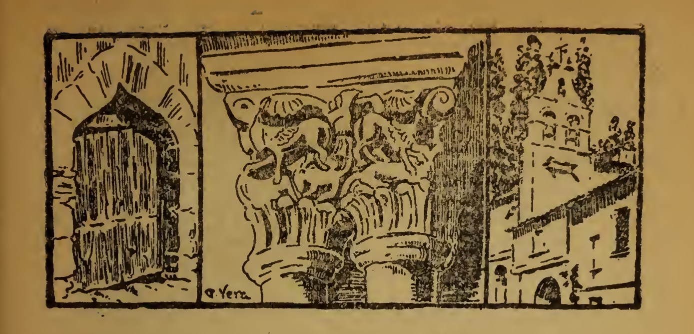
bras, la lumbre apacible de sus ojos de color de miel, acabaron de confundir a Roldán.

—Leonardo—le dijo—, desde que no te veo me pareces otro... Hay algo nuevo en tus razones, en toda tu persona, un no sé qué... Estás más viejo, y sin embargo, me pareces más joven... Lloras, y a pesar de tus lágrimas yo juraría que eres feliz...

—No soy feliz—repuso Valdés con una sonrisa fina y triste—. No puedes imaginarte lo que sufro... Pero ya empiezo a ver claro en las tinieblas...

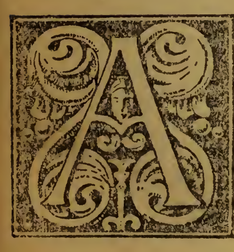
—Dichoso tú—dijo Roldán—. En cambio yo, cuanto más miro, menos veo... Por mucho que abra los ojos, aunque entre el sol a raudales, todas las cosas me parecen oscuras, más oscuras que la misma muerte... ¡No hay nadie en la tierra más desgraciado que yo!

—¡Te engañas, pobre Julio!...—replicó Valdés con exaltada vehemencia—. Todos tenemos en nuestras manos la desgracia o la felicidad... Todos tenemos, también, el don de elegir.., pues nacimos libres para escoger el bien o el mal... Muchas son las tinieblas de este mundo, pero hay una luz que nunca se apaga en el corazón... Aprende a ver las cosas a esa luz y verás cómo se esclarecen. Mas para verlas no es menester abrir los ojos, sino cerrarlos y mirar hacia dentro... ¡Ahí está, Julio, ahí está el misterioso taller donde el barro, que es muerte, se hace vida, y se levanta y arde con la hermosura y claridad del espíritu!



IV

En la noche oscura...

GAZAPADO en el jardín, *Borde* esperó que anocheciese, y cuando ya las sombras se tendieron por el valle, corrió al través del pinar, buscó el sitio donde la cerca era más baja y escalando el muro saltó a tierra libre en la Moncloa y huyó del Sanatorio, como alma que lleva el diablo, en derechura de Madrid.

Ebrio de su salvaje libertad no reparaba en el frío relente de la noche ni en los peligros del mundo ni en cosa alguna que no fuese la alegría cerril de verse trotar a solas, horro, suelto y sin amo, restituído al azar, a la barbarie de su origen, como cachorro montés que huye a campo traviesa de la

angosta jaula donde quisieron someterle a regalada servidumbre.

Ni sentía la menor tristeza al escaparse de las manos de Loreto Cruz, de aquellas manos amparadoras que, con blandas caricias, con ternuras de mujer y de madre, le daban el pan, el amor y la salud. Ingrato y vil por naturaleza, la pubertad amanecía en él hosca y rebelde como sus años infantiles, dura como las piedras del arroyo donde lo echaron al nacer; en su alma torva y oscura no había otras luces que los instintos primitivos, comunes a la bestia y al hombre, únicos e indomables en las almas de millones de seres que viven fuera, aunque parezcan dentro, de la humanidad y la civilización.

Llegando a la calle de la Princesa, *Borde* se detuvo un instante, con la cabeza gacha, como el perro que olfatea el camino. La noche era cruda y lóbrega. Le sorprendió al fugitivo ver apagados los faroles, la ancha vía silenciosa y desierta. Junto a los muros de la cárcel, de nuevo apretó a correr hacia Argüelles. Era al principio de la huelga general; todo Madrid estaba en suspenso, las calles a oscuras y a merced de la plebe amotinada.

Al ojeo de estas novedades, harto gozosas para él, iba el pícaro al trote, muy en su punto con un traje de pana de color marrón, la boina hasta los ojos, la bufanda al cuello, las uñas en los bolsillos acariciando unos billetes y unas joyuelas que a guisa de viático hurtó al huir del Sanatorio.

Ya no era el triste rapaz lleno de pupas y andrajos, el miserable escuerzo de cara macilenta y verde, toda ojos y tufos negros, que guarecía su arrastrada niñez entre las hordas del barrio de la China; era ya un hombrecillo, de cuerpo enjuto y estatura ruin, pero no exento de cierta gracia chu-

lesca, limpio en lo exterior de lacras y roñas, alimentado a placer y con vestidos nuevos y decentes. Mas todo el afán de la doctora Cruz por redimirle, por darle una honrada libertad, un nombre y una profesión—Loreto soñaba con que fuese un día practicante del Sanatorio—nunca logró romper la costra de aquella naturaleza montaraz, inaccesible a todo influjo de razón o sentimiento.

No había llegado al *boulevard* cuando oyó en las tinieblas un áspero rumor, cada vez más próximo, que resonaba, ya no muy lejos, como bramido de huracán o retumbo de oleaje. Quieto, emboscado en el umbral de una puerta, *Borde* aguzó los sentidos y vió aparecer, allá por el cruce de Argüelles, una masa oscura, más que las sombras de la noche, una espesa multitud, un río humano que desembocaba en el cruce y llenó muy pronto, de acera a acera, toda la anchura de la calle.

Era la torpe muchedumbre en que se juntan, al rebato y pregón de los motines y revueltas, la broza del arroyo y del suburbio, la gente del bronce y de la garra, la hez de los aduares hampescos, la germanía de la taberna y el garito, de la cherinola y el burdel, todos los bajos fondos de la chusma picaril. Era un raudal hirviente de hombres sin patria ni ley, vagabundos de instinto cavernario, testas alborotadas y salvajes, rostros ceñudos y feroces, brazos dispuestos a la agresión, bocas abiertas a la amenaza y al rugido.

—¡A la cárcel!—gritaban con recias voces— ¡a la cárcel!

Borde se sintió arrastrado por el empuje de aquella viva marea, como una gota de agua en el torrente de la multitud.

Sumido en la onda formidable, hallóse como en su propio elemento. Y electrizado por misteriosa

energía, casi en volandas entre unos cuantos energúmenos, gritó con ellos hasta enronquecer.

—¡Viva la revolución social!—clamó repitiendo lo que oía, sin que ello tuviese para él otro sentido que el de una salvaje zaragata donde saciar sus tendencias oscuras.

Iba en los grupos zagueros. Cuando en galope vertiginoso llegó frente al *Abanico*, ya el populacho forzaba las puertas de la Cárcel. Una imponente multitud cubría la ancha glorieta. *Borde* quiso avanzar, pero el muro de carne sofocaba su cuerpecillo ruin. Agil como una ardilla se encaramó en un árbol para otear entre las sombras de la noche el bárbaro episodio.

En medio de la ronca algarabía se oyó un estruendo singular, una descarga cerrada que hizo morder el polvo a los primeros asaltantes. La guardia militar de la Prisión se defendía a tiros en las puertas. Todas las voces se unieron en un alarido espantoso. El oleaje humano ció de súbito con un movimiento de resaca. Y en la libre anchura de la calle, frente al umbral erizado de fusiles, sólo quedó un racimo de muertos.

Desde las próximas avenidas cayó sobre el umbral un chaparrón de piedras y cascotes. La guardia disparó otra vez. Pero fogueada ya la multitud, ebria de sangre y de cólera, junta en espumoso raudal, se abalanzó sobre la puerta, y dando el pecho a los fusiles, del primer empellón, a tiros y zarpazos, arrolló a la tropa y entró a borbotones en la Cárcel.

Con menos temor que curiosidad y embriaguez, *Borde*, a caballo en el muñón de una rama, presidió la lucha, vió pasar a sus pies la ola de asalto, sintió silbar las balas en el aire y quiso por último correr a la algarada que con gran estruendo se

oía en lo interior del edificio. Pero abiertas las celdas, puestos los presos en libertad, à saco la prisión, reforzadas las turbas con un buen golpe de facinerosos, volvieron a salir a borbollones por el forzado rastrillo a la glorieta de la Moncloa.

Ya estaban todos afuera, en pie de mayores hazañas, cuando, calle abajo, se oyó un más bronco rumor, un trote de corceles, un áspero rodar de armones y cureñas. Mas antes que llegasen las tropas (pues tropas eran y cañones) al cruce del *boulevard*, obró el instinto de las masas y en un abrir y cerrar de ojos se dispersaron por las oscuras avenidas a favor de las tinieblas de la noche.

Unido a un grupo de truhanes *Borde* corrió hacia Chamberí. Amén de los dineros y alhajuelas, traía en el bolso una faca, de esas de lengua de buey, que halló—toda manchada de sangre—en el umbral del *Abanico*.

Cerca ya de Chamberí se oía el fragor de muchas detonaciones lejanas. Llegando a Quevedo, *Borde* advirtió que las tropas ocupaban la glorieta. Allí supo que de Norte a Sur el pueblo se batía en las calles. Hacia Cuatro Caminos hubo, al oscurecer, una batalla campal. Pero el fuego de la rebelión ardía, sobre todo, en los barrios bajos. Por Atocha, por Avapiés y Embajadores, por San Isidro, hasta la plaza Mayor, en el arranque de la calle de Toledo, pujaba la multitud con el propósito de acorralar a las tropas y ganar los centros vitales de Madrid. Fué menester aquel día sacar al arroyo los cañones y batir a metrallazos las barricadas de la plebe.

Oyendo estas novedades *Borde* sentía en su ciego y duro corazón, allá muy en el fondo de su torva inconsciencia, una impulsión irresistible que, a guisa de necesidad imperiosa, le arrastraba al foco

del motín. Quiso bajar por San Bernardo a Maravillas, pero una cadena de tropas cerraba todos los caminos. Tentó los cruces de Fuencarral y Santa Bárbara, mas donde quiera que asomaba el morro un ¡atrás, paisano! le hacía retroceder. Como perro vagabundo tomó carrera al azar, metióse por Chamberí, fué a dar con sus huesos en la Castellana.

Solo y rendido en la espaciosa avenida, tenebrosa y desierta a la sazón, echóse a descansar en un banco de piedra, como en los tiempos de su salvaje niñez, y aunque la noche era fría y el banco no menos duro y glacial que la tapa de un sepulcro, se hizo una rosca en él y acabó por dormirse profundamente, igual que si estuviera en el mullido y abrigado lecho del Sanatorio.

El frío y el hambre le despertaron hacia la media noche. Se embozó en la bufanda hasta los ojos, metió las manos en los bolsillos y galopó otra vez, paseo abajo, para entrar en calor y aproximarse al centro de Madrid. Mas, de repente, se detuvo absorto. Vió que tenía en los bolsillos la faca, pero no los dineros ni las joyuelas del hurto. Volvióse atrás. Sin duda se le cayeron al correr o, por natural atracción, se le quedaron en el «banco». Palpó con ansia en las tinieblas, registró las calles, todas oscuras como boca de lobo. Ni rastro. Al fin comprendió que se los habían sustraído, quizá en el asalto de la Cárcel, tal vez aquellos hampones con quienes anduvo por Chamberí... Pateó con furia, crispó el puño en la faca y volvió a trotar hacia abajo, resuelto a desquitarse en la primera ocasión.

A fuerza de galopes y rodeos fué a parar allí donde las turbas, desalojadas a metrallazos de la plaza Mayor, de Atocha y Santa Cruz, se defendían

a boca de fusil, como manadas de rabiosos tigres, retrocediendo poco a poco hacia San Francisco y Avapiés. En la calle de Toledo, detrás de las barricadas, *Borde* se unió a la muchedumbre que por aquellos umbrales corría a saquear las tiendas. Sació su apetito en un montón de chacina disputado a zarpazos por la famélica plebe. Y luego de aplacar el hambre sintó sed, una sed instintiva y abrasadora de violencia y destrucción. Acariciando el hierro de su faca, se acercó a los sitios en donde más hervía la pelea. La fiebre del motín, el roce contagioso de la chusma, la embriaguez de la sangre y de la pólvora, venían a despertar en él, como clangores, los torvos impulsos de su naturaleza, adormecidos en el regazo de Loreto Cruz. Pero cobarde para dar el rostro como los mocetones de las barricadas al peligro de la muerte, apenas vió de cerca jugar las ametralladoras y caer los hombres, con los brazos abiertos, sobre las piedras del arroyo, se apartó de allí en busca de más fáciles aventuras.

Ya de vencida la revolución, merodeaba a solas el vagabundo por las desiertas encrucijadas, teatro de los últimos combates, cuando al doblar una esquina avizoró en lo negro de la noche un centinela, de guardia junto a un puesto militar. Ya era la hora de la modorra y el soldado, envuelto en su capote oscuro, con el fusil al hombro, iba y venía soñoliento, por la menguada acera de la calle. Borde clavó en él sus ojos de felino y, de repente, sintió en lo más hondo de sus entrañas duras una frenética impulsión. Faca en ristre, a paso de lobo se deslizó por la esquina, pegado a la pared, detrás del centinela, y empalmando el hierro, súbitamente, con sañudo, con certero golpe, se lo hundió en la espalda.

Herido de muerte el centinela soltó el fusil, dió un grito sordo, titubearon sus pies y cayó de bruces en el suelo.

No sin espanto, *Borde* miró en torno suyo. Todo era allí soledad, todo calladas tinieblas.

—¡Nadie me ha visto!—pensó con gozo salvaje. Y huyó entre las sombras de la noche...

Mientras la bestia humana, suelta y sin freno a la sazón, corría al galope de sus instintos crueles por los viejos y castizos barrios de Madrid—de la Latina a San Andrés, de San Isidro a la Trinidad, del Ave María al Humilladero—, cierta casa de la calle de Leganitos era teatro lastimoso de una muy notable tragicomedia.

Sucedió que, recogida del arroyo y en cueros vivos la autoridad civil por la castrense; dada la orden de prisión contra el ya disuelto Comité de Huelga, entró la policía aquella noche en el hogar donde roncaban a dúo los señores de Albarracín.

Acostumbrada ya doña Belén a semejantes visitas, y sabedora, desde la noche anterior, de que, motín más o menos, había perdido la batalla, vistióse tranquilamente. Firme y tozuda, según había que esperar de la arriscada amazona, aunque en el fondo comprendía que ello esta vez iba de veras, se ciñó el chambergo, una corbata roja y la levita varonil, se despidió con mucha solemnidad de su infeliz marido y, en la actitud del Corso tras la rota de Waterlóo, se dispuso a ir «donde pluguiese a los tiranos, ora fuese a la cárcel, a la galera o al propio garrote vil», según ella dijo con recias e históricas palabras.

Mas cuando el pobre Albarracín vió marchar a su esposa entre aquellos sayones, cuando advirtió que la metían en un coche celular, sin permitir que él la acompañase, y oyó hablar de «fuero de gue-

rra» y «juicio sumarísimo», entonces se revolvió como un león y allí fué el mesarse los cabellos, el rechinar los dientes, el crispar los puños, el maldecir a voces de su mujer y de su propia estampa, del fuero militar, del orden civil, de la canalla del arroyo, de la chusma de arriba y de todo el género humano. Afortunadamente para el terrible doctor, los sangrientos disturbios de aquella trágica noche colmaron todas las clínicas, amén de las casas de socorro, y antes del alba fué requerido con urgencia desde el Instituto Valdés y una vez allí, en la cruda carnicería de la sala de operaciones, pudo el heroico cirujano arremangarse hasta los codos y esgrimir sus aceros, rajar y cortar sin compasión, y desfogar los ímpetus sin daño de barras, antes bien para honor de la ciencia y en pro de la humanidad.

El copo del flamante Comité (a todos su heroicos adalides los pescaron en remanso durmiendo a pierna suelta), la dura represión de aquella noche, rindieron al fin la hueste sediciosa. Fallido también el paro general, sólo quedó en Madrid—paz a los muertos—el vivo rescoldo de las últimas candeladas. La multitud obrera, casi toda al margen del motín, volvió poco a poco al yunque. Aún resistían, parcialmente, los ferroviarios, por añejas y particulares razones, pero la ingeniería militar restableció los servicios y puso en marcha los trenes. Por cierto que en las primeras noches de tumulto, fué de advertir, con ocasión de este episodio, un rasgo singular, una de esas hombradas heroicas, rompimientos de luz en la noche sombría de la tierra, toques del divino pincel en el eterno claroscuro del corazón humano.

Precisamente a la hora en que salía de la estación del Norte el expreso de Irún, allá en el puente

del Rey, sobre el camino del Pardo, unos hombres siniestros y cautelosos, embozados en las tinieblas, colocaban una bomba explosiva para volar el tren y el puente al paso del convoy.

Ya se oía entre las frondas del Parque el ronco silbido de la máquina; ya los hombres siniestros asentaban la bomba, que era de recio calibre, sujeta con alambres a los rieles, cuando a esta sazón se proyectaron sobre el viaducto los faros luminosos de un automóvil que por el camino real venía hacia Madrid. Sorprendidos los facinerosos, descubiertos, como en pleno sol, por los haces de los potentes reflectores, huyeron cuesta abajo en las tinieblas, ya colocada la bomba y a punto de pasar el tren.

Pero entonces el automóvil se detuvo. De él saltó un caballero que, como vió en la zona de luz la maniobra criminal, corrió por el talud al puente y se inclinó sobre el carril, vibrante ya al fragor de la cercana locomotora.

Aquel caballero era don Juan de Monterrey.

Firme, rápido y ágil, con sublime desprecio de la muerte, con la agudeza singular de sus sentidos y sus nervios, tomó la pesada bomba entre los brazos, encima del corazón, de aquel robusto corazón tan grande para el bien y para el mal, y en el punto mismo en que llegando el tren, sintió en el rostro la lumbre y el resuello de la máquina, de un salto se lanzó al talud, corrió al camino, puso la bomba en un alcorque, mientras arriba, en el puente, con ímpetu formidable, con gran estruendo y resplandor, pasaba raudo el expreso, libre y a salvo también, lleno de vidas humanas, ajenas al espantoso peligro que las acechó en las sombras de la noche...



V

Carne de cañón.



Los fieros disturbios de aquellos días de huelga convirtieron el Sanatorio en un hospital de sangre. Lleno el doctor Valdés de indignación y pesadumbre por tan estériles batallas, pero a la vez henchido de piedad para todas las miserias de los hombres, abrió las puertas de su Clínica a los heridos graves que requerían más pronta y delicada intervención.

Todos los médicos del Instituto, singularmente Loreto Cruz y Albarracín, acompañaron al apóstol en su tarea generosa; pero el marido de doña Belén, que, desde la noche de marras, no pudo reprimir la lengua ni pegar un ojo ni comer pan a

manteles, abochornado y triste, se daba a todos los demonios del infierno, mientras (a punto crudo el bisturí, como cachete o puñal de misericordia) saciaba sus ímpetus devastadores, igual que *in anima vili,* en aquella pobre carne de cañón, caída en el arroyo entre las piedras de las barricadas.

—En estas ocasiones—decía iracundo—somos los médicos los que debíamos declararnos en huelga y cruzarnos de brazos ante la estupidez y la barbarie de las gentes. ¿A qué restañar aquí unas goticas de sangre si el verterla a chorros por ahí, en guerras, trifulcas, revoluciones y toda suerte de matanzas, constituye la más propia función del individuo y de la Especie? ¿No es ridículo que sudemos nosotros para salvar las vidas de unos cuantos miserables, mientras las sacrifican a millones por esos mundos? ¡Bonito papel hacemos los «sacerdotes de la Ciencia» en este *Pandemonium,* donde hasta el amor es campo de lidia y mortandad! Había que decir a los hombres: ¡Fuera de aquí, so imbéciles, caterva de idiotas y canallas! Se acabaron los médicos, las medicinas, los hospitales, la ciencia y la caridad, aunque, si bien se mira, nunca valieron para maldita la cosa... ¡Rediez! Puesto que amáis la lucha, la degollina y la muerte, pues que de nada os sirven la razón y el sentido común, y sois tan ciegos, tan sañudos, que convertís la sociedad en una corrida de toros... ¡eh, a la plaza, ¡bárbaros!, a escupir la negra sangre que tenéis, a echar los bofes por la boca, a pisarse las tripas como los jamelgos en la arena y que os arrastren de bruces al corral! ¿No queríais morir? Pues a morirse tocan, a matarse todos, a no dejar ni los rabos, y que reviente ya de una vez la humanidad y no deje en el mundo ni memoria de ese espectáculo salvaje, de esta farsa indecente de la vida...

Reíanse los médicos del Sanatorio al escuchar las terribles imprecaciones de Albarracín que, mientras esto decía, se lavaba las manos, después de coser el cuero de un membrudo jayán, con trazas de salteador de caminos, a quien con arte maravilloso acababa de extraerle un riñón hecho trizas por un casco de metralla.

Reíanse todos menos el doctor Valdés, que, inclinado ante la mesa de operaciones, grave y solemne como de costumbre, y, a fuer de apóstol, insensible y hostil a toda especie de ironías, operaba en silencio, iluminado el semblante con la severa unción del sacerdote cuando se inclina sobre el altar. Lo que era motivo de acritud, irreverencia y sarcasmo para el escéptico Albarracín, para el buen don Augusto lo era de compasión y religiosa certidumbre en el porvenir de los hombres, en el reinado de la ciencia, en el futuro paraíso terrenal.

Erguido y firme Valdés, como la torre de un faro, sobre los oleajes del tiempo, no había contingencia alguna capaz de conmover la roca de sus antiguas convicciones. Ni los desengaños de la realidad, ni los desórdenes del mundo, ni los conflictos vitales, ni los reveses domésticos, eran bastante poderosos a entibiar su fe, menoscabar su ilusión, ni oscurecer los horizontes de aquella edad de oro que él *veía*, cada vez más próxima, como fuente de luz, ya a punto de alborear sobre la tierra.

En vano le azotaban el rostro los huracanes de la discordia universal: las guerras, las revoluciones, los odios, cada vez más cerriles y agresivos, que hacen ilusoria la paz entre las razas, los pueblos, las clases y los grupos humanos, de día en día más incompatibles, incoherentes y caóticos. En

vano, también, percibía en torno suyo la bancarrota de todos los ideales, el ansia desenfrenada de vivir su vida cada cual a costa de las vidas ajenas, la sed de los deleites, el apetito del dinero, el falso relumbre de todo lo exterior, los agrios frutos de ese materialismo salvaje que con frenéticos empellones lanza a la multitud a las tinieblas. En vano le saltaba a los ojos, aunque él creyese lo contrario, la incapacidad de la razón y de la ciencia para responder a las preguntas angustiosas sobre el origen y el destino de los hombres, para dar a sus vidas un valor, un horizonte a sus almas, una luz a sus misterios y problemas, una base profunda a la moral, un sentido al dolor, una esperanza a la muerte... En vano, por fin, le hirieron, no ya en el rostro, sino en el corazón, las desventuras de su hogar, la ruina de su estirpe, sus fracasos de padre y de maestro, aquel oscuro drama en que vinieron a caer sus ilusiones eugenésicas...

En vano, sí: porque el buen Doctor, no menos tozudo y simplista que soñador y generoso, había, de una vez para siempre, organizado el mundo a su talante, con maravillosa claridad y sencillez, limpiándolo de misterios, de oscuridades y problemas, disponiéndolo para la salud y ventura de los hombres como si fuera un Sanatorio; haciendo en él tabla rasa del espíritu, de todo lo inmaterial y trascendente; imaginando a su gusto una vida nueva, una flamante unidad, una civilización *definitiva,* sin luchas, sin sombras, complejidades, tumultos ni contingencias, merced a la expulsión y destierro de todo cuanto no fuese visible, tangible y demostrable de un modo experimental en los Laboratorios. Claro está que la Vida, que es precisamente para nuestro pobre entender, para nuestros

sentidos mortales, misterio, confusión, desorden, complejidad y multitud, quedaba así fuera de aquel pequeño y ordenado mundo del doctor Valdés; mas de esta suerte el apóstol simplificaba todas las cuestiones, resolvía todos los conflictos y se evitaba muchos quebraderos de cabeza. Con ello y con cerrar los ojos a las hondas cavernas del corazón, a lo que hay aquí de eterno, de formidable y oscuro, sutil como la vida, fuerte como la muerte; con reducir las pasiones, los sentimientos, los impulsos, todo ese océano interior, a la fisiología más o menos patológica, ya se figuraba poseer, entera y verdadera, toda la realidad del universo...

—El «hombre antiguo»—decía Valdés, con la inflamada obstinación de sus tópicos habituales—, el «hombre viejo»—repitió, mirando al fosco Albarracín—, el «hombre de la mala vida, de la mala muerte», rige aún los destinos humanos e informa sentimientos, ideales, instituciones, leyes y costumbres... Pero la Ciencia triunfará... La Razón triunfará... Suyo es el porvenir... Alguna vez, acaso pronto, la vida será buena, la muerte dulce como el sueño... El mal es un error de los hombres. Todo nos induce al bien, a la armonía, y la paz en el seno amoroso de la Naturaleza creadora...

Loreto Cruz sonrió con una tristeza inefable. Nunca la esperanza de la felicidad le pareció tan ciega y mentirosa como entonces. ¿Quién, sino el cándido Valdés y otros así, Quijotes de la Ilusión humana, podía creer en paraísos terreros, allí precisamente y a la sazón en que las manos y los ojos se hundían en la sangrienta y dolorosa pulpa de las miserias corporales? Sonriendo por no llorar, con un sonreir preñado de lágrimas, tendió Loreto la vista sobre los hombres desnudos, yacentes en

las mesas de operaciones, abiertos como la res bajo el cuchillo del matarife; contempló las carnes desgarradas y los miembros rotos y los semblantes pálidos, contraídos por una mueca de brutalidad o estupor; puso después los ojos de su alma en todas las miserias morales, ocultas en aquella clínica, pequeño mundo de dolores, cifra y resumen del dolor universal; trajo por fin a la memoria sus recuerdos, sus experiencias profesionales, los testimonios íntimos de sus angustias de mujer, de la tragedia reciente, que aún le dolía igual que un puyazo en las entrañas, y miró al Maestro con piadosa y recelosa actitud, como se mira a un loco.

—¡La Naturaleza!—refutó la triste—, ¿hay nada más cruel?

—¡Valiente regazo para soñar con idilios!—añadió Albarracín, trayendo en sus manos velludas un trépano y una legra con que se disponía a otra terrible operación—. Pero, señorita Cruz, pongamos los puntos sobre las íes: la Naturaleza no es cruel, es, sencillamente, idiota, irresponsable; no tiene conciencia de su crueldad...

—¡Sí que la tiene!—repuso Loreto con repentina acritud.

—¿Cómo?

—¡En el hombre! Ni el tigre, ni el lobo, ni la bacteria, ni la cicuta, ni el rayo, saben del mal que producen. Sólo el hombre tiene ese triste privilegio. Consciente del mal, lo hace; sensible al dolor, lo aplica; temeroso de la muerte, mata. ¿Dónde hallar una fiera, una víbora, un fruto dañino, un meteoro más terrible que el hombre?

—Pues, todavía—rezongó Albarracín—hay un bicho más pernicioso que el hombre: ¡la mujer!

Una mirada fulminante del apóstol impuso el silencio en la clínica. Mientras Valdés y sus cole-

gas seguían en las salas de operaciones, Loreto fué a visitar el pabellón infantil. Pero saliendo al tránsito, vió que llegaban nuevas camillas de heridos. Eran las últimas salpicaduras de las revueltas del arroyo.

En una de las camillas Loreto descubrió un semblante familiar, una cara chotuna de color de cobre, una cabeza agitanada y fosca, unos ojazos turbios, un cuerpecillo ruin, desangrado y exánime. Al descubrirle sintió la doctora Cruz que en su dulce pecho maternal le daba un tumbo el corazón. Aquel herido era *Borde.*

Llena de ansiosa ternura, Loreto se puso a reconocerle. Con manos trémulas desabrochó sus ropas, todas empapadas de sangre, y vió que tenía en el vientre un balazo mortal. Nada se podía hacer. Allí la ciencia era inútil. *Borde* se moría a chorros.

¿Cómo le hirieron? No se sabe. Los camilleros de la Cruz Roja le hallaron al revolver una esquina, tumbado en la acera, junto al umbral de una tasca, al día siguiente de la noche lúgubre en que, a merced de las sombras, apuñaló al centinela. Nunca se pudo decir con más razón que, quien a hierro mata, a hierro muere...

—¡Tú lo quisiste, pobre bárbaro!—pensó más bien que dijo la doctora, estremecida de angustia y de piedad, puesto su rostro sobre los últimos hervores de aquella vida ciega, disparada a la muerte con la fatalidad de un proyectil—. Tú lo quisiste, pero todos somos más o menos culpables de tu siniestro destino. Criatura de la noche, te atraían las tinieblas más que la lumbre del hogar. Te amparé en mis brazos, pero ya era tarde; pues desde el punto y hora de nacer latían en tus adentros los impulsos crueles de una salvaje humanidad aban-

donada a sus instintos, como las fieras de los bosques, en los bajos fondos de una civilización que miente cuando se dice cristiana...

Ya en los umbrales del más allá, el vagabundo clavó en Loreto los ojazos vidriosos, la mirada torva, con una expresión indefinible.

—¡Pobre criatura sin madre, aborto sin nombre lanzado en una espuerta a un mundo vacío de amor y de misericordia! ¿Qué podían valer contra las tendencias oscuras del animal humano, ya indómitas en ti, los tardíos recursos de la persuasión, de la ternura y la ciencia?

Calló Loreto Cruz, y puesta de hinojos en el suelo, al pie de la camilla, se inclinó hacia *Borde* y lo estrechó en sus brazos, afanosamente, como si quisiera entonces abrazar en él a todos los miserables de la tierra.

Estremecióse el moribundo; parpadeó la conciencia, como un rayo de luz, allá en los sótanos de su alma, y abrió los labios, y balbució una palabra, una sola palabra, que apenas se pudo percibir:

—¡Madre!

Y así que la dijo, el viento de la agonía mató de un soplo el tenue resplandor. Los ojos turbios se quedaron ciegos; se torció la boca, ya para siempre muda, y rotos al fin los últimos burbujeos vitales, aquel pequeño episodio humano se hundió en las tinieblas de la Noche.



VI

El hombre nuevo.



MANECÍA el sol en un cielo purísimo de Otoño, corrían las aguas en las fuentes, cantaban los mirlos y los ruiseñores en el jardín del Sanatorio; resplandecía la luz en los matices dorados de las hojas, en las primeras nieves de la Sierra, desplegada al fondo del paisaje como un telón blanco y azul sobre la escena del mundo; ardía en la tierra y en los cielos el júbilo cruel, la insolente y orgullosa hermosura con que la Naturaleza impasible da en cara a la inquietud, a la tristeza y fealdad de los hombres, cuando el doctor Valdés, que estaba ya en su despacho, dispuesto a la labor del nuevo día, sintió que llamaban con unos toques discretos a la puerta.

—¡Adelante!—dijo el apóstol, no sin contrariedad, pues los sucesos de las jornadas últimas habían multiplicado sus quehaceres y roto el orden, puntualidad y exactitud de sus tareas y costumbres.

Entró Leonardo Valdés. Entró resuelto y ágil, con un desembarazo singular, un aire libre y gozoso, más de relieve en su figura desaliñada y quijotil, en su carácter retraído y oscuro.

—¿Qué quieres?—le preguntó su padre con mucha sequedad—. Tengo prisa.

—Perdona...—dijo Leonardo, y se detuvo cohibido por la aspereza paternal—. Vengo a despedirme de ti.

—¿Vas a emprender algún viaje?—repuso más blandamente el Doctor, pero sin levantar los ojos de los libros que tenía abiertos sobre la mesa—. Me parece muy bien. Mudar de régimen, divertir el ánimo en otros horizontes, suele ser un estímulo muy útil...

—No es un viaje—le interrumpió Leonardo—¡es una vida nueva lo que voy a emprender!

—Mejor todavía—continuó don Augusto distraído—. Ya el simple variar, el sustraerse a los objetos familiares, a los hábitos melancólicos, suele ser una medicina excelente... Pero los viajes producen molestias, agitaciones malsanas... Mejor una cura de reposo, un lugar apacible, fuera de toda preocupación, en el seno de la Naturaleza—monte, llanura o mar—donde no pienses en otra cosa que en vivir...

—¡Vivir—exclamó Leonardo con súbita exaltación—eso es precisamente lo que quiero: vivir!

Sacudido por la vehemencia de estas palabras, alzó los ojos don Augusto.

—¡Nada hay más bueno—replicó a su vez—nada

hay más dulce ni más hermoso que vivir, conforme a la razón y al orden!... Cuando las gentes se persuadan de esta sencilla verdad y, enlazadas por el amor, sigan el camino que conduce al único y racional objeto de la existencia; cuando la luz del conocimiento experimental...

—Yo ya encontré la luz—atajó Leonardo—, la claridad, el orden y el amor! ¡Encontré el camino, la verdad y la vida!

Diciendo así, todo el semblante pálido y enjuto, cercado de nieve, se le encendió con las lumbres y los colores de la juventud.

—¡La vida verdadera—continuó cada vez más firme—la que más nos importa experimentar y conocer! No esos rastros y vislumbres de vida que perseguimos al través de unos cristales en la materia corruptible de las criaturas o en los fríos luceros de la noche. No la sombra que a la luz del sol proyecta nuestro cuerpo sobre la tierra y no es sino la sombra de la muerte. No, en fin, el tumulto de esos ciegos rebaños, tolvaneras humanas que al deshacerse en la fosa común no dejan más señal de su polvo que de sus gritos. ¡Yo encontré la vida que no falla, ni miente, ni huye, ni caduca, ni se corrompe ni se agota; la que sacia las hambres del corazón, el ansia de la inmortalidad, la sed de lo absoluto y lo eterno!

Mudo de asombro y de inquietud, miró Valdés a su hijo. Nunca le vió como entonces, erguido con tan recia derechura, con tanto aplomo y certidumbre, tan inflamado y vehemente.

—Yo la encontré—siguió—no en los caminos del mundo, ni en el comercio de los hombres, ni en la experiencia de las cosas, ni en las palabras de los sabios, ni en las pasiones de los necios... ¡Aquí la encontré—dijo, puesta la mano sobre el cora-

zón—, aquí la encontré, cuando me propuse buscarla sin orgullo, con humildad y sufrimiento y pureza de intención. Porque todo está aquí, no fuera sino dentro de nosotros, cuando nos despojamos de nosotros mismos, cuando nos desprendemos de la bestia para ascender con las alas del ángel a los infinitos horizontes de la vida espiritual! ¡Dios mismo, como en un sagrario, puede aposentarse aquí! ¿Dónde hallar otra vida, otro camino, otro amor, capaces de conferir al hombre nacido del barro de la tierra, una tan alta dignidad?

Mientras hablaba de esta suerte, la luz y el llanto le relucían en los ojos, en los ojos grandes y dulces de color de caoba. Y todo su cuerpo trepidaba de emoción y de fe.

—¡Pobre Leonardo, estás loco!—sentenció don Augusto, ya sin poder contenerse, con un ímpetu mezclado de tristeza, de lástima y de mofa.

—¡Loco, sí; lo mismo que tú, como casi todos los hombres en el mundo: locos de amor, locos de belleza, frenéticos de vida, de felicidad y de bien!... ¡Hermosa locura que nos levanta en vilo por encima de la razón, de la cordura y la prudencia humanas, ansiosos de un ideal que nos redima y nos purgue de las groseras realidades que son nuestra esclavitud! ¡Bendita y gloriosa demencia cuando se pone el ideal de perfección en lo Infinito, más allá del espacio y del tiempo, libre de las miserias y servidumbres de la carne, a salvo de la muerte! ¡Ciega y ridícula embriaguez cuando se hunde en las tinieblas de este mundo inferior, cuando se abraza a los hombres, hoy vanidad y angustia, mañana estiércol y gusanos!

—¡Ideal que no se abrace a los hombres—clamó el apóstol, fuera ya de sí—es un ideal de fantasmas! ¿No lo comprendes, loco de atar?—añadió

levantándose con furia, tendidos los brazos y los puños—. Perseguir el bien, imaginar la felicidad humana, objeto sumo de la vida, contra el orden de la Naturaleza, con desprecio de la realidad, de la salud y la razón... ¿no es un sueño de idiotas?

—¡Amar los hombres—repuso Leonardo con encendida ternura—y abrazarse a ellos, padecer sus ultrajes y curar sus llagas, como San Francisco de Asís, como San Juan de Dios y Santa Isabel de Hungría! Amarles, sí, mas con espíritu de caridad, en nombre y por amor de un Amor que supere a la naturaleza, al discurso, al interés humanos... ¿Puede haber algo de sublime y heroico en este mundo, que no trascienda por su propia virtud más allá del orden natural y visible, de las cosas prudentes, sensatas y razonables? La ciencia misma, ¿no es un ensayo de ordenación, más aún, de superación y dominio del Universo? ¿No es en el fondo una aspiración metafísica y religiosa de abarcar y esclarecer sus tinieblas y redimir al hombre de su esclavitud? ¿No es en este punto la Ciencia una hermosa y magnífica locura, como lo es el arte y el amor heroico y toda otra noble exaltación, por errada que fuere en sus objetos y caminos? ¿Qué son todo arranque grandioso, corazonada, intuición, rasgo de sacrificio o de fe, sino arrebatos del ángel por evadirse de la bestia, rebeliones contra el sentido común, repulsas a la razón y a las dichas vulgares, nostalgias de un bien inaccesible, simulacros de santidad?

Era tan firme la actitud de Leonardo, tan hondo su fuego, tan sinceras y elocuentes sus palabras, que el doctor Valdés no quiso interrumpirle.

—¡Padre; tú mismo, aunque te juzgas racionalista puro, naturalista a secas, enemigo de todo más allá, eres un iluminado también, un varón de

deseos, un alma religiosa y profunda, sedienta de perfección! Apeteces un mundo más claro, una vida más noble, una humanidad más feliz; no sufres las tinieblas, la incertidumbre ni el misterio; amas la unidad, la luz, el orden, la sencillez y la armonía... Buscas «el reino de la Ciencia», y lo que te pide a voces el alma es «el reino de Dios»...

Hizo el apóstol una señal de impaciencia, pero Leonardo repuso atajándole:

—Con la más fervorosa candidez, tú que repudias las religiones y las filosofías, tú que adoras la vida natural, te has forjado aquí, sobre la fe de los ideales eugenésicos, una filosofía y una religión; lo mismo que el matemático, el idólatra de las *ciencias exactas* suele construir, bien lejos de todo lo sensible y mensurable, un sistema conceptual, una metafísica de los números; como el biólogo, que ignora lo que la vida es en sí, puja por edificar también un orden cosmogónico sobre la menuda arena de los átomos, y el químico se desvive por erigir un templo a la diosa Energía, con la fe de un alarife medioeval con puntas y ribetes de alquimista... ¡Hombres de Ciencia! Soléis mirar despreciativos al sacerdote que se arrodilla ante el ara; al filósofo que en un relámpago de intuición presume descubrir nuevas rutas en la noche; al poeta, que en una lágrima pretende encerrar el universo... ¿Es acaso vuestra verdad más *verdadera* que la que brota de una oración, de un pensamiento puro, de un inmortal sollozo? ¿No os acosa también, espíritus positivos y razonadores, el ansia de evadirse al ensueño, de edificar altares a la humana y eterna necesidad de creer? He aquí vuestra paradoja y al mismo tiempo vuestra más feliz compensación. Pues ¿qué sería de la ciencia sin el íntimo fuego de esa espiritualidad que el arte, la re-

ligión y la cultura trascendente imprimen a todos los hombres, aun a los que hacen gala de renegar del espíritu? ¿Qué ideales generosos podrían existir sobre una cultura meramente humana, si el soplo de lo trascendental no animase y vivificase el barro inerte de la pura experiencia? Cuando los investigadores materialistas piensan que no salen de los términos de la «realidad única», de la naturaleza visible, por el hecho mismo de pensarlo así colocan su pensamiento fuera de ese mundo, en oposición a él y en los umbrales de la otra realidad... Así la física se viene a convertir en metafísica, y así todas las ciencias naturales trascienden a religión...

—¡Insensato!—dijo el apóstol, interrumpiendo a su hijo con grande severidad y tristeza—. Ya que te vas, ya que reniegas de la hermosa misión que tenías aquí, junto a tu padre, en este hogar consagrado a la salud de los hombres... ¡cállate!, ¡no me afrentes!

—¿Afrentarte yo?—dijo Leonardo con vivas lágrimas, yendo con los brazos abiertos hacia su padre—. ¡Toda mi alma está llena de amor y respeto para ti! Nadie como yo conoce las virtudes de tu espíritu generoso. Mucha es tu ciencia, pero es mayor todavía tu bondad, y basta la bondad a corregir los errores del entendimiento. Padre: para ser un santo ni aun te falta creer... porque siempre creíste en una vida mejor, en un porvenir más noble que el presente... Sólo te falta mudar la fe, traerla de lo humano a lo divino. Dios, que penetra los corazones, querrá entrar a tiempo en el tuyo... Mientras llega ese día, más haces tú por El, sin nombrarle, que muchos otros que nunca le dejan de la boca... Sigue en paz tu misión y ten presente que tu hijo, mientras vivamos en la tierra,

siempre estará contigo, por lejos que esté de ti. Para las almas no existe ni el espacio ni el tiempo...

Decía así, deshecho en lágrimas de ternura, estrechando a su padre entre los brazos, mientras callaba don Augusto, sin dar el suyo a torcer, lleno a la par de pesadumbre, de rebeldía y de emoción, pero mudo, firme y severo, sin ceder ni entonces de su habitual entereza.

—Nunca renegué de ti—repuso Leonardo humildemente—, aunque todas mis voces interiores me llamaban a otra misión... Ni aun de la ciencia reniego. Sería odioso y ridículo. Nada me conmueve en el mundo como el esfuerzo de los hombres por acercarse a la verdad. Perseguirla por todos los caminos fué precisamente el objeto y el ansia de mi vida desde la juventud... Lo que yo discuto es el derecho de la ciencia a suplantar la fe; su pretensión de invadir campos ajenos a sus fines relativos y humanos; el orgullo con que niega cuando no sabe afirmar; su audacia al prometer soluciones definitivas para los problemas eternos donde es impotente la razón... Ahí está la bancarrota de la ciencia; mejor dicho, ahí está la bancarrota de los hombres: ¡en prometer aquello que son incapaces de cumplir! Pero hay una vida inmortal en donde todas las promesas de esta vida insolvente se satisfacen y colman. Lo que la ciencia no fía, lo que los hombres no cumplen—terminó Leonardo en un arranque poderoso, puestos los brazos en cruz—, ¡eso, lo cumple Dios!

—¡Pobre Leonardo!—murmuró Valdés con inquietud y melancolía—. Eres un enfermo. Eres la presa triste del atavismo familiar. Como tu pobre abuelo don Martín, buscas con avidez lo irrazonable, lo misterioso y oscuro. La realidad te ofende

como al oftálmico la luz. Eres el hombre viejo, el hombre místico, el hombre de las supersticiones religiosas. Tu mundo es el mundo de los sueños, de las quimeras y los fantasmas... ¡Pobre Leonardo!—repitió, más dulce y melancólico—. La vida sana, la actividad fecunda, las luces intelectuales, no tienen goces para ti. Ya hace muchos años que te veo caer, fatalmente, sin poderlo evitar, en las sombras de la religión. Ya hace tiempo que me resigné a perderte... ¡Ve donde quieras, hijo mío! Ni como padre ni como médico podría yo prohibirte lo único, tal vez, que en el ocaso de tu vida puede darte algunas horas de felicidad...

Quebrada la entereza del apóstol, la voz y las pupilas se le empañaron a la vez.

—Pero, ¡qué lástima!—siguió, refrenándose con heroico disimulo—. ¡Qué caída para ti, qué vergüenza para mí, qué fracaso para los dos! Tú, que debiste ser la gloria de mi hogar, el orgullo de mi vejez, la esperanza más firme de mi obra, el más leal de mis discípulos y colaboradores... Tú, el llamado a cumplir una misión de claridad, a encender en la tierra, con más fortuna que yo, el ideal del hombre nuevo...

—¡El hombre nuevo! — interrumpió Leonardo apasionadamente—¡el hombre nuevo está aquí! —repuso golpeándose con la mano abierta encima del corazón—. ¡Llamado fuí, como tú dices, a cumplir una misión de claridad! A fuerza de angustia y sufrimiento, de inefable martirio en las tinieblas, me desgarré a la luz. No fué obra de un día, sino de muchos años, dices bien; no la hizo el entendimiento sino la voluntad y la mortificación. Las tragedias oscuras de esta casa, la muerte de mi mujer y de mi hijo, crucificaron mi carne, me descuajaron el corazón, con todas sus raíces, de la tierra! Ví

entonces con espantosa lucidez la vanidad del mundo, la ilusión de las dichas temporales; abrí los ojos a la verdad, que es casi siempre el fruto del dolor, y con ayuda de la gracia me desnudé del hombre viejo que, como piel de leproso, cubría y emponzoñaba todo mi ser. Y el hombre nuevo comenzó a vivir...

En el semblante de Leonardo se retrató una profunda emoción espiritual, un suavísimo gozo, una templada luz que no parecía de este mundo.

—Porque el hombre nuevo no es algo que puedan fabricar ni descubrir la ciencia, ni el arte, ni la razón, ni la cultura social, ni el progreso común, ni el solo espíritu abandonado a sus fuerzas humanas. Es obra de fe, de gracia y caridad. El hombre nuevo, el hombre redimido de las tinieblas de la noche, de las angustias de la carne, de las miserias de la culpa, de la vejez y de la muerte, surge de cada cual dentro de sí mismo, cuando abrazado al árbol de la Cruz, que es el árbol de la Vida, se levanta de la abyección y lobreguez, desorden y tumulto de las cosas mortales al orden, claridad y perfección de las eternas... En vano las gentes del siglo, codiciosas del bien pero apartadas del único y soberano Bien, buscan por medios exteriores una vida nueva, un mundo nuevo, una nueva humanidad. Todo es viejo y caduco bajo el sol. Todo tiene aquí el sello de la muerte, de la soledad y el vacío. Para saciar el hambre de vivir, sin que nos den al abrir los ojos y la boca con paletadas de tierra; para hartar la sed de novedad, el anhelo de juventud, el apetito de amor, el ansia de conocimiento, la aspiración a la felicidad, sólo hay un camino para los hombres: Dios.

Iba a responder el apóstol cuando se abrió la puerta del despacho y entró Loreto Cruz.

—Perdone usted, Maestro... No quería interrumpirle, pero ya hace una hora que le aguardan a usted... Hay que operar con urgencia... Albarracín está que echa venablos... Por cierto que a su mujer la llevan a la galera de Alcalá... Vamos a pedir el indulto... Si no nos traen a doña Belén, Albarracín se nos mata. Ni come, ni duerme, ni vive, ni deja vivir a los demás...

Hablaba Loreto con graciosa animación, en una de las horas fugaces en que su genio impetuoso y femenil solía evadirse de las pesadumbres interiores. Mas, de repente, como vió a don Augusto y a Leonardo en tan extraña actitud, con los semblantes encendidos, los ojos húmedos de lágrimas, se quedó suspensa.

—Es que Leonardo se va—dijo el apóstol luchando por encubrir tras una sonrisa de hiel, todo el despecho y la tristeza de su corazón—. Huye de aquí..., nos abandona, para enterrarse en vida..., para deshonrar mi nombre...

—¡Buscar a Dios es salir al encuentro de todas sus criaturas—repuso Leonardo fervorosamente—, amarlas en espíritu y en verdad! ¡Con honrarle a El yo no deshonro a mi padre!

Loreto se quedó como quien ve visiones, absorta delante de Leonardo. Con vivir tan cerca, juntos en el mismo hogar, vivieron siempre los dos tan lejos, tan extraños, tan ajenas sus vidas, aún más ajenas sus almas, que descubrir él la suya, tan de improviso y con tan noble arranque, fué para ella como una revelación maravillosa.

—¡Leonardo!—exclamó al fin, con el ronco zureo de su voz apasionada y sorda—. Pero ¿es posible? ¿A dónde vas?

—Voy a enterrar al hombre viejo, al hombre de la mala vida, de la mala muerte, de los deseos viles, de las pasiones ciegas, de las dichas falsas...

—No sabes tú...—pensó Loreto recordando el escondido drama de aquel hogar hecho trizas— ¡no sabes hasta qué punto fueron traidoras para ti!

—Voy a sepultarme, a renacer; ¡a morir para el mundo, que es vivir para la eternidad!...

Callaron los tres en un largo y grave silencio en que parecía oirse con el latir de los corazones, agitados por tendencias profundas y contrarias, la pulsación del tiempo en el espacio universal.

Después, Leonardo, derretido en lágrimas, no sin terrible congoja al deshacer de golpe todos los lazos de la sangre, se abrazó de nuevo a don Augusto, le besó en la frente, rodeó su cabeza, tan hermosa y tan blanca, besándola también como si la quisiera convertir a pensamientos más claros; con ternura fraternal, henchida de compasión y gratitud, se despidió de Loreto, se despidió para siempre de sí mismo y se arrancó de allí, ya arrancadas de cuajo las últimas raíces del espíritu.

—¡Se fué!—dijo su triste padre cuando le vió marchar, después de aquella despedida silenciosa y dramática—. ¡Se fué! ¡me deja! ¡Pobre loco! ¡pobre hijo mío! ¡le perdí para siempre!

—¡Pero me tienes a mí!—dijo Loreto Cruz yendo hacia él con los brazos abiertos, con su inmensa ternura de mujer y de madre, ansiosa y vacía del amor de los hombres—. ¡Aquí me tienes!—reiteró, diciéndole de tú como si fuera su hija, como si fuera de su sangre—. ¡Yo nunca te dejaré!

—¡Loreto, hija mía!—clamó Valdés refugiándose en sus brazos—. ¡Sí!... ¡me quedas tú, mi verdadera, mi única hija, la hija del amor y de la ciencia! ¡Juntos aquí los dos, unidos más estrechamente que

nunca, trabajaremos con alegría (y lloraba al decirlo así) por la salud y la felicidad de los hombres, de los hombres enfermos, de los hombres ingratos, de los hombres tristes! ¡La razón vencerá! ¡la vida triunfará! ¡Luchemos tú y yo para imponer, sobre los viejos ideales de ultratumba, el nuevo y luminoso ideal del paraíso en la tierra!

Salieron por el jardín, hacia las salas de operaciones, fortificados los dos al ímpetu de sus propias palabras, clavados los ojos en el suelo, ébrios de la fácil embriaguez con que los temples más firmes y positivos, los corazones más desengañados, se entregan a la ilusión.

Pero al cruzar el jardín, sintieron sobre sus cabezas, en el aire, un poderoso zumbido que les hizo levantar los ojos. En el claro cielo otoñal, resplandeciente de luz, bogaba con recios estridores, a poca altura sobre Madrid, una escuadrilla de aeroplanos.

Loreto se estremeció. Le vino a las mientes la noticia que leyera en los periódicos. Don Juan de Monterrey salía aquella mañana para dar la vuelta al mundo en su aeronave. Al frente de la escuadrilla volaba con ímpetu un avión: aquél sin duda era el suyo. En aquella máquina de finos aceros y tendidas lonas, doradas y rutilantes al sol, iba, sin duda, el caballero de los ojos verdes, el que tenía el corazón de callo y el perfil de un ave rapaz.

Ensordecida el alma por el ronco zumbido de los motores; ciegos de pena sus ojos feos y turbios, Loreto volvió a vivir, en un instante, los días crueles del ayer, mientras asida al brazo del apóstol le iba diciendo sin palabras, desgarradoramente, llena de amor y de dolor:—Nunca sabrás cuán honda fué la tragedia de tu casa. Yo guardaré el secreto de la carne triste donde tu buena fe soñó rea-

lizar los ideales eugenésicos. Yo guardaré para siempre las reliquias de tu candor y de la ingratitud humana... Sé feliz soñando ya que viviendo nadie lo puede ser. Vale más una mentira piadosa que una cruel verdad. Sé feliz, pobre maestro, con la embriaguez del Paraíso en la tierra. Bebe de tu ilusión. Nunca sabrás todo el veneno que hay en el fondo de la copa... ¡eso lo guardo para mí!

Se apagó en el aire el zumbido de los motores; se perdieron de vista los aeroplanos en el cielo azul. Recobrada al punto su habitual entereza, Valdés subió con los ayudantes a la sala de operaciones. Puesta la blusa con la dignidad de una toga; firme su busto con la blancura y rigidez de un mármol; levantada su noble cabeza de apóstol; encendido el semblante con las rosas de una perenne juventud, el clínico ilustre penetró en la sala y se acercó a la mesa, con la unción del sacerdote en el templo.

Comenzó a operar. A su lado estaba Loreto Cruz. Rodeando la mesa, los ayudantes y discípulos. Era el paciente un enfermo del corazón.

—He aquí, señores—dijo Valdés, mientras tallaba en el pecho del paciente un colgajo de charnela interna para descubrir el corazón—, cómo se puede intervenir en ciertas enfermedades del aparato circulatorio que parecían ayer inaccesibles a toda maniobra quirúrgica. Vean ustedes cómo el clínico moderno, estimulado por la sed de perfección en su lucha contra el mal, aspira no sólo a la conservación de los tejidos y los órganos, cada vez más hostil a las mutilaciones radicales, sino también a la restauración de sus texturas más delicadas y complejas, e iluminado por los progresos del Laboratorio, pretende, por último, regenerar el organismo entero, intervenir en sus funciones más íntimas, en sus más profundos aparatos, curar sus lesiones,

insuficiencias y desgastes, hacerle, en fin, retroceder a la juventud... He aquí, señores, cómo la Ciencia omnipotente...

Mas cuando el apóstol, con sus manos ágiles y seguras, aquellas manos de tan recio pulso que no sabían temblar, fué (como en otro día memorable sobre el pecho de Monterrey) a descubrir el cáliz de la vida, la oscura fuente de donde brotan el bien y el mal, el amor y el odio, la pena, la alegría y la ilusión de los hombres, Loreto Cruz tuvo que dominarse, con heroica voluntad, para no romper en un sollozo...

ÍNDICE

ÍNDICE

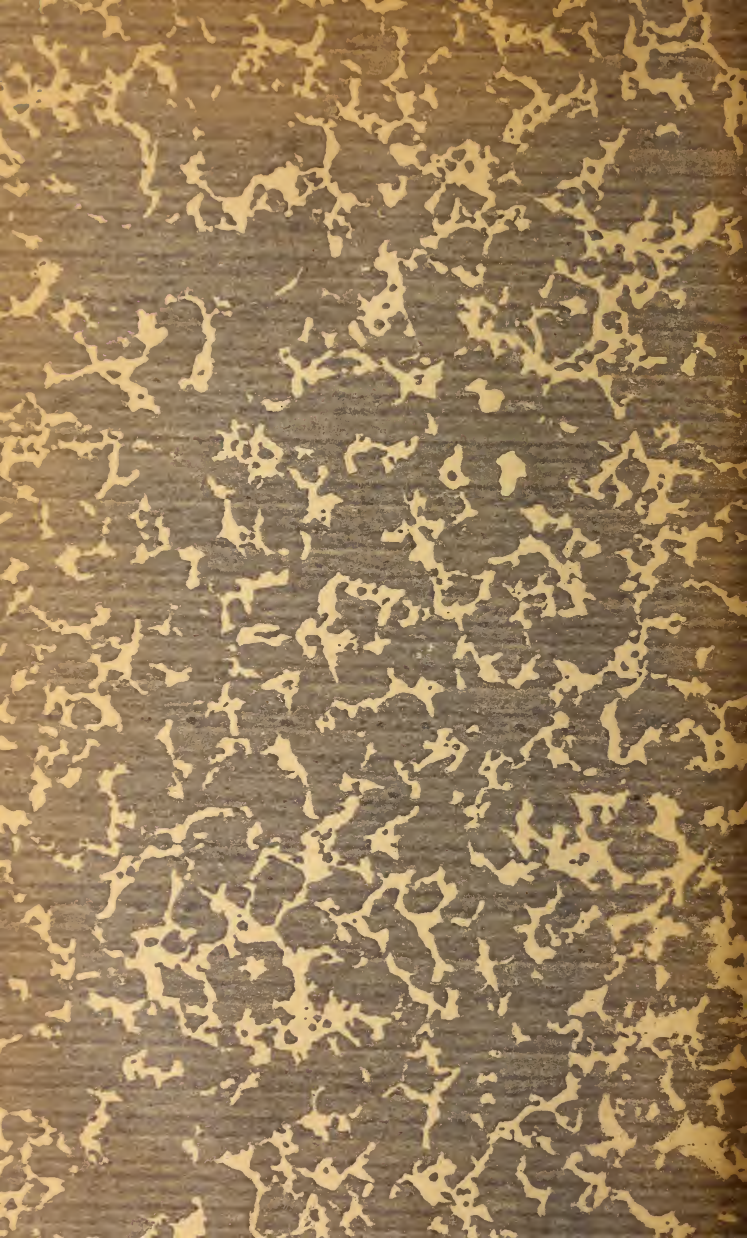
PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

CUARTA PARTE

ULTIMA PARTE




211697
LS.
L5795h
Author León, Ricardo
Title El hombre nuevo.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

